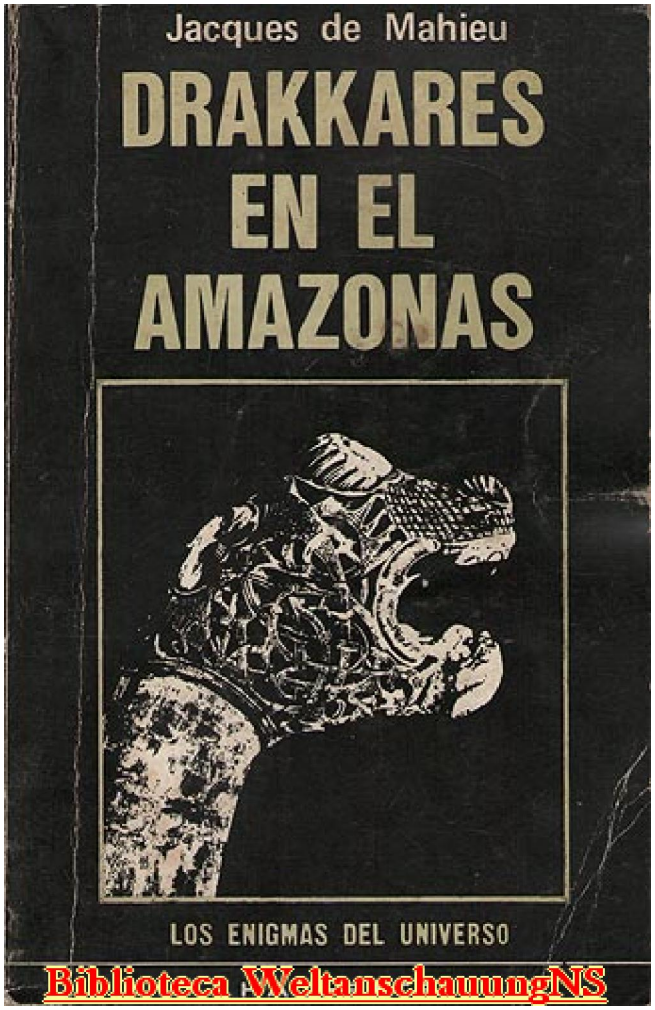
Drakkares En El Amazonas



Biblioteca WeltanschauungNS
Libros Para ser Libres

ÍNDICE

I. Las Amazonas 9

1. Las guerreras blancas, 9 — 2. Unos testimonios indígenas, 13 — 3. El país de las amazonas, 18 — 4. Las amazonas reencontradas, 22 — 5. Unos "tatuajes" reveladores, 27 — 6. El origen de las amazonas, 30.

II. El Imperio del Gran Paytiti 35

1. El espejismo del oro, 35 — 2. Los guardianes de los caminos, 41 — 3. Los mitos del Orinoco, 47 — 4. Las inscripciones rupestres de la Guayana, 50 — 5, Vestigios en los accesos del Imperio, 59 — 6. La montaña y la llanura, 66.

III. Los supervivientes de la guardia blanca 72

1. Los "indios blancos" del Amazonas, 72 — 2. Los guardias blancos de las Guayanas, 76 — 3. Una en-

cuesta en el Piquiá, 88 — 4. Los "caboclos" rubios del Piauí, 95 — 5. Los vikingos de la selva, 100.

IV. Las "siete ciudades" del Piauí 103

1. La increíble fantasía de la naturaleza, 103 — 2. Los barcos rupestres, 109 — 3. Los "barbudos de la llanura", 112— 4. El guardián del solar, 114 — 5. Una amenaza, 117 — 6. Graffiti antroponímicos, 118 — 7. Consejo y mofa, 124 — 8. Unos símbolos nórdicos, 126 — 9. Unos gigantescos "Externsteine". 129 — 10. El puerto minero del Parnaiba, 133 — 11. El portulano de Siete Ciudades, 144.

V. Las piedras que hablan 151

1. Bosques sagrados y túmulos, 151 — 2. El drakkar de Inhamuns. 160 — 3. El espejismo fenicio, 168 — 4. Mensajes en la selva, 171 —5. Exploradores y soldados, 176.

VI. Las escalas del Atlántico 179

1. La isla de los alfareros, 179 — 2. Puertos lacustres

y murallas, 182 — 3. El "Camino del Hombre Blanco",

185 — 4. La Roca de la Gávea, 190 — 5. El prodigio

del oro, 198 — 6. La Costa Danesa, 200.

VII. Vikingos y normandos 203

1. El balance de una investigación, 203 — 2. El origen

de los vikingos de Tiahuanacu, 2.06 — 3. La herencia

normanda, 209.

Notas bibliográficas 212

I

Las Amazonas

1. Las guerreras blancas

Estamos en el año 1542. A las órdenes del capitán Francisco de Orellana, cincuenta y siete españoles descienden,

y es la primera vez desde la Conquista que se emprende

esta aventura, el Gran Río que algunos llaman Marañón y

que, ya se lo sabe, desemboca en el Atlántico. Disponen de

dos bergantines —grandes canoas primitivas sin puente—:,

el más grande de los cuales debe de tener unos veinte metros de eslora por dos de manga y uno de fondo. Con vela y con remos, avanzan lentamente, a pesar de la corriente favorable, pues carecen de guías indios y se extravían frecuentemente en el laberinto de los brazos secundarios delrío-mar. Desde hace unos días, están acampando en la isla de los Tupinambás, que nuestros mapas llaman Santa Rita.

Una vez más, los indígenas los atacan. Pero, hoy, no están

solos.

"Han de saber, escribe al P. Gaspar de Carvajal (') *, capellán de la expedición, que ellos [los atacantes] son subjectos y tributarios a las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce,que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante

* Los números corresponden a las notas bibliográficas, al

final del volumen.

de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros lo mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto.

Estas mujeres son muy blancas y altas y tienen muy largo

cabello y andan desnudas en cuero, tapadas sus vergüenzas,

con sus arcos y sus flechas en las manos, haciendo tanta

guerra como diez indios...".

Es éste el primer testimonio europeo que tenemos respecto de esas misteriosas mujeres guerreras, de las cuales las leyendas indígenas ya se habían apoderado desde hacía mucho tiempo, y tendremos que esperar más de cuatrocientos años para conseguir un segundo. Pero el P. de Carvajal es fidedigno. Este dominico era el hombre más pedestre que se pudiera imaginar. No se encuentran en su relato ni la menor fantasía, ni siquiera cualquier dato sobre la flora y la fauna de las regiones atravesadas. El capellán de Orellana se limitaba a redactar una especie de libro de bitácora, donde sólo se habla de distancias, itinerarios,abastecimiento y combates. Por otro lado, no era sino el vocero de sus compañeros y, en especial, de su capitán. Tene-

mos un único testimonio, pero cincuenta y siete testigos.

Sin hablar siquiera del padre que había perdido un ojo en la batalla, los españoles no olvidarían el asalto de esas mujeres blancas "en cuero" que habían hecho caer sobre ellos una lluvia de flechas. La sorpresa había sido tan grande que, después de la batalla, habían minuciosamente interrogado respecto de ellas a los indios que habían apresado. Dejemos la palabra al P. de Carvajal, pesado y preciso

como un escribano de juzgado:

"El capitán [Orellana] le preguntó [a un cacique] qué mujeres eran aquéllas; el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro siete jornadas de la costa [del río], y por ser el señor Couynco sujeto a ellas, habían venido guardar la costa. El capitán le preguntó si estas mujeres estaban casadas: el indio dijo que no. El

capitán le preguntó de qué manera viven: el indio respondió que, como dicho tiene, estaban la tierra adentro, y que él había estado muchas veces allá y había visto su trato y vivienda, que como su vasallo iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó si estas mujeres eran muchas: el indio dijo que sí, y que él sabía

por nombre setenta pueblos... y que en algunos de ellos había estado. El capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja: el indio dijo que no, siendo de piedra y con puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puestos guardas porque no podía entrar nadie sin pagar derechos. El capitán le preguntó si estas mujeres parían: el indio dijo que sí. El capitán le dijo que cómo, no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empreñaban: él dijo que estas indias participan con indios en tiempos, y cuando les viene aquella gana juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar la guerra a un gran señor que reside y tiene su tierra junta a la déstas mujeres, y por fuerza los traen a su tierra

consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hallan preñadas, les tornan a enviar a su tierra, sin les hacer otro mal; y después, cuando viene el tiempo que han de parir, que si paren hijo lo matan o * le envían a sus padres, y si hija, la crían con gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra. Dijo más, que entre

todas estas mujeres hay una señora que subjecta y tiene todas las demás debajo de su mano y jurisdicción, la cual señora se llama Coñori. Dijo que hay una grandísima riqueza de oro y plata, y que todas las señoras principales y de manera no es otro su servicio sino oro y plata, y las demás mujeres plebeyas se sirven de vasijas de palo, excepto lo que llega al fuego, que es barro. Dijo que en

'" El texto dice "y", pero debe de tratarse de un error de imprenta, como veremos más adelante.la cabecera y principal ciudad en donde reside la señora hay cinco casas muy grandes que son adoratorios, y casas dedicadas" al Sol, las cuales ellas llaman Caranain, y

en estas casas por de dentro están del suelo hasta medio estado en alto planchas de gruesos techos aforrados de pinturas de diversos colores, y que en estas casas tienen muchos ídolos de oro y <^e plata en figura de mujeres, y muchas cantarías de oro y plata pura para el servicio del Sol, y andan vestidas de ropa de lana fina, porque en esta tierra hay muchas ovejas de las del Perú*; su traje es unas mantas ceñidas desde los pechos hasta abajo, encima echadas, y otras como mantas abrochadas por delante con unos cordones; traen el cabello tendido en su tierra y puestas en la cabeza unas coronas de oro tan anchas como dos dedos y aquellos sus colores. Dijo más, que en esta

tierra, según entendimos, hay camellos que los cargan**,y dice que hay otros animales, los cuales no supimos entender, que son del tamaño de un caballo y que tienen el pelo de un jeme*** y la pera hendida, y que los tienen atados y que destos hay pocos. Dice que hay en esta tie-

rra dos lagunas de agua salada, de que ellas hacen sal".

Esas mujeres sometieron a su autoridad numerosas tribus vecinas, "y otras hay con quien tienen guerra, y en especial con la que ya dijimos, y los traen para tener que hacer con ellos; éstos dicen que son muy grandes de cuerpos y blancos".

Los españoles no debieron de quedar tan sorprendidos ante las declaraciones de sus prisioneros. "Todo lo que este indio dijo y más nos habían dicho a nosotros a seis

• Llamas, alpacas y vicuñas.

** Las llamas son camélidos. En el Perú, se las utiliza como

animales de carga, •

""" Unidad de medida equivalente a la distancia que separa la punta del pulgar de la extremidad del índice, teniendo estos dos dedos bien apartados.

leguas de Quito, porque de estas mujeres había allá gran noticias, y por las ver vienen muchos indios de río abajo mil y cuatrocientas leguas, y así nos decían arriba los indios que el que hubiera de bajar a la tierra de estas mujeres había de ir muchacho y volver viejo."

El capitán quedó tan marcado por su encuentro con las guerreras blancas que, de vuelta en España, cuandolos cartógrafos empezaron a llamar el Marañen "Río de Orellana", pidió y obtuvo que tal denominación fuera cambiada por "Río de las Amazonas", nombre que le ha quedado al río-mar.

2. Unos testimonios indígenas

Francisco de Orellana y sus hombres llegaron a GranPará (hoy Belén) el 24 de agosto de 1542 y podemos suponer. que descansaron algún tiempo antes de proseguir su viaje hasta la isla de Tobago, de donde volvieron a España.

Es muy poco probable, pues, que la noticia y, de cualquier modo, los detalles de su expedición hayan sido conocidos en el Paraguay cuando, en 1543, el general de Irala y el adelantado Núñez Cabeza de Vaca embarcaron en el río Paraguay que iban a remontar en busca de Juan de Ayolas,desaparecido en el camino de Potosí. No obstante, en el curso de su expedición, Irala oyó hablar de "mujeres que pelean como hombres y que son muy valientes y guerreras y que son señoras de mucho metal de oro y plata..., y que todo el servicio de sus casas es de oro y plata y los ataderos con que hacen sus casas... (2).

Durante un segundo viaje, unos años más tarde, Irala,"bojeando la cordillera del Perú", alcanzó la actual provincia boliviana de Santa Cruz, en la bacía del Amazonas, donde oyó hablar de un gran río que corre del sur para el norte,al contrario del Río de la Plata, y pensó que se trataba del Marañón. Los indios también le mencionaron "una provincia de mucha gente que tenía sus poblaciones a la ribera de

una gran laguna, y que poseía gran cantidad de oro de que se servían; por lo que los españoles dieron a esta laguna por denominación el Dorado. Cuyos naturales, dicen, confinan con unos pueblos de solas mujeres, que tienen sólo el pecho del lado izquierdo, porque el derecho lo consumían con cierto artificio para poder pelear con arco y flechas de que eran diestras y ejercitadas, aludiendo a las mujeres de Escitia, de quienes los antiguos escribían... (3)".

Como se nota, la leyenda ya embellecía los relatos de los indígenas. Por ambiguas que sean esas líneas que Díaz de Guzmán escribió en 1612, es a los indios que el autor atribuye el detalle de la ablación del seno derecho, detalle éste, evidentemente sacado de Herodoto y de Diodoro de Sicilia, que ningún testimonio, directo ni indirecto, ha confirmado jamás en cuanto a América. No hay nada de esta historia, por ejemplo, en el relato que nos ha dejado, acerca de su bajada del Amazonas en 1639, el P. Cristóbal de Acuña.

Unos meses antes había llegado a Quito el capitán-mayor Pedro de Teixeíra, quien, con sesenta y siete soldados portugueses y mil doscientos indios, entre remeros y guerreros, sin hablar del personal de servicio, acababa de remontar el Amazonas desde su desembocadura, a bordo de cuarenta y siete bergantines. Portugal constituía, en aquel

entonces, uno de los reinos que integraban España. No obstante, el conde de Chichón, virrey del Perú, no tenía mucha gana de conservar con él una tropa tan numerosa y tan aguerrida a las órdenes de un portugués. Y tampoco lo entusiasmaba la idea de dejar a

Teixeira volver por el río sin fiscalización alguna. Por eso le adjuntó a dos jesuítas, uno de los cuales, el P. de Acuña, era el hermano de su teniente general, corregidor de Quito. Que no se trataba solamente,

para ese religioso, de celebrar misa, los portugueses pudieron comprobarlo cuando, antes de llegar a Gran-Pará, trataron de desviarse de su camino para apoderarse de indios que pensaban vender en las fazendas —las estancias— de la provincia del Marañón: el "capellán" habló en nombre del Rey y la flotilla tuvo que seguir derecho.

El P. de Acuña nos ha dejado de su viaje un relato (4)lleno de informaciones precisas sobre los habitantes, la fauna y la flora del Amazonas. Consciente de su responsabilidad, se controlaba en cada línea, preocupado de que se lo pudiera tachar de exagerado o de imaginativo: "Pido yo a los que leyeren esta relación me den crédito... Digo esto por las que podrá ser que saquen otros a luz, quizá no tan ajustada a la verdad como convenía. Esta lo será, y tanto

que por ningún caso pondré en ella cosas que no puedo con la cara descubierta atestiguar con más de cincuenta españoles, castellanos y portugueses, que hicieron el mismo viaje, afirmando lo cierto por cierto, y lo dudoso por tal,para que en cosa tan grave y de tanta importancia nadie se arroje a creer más que en esta relación se afirma".

Ahora bien, y es esto lo que nos interesa aquí, el P. de Acuña dedica varias páginas de su relato a las amazonas y se basa, para hacerlo, en el testimonio de indios tupínambás: "Con su dicho también de estos tupinambás, confirmamos las largas noticias que por todo este río traíamos de las afamadas amazonas... Los fundamentos que hay para asegurar provincia de amazonas en este río son tantos y tan

fuertes que sería faltar a la fe humana el no darles crédito.

"Y no trato de las graves informaciones que, por orden de la Real Audiencia de Quito, se hicieron con los naturales que la habitaron muchos años, de todo lo que en sus riberas contenía, en que una de las principales cosas que se aseguran era el estar poblado de una provincia de mujeres guerreras, que sustentándose solas sin varones, con quienes no más a ciertos tiempos tenían cohabitación, vivían en sus pueblos, cultivando sus tierras, y alcanzando con el trabajo

de sus manos todo lo necesario para su sustento.

"Tampoco hago mención de las que por el nuevo reino de Granada, en la ciudad de Pasto, se hicieron con algunos indios, y en particular con una india, que dijo haber ella misma estado en sus tierras donde estas mujeres están pobladas, conviniendo en todo con lo que se sabía por los primeros dichos.

"Sólo echo mano de lo que oí con mis oídos, y con cuidado averigüé desde que pusimos los pies en este río. En que no hay generalmente cosa más común, y que nadie la ignora, que decir habitan en él mujeres, dando señas tan particulares, que conviniendo todas en unas mismas, no es creíble se pudiese una mentira haber entablado en tantas

lenguas y en tantas naciones, con tantos colores de verdad.

"Pero donde más luz tuvimos del sitio donde viven estas mujeres, de sus costumbres, de los indios que las comunican, de los caminos por donde se entra a sus tierras, y de los naturales que los pueblan (que es la que aquí daré) fue en la última aldea donde da fin la provincia de los tupínambás.

"Treinta y seis leguas de esta aldea, corriendo río abajo, está a la banda del Norte el de las Amazonas, que con nombre de Río Canuris [el actual Nhamundá] es conocido entre aquellos naturales. Toma este río el nombre de los primeros indios que sustenta en su boca, a quienes se siguen los apantos, que hablan la lengua general de todo el Brasil. Tras éstos están situados los taguaus, y los últimos, que son los que comunican con las mismas amazonas, son los Guacaras.

"Tienen estas mujeres varoniles su asiento entre grandes montes y eminentes cerros, de los cuales el que más se descuella entre lo otros, y que como más soberbio de los vientos... se llama Yacamiaba. Son mujeres de gran valor, y que siempre se han conservado sin ordinario comercio de varones, y aun cuando éstos, por concierto que con ellas tienen, vienen cada año a su tierra, los reciben con las armas en la mano, que son arcos y flechas, que juegan por algún

espacio de tiempo, hasta que satisfechas de que vienen de paz los conocidos, y dejando las armas, acuden todas a las canoas o embarcaciones de los huéspedes y cogiendo cada una la hamaca que halla más a mano, que son las camas en que ellos duermen, la llevan a su casa y, colgándola en parte donde el dueño la conozca, lo reciben por huésped aquellos pocos días, después de los cuales ellos se vuelven a

sus tierras, continuando todos los años este viaje por el mismo tiempo. .

"Las hijas hembras que de este ayuntamiento nacen, conservan y crían entre sí mismas, que son las que han de llevar adelante el valor y costumbre de su nación, pero los hijos varones no hay tanta certeza de lo que con ellos hacen.

"Un indio que, siendo pequeño, había ido con su padre a esta entrada, afirmó que los hijos varones los entregaban a sus padres, cuando el siguiente año volvían a sus tierras. Por lo demás, y es lo que parece más cierto por ser dicho más común, dicen que en reconociéndoles por tales les quitan la vida."

Este relato, ya se ve, no difiere en absoluto, en cuanto a lo esencial, del que nos ha dejado el P. de.Carvajal. En casi un siglo, parece que sólo haya variado el procedimiento utilizado por las amazonas para procurarse sus maridos de unos días: la guerra, en el siglo xvi, un intercambio amistoso de favores en el xvii. Encontraremos más tarde la explicación de tal cambio.

Tenemos, por lo demás, en cuanto al método en cuestión, una tercera versión que mencionan los cronistas Juan de San Mart,ín y Alonso de Lebrija (5), quienes, en Bogotá, oyeron hablar, entre 1536 y 1539, de mujeres solas que compraban esclavos con el exclusivo propósito de conseguir de ellos un apareamiento periódico. Se conocía, pues, la existencia de las amazonas mucho más allá de su territorio. Tenemos de ello otras pruebas más antiguas. En 1524, el mismo Hernán Cortés (6) escribía a Carlos V que existía, frente a la costa de Caguatán, "una isla toda poblada de mujeres sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compama". Lo cual confirmaba, unos años más tarde, Ñuño de Guzmán (7), quien, no sin agregar que esas mujeres decían haber llegado por el mar, contaba que antes enterraban vivos a los varones, pero, desde algún tiempo, los entregaban a sus padres cuando alcanzaban la edad de diez años. Inútil es agregar que nunca se han encontrado amazonas en México. Los indios evidentemente aludían a las que se habían establecido en el Orinoco: para ellos, como para los europeos de la Edad Media, las tierras inaccesibles de más allá del mar siempre eran islas.

3. El país de las amazonas

Sesenta años después de la expedición cuyas peripecias nos relató el P. de Acuña, Alejandro de Humboldt y Bonpland emprendieron el largo viaje de estudio de seis años durante el cual recorrieron en todas las direcciones la bacía del Orinoco y el alto Amazonas. En la obra gigantesca que escribió al respecto (8), Humboldt menciona brevemente a las amazonas, sin expresar la menor duda en lo que atañe a su existencia. Con su habitual precisión de geógrafo, se limita a determinar las áreas en las cuales fue señalada su presencia: al sur del Marañón, entre el ücuyacé y el Madeira, en la región del río Cayamé o Cayambé, y también, según Raleigh, en la provincia de los Tapa jos y en el río del mismo nombre; al norte del Amazonas, en tres

lugares: al oeste de los grandes raudales del Oyapoc, al oeste de las fuentes del río Iripó o Arijo que desemboca en el río-mar un poco al sur del río Araguary, y cerca de las

fuentes del Cachivero, que se echa en el Orinoco entre Cabruta y Alta Gracia. Humboldt, que retoma aquí a La Condamine, agrega que las amazonas emigraron del Cayamé

hacia el norte y cruzaron el Gran Río cerca de la desembocadura del río Cuchivara, el actual Purús. Es éste un punto de capital importancia, como lo vamos a ver.

La Condamine no solía pecar de iluso. En su relato de viaje (9), trata de fábula los rumores que circulaban, desde hacía dos siglos, acerca de El Dorado y del Lago de Parima. Por el contrario, no pone de ninguna manera en duda la existencia de las amazonas. "Todos los indios nos dicen que lo habían oído contar por sus padres, no sin agregar una multitud de detalles, demasiado largos de repetir, que tienden a confirmar que hubo, en este continente, una república de mujeres que vivían solas, sin admitir hombre alguno entre ellas, y que se retiraron en el interior de las tierras del Norte, por el Río Negro o por uno cualquiera de los que, en el mismo lugar, se echan en el Marañón."

La Condamine precisa sus fuentes en cuanto a este desplazamiento: "Un indio de San Joaquín de Omaguas nos dijo que podríamos tal vez, en Coari, encontrar a un anciano cuyo padre había visto a las amazonas. Más tarde, cuando nuestra llegada en ese lugar, se nos informó que el indio del que se nos había hablado había fallecido. Pero hablamos con su hijo, que parecía tener alrededor de setenta años y mandaba a los demás indios de la región. Nos aseguró que su abuelo había visto a esas mujeres pasar en la desembocadura del río Cuchivara, las cuales venían del Cayamé que se echa él mismo en el Amazonas, en la orilla sur, entre Tefe y Coari. Agregó que su abuelo había hablado con cuatro de ellas, una de las cuales tenía a un niño al pecho. Nos dio el nombre de cada una de ellas y nos dijo que, partiendo del Cuchivara, cruzaron el gran río —quería decir el Marañen— y se dirigieron hacia el Río Negro... Debajo De Coari, igualmente, los indios nos hicieron en todas partes el mismo relato, con algunas divergencias de detalle, pero de acuerdo en cuanto a lo esencial.

"En particular, los topayos dicen que tenían de sus padres ciertas piedras verdes que éstos habían obtenido de las cougnanteinsecouima, vale decir, en su lengua, de las mujeres sin marido, entre las cuales se las encuentra en abundancia." Cougnanteinsecouima es la grafía francesa, un tanto cómica, de una palabra tupi-guaraní que, en el Brasil, se ortografía hoy cunhantensequima. Pero el sentido es correcto.

La Condamine se refiere después a la región en la cual se replegaron las amazonas: "Un indio que vivía en Mortigara, una misipn cerca de Para, se ofreció a mostrarme un río por el cual se podía llegar, según lo que él decía, muy cerca del país actualmente habitado por las amazonas. Este río se llama Irijó y pasé más tarde frente a su desem-

bocadura, entre Macapá y el Cabo Norte. Según las informaciones de este mismo indio, más allá del lugar donde dicho río deja de ser navegable por sus caídas, había, para penetrar en el país de las amazonas, que caminar varios días a través de la selva y cruzar una región montañosa.

"LIn soldado ya anciano, de la guarnición de Cayena, que vive ahora cerca de las caídas del Oyapoc, nos asegura que un destacamento de que formaba parte y que se había enviado, en 1726, reconocer las tierras del interior del país, había penetrado en el territorio de los Amicuanes, una nación de orejones que vive más allá de las fuentes del Oyapoc y cerca de las de otro río que se echa en el Amazonas.

Allí había visto muchas de esas piedras verdes. Habiendo preguntado a los indios de donde las sacaban, éstos habían contestado que provenían de las mujeres que no tienen marido, cuyas tierras estaban en el oeste, a siete u ocho días de viaje más lejos. Este pueblo de los Amicuanes vive lejos del mar, en un país alto donde los ríos, en razón de su reducido caudal, todavía no son navegables. En tales condicio-

nes, verosímilmente, no habían recibido esta tradición de los indios del Amazonas, con los cuales no mantenían relación alguna. Sólo conocían a los pueblos contiguos a sus tierras, entre los cuales habían reclutado a sus guías los franceses

del destacamento de Cayena."

A estos testimonios, nuestro viajero agrega dos reflexiones de la más alta importancia. La primera concierne la concordancia geográfica de los datos relativos a la migración de las guerreras blancas: "Mientras que los distintos relatos señalan la retirada de las amazonas por varios caminos, unos hacia el Oriente, otros hacia el Norte y otros hacia el Occidente, todos están de acuerdo para indicar como punto

común de llegada el centro de las montañas de la Guayana, y en un lugar donde ni los portugueses de Para ni los franceses de Cayena han penetrado aún".

La segunda reflexión de La Condamine es de orden general. Los detalles sobre las costumbres de las amazonas fueron alteradas y hasta agregadas por los europeos que les atribuyeron los hábitos de las amazonas del Asia. Por ejemplo, ningún testimonio menciona la ablación de un seno. Es cierto, por otro lado, que ^todos los indios de la América meridional, o la mayor parte de ellos, son mentirosos, cré-

dulos, apasionados por lo maravilloso. Pero ninguno de estos pueblos han oído jamás hablar de las Amazonas de Diodoro de Sicilia y de Justín. Sin embargo, la cuestión de las amazonas ya existía entre esos indios del centro de América antes de la llegada de los españoles, y también se las menciona en pueblos que nunca habían visto a europeos. Lo que demuestran las informaciones suministradas a Orellana y a

sus compañeros por el cacique, así como las tradiciones referidas por el P. de Acuña y el P. Barazi. ¿Puede creerse que esos salvajes de regiones alejadas se hayan puesto de acuerdo para imaginar, sin fundamento, el mismo hecho, y que tal fábula haya sido adoptada de modo tan uniforme, en Mayñas, en Para, en Cayena y en Venezuela, por tantos pueblos que no se entienden ni tienen entre ellos la menor comunicación?"

Entre las costumbres de las amazonas, hay algunas que seguramente no fueron agregadas por los europeos: las que nos relata Henri A. Coudreau (10), por ejemplo, al final del siglo pasado, acerca de la "maloca de las mujeres", una aldea situada del lado de las fuentes del Anauá o del Jauapery, en el Río Branco, sobre la frontera de la Guayana Británica y a unos 200 km a vuelo de pájaro de las fuentes del

Nhamundá: "Tienen entre ellas amantes de las cuales se muestran muy celosas, pero no lo son de los hombres, cuyas fuerzas, sobreexcitadas por el conguerecu, se reparten honestamente. Tienen depósito, cocinas, casitas privadas, salas comunes de diversión, bosquecillüs. Usan ornamentos de fiestas, aderezos a la moda de los antiguos tupíes, pero

andan habitualmente en un estado de completa desnudez, sin tanga. Asimismo, los hombres no tienen calembé. Cuando éstos han llegado a un estado de impotencia incurable, lo que sucede generalmente en la cercanía de los cuarenta años, aunque los utilizan para ciertos goces secretos. que no carecen de dulzura ni de compensación para esos desgraciados, a pesar de que los provocan sin compartirlos,las mujeres emplean a esos jubilados del amor en el cultivo de los jardines y la pesca. Para ellas, se reservan la caza y la guerra".

4. Las amazonas reencontradas

Si nuestro capítulo terminara aquí sólo podríamos concluir, de los relatos cuyas partes esenciales hemos transcripto, que existía en el Amazonas, desde la Conquista hasta el final del siglo próximo pasado, uno o varios grupos de mujeres guerreras que vivían entre ellas y no aceptaban sino de vez en cuando el contacto, meramente procreador,

de los hombres, y que este o estos grupos estaban establecidos, según las últimas noticias, entre el Alto Orinoco y las fuentes del Jary, al pie de la sierra del Roraima y de los montes Tumuc Humac. No podríamos afirmar que se trataba de mujeres de raza blanca, pues sólo tenemos, al respecto, el testimonio del P. de Carvajal y éste, que no las

vio sino en el curso de una batalla, habría podido perfectamente, con una total buena fe, calificar de blancas a indias de piel más clara que la de los hombres que capitaneaban. En tales condiciones, sería apenas abusivo aceptar la tesis de Creveau (n), el explorador de la Guayana, que sólo quería ver, en el origen de la "leyenda de las amazonas", grupos, como había encontrado algunos en el curso de sus

expediciones, de indias refugiadas en la selva para escapar a Dios sabe qué malos tratos. Pero semejante explicación ya no es aceptable hoy en día, por la sencilla razón de que, en 1954, alguien reencontró a las amazonas y vivió unos quince días con ellas.

Eduardo Barros Prado, uno de los hombres de nuestro tiempo que mejor conocen el Amazonas, efectuaba entonces una de sus expediciones periódicas en la región donde había pasado su infancia y donde su familia es dueña de enormes extensiones de selvas. Acababa de reencontrar allá, después de una búsqueda larga y penosa, a un indio, Jauaperi,que había sido criado con él, había cursado, en Inglaterra,

sus estudios de ingeniería, y luego, de vuelta en el Brasil, había, un buen día, retomado su lugar entre los suyos. Fue cuando, en Obidos, un poco abajo de la desembocadura del Trombeta, un viejo indio mundurucú le contó una extraña aventura vivida durante su infancia. Acompañaba a un grupo de familias que iba al Alto Jary a cazar el enorme "becerro marino" del Amazonas —en realidad, un mamífero acuático del orden de los sirénidos— que los franceses de la Guayana llaman bufféo y los brasileños, peixe-boi, pez buey. En el paraná * de Faro —el bajo Nhamundá, anchísimo en este lugar—, se habían cruzado con seis igarité (piraguas) cuyos remeros eran mujeres desnudas con tatuajes azules, que tenían la parte inferior del cuerpo cubierta de urucum: la savia roja de una planta que protege de las picaduras de mosquito. Ningún hombre las acompañaba. En el centro de la última piragua se destacaba la figura de una mujer extraordinariamente blanca, sentada en medio

de unos veinte niños ya próximos a la pubertad. Según Kunité —el mundurucú en cuestión—, se trataba de las mujeres sin marido. Periódicamente, bajaban por el Nhamundá para subir después por el Trombeta en busca de caza mayor. El indio agregó que su abuela, Ñutía, tenía una piedra, llamada muyrakitán (jade) que provenía de las cunhantensequima.

Barros Prado, cuyo relato nos hemos limitado a parafrasear, agrega (12): "Decía la leyenda que al norte de Faro, al lado. de unos cerros paralelos al curso del Nhamundá, existía una laguna conocida con el nombre de Jacicurá —espejo de la luna— y que allí acostumbraban purificarse las mujeres sin marido, en determinados momentos de las

fases lunares. Al zambullirse, invocaban en fervientes preces a la madre de las muyr akitanas, que moraba en. el fondo de la laguna. La ceremonia, que debía cumplirse en luna llena, hacía que recibieran de la madre las piedras mencionadas, como signo de haber accedido a su pedido... 'Eran las amazonas las únicas dueñas de tales amuletos, con los que obsequiaban a los hombres de las tribus guacaris pri-

mero, a los macuxis luego y a los parintintins finalmente, cuando éstos realizaban su visita anual en la época de las «aguas» para la tradicional ceremonia del acoplamiento".

* (Paraná: en el Amazonas, brazo de río localmente ensancha-

do en forma de laguna.)

Acompañado por Jauaperi y por un emerillón, Krakarán, que conocía a fondo la región, desde el Alto Orinoco al Oyapoc, Barros Prado emprendió la subida del Nhamundá, en piragua, con el apoyo de un pequeño hidroavión Curtiss. Además de los indios, iban con él tres blancos, entre los cuales Silvino Santos, ex cameraman de la expedición Hamilton Rice qué en vano había intentado, en 1925, remontar el üraricoera y de la cual él mismo había sido uno de los

guías.

El contacto se estableció después de veintiún días, cuando el hidroavión permitió situar una aldea que tres senderos en abanico vinculaban con un lago azul, al pie de dos cerros, en el cual acuatizó. En la aldea, no había sino mujeres cuya acogida fue amistosa. Eran indias, algunas de las cuales eran velludas como hombres y otras, desprovistas de la menor pilosidad. Unas parecían tatuadas o estaban cubiertas, desde la cintura hasta las pantorrillas, con pintura de urucum, mientras que otras presentaban su cuerpo libre de cualquier adorno.,

De uno de los lados del lago partían seis senderos que llevaban a un conjunto de carbets (chozas, en el francés de la Guayana), seis de ellos agrupados y tres separados de modo simétrico. "Todo parecía trazado por un ingeniero", comenta Barros Prado que, un día, fue conducido a los carbets simétricos. Setenta niños de menos de ocho

años vivían en ellos, cuidados por unas veinte mujeres de edad, a las órdenes de una cajabi blanca. Esta, interrogada gracias a Jauaperi —esas amazonas hablaban tupiguaraní—, explicó que su tribu, cuyos integrantes todos eran blancos como ella, moraba en el Levante, en una alta montaña situada a orilla de un río pedregoso. La habían

traído entre las cunhantensequima para reemplazar a una anciana, también blanca, que le repetía sin cesar que los suyos vivían en el Ponente. Las fotos que Silvino Santos tomó de esta cajabi (cf. foto 1) muestran sin dejar lugar a duda que no se trata de una albina.

Al final de su estada, Barros Prado y s.us compañeros pudieron presenciar las ceremonias de purificación de las nubiles y, luego, la llegada de los parintintins que acababan de recorrer 1300 km a remo para unirse con las amazonas. Se alejaron discretamente durante los quince días que duró la priapée y volvieron justo a tiempo para par-

ticipar en la fiesta de la partida de los hombres. La "leyenda" decía la verdad, en su forma menos trágica: los parintintins se llevaron con ellos a los niños varones *que iban a alcanzar ocho años. "Realmente todo parecía un sueño, escribe Barros Prado» y, de no haber sido por las tomas obtenidas por Silvino, no me atrevería a relatar el resultado de esta expedición que tiene tantos ribetes de inverosímil." Pero las fotos están y Barros Prado, a quien conocemos muy bien, es un hombre fidedigno.

¿Qué podemos concluir de todo eso? En primer lugar, que los relatos que hemos reseñado más arriba son, en cuanto a lo esencial, escrupulosamente exactos. Pero también que el P. de Carvajal no se había engañado: las amazonas primitivas eran realmente de raza blanca. Se unían, cada año, con los Guacarís que vivían del otro lado

del Gran Río, a la altura de las bocas del Nhamundá. Pero, un buen día, esta tribu blanca, y conocidísima como tal, desapareció por motivos que ignoramos. Las cunhantensequima llamaron entonces a los macuxis cuyas dos tribus están muy alejadas la una de la otra, en el Roraima y en el Alto Oyapoc: evidentemente a los de esta última región. Pero, dice Barros Prado, en razón, sea de las dificultades de un viaje en cuyo curso tenían que franquear los ríos Cachorro, Mapuera y Cuminá, sea del peligro que representaban los ataques de los emerillones, o también por la falta de víveres, esos indios de piel clara vinieron cada vez menos frecuentemente y, luego, renunciaron a

sus visitas. Las amazonas tuvieron que contentarse con los parintintins, los bares, los mundurucús, con cualesquiera indios que tuvieran a bien prestarse a un juego del que dependía la perduración de un modo de vida sui generis.

La raza se fue modificando rápidamente y, en unas pocas generaciones, las mujeres sin marido se convirtieron en indias. En vano intentaron mantener en los niños el culto del pasado confiándolos a una mujer blanca. No se reemplazan los genes por símbolos. Extremadamente valerosas, al punto de atacar el jaguar con lanza, ya no tenían nada, sin embargo, de las guerreras de los tiempos idos. Tal vez este cambio haya causado su pérdida. Cuando su paso por Obidos, en 1961, Barros Prado se enteró de que una de las bandas de boschnegeren, unos negros cimarrones que cruzan periódicamente la frontera del Surinam y saquean

la región brasileña limítrofe, se había instalado en los alrededores del lago de Jacicurá. ¿Atacaron a las cunhantensequimae? No se sabe, pues varias expediciones que intentaron alcanzar su aldea tuvieron que regresar, pero es de temer. Las amazonas blancas del siglo xvI habrían repelido sin la menor dificultad a sus agresores eventuales. Nadie

sabe lo que ha sido de sus descendientes degeneradas.

5. unos "tatuajes" reveladores

En el curso de las ceremonias de iniciación de las nubiles a las cuales Barros Prado pudo asistir y que duraron ocho días, diez ancianas hicieron tomar baños rituales a las jóvenes que, por primera vez, iban a participar en las fiestas del acoplamiento. Se habían vestido, para hacerlo, con largas túnicas de corteza de tucum, de color crema, casi blancas, símbolo, tal vez, de su raza perdida. Dos sacerdotisas, también de túnica, se pusieron luego a pintar, en el vientre, los brazos y los muslos de las "novicias", empleando el rojo del urucum, el negro azulado del genipapo —una baya de la región-*- y el blanco del albayalde, dibujos geométricos magníficamente trazados.

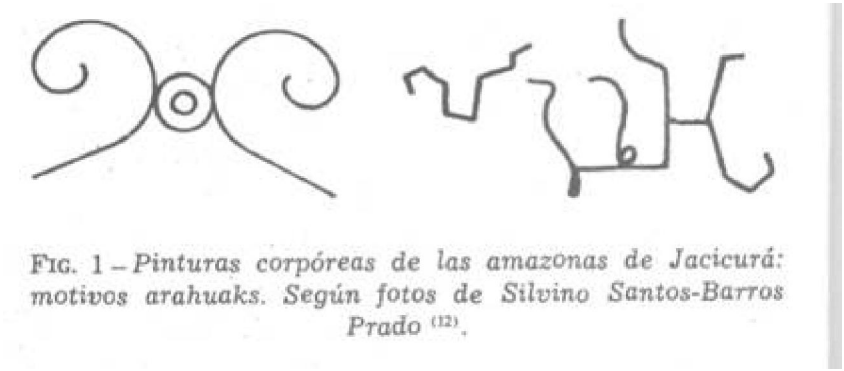


FIG. 1 – *Pinturas corpóreas de las amazonas de Jacicurá: motivos arahuaks. Según fotos de Silvino Santos-Barros Prado* [12].

• Estos falsos tatuajes recuerdan a veces el ornato de la. cerámica arahuak (cf. fig. 1), pero también y sobre todo, lo cual nos interesa más especialmente, }os motivos de los tejidos y esculturas de Tiahuanacu. La cruz de la figura 2, a la izquierda, es exactamente la que vemos en las paredes de la capital vikinga, con la diferencia

que el círculo central aquí está representado por el ombligo de la indiecita, mientras que la de la derecha, en la misma figura, es una cruz céltica, semejante a las que relevamos, en el Paraguay, al lado de inscripciones rúnicas. Los dibujos de la figura 3 recuerdan invenciblemente las cabezas esculpidas de la Puerta del Sol y vemos, en los de la figura 4, diversas representaciones del "signo escalonado", uno de los símbolos más característicos de la civilización tiahuanacota.

Desgraciadamente, hemos debido contentarnos en reproducir estos falsos tatuajes de las fotos tomadas durante las ceremonias y, luego, son incompletos. Eduardo Barros Prado, que los había copiado pero no pudo hallarlos en si archivo, nos ha expresado a menudo su estupefacción de

ver a las sacerdotisas pintar, a toda velocidad, dibujos tan regulares, a más de 2000 km a vuelo de pájaro del lago Titicaca a orilla del cual se encontraban sus modelos. Ninguna trasmisión en cadena es posible a través de la selva virgen, poblada de tribus salvajes. Tenemos, pues, una prueba tangible del origen de las amazonas y de sus descendientes.

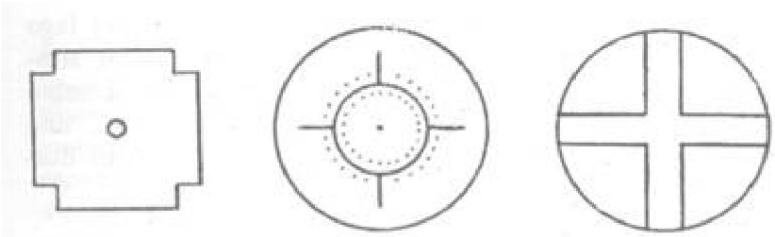


FIG. 2 – *Pinturas corpóreas de las amazonas de Jacicurá: cruces de Tiahuanacu y cruz céltica. Según fotos de Silvino Santos-Barros Prado* [12].

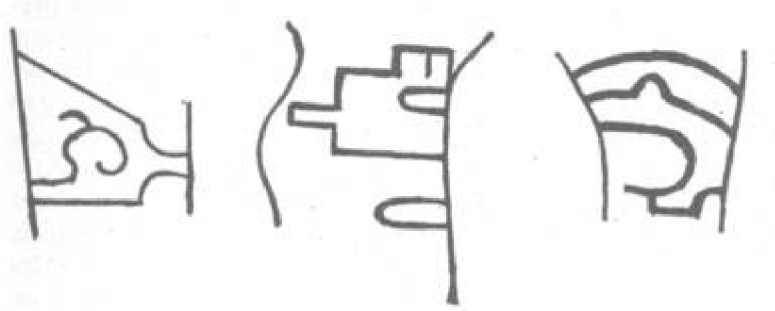


FIG. 3 – *Pinturas corpóreas de las amazonas de Jacicurá: motivos tiahuanacotas. Según fotos de Silvino Santos-Barros Prado* [12].

FIG. 4 – *Pinturas corpóreas de las amazonas de Jacicurá: el "signo escalonado", originario de Tiahuanacu. Según fotos de Silvino Santos-Barros Prado* [12].

6. £1 origen de las amazonas

De los testimonios y de los hechos que acabamos de reseñar, podemos extraer conclusiones extremadamente precisas. En primer lugar, nos permiten afirmar que existían, sin duda alguna, en la época de la Conquista, al norte del Gran Río, mujeres guerreras que vivían entre sí y sólo una vez por año aceptaban recibir la visita de hombres. Su

presencia fue señalada en tres lugares: al sur del río Araguary, en el interior de las tierras que bordean el delta del Amazonas; al oeste de los grandes raudales del Oyapoc, al sur de la actual Guayana Francesa; cerca de las fuentes del Cachivero, afluente del Alto Orinoco, vale decir en la ladera occidental de la Sierra de Parima que separa

Venezuela del territorio brasileño del Roraima, o Río Branco, según su antigua denominación. No sabemos si se trataba de grupos distintos, o de uno solo que, en el curso de su migración o en oportunidad de expediciones posteriores a partir de su base, se habría manifestado

en varios puntos. Lo que es cierto es que esas mujeres poseían un centro importante en el Nhamundá, desde el cual atacaron a Orellana en 1542 y donde Barros Prado, en 1954, reencontró a sus descendientes.

En el siglo xvi, esas amazonas eran blancas y mantenían la pureza de su raza eligiendo a sus maridos esporádicos entre los Guacarís, una tribu de hombres blancos que vivía,y de seguro que no por casualidad, al sur del Gran Río,frente a la desembocadura del Nhamundá. Por razones que nos son desconocidas, esos reproductores desaparecieron un

buen día y las guerreras tuvieron que sustituirlos por los macuxis blancuzcos del Alto Oyapoc y luego, cuando éstos espaciaron demasiado sus viajes, por indios auténticos. Perdieron así sus características raciales, aunque conservaron su recuerdo.

¿De dónde venían esas mujeres blancas? Casi no tenemos al respecto sino el testimonio del viejo indio de Coari, tal como lo relata La Condamine, pero los descubrimientos de Barros Prado lo confirman indirectamente. En la primera mitad del siglo xvn, el abuelo del indio en cuestión vio a un grupo de amazonas cruzar el río Marañen a la altura del río Cuchivara —el actual Purús— y subir hacia el norte. La fecha de este paso está bien establecida, puesto que el indio tenía unos setenta años cuando su conversación con La Condamine, a mediados del siglo xvin, y que, por el juego de las generaciones, el episodio vivido por su abuelo debía de remontarse a unos ¡cincuenta años antes

del nacimiento del anciano. Sea dicho entre paréntesis, sólo podía tratarse de una retaguardia, o de un grupo de reconocimiento enviado a la región otrora habitada por las amazonas, puesto que éstas, a mediados del siglo xvi, ya estaban sólidamente establecidas en el Nhamundá.

De cualquier modo, las mujeres en cuestión venían del río Cayamé, situado, al oeste, entre el Purús y el Jurúá. Estos ríos, que deslindan una enorme extensión de selvas,todavía hoy casi inexplorada, nacen ambos en el Perú, a unos cincuenta kilómetros apenas el uno del otro, en un punto de la Sierra de Urubamba situado a 300 km a vuelo

de pájaro al norte del Cuzco. Ahora bien: los "tatuajes" de las cunhantense quima de Jacicurá son indiscutiblemente tiahuanacotas. Los hechos se encadenan perfectamente: las amazonas habían venido del Perú bajando el Purús y se habían establecido en las selvas impenetrables

que separan este río del Juruá. ¿Por qué. el Purús más bien que este último? Porque encontramos aún en sus orillas, entre los Paumaris, tradiciones preincaicas, por ejemplo la del Diluvio (''). (Cf. mapa, fig. 5.)

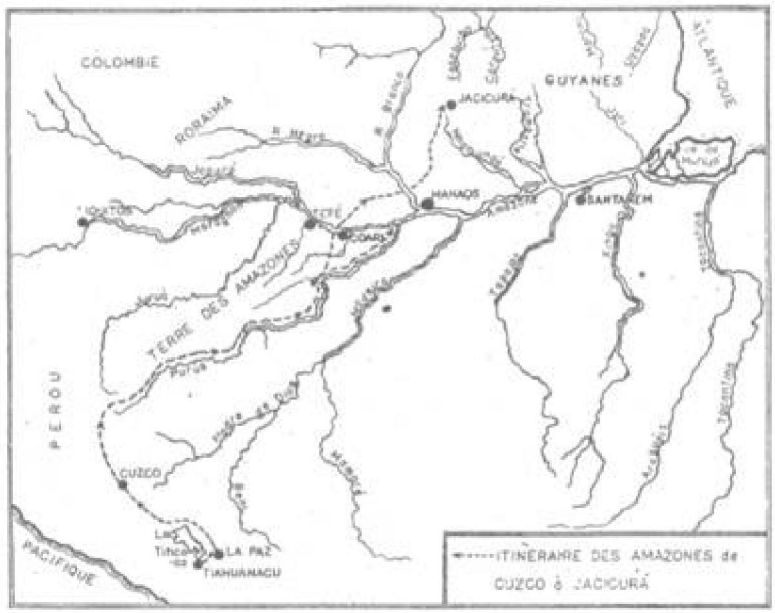


FIG. 5 – *Itinerario de las amazonas, del Perú a la Guayana.*

Tal origen peruano también explica los rumores que corrían acerca de la vajilla de oro y plata de las mujeres sin marido y de sus casas de piedra. Aun cuando hubieran debido renunciar a su vida lujosa de antes, lo cual no está probado, conservaban por lo menos su recuerdo y hablaban de ella. Y, muy probablemente, no es por casualidad que se encuentran, en su vecindad, a indios orejones: los omaguas, al sur del Gran Río,' y los amicuanes, al norte. Es sabido que la moda de estirarse las orejas insertando en sus lóbulos pesados anillos de madera o de piedra (ringrim, del norrés ring, anillo, aro) era típicamente peruana. Su adopción por los omaguas, que habían recibido una fuerte influencia incaica, es comprensible. Pero no se ve muy bien

cómo ni a quienes una tribu guayanesa habría podido pedirla prestada. El origen peruano de las amazonas resuelve el problema, sea que los amicuanes las hayan seguido en su migración, sea que hayan sido, en el lugar, sometidos por ellas.

Queda por saber en qué época las guerreras blancas dejaron el Altiplano andino. De seguro, no cuando la Conquista del Perú, que había tenido lugar sólo seis años antes de la expedición de Orellana. Por otra parte, la aristocracia blanca, un tanto mestizada, del imperio de los incas era muy poco numerosa y sus mujeres nunca habían hecho gala de las menores virtudes militares. En fin, los "tatuajes" de las mujeres de Jacicurá no son incaicos, sino tiáhuanacotas,

ya lo hemos visto, y la diferencia es apreciable. No hay duda, pues: la partida de las amazonas tuvo lugar hacia 1290.

Fue en esa fecha, en efecto, que los diaguitas del cacique Kari, llegados de Coquimbo, en Chile, atacaron a los vikingos daneses que tenían su capital en Tiahuanacu (14). Salvo unos pequeños grupos que pudieron escapar, los unos por el Pacífico, los otros en la montaña y la selva, los varones fueron degollados por los vencedores. Pero las mujeres conservaron la vida. Algunas, verosímilmente, fueron tratadas por los indígenas como botín de guerra. Es normal que otras hayan conseguido escapar y hayan tratado de alcanzar el Amazonas donde, como veremos, los vikingos tenían establecimientos: Las mujeres nórdicas de la alta Edad Media, en Europa, gustaban de acompañar en la guerra a los varones de su clan y frecuentemente participaban en sus combates. Las sagas escandinavas están llenas de las hazañas heroicas de las skjóld~meyar, o Vírgenes del Escudo, que muy a menudo han sido comparadas con las amazonas (15). La conquista y dominación, en Sudamérica, de un inmenso imperio que se extendía del río Maule, en Chile, a la meseta de Cundinamarca (Kondanemarka: la Marca Real Danesa, en norrés) donde está situada la actual Bogotá, sin hablar de

los caminos que, por el Paraguay y el Guayrá, llevaban de Tiahuanacu al Atlántico (16), por cierto que no habían debido de adormecer las virtudes guerreras de las mujeres vikingas de Tiahuanacu.

Las skjold-meyar del Altiplano se refugiaron, pues, en la selva, al este de los Andes, probablemente en contacto con algunos grupos de hombres que habían tomado el mismo camino, pero que, menos numerosos que ellas, se mantuvieron verosímilmente apartados para no quedarles sometidos. Por la fuerza de las cosas, esas mujeres adoptaron

el modo de vida y las costumbres que hicieron de ellas, poco a poco, lo que eran en 1542. Llegadas a orillas del Amazonas, se enteraron de que las guarniciones vikingas de la región, privadas de su base, se habían dispersado y que sus soldados habían, como ellas, por necesidad, adoptado las costumbres de los indios, único medio de sobrevivir.

Probablemente hubieran podido ir a morar con ellos. Pero se habían acostumbrado a la independencia y, tal vez, a las prácticas lesbianas. El hecho es que prefirieron, no sin establecer con los blancos de la vecindad las relaciones —belicosas o amistosas— que ya sabemos, conquistarse un pequeño reino en la región, imponiendo su autoridad a las tribus indígenas. Fue esto, por lo menos, lo que hicieron

las amazonas del Alto Nhamundá. Las demás, si las hubo,

desaparecieron sin dejar historia.

II

El Imperio del Gran Paytiti

1. El espejismo del oro

Los españoles que, sin mayores dificultades, puesto que el imperio de los incas estaba en plena descomposición y que su población los tomaba por dioses, entraron en el Perú en 1532 por cierto no tenían nada de fins lettrés. Eran aventureros valientes que no soñaban sino en el saqueo y frailes fanáticos que sólo pensaban en extirpar la "idola-

tría". Los unos fundían, para hacer lingotes, las incomparables piezas de orfebrería incaicas; los otros se encarnizaban con los templos y, a falta de manuscritos para quemar, como en México, destruían cuidadosamente los quípu, que los amanta utilizaban como elementos anemotécnicos, y las antiguas inscripciones, incomprensibles hasta para los incas y los indios, que aún se encontraban en la montaña.

Pizarro, el ex porquero analfabeto, cubría con su autoridad

la destrucción de lo que había sido, durante unos siglos, una

efímera, pero grandiosa, civilización.

Apenas llegados al Cuzco, los Conquistadores habían oído hablar de misteriosas regiones situadas en los confines del imperio. Los indios sólo las conocían por tradición, pero se complacían en atribuirles incomparables riquezas, tal vez con la esperanza de librarse de algunos, por lo menos, de sus opresores. Contaron así que, en algún lugar del Nordeste, el curaca (jefe) indígena de Guatavitá era tan rico que, cada año, en oportunidad de la fiesta del Sol, se bañaba,

cubierto de oro, en las aguas de un lago vecino. Aludieron igualmente al reino de Ambaya y a la capital, Manoa, del Gran Paytiti, emperador de los Musus, una ciudad con palacios de oro, situada en una isla del lago Parimé. En apoyo de sus afirmaciones, los indios evocaban un hecho histórico: la expedición que el soberano inca Yupanki, a fines

del siglo xv o en los primeros años del xvi, emprendió en vano, con la intención de someter a los musus, bajando por él Marañen, como lo demostramos en una obra

anterior (16), con una flota de balsas montadas por diez mil hombres. Tales relatos, aparentemente, fueron confirmados, en 1539, cuando llegó al Perú una tribu tupinambá que acababa de atravesar la región amazónica en su lugar más ancho, en

busca de la tierra del "Gran Antepasado", cuya capital con palacios de oro estaba situada en una isla, en medio de un lago inmenso. Los españoles que no habían descubierto aún el lago Titicaca y que, por otra parte, entendían mal la lengua tupi-guaraní de los peregrinos, creyeron que la ciudad en cuestión se hallaba en las selvas orientales de donde venían los indios.

En la misma época, Domingo de Irala y Francisco de Rivera, durante sus expediciones en el Norte del Paraguay y en la provincia de Santa Cruz, recogieron de boca de los indígenas toda clase de rumores sobre la laguna de los Xarayes y su isla del Paraíso, poblada de orejones. "Supo de estos indios Domingo de Irala, escribe Ruiz Díaz de Guzmán(3), cómo entre el Brasil y el Marañón y cabezadas

del Río de la Plata, había una provincia de mucha gente que tenía sus poblaciones a la ribera de una gran laguna, y que poseían gran cantidad dé oro de que se servía; por lo que los españoles dieron a dicha laguna por denominación él Dorado. Cuyos naturales dicen, confinan con unos pueblos de solas mujeres...". Es el imperio del Gran Moxo, o Gran Paytiti. Para colmo de confusión, Del Barco Centeñera (p) que, en su famoso poema, describe la isla de Paytiti, con su palacio de oro, agrega que, según algunos, el río Paraguay, o Río de la Plata, nace en el lago de Parimé,en la provincia del Dorado...

El historiador argentino Enrique de Gandía (18) ha mostrado muy claramente que parte de los rumores recogidos por los españoles se referían, por un lado, al lago Titicaca y a su isla del Sol y, por otro, al lago Guatavitá. El imperio del Gran Moxo, que saca su nombre de la llanura de los Moxos (Mojos, según la actual ortografía española), situada en la provincia de Santa Cruz, al pie del Altiplano andino, no hace sino reflejar el recuerdo reciente del de los

incas, mientras que el mito del Dorado tiene su origen en la

ceremonia solar que celebraba un curaca de la actual Colombia. Piense lo que piense Gandía, el problema no es tan fácil de resolver en lo que atañe al imperio del Gran Paytiti.

Con este nombre, Del Barco Centenera (17) describe, indudablemente, el Titicaca. Pero no es esto sino fantasía de poeta. Los jesuítas de Santa Cruz, que vivían en estrecho contacto con los indios guaraníes de sus misiones, situaban en el Norte de su provincia el territorio del misterioso soberano: "Fue el Señor servido de darnos buen

viaje", escribía el 14 de septiembre de 1595, el P. Andrés Ortiz a su provincial, el P. Juan Sebastián, "e venimos siempre ribera del río Guapay... que corre .Norte-Sur —el

buen padre se expresa mal, pues el Guapay, afluente del Mamoré, y no podía ignorarlo, pertenece a la bacía del Amazonas y se dirige hacia el norte—, por tener noticia que ribera del ha población que ha de dar noticia de los Moxos, o Paytiti, o Candiré, como acá lo llaman". En 1572, por otro lado, el virrey del Perú, Francisco de Toledo, menciona en una carta "la provincia de las mujeres, hasta la gran noticia del Paytité". Todo parece indicar, pues, que el misterioso imperio se encontraba en el Amazonas. En el Alto Paraguay y en Santa Cruz, los indígenas lo situaban en un lugar que corresponde al territorio donde las guerreras blancas se habían primitivamente establecido, entre el Purús y el Juruá. Mas, en el

Perú, se lo buscaba aún más al norte.

Fue en 1535, el mismo año de la conquista del Cuzco, que Pizarro mandó a Pedro de Candía a las fuentes del Amazonas, en busca de las tierras del Gran Paytiti, emperador de los Musus. En 1539, Pedro de Anzures trató en vano de penetrar en la misma región. En 1540, Gonzalo Pizarro se hizo nombrar por su hermano, el Conquistador, corregidor de Quito, en el actual Ecuador: su propósito era partir hacia el este, en busca del Dorado y de la Tierra de la Canela. Reclutó a doscientos españoles,"gente más noble y principal del reino", y dos mil prisioneros de guerra indios. Disponía de doscientos caballos y

de llamas utilizadas, al modo de los indígenas, como animales de carga. Esta "ciudad en marcha", según una expresión de la época, partió de Quito en febrero de 1541 y progresó lentamente hasta cierto punto del río Coca. Imposible avanzar más, por falta de abastecimiento. Gonzalo Pizarro encargó entonces a su lugarteniente, Orellana, la misión de bajar por el río y de ir a esperarlo dos o tres meses en un punto convenido. Después de veintiséis días, el tiempo necesario para la construcción de un segundo bergantín, el oficial

—lúcido o rebelde, se lo discute aún hoy— se hizo reconocer como capitán por sus hombres y decidió proseguir por su cuenta con la expe-

dición. Ya se sabe lo que sucedió.

Orellana no fue el último de los que tomaron, desde el Perú, el camino del Amazonas con la esperanza de descubrir el Paytiti. Bástenos mencionar a Pedro de ürzúa, quien se embarcó, en 1560, con una buena tropa en el río Llamas, en busca del lago Parimé. En el trascurso del viaje, su lugarteniente, Lope de Aguirre, lo asesinó en circunstancias que nos han quedado desconocidas, descendió el Amazonas hasta el océano y, por el mar, llegó a Venezuela, donde sus hombres lo entregaron a las autoridades que lo hicieron ejecutar. Sin embargo, en la misma época, ya hacía tiempo que se buscaba alcanzar a Manoa por

el norte.

La primera expedición fue la de Pedro Fernández de Lugo, gobernador de la Nueva Granada (Colombia), quien,en 1536, intentó en vano remontar el río Magdalena y tuvo

que retroceder. Su lugarteniente, Gonzalo Jiménez de Quesada, que lo acompañaba por vía terrestre, siguió avanzando. Con cuarenta de sus ochocientos hombres, alcanzó la

meseta de Kondanemarka (Cundinamarca, según la transcripción española), donde fundó la ciudad de Bogotá. En 1539, Nikolaus Federmann, un hombre de los Welser a quienes Carlos V había dado el feudo de Venezuela en garantía de préstamos que había obtenido de ellos, descubrió el lago Guatavitá. Conocía su historia, relatada nueve años antes por Diego de Ordaz, quien la había oído contar en la región del Orinoco. El mismo año, Quesada, con quinientos hombres de los cuales sólo volvieron veinticinco, llegó, él también, al lago del Hombre Dorado. En 1541, Philipp von Huten partió de Coro, en la costa de Venezuela, con un centenar de jinetes, incluso el joven Bartholomáos Welser, con el propósito de alcanzar el Amazonas, pero fue repelido, a orillas del río Japurá, por un verdadero ejército de 15.000 indios. En fin, en 1584, Antonio de Berrio, quien había oído

hablar del Dorado y de Manoa, sobre el gran lago de Parimá, salió de Bogotá y se lanzó por el Orinoco que descendió hasta el mar. Mandó a España su maestre de campo, Domingo de Vera, quien armó allí una flota y reclutó a dos mil hombres. Desde Trinidad, se lanzaron en todas las direcciones, pero, en unos meses, casi todos murieron. En 1595,

Berrio fue apresado por Sir Walter Raleigh. Este, convencido como lo estaba de que los incas eran ingleses, se entusíamó al oír hablar del Dorado. El honorable pirata penetró en el Orinoco, pero la amenaza de una flota española que se estaba acercando lo obligó a desandar camino.

En 1674 aún —los mitos son resistentes— dos jesuítas franceses, los padres Grillet y Béchamel, se lanzaron, sin éxito, a través de la Guayana, "en busca del gran lago Parima y de numerosas ciudades que se dice están situadas en sus orillas, y reputadas como las más ricas del mundo (19)".

¿Qué podemos deducir de todo eso? En primer lugar, que existía, en una época indeterminada de antes de la Conquista, un territorio, contiguo a la Tierra de las Amazonas, que los indios situaban en la selva, al nordeste del Perú. Los relatos que lo conciernen hasta debían de ser más precisos que los textos de los cronistas españoles, pues el cartógrafo Théodore de Bry, en 1599, sitúa en la Guayana el lago Parima y coloca en su orilla norte la ciudad dorada de Manoa: en la gran Guayana de la época, donde precisamente Barros Prado reencontró a las amazonas y su lago de Jacicurá.

Conviene, por lo demás, notar que, si los incas conocían la existencia, en el Amazonas, del imperio de los Musus, fue del Oeste que llegaron a los españoles del Perú, y del Norte, a los del Paraguay, vale decir de tierras pobladas por los guaraníes y tupiguaraníes —dos ramas de la misma raza— las informaciones relativas al Gran Paytiti. El nombre mismo de este soberano legendario es netamente de origen guaraní, por lo menos en cuanto a lo inmediato. Desde el Paraguay a la Guyana, pay, en efecto, significa padre, en

el sentido religioso del término, sacerdote. Titi, escribíamos en una obra anterior (16), "parece ser una variante de Ticci o Ticsi, una forma por otra parte más próxima de Ti, raíz de Tiwaz, nombre del Padre del Cielo, en viejo germánico, que la que se encuentra en Kon Ticsi Huirakocha, el Dios Blanco de la religión incaica. Una forma más antigua, también, según parece, puesto que es ella la que figura en el

nombre del lago sagrado de los Hombres de Tiahuanacu, el Titicaca y hasta, según Hermann Munk, en el de la capital del imperio vikingo de Sudamérica, que vendría de Ti y de vangr, residencia en norrés. La repetición de Tí no tiene por qué sorprendernos: ¿no existe, en la Selva Negra, un lago que se llama, aún hoy, Titisee?

2. Los guardianes de los caminos

Los guaraníes tenían muy buenas razones para conocer secretos que se habían perdido cuando la destrucción del imperio de Tiahuanacu. Habían formado parte de éste, pero, protegidos por la distancia, la selva y su belicosidad natural, no habían sido vencidos, ni atacados siquiera, por los diaguitas de Kari. Los daneses, sobrevivientes de la matanza, que se dedicaron a reconquistar los territorios, caídos en la anarquía, que les habían pertenecido, habían limitado su acción a las provincias del Altiplano, y sólo durante los últimos decenios habían establecido, en Santa Cruz, una línea de fortificaciones destinada a proteger sus marcas de las incursiones guaraníes, al mismo tiempo que habían tratado, por lo demás sin éxito, de penetrar en el Amazonas.

Por eso, los guaraníes no habían sufrido los efectos de laley del silencio que los incas, preocupados por hacer olvidar a los pobladores indígenas la derrota de la isla del Sol y sus consecuencias, habían impuesto en cuanto a la historia de sus orígenes. Ellos conservaban del antiguo imperio un recuerdo que, verosímilmente, una larga trasmisión oral había atenuado y deformado, pero que no dejaba por

eso de seguir siendo muy precisa en ciertos puntos. El Gran Paytiti, el Dios-Padre, era, por supuesto, el soberano divinizado de Tiahuanacu; y su imperio, la isla del Sol, en medio de un lago que situaban mal porque sus antepasados jamás habían llegado hasta él, y las provincias guaraníes donde los vikingos habían tenido establecimientos.

En nuestra obra anterior (16), establecimos de modo irrefutable que los Hombres de Tiahuanacu habían construido, a través de los territorios guaraníes que constituyen hoy día la provincia boliviana de Santa Cruz, el Paraguay y el actual Estado brasileño del Paraná, una vía de comunicaciones que les permitía alcanzar el Atlántico en dos puntos: la bahía de Santos, al norte, y la isla de Santa-Catarina, al sur. Habíamos hecho, en Cerro Polilla, en la Sierra de Yvytyruzú (Paraguay) el relevamiento de una Posta que unas inscripciones rúnicas traducidas y una magnífica imagen de Odín nos habían permitido identificar con una certeza absoluta. La existencia de este camino no significaba de ningún modo que los daneses, muy poco numerosos, habían

poblado las regiones que atravesaba. Probablemente mantenían en él algunos fortines. Pero su custodia estaba encargada a las tribus guaraníes que, por lo demás, lo respetaron hasta la época de la Conquista.

Los guaraníes y los tupíes poblaban entonces las costas orientales de Sudamérica, desde el Río de la Plata hasta el Amazonas. Fueron poco a poco repelidos por la colónización portuguesa y española. En el interior de las tierras, salvo en la región que hemos definido en el párrafo anterior y a la cual corresponde agregar las provincias

del Nordeste argentino y una amplia extensión del Mato Grosso brasileño, estaban en minoría en relación con otras tribus y todavía lo están donde la población indígena se conserva. Salvo en el curso de los ríos de alguna importancia estratégica. Aún hoy dominan, no sólo los ríos Paraná y Paraguay, sino también el Amazonas, en todo su

recorrido, su afluente el Xingú, el Maroni que separa la Guayana Francesa del Surinam, y el Corentyne, que sirve de frontera entre este último país y la Guayana ex británica. Se encuentran, ademad, dos sectores guaraníes de desigual importancia a orilla del río Sao Francisco, el uno en su desembocadura y el otro en sus fuentes, anomalía cuya explicación se proporcionará en el capítulo IV.

Quedan dos zonas que no corresponden a ríos. Una de ellas sigue la actual frontera entre el Brasil y Colombia, al norte del Amazonas, entre este último río y su afluente, el Japurá. La otra está situada entre el Purús y el Juruá, vale decir exactamente en la región donde, ya lo vimos, las amazonas se refugiaron antes de instalarse en el norte del Gran Río. (Cf. mapa, fig. 6.)

FIG. 6 – *Zonas de habla guaraní, según Jover Peralta y Osuna* [20].

¿Semejante repartición se debe al azar? No lo creemos.

Los guaraníes y los tupíes —repitamos que se trata de dos ramas de la misma raza que, con algunas variantes, hablan el mismo idioma— eran los auxiliares de los daneses de Tiahuanacu. Tenemos la prueba de ello, puesto que éstos les habían encargado la custodia de sus caminos del Sur. ¿No habían obrado del mismo modo respecto de sus vías de comunicación fluviales del Norte? Tal es la hipótesis que nos ha sometido nuestro colaborador de] Instituto de Ciencia del Hombre, de Buenos Aires, el profesor Hermann Munk, y la estimamos correcta. El Amazonas constituía la vía de acceso al Atlántico más racional para quien venía del Perú, y veremos más adelante que los vikingos la utilizaban. El Xingú, pese a estar cortado por numerosos raudales que no detienen en absoluto a los indígenas de hoy, permitía ir de la desembocadura del Gran Río a las fuentes del Paraguay recorriendo apenas unos cien kilómetros a pie, y luego, siguiendo la corriente, alcanzar uno de los caminos que llevaban a Potosí y, más allá, a Tiahuanacu. No era éste, por cierto, un viaje descansado, pero algunos correos podían tener interés en elegir este itinerario, más bien

que remontar el Amazonas y bajar después, a pie, desde Quito, o viceversa. El Xingú constituía, además, una línea de comunicación directa entre la región guaraní, densamente poblada, del Paraguay y del Mato Grosso y el valle del Marañón, a orilla del cual tenían guarnición los guerreros al servicio del imperio. Y tal vez sea, en parte, por una razón del mismo orden que el Sao Francisco, que permite ir, por vía fluvial, del norte de Bahía a la desembocadura del Río dé la Plata, recorriendo a pie únicamente los 50 km entre sus fuentes y el Río Grande, afluente del Paraná, parece también haber estado bajo el control de los auxiliares de Tiahuanacu. .

La hipótesis de nuestro colaborador está fuertemente respaldada por la etimología de la palabra guaraní que el diccionario (20) hace derivar de guariní, guerrero. Ahora bien: en las transcripciones españolas de nombres indígenas, gua, hua y va son formas equivalentes e intercambiables. Y vari significa guerrero, en norrés: de esta palabra

procede el nombre de los famosos varegos, conquistadores y civilizadores de Rusia.

En cuanto a las tribus del Maroni y del Corentyne, su presencia en medio de poblaciones de razas e idiomas diferentes es francamente insólita. Puede deberse, por cierto, a alguna causa que se nos escape, y hasta a un mero deseo de cambio. Pero también es posible que se hayan reagrupado alrededor de las amazonas replegadas en la Guayana, y

hasta que hayan sido traídas por éstas en el curso de su migración. Las guerreras blancas evidentemente se habían refugiado, en un primer momento, en una zona donde la población era leal, y comprobamos que la región, todavía hoy, está dominada por los tupiguaraníes que constituyen en ella una isla racial y cultural. No habría habido nada sorprendente en que hubieran estado acompañadas, en su desplazamiento hacia el Norte, por una escolta india a sus órdenes, inclusive, según la costumbre, las mujeres y los hijos de estos auxiliares.

El papel de guardacostas desempeñado por los guaraníes y los tupíes desde el Río de la Plata hasta el Amazonas parece haber sido atribuido, entre el Gran Río y el Orinoco, a unas tribus arahuaks originarias de las orillas del Titicaca. Los "viajeros" de los dos últimos siglos señalaban la presencia de poblaciones pertenecientes a esta raza en los contrafuertes pié los Andes bolivianos (algunos gru-

pos de antis, yuxtapuestos a los yurakarés blancos) (14), en los valles peruanos de Vilkanuto (Virk Knud, en norrés:

Fortaleza Knud) (M) y de Pilcopata (los machigangas, los pilcosumis, etc.), en el Alto Paraguay (los guanas), en el Alto Xingú (los kustenaus) y en la Guayana y Venezuela. En la época de la Conquista, los arahuaks desde hacía tiempo estaban en guerra con los

caribes de las Antillas cuyas islas principales ocupaban, mientras que sus enemigos los había repelido de la costa venezolana.

Sabemos que los incas a menudo desplazaban a poblaciones enteras, estableciendo a tribus leales en las regiones recién conquistadas. En eso como en tantas otras cosas, no hacían, verosímilmente, sino seguir el ejemplo de sus antepasados daneses. Es del todo improbable, en efecto, que los arahuaks hayan abandonado espontáneamente sus mon-

tañas para ir a establecerse en las selvas amazónicas y otras.

No eran salvajes, ni mucho menos. En el siglo próximo pasado, eran aún excelentes herreros (21), fabricando, con el mineral de hierro que ellos mismos extraían y trabajaban, hachas, cuchillos y lanzas de alta calidad. En el Mato Grosso, tejían y teñían telas finísimas, cultivaban el algodonero y la caña de azúcar y hacían, con el jugo de esta última, panes de melaza, merced a máquinas inventadas por ellos.

En el Amazonas, mucho antes de la Conquista, se los conocía como extraordinarios alfareros y sus vasos, finamente decorados con complicados dibujos, figuran en buen lugar en los museos del Brasil y de más allá. Pero también eran consumados guerreros.Un elemento decisivo en apoyo de nuestra hipótesis es el nombre mismo de esas tribus. Hoy día, se ortografía generalmente este nombre a la inglesa: arawak. Pero la transcripción española de la fonética quichua a través de la cual la palabra nos ha llegado es mucho más correcta. En la

lengua general del Perú, el sonido hua se confunde prácticamente con va, forma ésta que los cronistas de la época de la Conquista, por lo demás, usaban a menudo. Ahora bien: arahuak —aravak— no es quichua, ni aymará. El término tiene, por el contrario, un sentido clarísimo en

el dialecto del Schieswig que hablaban los vikingos de Tiahuanacu, intermedio entre el norrés clásico y el antiguo alemán, como lo mostramos en nuestras obras anteriores (14< 16) y como el profesor Munk lo ha establecido sobre bases sólidas con la traducción, que se le debe, de las inscripciones rúnicas del Paraguay y del Brasil. Arahuak significa, en efecto, guardia de honor *.

* (AR: anglosajón, ar; antiguo alemán, era, frisón, ere: ho-

nor. VAK: norrés, vaka: guardia..)

3. Los mitos del Orinoco

Él imperio del Gran Paytiti era, por lo tanto, el enorme territorio que constituían el Amazonas y la Guayana, hasta el Orinoco; una marca cuyas costas y cuyos ríos los Hombres del Titicaca protegían cuidadosamente, gracias a sus milicias tupiguaraníes y a su "Guardia de Honor" andina. No habitaban la región, pero sí viajaban por ella. Probablemente, como los incas lo hicieron más tarde en sus

provincias indias, mantenían en sus puntos claves a altos funcionarios, encargados de gobernarla, y a oficiales a quienes confiaban el mando de las tropas de frontera, blancos los unos como los otros.

No es nada sorprendente, pues, que Humboldt (8) haya podido escribir, a su vuelta del viaje hecho con Bonpland, de 1799 a 1804, a través de "las regiones equinocciales del nuevo continente": "En las sabanas... limitadas por el Cassiquiare, el Atabapo, el Orinoco y el Río Negro, no hay, hoy día, rastro alguno de habitación humana. Digo hoy día; pues, aquí como en otras partes de la Guayaría, figuras groseras, que representan el sol, la luna y animales, están trazadas en las rocas de granito más duras y atestiguan la existencia anterior de un pueblo muy diferente de los que aprendimos a conocer a orillas del Orinoco. Según el relato de los indígenas y de los misioneros más inteligentes, esos signos simbólicos se parecen enteramente a los caracteres que vimos, cien leguas más al norte, cerca de Caycara, frente a la desembocadura del Río Negro. Llaman tanto más la atención los restos de una antigua

cultura cuanto que ocupan un espacio más grande y contrastan más con el embrutecimiento en el cual vemos, desde la Conquista, a todas las hordas de las regiones cálidas y orientales de Sudamérica".

Esta antigua cultura no ha dejado sólo símbolos. Humboldt relevó, en efecto, entre los tamanaques del Orinoco, un "mito de los orígenes" del más alto interés. El padre de la nación, Amilavaca, llegó en un bote cuando la grande inundación. El océano se rompía contra las montañas de la Encaramada. Todos los tamanaques sé ahogaron, menos

una pareja que se refugió en un monte, cerca de la orilla del Asiveru, que los españoles llaman Cachivero. "Amilavaca, viajando en un bote, grabó las figuras de la luna y del sol en la roca pintada (topumereme) de la Encaramada. Bloques de granito apoyados los unos en los otros, y que forman una especie de caverna, se llaman, todavía hoy, la casa o la residencia del gran abuelo de los Tamanaques.*' Notemos, al pasar, que la región del Cachivero es una de las zonas donde la presencia de las amazonas fue señalada.

Amilavaca tenía un hermano —vale decir, verosímilmente, un compañero de su misma raza—, Vochi, que lo ayudó a crear 'el mundo. Se dedicaron, en particular, a regular el curso del Orinoco, "de tal modo que siempre se pudiera seguir la corriente para descender y para remontar el rio". Después de terminada su obra "de este lado de)la grande agua", Amilavaca reembarcó y "retornó a la otra orilla"

de donde había venido.

Humboldt precisa que este mito está difundido en un espacio de 5.000 leguas cuadradas y que el nombre de Amilavaca designa al Padre de los Hombres —nuestro Gran Abuelo— hasta entre los caribes. Originariamente, agrega, se trataba más bien de un "personaje de los tiempos heroicos, un hombre que, viniendo de lejos, vivió -en la tierra de los caribes, grabó trazos simbólicos en las rocas y desapareció, yéndose más allá del océano". Y también, que realizó en la región grandes obras hidráulicas —tal vez el canal artificial que, por el Cassiquiare, une el Orinoco con el Río Negro, luego con el Amazonas— de las que los indios, que no podían entender'su utilidad, aún se mofaban a principios del siglo pasado.

"Lo que los tamanaques y las tribus que hablan lenguas análogas a la lengua tamanaque nos relatan hoy, concluye Humboldt, lo aprendieron verosímilmente de otros pueblos que vivieron en esas mismas regiones antes que ellos." O con ellos. Pues Amilavaca, como Quetzalcóatl en el Anáhuac, Kukulcán en el Yucatán, Votan en Guatemala, Bóchica en Colombia y Huirakocha en el Perú, es un héroe civilizador histórico, posteriormente divinizado por los indígenas (M). Aquí, la mitificación sincretista hasta es doble. Por un lado, los "ingenieros" Amilavaca y Vochi se confunden con los Creadores de las Edda. Por otro, se los hace llegar, como sus antepasados, de más allá del océano y volverse

hacia el este por el mar. Lo cual, por lo demás, debe responder a los viajes marítimos bien reales de los vikingos de Tiahuanacu que, evidentemente, -no ocupaban sin motivo las bocas del Amazonas y el Orinoco, o tal vez de los normandos que, a partir de 1250, venían a cargar en el Amazonas troncos de madera brasil (16).

Que el mito de los orígenes de los tamanaques se refería a los vikingos, el nombre mismo del héroe civilizador bastaría para demostrarlo. Amilavaca es, en efecto, una palabra norresa, hecha del nombre germánico Amil, que viene del antiguo alemán am, forma secundaria de em, fuerte, e ilen, correr,' y que todavía tenemos en alemán (Emil); en francés (Emile), en castellano (Emilio), etc., y

del norres vaka, guardia: Emilio el Guardia. Era posible-

mente el jari que mandaba el cuerpo de los arahuaks.

Las tradiciones indígenas de la región mencionan también otro nombre vikingo: el de "Ari del Müsus, contiguo a los Muyscas, que aparece a lo largo del río Magdalena como un Dios-Profeta". Es éste un dato de la mayor importancia, pues viene a confirmar la situación, tal como la hemos establecido más arriba, del territorio del Gran Paytiti, em-

perador de los Musus. Desgraciadamente, Bastían (23), á quien lo debemos, no indica sus fuentes, contrariamente a su costumbre. Se trata de un autor extremadamente serio,

y hasta puntilloso, que hace gala, en su obra, de una excepcional erudición. Manifiestamente, no inventó un detalle que, por otro lado, sólo relata al pasar. Lo debe probablemente a algún "viajero" del siglo pasado. Pero no lo sabemos

con certeza, lo que es de lamentar.

4. Las inscripciones rupestres de la Guayana

En el curso de su largo viaje a través de la Guayana occidental, Humboldt tuvo oportunidad de ver numerosas inscripciones rupestres. Cuando hablamos de la Guayana, entendemos el inmenso territorio que limitaban el Orinoco, el Cassiquiare, el Río Negro, el Amazonas y el mar y que se llamaba entonces la Francia Equinoccial. Á principios del

siglo xvII, los españoles de Venezuela ya habían cruzado el Orinoco, los holandeses y los ingleses ya habían fundado establecimientos en la costa norte del territorio. Pero los franceses se mantenían sólidamente, gracias a una línea de fortines, en la orilla norte del Amazonas y hasta habían colonizado el Tocantins, al sur, que sus barcos remontaban libremente y donde, según él P. de Acuña (4), recogían piedras preciosas y oro en abundancia, y hasta tierra "para

beneficiarla en la suya, enriqueciéndola". Por el tratado de Utrecht, Luis XIV renuncio a la orilla norte del Gran Río.

A la orilla, pero no al territorio adyacente. Poco a poco repelida por los portugueses y los brasileños, no le quedó finalmente a Francia sino su actual Guayaría. Veremos más adelante que esté aspecto históricogeográfico de la cuestión tiene, para nuestra investigación, cierta importancia.

El hecho es qué fue entre las fuentes del Río Branco y del Essequibo, en la actual Guayana ex británica, donde Humboldt oyó hablar de rocas cubiertas de inscripciones. No consiguió reencontrar las que el "viajero" Nicolás Horstmann que, en 1749, todavía buscaba El Dorado, y de cuyo diario tenía una copia, había visto al remontar el Rupovini,

justo antes de llegar al lago Amucu: "varias letras" en rocas. Pero se le mostró "cerca de la Roca Culimacari a orillas del Cassiquiare, y en el puerto de Caycara, en el Bajo Orinoco, unos trazos que se creía eran trazos alineados. No eran, sin embargo, sino figuras informes que representaban cuerpos celestes, tigres, cocodrilos, boas e instrumentos para la fabricación de la harina de mandioca... Los trazos descubiertos, en las montañas de Qruana, por el misionero

Fray Ramón Bueno se acercaban más a una escritura alfabética; sin embargo, aun estos caracteres... dejaban muchas dudas". En una palabra, esas inscripciones que Humboldt

pudo observar en las montañas de la Encaramada, en el puerto de Sedeño, cerca de Caycara, en San Rafael del Capuchino, enfrente de Cabruta y "casi en todas partes donde la roca granítica horada el suelo de la sabana que se extiende desde el Cerro Curiquima hacia las orillas del Cáura" no retuvieron su atención. Atestiguaban, por parte de sus autores, una cultura superior a la de los indios, pero nada más. Otros tuvieron más suerte.

Así Cari Ferdinand Appun (24) que, en San Esteban, a una legua al sur de Puerto Cabello, en Venezuela, relevó un litóglifo (inscripción grabada) sensacional (cf. fig. 7).

FIG. 7 – *La inscripción de San Esteban, Venezuela, según Appun* (24).

Se trata, sin duda alguna, de dibujos primitivos desprovistos de significación aparente, pero cuya inspiración, si no la ejecución, no es india. Notemos, por ejemplo, que las caras, representadas de modo esquemático, que figuran entre ellos no presentan ningún rasgo mongoloide y que el barco que se encuentra abajo a la derecha, dominado por un signo que se parece a una doble runa de la muerte, no tiene nada de una canoa indígena y, por el contrario, recuerda en algo

un drakkar vikingo. Schomburgk (25), en la misma región, vio "gran número de enormes figuras, nítidamente esculpidas, que parecían representar siluetas humanas". Una de ellas, que medía más de diez pies de altura, llevaba, alrededor de la cabeza, una especie de aureola. Los indígenas le señalaron la existencia, a 12 millas más allá del Maruá, afluente de la orilla izquierda del Parima, en el Alto Río Branco, de un conjunto de rocas, cubierto de inscripciones, que llamaban Tamurumu y que tenía de 300 a 400 pies de altura. Es mucho más difícil atribuir a los indígenas la inscripción relevada por él a orilla del Cassiquiare, neta-

mente runoide (cf. fig. 8).

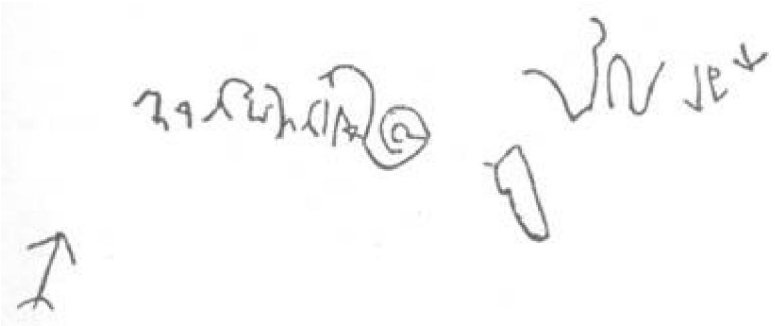


FIG. 8 – *Una inscripción runoide del Cassiquiare, según Schomburgk* (25)

Siempre en la misma región, Schomburgk descubrió una serie de figuras que hicieron vacilar —pero sólo vacilar— su convicción que los litóglifos y litogramas * de la Guayana debían atribuirse a indios "de un grado de cultura más elevado" que el de los indígenas de su tiempo. En las rocas llamadas Cumuti o Taquiare, encontró "algunos caracteres indios (cf. fig. 9) que se acercaban por su regularidad y por su semejanza a otras inscripciones que habían sido descubiertas, poco antes, al este de Ekaterinenburgo, en Siberia, en los alrededores de las fuentes de Irbit y del Pischma, afluentes del Tura, y en Dighton, cerca de la orilla del Taunton, a 12 millas francesas al sur de Bostón,en los Estados Unidos.

* (Según la costumbre que empieza a difundirse, adoptamos

aquí la terminología brasileña, mucho más correcta que la que se

emplea generalmente en Europa. Llamamos litóglifo la inscripción

grabada y litograma la inscripción pintada.)

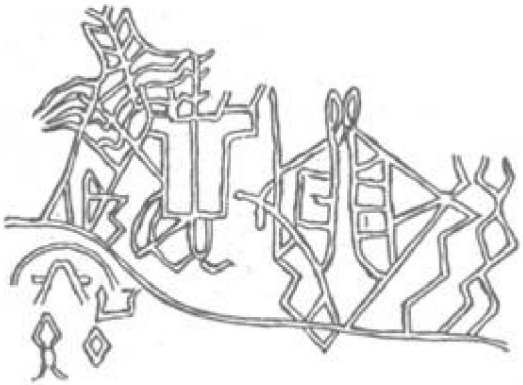


FIG. 9 – *Monograma runoide de Taquiare, según Schomburgk* [25].

Varios especialistas de la Antigüedad les atribuyen un origen fenicio. Cualquiera sea su origen, poseen en sí mismos un gran interés y merecen, en todos los casos, las investigaciones más exactas que sean

posibles. Ya busqué estos caracteres en la Guayana, como en todas partes, por lo demás, en la zona septentrional de Sudamérica, en una distancia de 700 millas de longitud por 500 millas de latitud y los encontré en un espacio de 350.000 millas cuadradas.. Copié varios del mismo tipo y sería de desear que no se pierda ninguna oportunidad de multiplicar esas copias mientras este problema no haya sido totalmente resuelto".

Diga lo que diga Schomburgk a pesar de su propio comentario, la inscripción de Cumuti no tiene absolutamente nada de indio, ni por su concepción geométrica, ni por la forma de los elementos gráficos que la componen, algunos de los cuales —abajo, á la izquierda, por ejemplo— tienen, por el contrario, una neta apariencia rúnica. El solo

hecho de poder, con o sin razón, compararla con dos figuras rupestres descubiertas, la una en una región cercana a lak que frecuentaban, en Rusia, los vikingos suecos, la otra en el Vinland, a proximidad de la Torre de Newport(14) hubiera debido, con todo, llamarle la atención a nuestro explorador. Pero no hay que olvidar que, en la primera mitad del siglo xix, no se sabía casi nada respecto de la historia de los

vikingos, y menos aún acerca de su colonización de Norteamérica. Los futhárk ("alfabetos" rúnicos), sólo los conocían unos pocos filólogos, y hasta cierto punto. Schomburgk carecía, pues, de elementos de comparación.

Con mayor razón sucedía lo mismo con Edward D. Mathews (%), un ingeniero inglés ocupado en los trabajos de construcción del Ferrocarril Madeira-Mamoré, que relevó, hacia 1875, cerca de tres caídas del Madeira, litóglifos (cf.fig. 10) cuya importancia, evidentemente, no podía entender. "Lo más probable, escribía, es que sean obra de los caripunas, o de otros nómades salvajes, pues los indios de Bolivia, remontando o descendiendo el río, de seguro no

habrían perdido su tiempo grabando esas figuras en la piedra dura". Sin embargo, frente a esas inscripciones u otras semejantes, el "viajero" alemán Franz Keller-Leuzinger(27) ya había descartado la posibilidad de que se debieran a los antepasados de los caripunas, "pues un pueblo de rudos cazadores como éste no se habría tomado la

pena de trabajar, durante meses, la roca dura con imperfectos martillos de pedernal. Cuando obedecen a semejante inclinación, su imaginación pueril y dominada por los objetos que les están cercanos elige seguramente animales:1 cocodrilos, tortugas, peces, como modelos, y también, tal vez, el sol y la luna, como lo demuestran dibujos rupestres del valle del Orinoco, descriptos por Humboldt".

No considera imposible que esos caracteres provengan de gran-

des invasiones de los incas, o sean aún más antiguos.

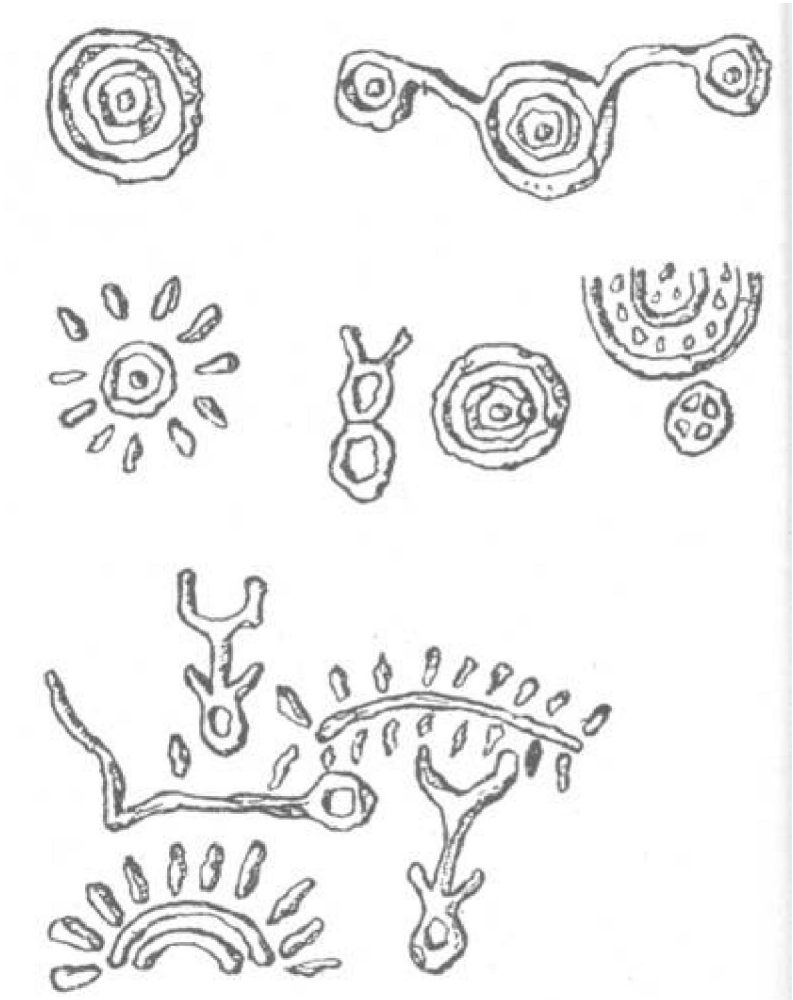


FIG. 10 – *Piezas de equipo vikingas, litoglifos del Madeira, según Mathews* (26).

Keller-Leuzinger tiene toda la razón. Para grabar inscripciones en la piedra, hay que tener capacidad, gana y tiempo. Lo cual supone cierto nivel cultural y social. Pero tenemos que excluir a los incas que no alcanzaron jamás el Madeira. Quedan, entonces,

sus predecesores vikingos. ¿Existía, en la época del imperio de Tiahuanacu, un puesto militar en la confluencia del Mamoré, y el Madeira, o sea en un punto eminentemente estratégico de una de las grandes vías de acceso fluvial del Amazonas, un puesto cuyos oficiales blancos no sabían qué hacer para pasar el tiempo? Es altamente probable, pues los dibujos que reproduce Mathews representan, no sólo motivos ornamentales escandinavos, sino también, según parece, piezas de equipo militares. Se nota, además, una cruz céltica, debajo del "escudo", parcialmente borrado, de la segunda hilera, a la derecha. Señalemos que, en esos litóglifos, los objetos están dibujados en perspectiva lateral, vale decir con indicación de su espesor, mientras que todos los indios, sin

excepción, sólo conocen la proyección plana.

Fue igualmente en el Madeira, pero más al norte, en el territorio de los parintintins —los últimos "maridos" de las amazonas de Jacicurá —donde Bernardo da Silva Ramos, de quien hablaremos más adelante, relevó hace unos cincuenta años, una inscripción extrañísima (cf. fig. 11). El lego podría estar tentado de ver en ella letras latinas y

de atribuirla, aunque no tiene sentido alguno, ni en latín, ni en ninguno de nuestros idiomas contemporáneos, a un europeo posterior a la Conquista.

FIG. 11 – *Inscripción rúnica del Madeira, según Ramos*[60].

Tal hipótesis, sin embargo, es difícil de admitir en razón de la R orientada hacia la izquierda, incompatible con el alfabeto latino, pero corriente en la escritura rúnica. Tanto más cuanto que el conjunto puede perfectamente pertenecer a esta última, dando su transcripción iiero, a pesar de una anomalía---el odala tiene la forma de una o latina— que ya encontramos en el Paraguay. Ahora bien: wer, en antiguo alemán, significa "hombre libre", como el vir latino que tiene la misma raíz. Notemos que, en los dialectos bajo-alemanes como los del Schieswig, la w se pronunciaba u, como en el neerlandés actual. Lo que hace definitiva esta interpretación, es que Rivero y Tschudi (28) habían encontrado la misma palabra, a mediados del siglo pasado, en la gorra de una estatua descubierta cerca de Timana, en Colombia, en un bosque tupido, lleno de grandes ruinas y situado en las fuentes del río Magdalena. Esta vez, la R es normal, pero el grupo de letras en cuestión está precedido por otro, netamente rúnico (cf. fig.^12) cuya transliteración da ütta og. Las dos t están fuertemente latinizadas y la segunda está ligada con la a que la sigue.

FIG. 12 – *Inscripción rúnica de Timana, Colombia, según Rivero y Tchudi* [28]. *Comparar con la figura 11.*

En ambos casos, la tí del futhark punteado, que tiene la misma forma que la A mayúscula latina, expresa el sonido u, confusión ortográfica que ya encontramos en el Paraguay. En transcripción normalizada, tenemos así:

Utta' og Vero

Utta es un nombre femenino vikingo que se usa todavía, en los países germánicos, con la. doble forma de Uta y de Ufe. Hemos visto más arriba cuál es el sentido de üer. En cuanto a op, es la conjunción nórresa "y". En la primera inscripción, tenemos, pues, un antroponímico masculino, y en la segunda, los nombres de una pareja, Utta y Üero. La grafía latinizada indica, en ambos casos, un

período tardío, posterior a la influencia de la cristianización debida al P. Gnupa(16). No es preciso agregar que el Uero de Colombia y el del Madeira sólo tenían el nombre en común.

5. Vestigios en los accesos del Imperio .

El hecho de que se encuentre una misma inscripción en Colombia y en el Madeira no tiene, en sí, por qué sorprendernos. Los tres "caminos de agua" más practicables que permitían —y siguen permitiendo— alcanzar el Amazonas desde las altas tierras de la Cordillera de los Andes eran, de sur a norte., el Madre de Dios, afluente del Madeira, a

partir del Cuzco; el Amazonas mismo, a partir del norte del Perú y del Ecuador; y el Japurá que se origina en Colombia y a orillas del cual, a la altura de la frontera brasileña, aún se encuentra un núcleo de población de habla tupiguaraní. Se conocían perfectamente estas entradas, en la época de la Conquista, evidentemente a través de las

tradiciones incaicas. Es así como el P. Joseph de Acosta(29), un cronista de los primeros tiempos, escribe que el Marañen pasa "por las llanuras del Paititi, del Dorado y de las

amazonas", mientras Antonio de León Pinelo, en su Tratado del chocolate que cita el P. Féijóo y Montenegro (30), habla de "las tierras del Tepuaris y del Paititi que, por la Arixaca, se han descubierto a las cabezadas del Gran Río Ma-

rañón".

Ahora bien: fue precisamente en las fuentes del Amazonas, cerca de Chachapoyas, en la región donde Víctor von Hagen(31), en 1953, vio, sin poder estudiarlas, las ruinas de una ciudad preincaica, que Bertrand Flornoy (32), durante su expedición de 1943, hizo un hallazgo que sólo hoy adquiere su pleno significado. "En un pequeño camino que dobla el curso del Utcubamba, escribe, hemos encontrado grupos de indígenas de piel clara, nobles de porte, con la frente rodeada de una vincha colorada. Estábamos aproximadamente a la altura de Kuelap, el testimonio muy importante dejado por los chachapoyas. En un área relativamente extensa alrededor de la ciudad, se hallan indios que tienen las mismas características y hablan, no el quichua —hecho excepcional éste en los Andes peruanos—, sino un español chuintant [en el cual las s se pronuncian casi como la ch francesa]. Son los únicos habitantes de las montañas que no bajan la vista delante de nosotros. Los de ellos que usan bigote tienen realmente la apariencia de europeos disfrazados."

"Por lo que se puede saber acerca de sus antepasados, agrega Flornoy, formaban un pueblo organizado, religioso y marcado por la civilización de Tiahuanaco. Muchos nombres de aldeas o de llanuras no tienen nada en común con el quichua, sino que, por lo contrario, permiten vincular a los primeros habitantes de la región con los aymaráes del Norte boliviano", vale decir de la zona del Titicaca. Esos extraños indios no son el producto de la mestización con los españoles: Flornoy cuenta, según un cronista al que no identifica, que, cuando la reconquista de Chachapoyas por Huayna Kápak, algunas mujeres de la tribu fueron enviadas al Cuzco, "porque eran hermosas y muy blancas".

En la orilla derecha del ütcubamba, en el paraje llamado Ángulo, a una decena de kilómetros de Chachapoyas, se alza un barranco de roca calcárea, inclinado a 45 grados. La pared está sembrada de pequeñas grutas, protegidas por una saliente. Cada una de ellas contiene una estatua antropomórfica de 1,40 m de altura y de 2 m de circunferencia en la base, en promedio, hecha de adobe de arcilla blanca, piedras y hierbas. Es un monumento funerario: está hueco y abierto por atrás y, en el interior, se encuentra una momia acurrucada, suspendida en una hamaca que sostienen dos estacas. Tales sepulturas en la pared de acantilados, que sólo se encuentran, en Sudamérica, en la región explorada por Bertrand Flornoy, recuerdan extrañamente las que

Francis Maziére(33) descubrió, en 1956, en Fatu-Hiva, una de las islas Marquesas, aunque allá las momias fuesen depositadas en piraguas-aíaúd. Una prueba más del poblamiento parcial de la Polinesia por los vikingos de Tiahuanacu.

Pues, en lo que atañe a la región de Chachapoyas, no hay ninguna duda. Basta mirar la estatua funeraria, bajada de su nicPin, que Flornoy fotografió en Ángulo (cf. foto 2). El hombre que representa tiene facciones netamente europeas y una barba completa bien tupida. Además, y es éste un hecho definítorio, lleva el casco cónico que sólo los vikingos usaban.

Fuera de las tres entradas que hemos mencionado más arriba, hay una cuarta vía de acceso al Paytiti: la del Alto Orinoco. Para decir verdad, de juzgar por las expediciones que, vanamente, después de la Conquista, intentaron cruzar la Serra Parima donde nacen, al oeste, el Orinoco y, al este, el Üraricoero —el "Velho Veneno"—, afluente del

Rio Branco, él mismo tributario del Amazonas, esta vía de acceso sería más bien un cerrojo. Pero esto no es exacto sino para los blancos poscolombinos que deben afrontar, no solamente la naturaleza hostil, por lo menos para con ellos, sino también a indígenas belicosos. Los indios, ellos, se desplazan tranquilamente de un lado al otro de la cadena de montañas. La Serra Parima, por lo demás, es uno de los

puntos donde las tradiciones incaicas situaban más a menudo la "ciudad perdida" de Mano a. Ahora bien: es precisamente cerca de Tárame, un poco al norte del Uraricoero ya 500 km a vuelo de pájaro de su desembocadura, que se halla la Piedra Pintada, un enorme monolito en forma de huevo (cf. foto 3), de 91,44 x 85,24 m de diámetro y 36,67 de

altura, colocado en medio de la sabana. Marcel Homet (33) que hizo su relevamiento en 1953, notó en ellas varias grutas, de las cuales dos de uso funerario, una profunda galería obstruida que deja suponer la existencia de una sala interior, varios pequeños dólmenes y 548m2 de paredes cubiertas de inscripciones. En éstas (cf. fig. 13 y 14) se ven

swástikas, cruces célticas, cruces más o menos latinas, una cruz de Malta y caracteres rúnicos o runoides aislados.

Y además, en medio de dibujos imposibles de identificar, máscaras humanas, siluetas de animales y un carro de dos ruedas, cargado con dos embarcaciones de extremidades curvas, del tipo de los que los vikingos utilizaban para trasportar sus snekkares de un río a otro. Que Marcel Homet atribuya todo eso a hombres de Cro-Magnon que hubieran cruzado el océano caminando por la Atlántida y que calcule a simple vista la edad, según él multimilenaria, de la pátina de los litogramas, es éste otro problema. Pero nada permite poner en duda su honestidad de investigador, antes al contrario.

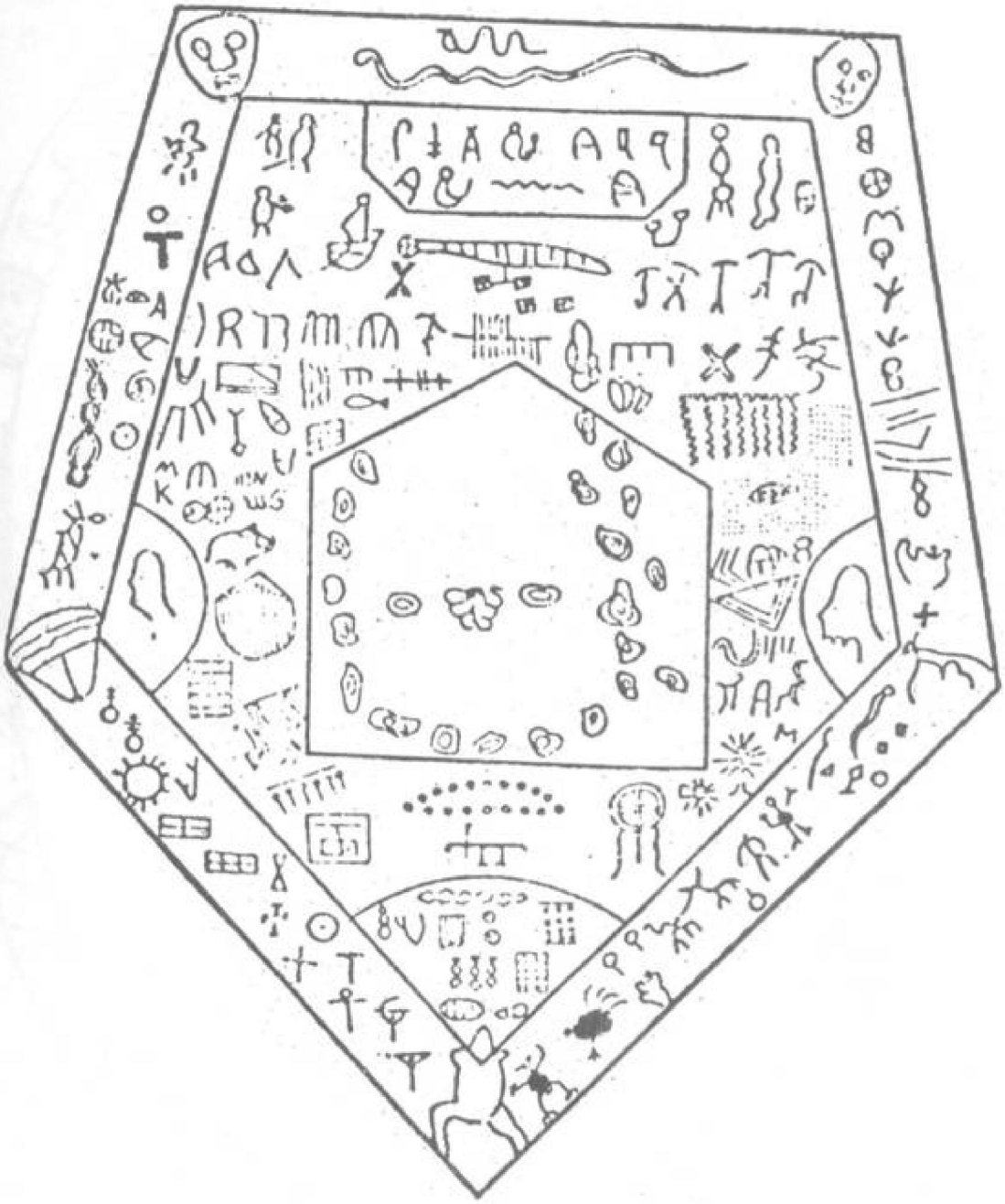


FIG. 13 – *Caracteres runoides y figuras simbólicas de la Piedra Pintada, según Homet* (33).

FIG. 14 – *Swastikas, caracteres runoides y carros con dos barcos del tipo snekkar, según Homet* [33].

En el curso de su larga exploración a través de la Guayana brasileña, Homet relevó numerosos signos, grabados o pintados en otras rocas, en particular soles errantes, en todo semejantes a los que encontramos en Cerro Guazú, en el Paraguay. En una de sus fotos que, desgraciadamente, no sitúa de modo preciso —"al norte del Amazonas"— se ve un dibujo (c.f. fig. 15) que recuerda invenciblemente un barco

escandinavo tal como los que se observan en los litóglifos de Bohuslán, en Suecia.

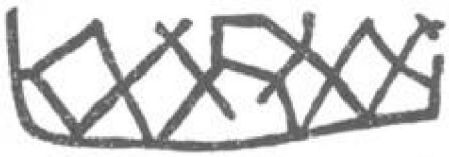


FIG. 15 – *Barco estilizado, al modo de Bohuslän (Suecia), al norte del Amazonas, según Homet* [33].

También están las casas de piedra. Homet describe una de ellas en su obra. Se las halla por todas partes, en el Amazonas. Imposible ver en ellas la obra de los indios, y éstos, por lo demás, no se las atribuyen en absoluto. La foto que reproducimos (c;f. foto 4) fue tomada por Joáo A. Péret, gran conocedor profesional de la selva brasileña, mucho más al este, en un afluente del Xingú, cerca de la aldea kaiapó de Kuben-Kran-Krein. Se

parece enormemente a las construccciones de piedra estudiadas, en Nueva Inglaterra, por William B. Goodwin (34) que ve en ellas vestigios del Huitramannaland, la Gran Irlanda de la que nos hablan las sagas escandinavas y que, en realidad, estaba situada mucho más al sur. El error proviene del hecho de que los vikingos noruegos que se establecieron en el Vinland se habían acostumbrado, en Islandia y en Escocia, a las casas de piedras irlandesas y las copiaban cuando la naturaleza les permitía hacerlo. Con mayor razón debió de suceder lo mismo con los daneses llegados a Sudamérica desde sus colonias de Irlanda e Inglaterra, como lo prueba el empleo, en sus inscripciones del Paraguay (16) y, vamos a verlo, del Brasil, de runas del futhorc anglosajón. No es sin razón que

los indios del Amazonas dicen unánimemente que esos abrigos fueron construidos por Dios. Lo más probable es que las "casas de piedra" hayan sido puestos de guardia situados en los puntos estratégicos de la región. Salvo que hayan sido edificadas, después de la derrota de la isla del Sol, por vikingos refugiados en la selva, hipótesis ésta que no excluye necesariamente la anterior. Tenemos, por lo demás,

algunas buenas razones en pensar que el arte escandinavo de las construcciones de madera se había perdido en el Altiplano desprovisto de selvas.

¿Significa esto que no exista, en el Amazonas, ningún otro vestigio arquitectónico que esos abrigos primitivos? El descubrimiento reciente, en el Oriente peruano, de ruinas de varias ciudades preincaicas demuestra lo contrario. Tal vez, algún día, se reencuentre Manoa, la capital del Páytiti, en la región aún inexplorada de la selva brasileña, o también en esa Serra Parima donde los makús, que en

ella viven, la sitúan y la describen, según el testimonio de Marcel Homet (33). No la Manoa lacustre de los palacios de oro, mera trasposición mítica de Tiahuanacu, sino una ciudad-fortaleza bien concreta, construida por los vikingos como base de operaciones en el Amazonas. Esa Manoa que el P. Tomás Chávez, en 1654, pretendía haber visitado, llevado por indios, como conclusión de un viaje de dos meses, a pie, en litera y en canoa, a partir de la llanura de los Moxos(35).

6. La montaña y la llanura

¿Qué hemos establecido en el curso del presente capítulo? En primer lugar, que el mito del Páytiti, estrechamente vinculado con los de El Dorado y de las amazonas, descansaba en bases reales. Los incas trasmitieron a los españoles el recuerdo,embellecido por el tiempo, que habían conservado de un territorio situado al este de los Andes.

Probablemente ignoraran que sus antepasados vikingos tenían en él vías de comunicaciones de vital importancia, pues Manko Kápak y sus sucesores habían cuidadosamente falseado la historia del imperio, para hacer olvidar a las poblaciones indígenas la victoria diaguita de la isla del Sol. Sin embargo, los soberanos debían de trasmitirse, como

secreto de Estado, informaciones precisas acerca de las tierras perdidas, puesto que el emperador Yupanki, decidido a completar la reconquista, embarcó, con sus tropas, en el Marañón. Pero el pueblo y los mismos incas —vale decir la aristocracia blanca— habían convertido las provincias orientales en un imperio mítico en el cual se confundían el vago reflejo de acontecimientos históricos, leyendas nacidas de la imaginación infantil de los indios y hasta el espejismo producido por su antigua capital, la ciudad de los palacios de oro, en medio de un gran lago.

El imperio del Paytiti jamás había existido, por cierto, y el PadreDios no era sino el soberano de Tiahuanacu, ya divinizado por los guaraníes. Lo que había, al pie de los Andes, era la llanura inmensa, hecha de selvas y de sabanas y surcada por ríos navegables, que se extendía hasta el océano. Los vikingos no podían olvidar el mar. Claro

que tenían el Pacífico al alcance de la mano, y lo aprovechaban. Pero el Pacífico no llevaba a ninguna parte. Su océano era el Atlántico que bañaba las costas de la patria lejana. Podían alcanzarlo pasando el Cabo de Hornos o atravesando el Estrecho de Magallanes, y el mapa de

Waídseemüller (16) prueba que lo habían hecho. Pero el viaje era largo y peligroso. Su lógica de marinos les imponía establecer puertos fijos en el Atlántico, a la altura de sus posesiones de la Montaña y, para hacerlo, asegurarse el control de vías de comunicaciones a través de la Llanura. ¿No hacían lo mismo en Rusia sus primos suecos? ,

La Montaña y la Llanura, Berg y Matt: no estamos inventando esta terminología toponímica. En Cerro Polilla, en el Paraguay, los daneses refugiados en la selva nos han dejado una magnífica imagen de Odin, en la cual se puede leer, en caracteres rúnicos: sakh ob berg, "lo que está (o:estaba) encima de la montaña", y sus descendientes degenerados son llamados guayakíes, vale decir, en quichua, "los blancuzcos de la llanura". Y veremos en el capítulo IV que la Llanura, que se extendía hasta las bocas del Amazonas, se llamaba Matt en el dialecto germanodanés de los Hombres de Tiahuanacu.

El imperio mítico del Gran Paytiti no parece, sin embargo, haber abarcado la Llanura toda, sino solamente su zona norte. Las poblaciones incaicas no podían, en efecto, desconocer la existencia del territorio que se extiende de Santa Cruz al Guayrá(16), pues los charcas, que formaban parte de ellas, sufrían los asaltos periódicos de las tribus guaraníes de la sabana. En el Norte, por el contrario, la selva virgen constituía una frontera natural casi infranqueable que favorecía el trabajo de la imaginación. Por los guaraníes, verosímilmente, los incas, como más tarde Irala, habían oído hablar de las amazonas, que se hallaban efectivamente en la Llanura, y del Gran Paytiti que situaban en la región de los musus (o de los mosos, ya que la u y la o no son, en quichua, sino una misma vocal), en las tierras húmedas y anegables del Amazonas (mose significa

"pantano", en danés), por no poder siquiera imaginar que el legendario soberano no era, para los guaraníes, sino el emperador del Cuzco.

Para mantener abiertas, en tierras hostiles, vías de comunicaciones, terrestres o fluviales, hay que establecer guarniciones a lo largo de su recorrido. Los vikingos de Tiahuanacu no tenían mayor interés en someter a la totalidad de las tribus de la Llanura. Les hubiera costado hacerlo, por lo demás; puesto que los brasileños, casi quinientos años después del desembarco de Cabral, todavía, no lo han logrado. Les bastaba poder desplazarse sin peligro a lo largo de los

Caminos Mullidos (16), en el Amazonas y en el Orinoco y utilizar libremente sus puertos del Atlántico. Para lograrlo, empleaban, al modo de todas las potencias coloniales, tropas indígenas encuadradas por blancos y apoyadas por destacamentos blancos: las unas de reclutamiento local —los guaraníes del Sur y los tupiguaraníes del Amazonas y otros lugares—, las otras especialmente mandadas a zonas

cuya población no era de fiar —los arahuaks de la bacía del Orinoco—. Es evidentemente a los oficiales vikingos que se deben algunas de las inscripciones relevadas en el Amazonas y la Guayana. Otras deben de provenir, como en el Paraguay, de los refugiados de 1290.

Desempeñar, en Tiahuanacu, las principales funciones políticas y religiosas del imperio, suministrar sus cuadros administrativos y militares a provincias que se extendían desde Valparaíso a Bogotá, asegurar la guarda de los puertos y de sus vías de acceso: hacía falta mucha gente, para hacerlo. No tanta como se podría suponer, sin embargo, si se piensa que sólo había 30.000 ingleses en la India, en

1939. ¿Podemos hacernos una idea del número de los vikingos de Tiahuanacu? Sí, con tal de que nos baste un orden de grandor desprovisto de toda precisión.

El jari Ullman, apodado Quetzalcóatl por los indios, desembarcó en Panuco, en el golfo de México, en el año 967 (í4). Según el P. Bernardino de Sahagún(36), el cronista más inteligente y más culto de Centroamérica, mandaba una flotilla de siete barcos. Ahora bien: sabemos que cada drakkar podía transportar hasta ciento cuarenta hombres, inclusive los tripulantes. Esta cifra, sin embargo, no debía de alcanzarse en una travesía oceánica. La Eiríks Saga Rauda.nos proporciona, en cuanto a ese punto, una indicación precisa. Cuando Thorfinn Karisefni, en los primeros años del siglo xi, partió para colonizar el Vinland, disponía de tres barcos que llevaron sesenta tripulantes, algunos de ellos, según la costumbre, con sus mujeres, y cien colonos de ambos sexos. Pero transportaban, además, "animales domésticos de toda clase" que, evidentemente» en barcos sin puente y de poco calado, debían de ocupar mucho lugar, Los drakkares de Ullman no estaban cargados con ganado, puesto que no encontramos rastro de vacunos en el México de antes de la Conquista. En tales condiciones, se puede estimar en cien personas el rol de cada embarcación. O

sean setecientos varones y mujeres, en total. Se sabe que el jarl abandonó en el Anáhuac cierto número de solteros que, durante su expedición al Yucatán, se habían unido con mujeres indígenas y ya tenían hijos. Por otra parte, había perdido unos hombres en los combates de Chichén-Itzá, que los obligaron a abandonar el país maya, y también, anteriormente, cuando el desembarco en México y la conquista de la meseta central. Digamos que le quedaban, cuando se fue, unos quinientos varones y mujeres, con una repartición por sexo más equilibrada que en el momento de su llegada, más los niños blancos nacidos en tierra americana durante los veintidós años que había durado su estada en México.

Tomemos, para el año 967, ese número de quinientos "reproductores útiles" y apliquémosle el ítídice de crecimiento demográfico correspondiente a los franceses del Canadá por los doscientos años que siguieron la ocupación inglesa de 1763. Tal elección no es arbitraria: se trata de conjuntos de población pertenecientes a la misma raza —los

canadienses franceses son en gran parte de origen normando—,que vivían en un clima duro pero sano y estaban sometidos a una selección natural cuya limitación, en el Québec, desde principios del siglo, está compensada, desde el punto dé vista estadístico, por la reducción de la tasa de nacimientos, en particular en las ciudades. En esta basé, llegamos al número de 80.000 vikingos en 1290. Hasta si lo dividimos por dos, lo cual, sin duda alguna es abusivo, en razón de una prolificidad inferior a la de los canadienses franceses, de los efectos desfavorables que la altura probablemente tuvo en los partos durante las dos o tres primeras generaciones y de las guerras de conquistas, nos quedan aún 40.000 blancos, o sea alrededor de 10.000 varones de edad militar.

Si todos los guerreros daneses hubieran estado concentrados en Tiahuanacu en el momento del ataque diaguita, habrían logrado, verosímilmente, una fácil- victoria. Pero se encontraban dispersos por todo el imperio y, más lejos aún, en las guarniciones que protegían las vías de acceso al Atlántico. La mayor parte de ellos no tuvieron tiempo de volver a la capital, suponiendo que hubieran recibido la orden de hacerlo. Los que se encontraban, con sus familias, según la usanza vikinga, en el Paraguay y el Guayrá, en el Amazonas y la Guayana, tuvieron que instalarse definitivamente en la Llanura y, para poder subsistir, adoptar poco a poco el modo de vivir de los indios. Conociendo el espíritu de independencia de los escandinavos, tenemos derecho a suponer que hicieron de tripas corazón y, mas tarde, no

tuvieron mayor apuro en presentarse ante Manko Kápak.

III

Los supervivientes de 1a guardia blanca

1. Los "indios blancos" del Amazonas

Innumerables son, desde la Conquista, los testimonios que señalan, en el Brasil y en las Guayanas, cómo, por lo demás, en todo el resto del continente americano, la presencia de indios blancos. La mayor parte proviene, desgraciadamente, de misioneros, "viajeros" y exploradores, todos ellos desprovistos de la menor formación antropológica, y, más recientemente, de funcionarios de la FUNAI brasileña (Fundacáo Nacional do Indio, ex Servico de Protecáo ao Indio),que tienen por misión pacificar a los indios y no estudiarlos, lo que, por lo demás, serían incapaces de hacer. Y sucede que hay muchas maneras de ser blanco, en la selva amazónica. Sin hablar de los albinos que, por lo general —pero no siempre— son fáciles de reconocer, se encuentran en ella numerosos mestizos, productos de uniones accidentales de indias y europeos de paso, y hasta blancos puros que, por una u otra razón, buscaron refugio entre los indígenas y fueron adoptados por ellos. Pequeños grupos aislados de selvícolas pudieron así recibir una aportación de genes arios capaces de hacer surgir, de vez en cuando, a un individuo rubio de ojos azules. Pero no es así cuando se trata de tribus en las cuales las características europeas se manifiestan de

modo generalizado y cuya eventual mestización es, por lo tanto, muy antigua, si la mezcla es homogénea, como en los yurakarés del Beni, o, por el contrario, muy reciente, si los rasgos mongoloides sólo aparecen esporádicamente, como en los guayakíes del Paraguay.

No volveremos sobre estos últimos, a quienes dedicamos un capítulo entero de nuestra obra anterior (16), ya que no pertenecen a la región de que nos ocupamos aquí. Recordemos simplemente que un estudio antropológico exhaustivo nos permitió establecer que se trata de una raza de origen europeo nórdico, degenerada y muy ligeramente mestizada, desde hace dos o tres generaciones, con mujeres guaraníes,

y que las inscripciones rúnicas que relevamos en la selva prueban que esos "indios blancos" descienden de los vikingos de Tiahuanacu. Por el, contrario, tenemos que retomar lo que ya dijimos (14) acerca de los yurakarés del Beni boliviano, ya en la bacía del Amazonas, y debemos al naturalista francés Alcide d”Orbigny (37) que, a principios

del siglo xix, pasó treinta años -de su vida en Sudamérica. No se trata, desgraciadamente, de un trabajo de antropología —ni la época, ni la especialidad del "viajero", lo permitían—, pero sí de un conjunto de observaciones hechas por un sabio en un medio que conocía muy bien. De ahí su importancia.

Había entonces, en la región donde nace el río Beni, afluente del Madeira, cinco tribus, llamadas antisianas, que vivían en los últimos contrafuertes de la cordillera, en una selva tropical cálida y húmeda y comprendían a 14.557 individuos. La más interesante para nosotros, la de los yurakarés, tenía a 1.337 miembros, de los cuales 1.000 "salvajes", vale decir no bautizados. El color de esos indios, nos

dice d'0rbigny, era mucho más claro que el de los quichuas y aymaráes del Altiplano. Los maropas y los apolistas tenían la piel ligeramente cetrina, con un poco de amarillo. Los yurakarés, los mócetenos y los tacanas eran casi completamente blancos. Su estatura promedio variaba entre 1,66 m en los yurakarés —algunos alcanzaban 1,76 m— y 1,64 m en los apolistas, apreciablemente superior a la de los demás indígenas de la región. Su conformación no era desproporcionada, como la de los hombres del Altiplano, que tienen un tronco enorme y piernas cortas. Antes al contrario, tenían "bellas formas, proporciones masculinas

y graciosas al mismo tiempo; su cuerpo es robusto, elevado, semejante al de los europeos. Los mejor formados de todos son los yuracares; las otras naciones son por lo general mas macizas". "Los yuracares, agrega d'0rbigny, tienen formas muy hermosas, el aspecto vigoroso, las espaldas anchas, el pecho combo, el cuerpo bastante esbelto, los miembros repletos y una buena musculatura. Todo en ellos anuncia la fuerza y la agilidad. Son derechos y bien plantados; su aire orgulloso y arrogante está perfectamente de acuerdo con su carácter y la alta idea que tienen de sí mismos. Las mujeres son también muy bien constituidas, más fuertes y robustas en proporción que los hombres; sus miembros son repletos y musculosos, sin que sus forma dejan de ser graciosas."

La cara de los yurakarés, dice también nuestro autor, "es casi oval, sus pómulos son poco salientes, su frente es estrecha, ligeramente comba, su nariz bastante larga, generalmente aquilina, ni muy chata ni muy ancha en la base, sus fosas nasales son poco abiertas; sus ojos negros, muy pequeños y horizontales; sus orejas pequeñas, sus cejas derechas y arqueadas, cuando no se las sacan; su barba recta, poco tupida, crece tarde y solamente en el mentón y sobre el labio superior; se la arrancan. Sus cabellos son negros, rectos y largos. Su fisonomía es fina, llena de vivacidad, de orgullo y no le falta cierta expresión alegre... Las mujeres ... se las puede considerar bonitas".

Los yurakarés vivían exclusivamente de la caza y de algunos cultivos de que se encargaban las mujeres. Es muy probable que, antes, la guerra haya constituido su principal ocupación. Su nombre, por lo demás, parece indicarlo: viene del quichua yurak, blanco, y kari (o, más exactamente k'kari) que d'0rbigny traduce por hombre, pero, en realidad, quiere decir guerrero. Netamente mestizos, con predominio del elemento blanco, estaban adaptados a la vida libre de la selva. Un detalle, que menciona d'0rbigny, llama poderosamente la atención. Esa tribu, cuya actividad artesanal era muy pobre, conocía la imprenta, totalmente ignorada por los pueblos amerindios, inclusive sus, veci-

nos quichuas. Utilizaban, en efecto, para colorear sus túnicas de corteza, tablas de madera tallada: el mismo procedimiento que se empleaba en la Edad Media europea, antes del invento de Gutenberg.

Los yurakarés, como los demás antis, han desaparecido hoy en día. Pero.queda, en la provincia boliviana de Santa Cruz, entre el Beni y el Paraguay, algunos restos de la tribu

de los guarayos que, también ella, retuvo la atención de d'0rbigny. Su territorio había debido de ser, otrora, mucho más extenso, puesto que el coronel Labre, al final

del siglo pasado, señalaba la presencia de un grupo del mismo nombre en el río Purús (38). Tienen "un color amarillento; pero desde este punto de vista, son extraordinarios, porque su color es tan claro que existe poca diferencia entre ellos y los blancos algo morenos. Su estatura, que nada tiene de particular, comparada con la de las naciones pampeanas, es notable para la nación guaraní. Los hombres

tienen generalmente más de 1 metro 66 centímetros...; pero no hemos visto mayores de 1 metro 73 centímetros. Las mujeres poseen también hermosas proporciones... se descubre en ambos sexos un exterior casi europeo, aunque algo más macizo; su cuerpo es robusto, su porte noble y abierto; sus formas son graciosas, y no tememos afirmar que, de

todos los Americanos que hemos visto, los Guarayos son los que más nos han impresionado por sus características físicas y morales... [tienen] los cabellos negros, largos y lisos; pero lo que los distingue de los otros Guaraníes y también de los otros Americanos, es, en los hombres, una barba larga, generalmente poblada, que «cubre todo el mentón,

el labio superior y una parte de las mejillas. Esa barba podría compararse con la de la raza europea, si no fuera lisa en vez de rizada. Tal anomalía es muy notable en una nación casi siempre imberbe y es difícil explicar, a menos que se deba a la influencia de los lugares".

Hombre de su tiempo, d'Órbigny era de un lamarckismo extremo y atribuía fácilmente al medio toda particularidad biológica. Pero también tendía a superponer demasiado estrictamente raza y lenguaje, lo que le hacía tomar a los guarayos por guaraníes. Estamos mejor armados, hoy día, para darnos cuenta de que esos amerindios

blancos y barbados eran —y son— de lejano origen mestizo, como los yurakarés. Su nombre, por lo demás, no nos deja mayor duda acerca de sus antepasados blancos. Según la usanza española, lo vimos más arriba, gua y va son formas equivalentes e intercambiables y vari, en norrés, significa guerrero. No nos extrañará, en tales condiciones,

ver a O"Orbigny atribuir a esos indios tan particulares "un tipo bondadoso, afable, franco, honesto, hospitalario, con la soberbia del hombre libre que contempla a los otros por encima del hombro, aun a los cristianos, porque los cree esclavos, y porque estos últimos tienen vicios desconocidos por ellos, como el robo y el adulterio". A esos salvajes no les faltaba, evidentemente, sentido común.

2. Los. guardias blancos de las Guayanas

" La raíz norresa vari, que acabamos de descubrir en el nombre de los guarayos como, - anteriormente, en el de los guaraníes, la encontramos otra vez, mucho más al norte del "imperio del Gran Paititi", en una de las denominaciones de una tribu que vive de ambos lados de la frontera que separa la Guayana Francesa del Surinam (ex Guayana Holandesa). Los franceses llaman a esos "indios" Oyaricoulets (aunque Jules Creveaux (39) escribe "Oyacoulets"), mientras que los holandeses dicen wayacule. El análisis de estas tres formas deja pensar que el nombre primitivo eran huaricoulet (varicoulets), o vari a solas, puesto

que "coulet", lo vamos a ver, pertenece a la lengua de los "salvajes" en cuestión.

"Varios autores, escribe Jean Poirier (40), notaron los ojos claros de oyaricoulets (wayacule) o triometesem. El etnólogo holandés De Goeje (41) habla de pelo moreno o negro. .. y de ojos grises o verduzcos... El ingeniero geógrafo J. Hurault señaló igualmente tipos claros (ojos y pelo). El ex jefe del servicio forestal del territorio del Inini, Grebert, en una memoria inédita que nos comunicó gentilmente

J. Hurault, escribe entre otras cosas: Algunos pretenden que esos indios blancos de ojos azules no han existido jamás. .. Podemos traer un poco de precisión... En el curso de una misión, en 1935, encontramos en la tribu de los emerillones, en el Alto Tampoc (Araoua), a una mujer casi blanca, con ojos claros y cabello negro. Se nos indicó haberse recogido a esta india hacia la desembocadura del río Ouaqui, mientras huía de una tribu roucouyenne que había exterminado la mayor parte de los suyos... por lo demás, otras dos mujeres habían quedado en manos de los roucouyennes. Las observaciones que pudimos hacer sobre las mujeres encontradas nos permiten afirmar que pertenecen realmente a una raza particular. Tienen... la piel blanca casi lechosa. Los ojos son azules. El cabello, tieso y negro.

El conjunto de estos hechos es perturbador". Es lo menos que se pueda decir, aunque tengamos que rectificar un error de Poirier o de alguno de los autores a los cuales se refiere: los tiriyometesem —y no triometesem— no tienen nada que ver con los oyaricoulets. Son indios lisos y llanos, muy seriamente estudiados por Protásio Frickel, del Museo Emilio Goeldi, de Belén, que pertenecen al grupo de las tribus

tiriyó que se encuentran tanto en el Brasil como en el Surinam.

Si los roucouyennes robaban a mujeres oyaricoulets, no es de sorprenderse que se haya podido notar entre ellos ciertos rasgos blancoides, productos de la mestización. Es así, nos dice Creveaux (39), que "los niños son de un blanco casi puro en el momento de su nacimiento. Cuando esos indios están enfermos, su piel se vuelve apagada y apreciablemente más pálida. El color de su piel es amarilla parduzca". Tal vez, inclusive, no sea por mera casualidad que se encuentre entre ellos una costumbre que recuerda la sauna: "En seguida después del parto, la mujer toma un baño de vapor del modo siguiente: se acuesta en una hamaca debajo de la cual se coloca una piedra calentada al rojo: se echa en esta piedra agua que se vaporiza".

Por lo demás, se hallan adultos blancos entre los roucouyennes. Así Aissu, "un hermoso joven de treinta y cinco años, nos dice la señora de Coudreau (42), de tez clara, pelo fino y rizado, de color castaño". Así, en Mariére, "un indiecito rubio, inteligentísimo y muy amable". Sucede lo mismo entre los oyampies: "En el oca (choza) del tamouchi.

(cacique) vive su familia, que es numerosa. De entrada notamos, Laveau y yo, a un sobrino de Ouira, joven efebo de quince a dieciocho años, de piel blanca, de rostro europeo, de miembros de una elegancia y finura acabadas". Este "joven encantador, verdadero Apolo indio", iba a demostrar que su blancura no era mera fachada. Unos días después del encuentro, en efecto, la señora de Coudreau salió en expedición, acompañada por unos oyampíes. En el camino, el grupo fue atacado por los coussaríes, y los indios que lo integraban huyeron. Herida por flechitas de cerbatana, envenenadas con curare, nuestra exploradora se sintió sostenida por alguien. Era "un indio, el indio blanco", el

único que había "permanecido leal". Tampoco es por casualidad, pues, que los oyampíes decoran sus cestos con motivos netamente tiahuanacotas (cf. fig. 16),

Volvamos a los oyaricoulets que parecen realmente ser hombres nórdicos sin mayor mezcla de sangre. Pocos europeos han tenido la oportunidad de entrar en contacto con ellos, pues viven en una región casi inaccesible. No pasa lo mismo con los bonis, negros cimarrones que han vuelto al estado salvaje y han adoptado el modo de vida de los indios.

A principios del siglo xix, cuenta Crevaux, unos bonis, perseguidos por los holandeses y arrinconados sin piedad por los franceses, "hicieron una incursión en el Alto Maroni. Al remontar el Itany, encontraron a una tribu de indios que recogían huevos de iguana en los bancos de arena puestos en descubierto durante la estación seca. Quedaron sorprendidos por la estatura elevada de esos hombres, por su tez pálida, su cabello rubio y sus barbas rubias, que los hacían

parecerse a holandeses, salvo la indumentaria.

"Los bonis gritaron de lejos firi (amigos); los oyacoulets contestaron con tono pacífico: coulé-coulé. Los bonis se acercaron y trabaron conocimiento con esos salvajes, a los que veían por primera vez. Se quedaron ocho días con ellos, para ir de pesca y de caza, tomar cachiri y bailar durante noches enteras... El año siguiente, en la bella estación, una docena de bonis remontaron con sus mujeres

hasta el país de sus amigos, que habían designados con el

nombre de oyacoulets. Los encontraron en un gran bosque, a cierta distancia de la ensenada Oyacoulet...". Hemos visto que el nombre de esos "indios blancos" tiene

probablemente un origen distinto del que indica Creveaux. Es de suponer que los bonis se limitaron a trasmitir una palabra deformada por ellos.

FIG. 16 – *Cesto oyampi, con dibujos tiahuánacotas, según M. Coudreau* [42].

Un nuevo contacto entre blancos y negros terminó mal para estos últimos, que fueron todos degollados. "Unos años más tarde, los bonis sorprendieron a su vez a una familia de oyacoulets que recogía huevos de iguana en el Itany. Seis hombres fueron matados y seis muchachas, traídas como prisioneras a Cotica." "Los bonis, agrega Creveaux, prohiben a los roucouyennes, a los emerillones y a los oyacoulets bajar por el Aoua." En la segunda mitad del siglo xix, el explorador oyó personalmente, cerca de Caneapo, hablar de los "indios blancos" por un cacique roucouyenne que lo acompañaba en una expedición al sur de los Tumuc-Humac: "Por la mañana, escribe, pasamos delante de un pequeño afluente de la orilla izquierda que los guayanas no remontan jamás, por los singulares habitantes que vivirían cerca de sus fuentes. Yacouman cuenta, según el piay, que se encuentran allá indios de pelo rubio que duermen de día y caminan de noche".

Los datos, someros pero precisos, que debemos a De Goeje están confirmados, pues, por testimonios de indios y de bonis que no tenían interés alguno en inventar cuentos de este tipo, por más que diga Henri Coudreau (43) que habla de los oyaricoulets como de una "tribu legendaria de piel clara, ojos azules y barba rubia" que, "desde unos

treinta años, ha preocupado mucho a los mineros y los viajeros", sin que nadie la haya visto jamás. Su mujer misma lo corrige unos años más tarde cuando escribe (42) que la mitad oriental del Contestado del Aoua, quitado a Francia por el arbitraje del Zar, está habitado "por tribus indias, roucouyennes, oyaricoulets, trios, con las cuales sólo los franceses tienen relación, los holandeses nunca". Escéptica

a pesar de todo, agrega: "Los roucouyennes, que han visto a los oyaricoulets, no los presentan en absoluto como indios blancos, barbados y orejones. Son éstas fábulas de viejos bonis parlanchines. Se trata de indios como todos los demás indios de la Guayana". En cuanto a los "otros indios", veremos que la señora de Coudreau se da un mentís a sí misma cuando habla (42) de los waiwais. Y se contradice cuando escribe (42): "singulares razas, esas razas indias, que desconcertarían aun al ilustre maestro M, de Quatrefages. Me divierto observando a nuestros roucouyennes que dan vuelta alrededor de los recipientes de cachiri, en la plaza de la aldea de Mariére. Algunos son casi blancos, otros amarillo claro, amarillo pálido, bermejo, cuero viejo, rojo ladrillo, bronce encarnado. ¿Hubo cruzas? Probablemente, pero no con blancos, ni con negros. Entonces, ¿de dónde vienen estos matices dispares? Tal vez, la teoría que me he formulado, para mi gobierno, con toda discreción, fuera verdadera. Habría habido primitivamente, en el Oriente de las Américas, un substrato de población de origen mongoloide.

En una época relativamente reciente, poblaciones de origen íbero o beréber habrían venido a instalarse allá como conquistadores, tal vez por la Atlántida. Pero, ¿cómo probar tales inducciones?". Sería difícil hacerlo, pues ni los íberos, por lo demás muy morenos, ni los bereberes fueron jamás navegantes, y la Atlántida, lo sabemos hoy día, estaba situada en el mar del Norte. Queda que la señora de Coudreau no pudo dejar de admitir la realidad de un aporte blanco reciente, aunque precolombino. Y es esto lo que nos interesa.

Si los oyaricoulets constituyeran un caso aislado, se podría, sin embargo, pensar en algún grupo de "blancos cimarrones", descendientes de filibusteros o bucaneros de las Antillas, por ejemplo, que, huyendo de los holandeses y los franceses, se escondieron, desde hace varias generaciones, en la selva donde, como los bonis, se habrían readaptado

a la vida primitiva. Pero la hipótesis no es defendible frente a las demás tribus blancas o blancuzcas que viven en la inmensa región que se extiende, al norte del Amazonas, entre el Atlántico y el Orinoco.

Limitémonos aquí a mencionar a los guacaríes (huacaríes, de vaka, guardia en norrés), los primeros maridos esporádicos de las amazonas, que vivían, en el siglo xvi, en el

borde del Gran Río, a la altura del Nhamundá y del Trombeta. Hace tiempo que desaparecieron y todo lo que

sabemos de ellos, gracias al P. de Acuña, es que eran grandes y blancos. Tenemos, por el contrario, informaciones más precisas sobre los waiwais, de quienes dice la señora de Coudreau (42) que pudo observarlos, a fines del siglo pasado, en la Guayana Británica: "Es la raza india más hermosa que jamás haya visto. Los tipos rubio-anaranjado no son escasos entre ellos... El color de su piel es amarillo claro y no tiene nada del rojopardo de las demás tribus".

Notemos, al pasar, que waiwai está hecho de la repetición de huai o vai, vale decir, según la fonética tupi-guaraní de la región, de dos sílabas, va-i, cuya pronunciación se acerca mucho a varí: la supresión de la consonante r es corriente, en las transcripciones españolas y portuguesas del tupi guaraní, en razón del modo imperceptible como los indígenas la articulan o, más bien, no la articulan.

*En el curso de su travesía de la Guayana Británica, en 1933, el geólogo norteamericano William La Varre, a quien acompañaba su mujer, encontró una aldea de huaihuaí, un poco al este de las fuentes del río Jauaperí, del lado brasileño de la frontera. "Hasta hace apenas un año, escribe en el relato de su viaje(44), nadie sabía si los tales «indios blancos» eran entes reales o puros mitos. No niego que se venía hablando de ellos desde hace muchos lustros, pero, por

mucho que se los buscara, parecía como si se los hubiera tragado la tierra. En una ocasión me enteré de cierto informe presentado por la expedición que llevó a efecto la llamada Comisión Británica de Límites (Brítish Boundary Commission), según el cual habría encontrado los vestigios de esa tribu, de la que tanto se habló, y que, según la

leyenda, fue en un tiempo dueña y señora de todo el valle del Amazonas. Hace años el doctor W. E. Roth realizó una famosa expedición hasta muy adentro de las selvas y dijo que había visto unos indios de piel notablemente rosada y pálida.

"Cuando por primera vez posamos nuestra mirada sobre los wai-svai es decir, cuando salieron a nuestro encuentro para saludarnos a la llegada a su aldea—, Alicia y yo tuvimos una gran sorpresa. Los hombres de esa tribu eran de elevada talla y de singular hermosura (el promedio de estatura de los varones debe haber oscilado alrededor de 1,83 metro y sus rasgos faciales eran muy finos); las mujeres,

no sólo llamaban la atención por la blancura anacarada de su piel, sino también por la belleza de sus formas. Estos indios poseen un código moral bástante elevado, a pesar de que cada hombre puede tener varias mujeres. Su idioma no tiene ningún parecido con el de cualquiera de las demás tribus que habitan la cuenta del Amazonas."

El testimonio de William La Varre está ilustrado con tres fotografías que reproducimos aquí (cf. fotos 5 a 7) y que, a primera vista, nos parecieron un tanto sospechosas. Pues, manifiestamente, habían sido retocadas. Las sometimos a dos peritos cuyos informes coinciden plenamente. En la foto de grupo y en la del adorador del Sol, se limitaron a borrar el fondo, según la moda de la época, para

hacer resaltar mejor a los personajes. La muchachita, por el contrario, fue mucho peor tratada. Se le borraron los senos y se le dibujó una tanga (taparrabo) que no usaba. Este último hecho prueba que la "indiecita" estaba desnuda cuando la foto fue tomada, lo cual es un argumento más. en favor de la autenticidad del documento. Según

La Nación, La Varre fue nombrado miembro honorario de la Royal Geographic Society, de Londres, que por cierto no abusa de este género de distinción, "por haber descubierto en la Guayana una tribu de indios blancos".

¿Qué nos revelan estas fotos desde el punto de vista antropológico? En primer lugar, que se trata realmente de una raza mestiza, con predominio de características europeas nórdicas. Los hombres que vemos en ellas son longilíneos en grado máximo y los rasgos de algunos de ellos(el primero, el cuarto, el sexto y el séptimo, en la foto

de grupo) no tienen, en la medida en que se lo puede juzgar, casi nada de mongoloide. La estatura que les atribuye La Varre —1,83 m— los distingue, por lo demás, de todos los amerindios, inclusive los tehuelches de la Patagonia, los más altos de ellos, cuya talla promedio, a principios del siglo xix, era de 1,73 m, según d'0rbigny (37) que había pasado ocho meses en la región, entonces del todo

salvaje. El rostro de la muchachita, que no fue retocado, en opinión de los peritos, es totalmente europeo y su cabello es ondulado, lo que no se da nunca en los indios. Sin embargo, el grupo de huaí-huaí encontrado por La Varre no es, por sus apariencias, uno de los más nórdicos, puesto que nuestro geólogo no menciona en ellos el tipo

rubio-anaranjado de ojos azules observado por M. Coudreau.

Al oeste de la Guayana ex británica, en el territorio brasileño del Roraima que se llamaba, hasta hace unos pocos años, Rio Branco, tiene hoy su habitat otra tribu de "indios blancos", los waikás (grafía inglesa) o guaikáes, algunas de cuyas bandas se conocen con el nombre de xirianáes. Por lo que sabemos, y aunque algunas de sus parcialidades están pacificadas, nunca se los ha estudiado, hasta la fecha, desde el punto de vista antropológico. Sólo disponemos, pues, de impresiones de etnólogos y exploradores, y éstas no siempre concuerdan. Los waikás son de una complexión "blanca", "blancuzca" o "muy clara" y de pequeña estatura. Sobre estos puntos, todo el mundo

está de acuerdo. Humboldt (8) que encontró algunos de ellos, a principios del siglo pasado, en el Alto Orinoco, les atribuye una estatura promedio de 4 pies 6 pulgadas a 4 pies 8 pulgadas (1,35 a l,40m), no sin contradecirse un tanto, más adelante, en la misma

obra, al mencionar que los miembros de todas las tribus blancas de la región tienen los rasgos, la estatura y el cabello tieso y negro de los demás indios. Marcel Homet(33) vio a dos waikás, en el Uraricoero, "de una

extraordinaria belleza... nariz aguileña, frentes despejadas, cabellos largos y suaves de reflejos claros, grandes ojos y pieles claras... Estos hombres eran de raza blanca...". Nos describe igualmente a unos xirianáes, encontrados en la misma región: "Eran blancos, con ojos azules o claros". Es cierto que ve en los waikás a "verdaderos mediterráneos", lo cual no es muy coherente, desde el punto de vista antropológico.

Un misionero alemán, el P. Wilheim Saake(45), interrogó largamente, en la misión salesiana de Tapuruquara donde se había refugiado, a una mujer cabocla (mestiza)que, a la edad de doce años, había sido raptada, en el Rio Negro, por una banda de waikás, se había convertido

en una de las mujeres del Tuchaua (cacique) y, veinte años más tarde, en Venezuela, se había reunido con los "civilizados" en la región del Orinoco. Esa mujer mencionó, en el curso de las conversaciones, que el tuchaua anterior tenía tres hermanos y una hermana y que esta última tenía el cabello, rubio y los ojos azules, con toda las apariencias de una blanca. Es cierto que, con ladrones de mujeres, nunca se puede saber...

No sabemos más acerca de otras tribus blancas cuya presencia nos señalan varios "viajeros" del siglo pasado cerca del territorio de los waikás, entre las fuentes de seis afluentes del Orinoco: el Padamo, el Jao, el Ventuari, el Erevato, el Aray y el Par agua. Son los guainares que, nos dice Humboldt (8), los misioneros llaman "indios blancuzcos o indios blancos**(En castellano, en el texto.)"; los guarahibos, que el P. Caulin(46) llama "guarahibos blancos" y el P. Gilii (47), “Guaivi bianchi"; y los mariquitares. Sin hablar de los guahibos de los raudales del Tabajé: "Algunos tenían barba, nos dice Humboldt(8); eran orgullosos de ello y, tomándonos por el mentón, nos mostraban por signos que estaban hechos como nosotros. Su estatura era, por lo general, bastante esbelta". Y agrega: "Los indios blancos* (En castellano, en el texto.) serían, según se dice, mestizos, hijos de indias y de blancos. Ahora bien: he visto millares de mestizos *; puedo asegurar que tal comparación carece en absoluto de exactitud".

Esta última acotación es más importante que las descripciones subjetivas e incompletas que nos han dejado autores incompetentes que sólo pudieron, por lo general, observar a unos individuos de cada tribu, en una época en la cual una eventual degeneración ya había debido de manifestarse. Es infinitamente probable que la pequeña estatura de los waikás sea una de las consecuencias de la

acción de un medio y de condiciones de vida inadecuadas para nórdicos. El mismo proceso degenerativo se produjo igualmente en los últimos groenlandeses: en 1920, Poul Norland encontró, en las tumbas del cementerio de Herjolfsnes, esqueletos, algunos de los cuales parecían "contarnos su macabro proceso de subalimentación, deformidad,

enfermedad y muerte prematura", como escribe Gwyn Jones (48). "Esos descendientes de un tronco nórdico de elevada estatura, fuertes, vigorosos y fértiles, nos muestran una talla pequeña, un cráneo reducido y una constitución débil. Dos de las mujeres mejor vestidas tienen la espina dorsal arqueada y la pelvis estrecha. Según parece, ninguna hubiera pedido dar a luz a un niño vivo". Entre los waikás, como entre los guayakíes del Paraguay, que sufren también de enanismo, la limitación degenerativa de los nacimientos proviene de otra causa: nacen tres veces más varones que mujeres. Lo cual, por un lado, produce la extinción de la raza y, por otro, los lleva a robar a mujeres indias, luego a mestizarse.

Sea lo que sea, todos los observadores nos hablan de indios blancos o blancuzcos, y estos indios se llaman, guaicas(i separada de la a: guahicás), guainares (guahinares), guarahibos o guahibos, nombres en los cuales reencontramos sin dificultad la raíz norresa vari. Solos hacen excepción a la regla los mariquitares, sin que se excluya que su nombre haya sido deformado (¿variquitares?) o también que les haya sido atribuido por los españoles en razón de cierta apariencia

afeminada debida a la delicadeza de sus rasgos y de su complexión. Pues, en la lengua de Castilla, marica significa invertido y mariquita es su diminutivo.

3. Una encuesta en el Piquiá

Les indios blancos no faltan tampoco al sur del Amazonas, si nos basamos en los numerosos testimonios que nos han llegado. Por ejemplo, el del sertanista (conocedor profesional de la selva) Orlando Vilas Boas, que menciona Lucien Bodard(49), sobre los acurinis del Medio Xingú:

"Son salvajes de piel clara, cabello rojo y ojos azules. Es gente bien proporcionada, bien armoniosa, con una estatura en absoluto normal para brasileños. Si anduvieran, de traje, se los podría tomar por caballeros de Rio de Janeiro...Son incomparables tiradores de arco. Su coraje es heroico. No tienen miedo alguno de la muerte para ellos. Se dice a veces que los indios son cobardes porque operan por astucia y por sorpresa y evitan de atacar a blancos armados con fusiles. Los acurinis no tienen ninguno de estos tipos de prudencia. Ellos parten directamente al asalto, por oleadas, aun cuando deban cargar contra ráfagas de balas... Su origen, no lo conocen. Nadie lo conoce". Lo cual no impide al funcionario del Servico de Protecáo ao Indio sugerir

que esos indígenas son probablemente los descendientes de "bandeirantes — conquistadores— venidos-de Portugal". Hipótesis ésta que no resiste el menor análisis, pues los portugueses de ojos azules no han constituido jamás sino excepciones poco comunes.

"Esos acurinis no son de ningún modo una leyenda, agrega Vilas Boas. Pues esos indios de tez pálida y pupilas límpidas, hay con todo un centenar de ellos que fueron

«civilizados». Fueron «integrados» por los funcionarios del S.P.I. de Tucuri. Parece que esos indios tienen la tez más clara que los agentes del gobierno que se ocupan de ellos.

Ninguna semejanza, tampoco, con los demás indios, salvo por sus collares, sus plumas, los dibujos que tienen en el cuerpo. Recientemente, dos acurinis eran prisioneros de una tribu piel roja normal. [Dudamos mucho que el sertanista haya empleado el término piel roja, reservado a los indígenas de Norteamérica], Iban probablemente a ser sacrificados; cuando los misioneros llegaron. Los religiosos creyeron en un primer momento que se trataba de aventureros blancos... Los acurinis son el flagelo del Xingú, del Medio Xingú que estará mucho más seguro cuando esos misteriosos blancos de la selva hayan vuelto a ser «blancos»".

Sin embargo, como sucede a menudo, no todas las opiniones son concordantes. En 1963, Eduardo Barros Prado (12) pasó dos días en una aldea de acurinis, en la desembocadura del Tucuruvi. Unos recolectores de nueces (de cajú) y de caucho le habían dicho que se trataba de indígenas de elevada estatura, que se parecían mucho más a neo-brasileños, vale decir a descendientes de colonizadores postcolombinos, que a indios, que no se deformaban los labios ni las

orejas y no usaban estuches penianos. Ahora bien: los que vio eran de pequeña estatura —no pasaban de 1,60 m y sus mujeres eran casi enanas—, tenían la piel tan oscura como la de los demás indios, llevaban un pequeño adorno en el labio inferior y se cubrían el pene con un estuche de paja.

Tales testimonios no son, por lo demás, necesariamente contradictorios. En el Paraguay, encontramos a los guayakíes divididos en dos variedades bien diferenciadas, sobre todo por el color de la piel: una de ella provenía de una mestización con indios matacos. Asimismo, fueron señalados motilones blancos en la Sierra de Santa Marta, entre Venezuela y Colombia, pero otros grupos que llevan el mismo nombre, hablan el mismo dialecto y tienen las mismas tradiciones se parecen a indios auténticos. Los waikás también fueron objeto de descripciones inconciliables. Lo cual significa meramente que tribus del mismo origen se han diversificado racialmente, con el tiempo, en razón de la mezcla de algunas de sus fracciones con elementos heterogéneos. No excluyamos, sin embargo, la posibilidad de que testigos incompetentes se hayan dejado arrastrar por el entusiasmo. Pero, de seguro, no es éste el caso de" todos los que nos han hablado de indios blancos.

Más al oeste, Barros Prado, cuya escrupulosidad acabamos de comprobar, realizó, en 1951, una encuesta minuciosa cuyos resultados, desgraciadamente, no pudo verificar de visu. Su hermana mayor poseía en el Piquiá, en el Alto Acari, afluente del Canumá, una de cuyos brazos se echa en el Madeira mientras que el otro desemboca directamente en el Amazonas a la altura del Nhamundá, una enorme extensión de tierras donde explotaba el hevea y el palo de rosa. Cazadores a su servicio habían, más de una vez, encontrado a "indios" raros que hablaban el dialecto tupiguaraní de los feroces cajabíes enanos de la región pero, desde el punto de vista antropológico, no tenían nada en común con ellos. Eran más altos, tenían la piel blanca, los ojos claros y rasgos

netamente europeos. Hasta se hablaba de pelo rubio. Debidamente informado a su vuelta de un viaje en el África, Barros Prado pensó que valía la pena ir a estudiar el problema y, en primer lugar, a interrogar a los testigos.

El primero de éstos, Deodoro Cavalcanti, era un viejo conocedor de la región, donde había pasado toda su vida al servicio de grandes propietarios de selvas de heveas y de comerciantes. Serio, poseedor de cierta cultura, el hombre contó, con extrema reserva, que había formado parte, en 1918, de una expedición punitiva organizada, en el Alto Sucunduri, para terminar con los indios que, a menudo, atacaban a los seringueiros, los recolectores de caucho. El grupo avanzaba en línea recta desde el Acari y, casi en las fuentes del Sucunduri, cayó de improviso en una aldea de unas cuarenta chozas cuyos habitantes, blancos y rubios, tenían todas las apariencias de europeos. Vivían completamene desnudos, al modo indígena, y hablaban el dialecto

cajabi. Recibieron amistosamente a los cazadores de hombres que, por supuesto, no les hicieron daño alguno y pasaron cuatro días con ellos, lo cual les permitió observarlos cuidadosamente. Deodoro Cavalcanti pensaba que se trataba de descendientes de los primeros seringueiros de la región, llegados del Ceará, provincia otrora colonizada por los holandeses. Barros Prado no tuvo mayores dificultades para destruir esta hipótesis: los primeros trabajadores reclutados en el Ceará habían llegado a Manaos en 1877 y, aun cuando algunos se hubieran extraviado o refugiado en la selva, no habrían tenido el tiempo material, en cuarenta años, de cambiar tan completamente su modo de vida y su lenguaje. No carece de interés señalar la presencia, en la región, de los indios coborós, o Orelhas de Pau: una tribu de orejones.

Otros testimonios se referían a hechos más recientes. El indio Karinú había visto, en el Sucunduri, canoas tripuladas por coborós e "indios blancos". Estos últimos hablaban perfectamente el tupiguaraní. No eran seringueiros. El indio Kutié había avistado, cerca de las caídas del Sucunduri, un grupo de "indios blancos" que había pasado a poca distancia del lugar donde él se encontraba con sus compañeros.

Los indios Kanteú y Barlú habían acompañado, como remeros, a cuatro misioneros hasta una aldea poblada con indígenas "tan blancos como el pay (sacerdote) que [nos]había contratado". Los indios Taneiyú, Kuaitá, Tariú, Mopaí y Burila aseguraron que habían remontado el Arinos, siempre en la misma región, al servicio de dos franciscanos

y habían alcanzado, después de varias semanas de viaje, una aldea de "indios carahibasfí (blancos) que cultivaban la tierra y sabían extraer el azúcar de caña. Una acotación, entre paréntesis: los misioneros guardan, por lo general, un religioso —es el caso de decirlo— silencio respecto de las regiones que recorren: temen atraer a aventureros y provocar así la pérdida moral y física de los indios.

En Borba, sobre el Madeira, Barros Prado interrogálargamente a Claudionor Soares, un blanco que, en 1950, había recorrido la zona en cuestión con el objeto de efectuar el censo de su población. Por el Arinos, había alcanzado la aldea de los carahibas, donde había tenido la sorpresa de encontrar a un jesuíta alemán que la visitaba regularmente desde una misión del Tapajoz. La aldea tenía unos

doscientos habitantes, pero el misionero le dijo que existían otros grupos, más adentro en la selva, y que la tribu, en su conjunto, comprendía más de mil personas. Sin ser antropólogo, Soares podía afirmar que esos indígenas no tenían ninguno de los rasgos mongoloides que caracterizan a los indios y no se parecían en nada a los caboclos,

los mestizos del Nordeste y del Amazonas. Usaban bigotes, eran poco velludos y, por su tipo físico, "no se diferenciaban en nada de anglosajones, sin ser tan sanguíneos". Su estatura variaba entre 1,60 y 1,70 m, mientras que sus vecinos cajabís tienen una talla promedio de 1,20 m.

Según el P. Agustín C. Martín, entonces rector del Colegio Don Bosco de Manaos y ex profesor de Barros Prado, su amigo el P. Ángel Carri —un argentino— había tenido la oportunidad de ver, invitado por un colega alemán, a los indios blancos en cuestión. En otra aldea, sobre

el Demani, se había topado con otros, mucho más hermosos y, también ellos, de aspecto netamente europeo, cuyo poblado era prácticamente inaccesible en razón de los grandes raudales del río y del terreno accidentado que lo rodeaba. El P. Martín había oído contar por el comandante Braz, célebre explorador del Amazonas, que, una vez,

había encontrado, en el Arinos, a blancos atléticos, completamente desnudos, que hablaban tupiguaraní. Anteriormente, Barros Prado había relevado el testimonio de indios nhambiquera que, prisioneros de los xavantes, habían logrado escapar y, en la selva donde caminaban sin rumbo, se habían encontrado con indios casi blancos, de elevada

estatura, cuyo tuchaua, según decían, comía en vajilla de oro. El coronel Fawcett, cuando su estada en San Pablo, en 1925, antes de partir para la expedición que iba a costarle la vida, declaró tener conocimiento de tuchaua blancos del Bananal y del Araguaya que, también ellos, usaban platos de oro. En la obra recopilada por su hijo, Fawcett (35) trascribe, por otro lado, el relato del director francés de la plantación de heveas de Santa Rosa, sobre el río Abuna,

afluente del Madeira: "había indios blancos alrededor del río Acre. Mi hermano lo remontaba en canoa (en 1906).

Un día se le aseguró que había indios blancos -en la vecindad. No lo creyó y se rió de esos cuentos, pero bajó igual a tierra y notó rastros indiscutible de la presencia de indios.

El segundo hecho cierto, fue que él mismo y sus hombres fueron atacados por salvajes altos, bien conformados y muy hermosos, de piel perfectamente blanca, de pelo rojo y

de ojos azules. Se batían como demonios. Mucha gente cree que no existen indios blancos y, cuando se les muestra algunos, sostienen que se trata de mestizos de españoles e

indios. Es preciso no haberlos visto para hablar así: quien los ha visto tiene una opinión del todo diferente". Es ésta, casi palabra por palabra, la conclusión de Humboldt, que reprodujimos más arriba.

Aunque tengamos en cuenta la exageración, y hasta la mentira, queda de este haz de testimonios que hay, en el Amazonas, hombres de raza blanca, en todo semejantes a europeos, que viven a la manera indígena, hablan exclusivamente el tupiguaraní y no descienden de colonizadores

postcolombinos. Por lo demás, se vieron algunos de ellos en fecha muy reciente.

En diciembre de 1973, el sertanista Raimundo Alves, de la Fundacáo Nacional do Indio (FU.NAI), encargado de adelantarse a los equipos de la Vialidad brasileña ocupados en construir la carretera transamazónica y de pacificar las tribus indias que se encontraban en el área, se topó, en los alrededores de Altamira, en el Bajo Xingú, con un grupo de ocho -indígenas que estaban bañándose en el igaripé

(arroyo) Ipixura. Eran "completamente blancos", dice el informe original que el coronel Nogueira, delegado de la FüNAI en Belém-do-Pará, tuvo la bondad de dejarnos copiar, y tenían cabellos "castaño claro". Eran de "mediana estatura", lo que corresponde, para los individuos de sexo masculino a alrededor de 1,70 m, tal vez un poco menos, en el Brasil, donde los descendientes de portugueses son más bien pequeños. Tres varones y tres mujeres tenían "ojos azules".

Para definir el color de su piel, el informe emplea la palabra aíüa, en principio sinónimo de branco, pero que, en el uso, implica una blancura más marcada y significa, de hecho, blanco lechoso. En septiembre de 1974, una vez terminada la estación de las lluvias, la FÜNAI envió sobrevolar la zona un avión que situó tres aldeas desconocidas y, luego, armó un campamento en la cercanía de éstas. Veintitrés indígenas, semejantes a los que habían sido avistados en

diciembre, no tardaron en presentarse, con mujeres y niños,

contrariamente a las costumbres de los auténticos indios.

En el momento en que estamos escribiendo estas páginas, no se sabe nada más. La FÜNAI no posee a ningún antropólogo, en el sentido propio de la palabra, y el Museu Emilio Goeldi carece de fondos. Sin embargo, hay quienes tratan de explicar por la mestización la existencia de esta tribu. Por ejemplo, el indigenista Helio Rocha, director de la Comisión de Asuntos Amazónicos, que tuvo que reconocer (51), con todo, que su hipótesis es muy poco verosímil, puesto que "probablemente la mayoría [de estos] indios tienen la piel clara".

4. Los "caboclos" rubios del Piauí

Muchos autores, lo hemos visto, han aludido a los "indios blancos" salvajes de las Guayanas y del Amazonas. Pero ninguno, con una única excepción, ha hablado jamás de los cabocíos rubios que constituyen la mayoría de los habitantes de todo un estado brasileño, el Piauí. Se trata, bien es cierto, de la región más pobre y más abandonada del país, a pesar de algunos apreciables esfuerzos recientes en el

campo de la infraestructura. Nadie pensó jamás en estudiar una población que vegeta sin que se hable de ella.

Cuando, en el curso de nuestra expedición de 1974, cuyos resultados presentaremos en el próximo capítulo, llegamos a Teresina, la capital del Piauí, nos llamó la atención la extraordinaria proporción de niños y de adolescentes rubios que veíamos en las calles. El correspondiente porcentaje parece aún más alto en el campo. No estábamos en

condiciones .de efectuar un relevamiento antropológico por muestreo que habría exigido más tiempo que el que teníamos y medios materiales de que no disponíamos. Tuvimos que limitarnos a una estimación: en el Norte del Estado, si dejamos a un lado a los mulatos, muy poco numerosos, alrededor del 80 % de los niños de diez años tienen cabello que va del castaño claro al rubio plateado, pasando por el rubio

dorado; a los quince años, la proporción es todavía del 50 %.

Por supuesto, se encuentran también adultos rubios, sobre todo mujeres. Los ojos azules claros no son excepcionales y se notan, en algunos individuos, ojos azules oscuros que no recordábamos haber encontrado en otra parte. Esta confirmación inesperada de la hipótesis de trabajo que nos había llevado al Piauí no nos impidió sobresaltarnos cuando fuimos recibido, en el caserío de Sete Cidades, por el responsable del sitio que constituía la meta de nuestra expedición y él nos dio su nombre: Valquir Pereira. Una de sus

hijitas, de cabello castaño claro, respondía al nombre de Valquiria, común en todo el Nordeste brasileño, como lo pudimos comprobar posteriormente.

El alto porcentaje de cabellos rubios que se encuentra en el Piauí es tanto más anormal cuanto que la población local, salvo algunos europeos y algunos "blancos brasileños", unos y otros muy poco numerosos y casi todos concentrados en Teresina, está constituida por caboclos de piel cobriza cuyo rostro tiene las características conocida del nordestino, del habitante del Nordeste: cráneo achatado,

fuertes arcos superciliares, frente baja, pómulos ligeramente salientes, ojos pequeños y a veces algo ovalados. Es un espectáculo desconcertante ver a individuos, más próximos, por su aspecto físico, del indio que del blanco, pero provistos de magníficos cabellos rubios que no tienen nada que ver con los de los sararáes, esos mestizos, a menudo un tanto negroides, de los demás Estados del Nordeste, que tienen mechones de un amarillo desteñido e irregular, entremezclados en cabellos negros o castaños, a veces crespos. Hasta en los pocos sararáes totalmente rubios, la tonalidad siempre da la impresión de provenir de una mala decoloración artificial. No es éste, en absoluto, el caso de los habitantes rubios del Piauí, cuyo cabello es idéntico al de las poblaciones nórdicas de Europa.

¿De dónde provendrá semejante anomalía? En los demás Estados del Nordeste, se suele atribuir el cabello aberrante de los sararáes a los holandeses que, en el siglo xVII, colonizaron el Ceará y ocuparon las costas de Pernambuco. En el Marañón, los franceses, que dominaron la región en los ligios xvi y xvn, proporcionan una explicación

verosímil. Pero ni los unos ni los otros pisaron Jamás la tierra del Piauí.

No fue, por lo demás, sino en 1661 que el primer portugués —un bandeirante de San Pablo llamado Domingos Jorge Velho— se estableció en una región que, hasta entonces, había permanecido en el poder de tribus indias sin someter, salvo unos 12.000 tupíes de las misiones que los jesuítas tenían en la costa (52). Con él o después de él,

sólo algunas decenas de portugueses llegaron del Sur, buena parte de los cuales fueron a hacerse matar en el Rio Grande del Norte, cuando la guerra contra los negros cimarrones de los Palmares. Desde el Marañón vinieron a establecerse en el Piauí, entre 1670 y 1825, alrededor de un millar de blancos adultos, como lo demuestra el número

de seiscientas sesmarias (concesiones de tierras) otorgadas por los gobiernos del Para, el Marañón y el Piauí, más trescientos relegados portugueses, a los cuales también se atribuyeron tierras. Se trataba casi siempre, en ambos casos, de solteros, al punto que el gobierno de Lisboa y el de San Luis del Marañón tuvieron, en varias oportunidades,

que especificar por ordenanza que los portugueses que se casaran con indias no perderían sus derechos de subditos del Rey. En 1762, el censo general de la nueva capitanía del Piauí nos da la cifra de 8.102 residentes libres (blancos e indios mansos) y 4.644 esclavos negros. Posteriormente a 1825, se nota una pequeña inmigración de cearenses, echadas de sus tierras por la sequía crónica (pequeña, pues el Piauí es aún más pobre que el Estado en cuestión) y la llegada de míos miles de negros del Marañón justo después de la abolición de la esclavitud. Pero tal aporte de población es ampliamente compensado por una emigración constante hacia San Luis, Fortaleza, Recife, Bahía y Rio

de Janeiro. En fin, no hubo nunca inmigración europea —ni siquiera de portugueses.—, salvo casos individuales poco frecuentes: los colonos siempre se han dirigido hacia los Estados del Sur.

Si aplicamos a los 13.000 habitantes registrados en 1762 el índice de crecimiento demográfico de los canadienses franceses —10.000 % en doscientos años—, obtenemos, para 1920, la cifra de 1.023.000 personas. Pero el Piauí es la tierra más pobre del Brasil y la subalimentación, allá, es endémica, todavía hoy. La raza es prolífica, pero débil, y la mortalidad infantil hace estragos. La comparación sólo es válida, pues, con tal que se tomen en cuenta estos factores negativos y, pecando por optimistas, hay que dividir por tres la cifra anterior, lo que nos da 342.333 habitantes. Ahora bien: en el censo de 1920, se registraron 738.740 personas. Y esta cifra está muy por debajo de la realidad, como siempre en el Brasil y, con mayor razón, en un Estado entonces casi totalmente desprovisto de vías de comunicaciónes y donde el mismo Registro Civil es muy sujeto a caución. Aun aceptando como válido el resultado del censo, comprobamos, sobre la base de nuestras estimaciones anteriores, un excedente de población de 396.407 individuos. Para obtener los 738.740 habitantes de 1920, hubiera debido haber, en 1762, no 13.000 residentes, sino 28.000, y probablemente más, si se tienen en cuenta algunas campañas efectuadas, en el siglo xvin, por los portugueses contra algunas tribus no controladas y las pérdidas humanas que debieron de resultar de ellas.

¿De dónde proviene esta enorme diferencia? Evidentemente, de los indígenas todavía "salvajes" en 1762. Ahora bien: los indios del Piauí pertenecían a dos grandes razas: los tapuias, muy morenos de piel, y los tupíes, amarillentos. Unos y otros tenían el pelo negro y tieso. Es a ellos, pues, y en especial a los primeros, que la población

actual debe su tez generalmente oscura. Quedan el cabello rubio y los ojos azules. No provienen, ciertamente, de los portugueses que, salvo pocas excepciones, no presentan ninguna de estas dos características. Tenemos que admitir, pues, la presencia en el Piauí, antes de la Conquista, de una población indígena de raza nórdica.

Fue Ludwig Schwennhagen (53), un austríaco que vivió durante largos años en la región, el que, por primera vez, hizo un razonamiento de este tipo, aunque sus cálculos fueron inexactos y sus conclusiones, en parte falsas. En los "indios" blancos y rubios dé quienes desciende, en alguna medida, casi toda la población del Piauí, quiere ver a tupíes, lo cual, evidentemente, es incorrecto. Schwennhagen no tenía nada de un antropólogo. "Los pueblos tupíes eran blancos, lo que prueban, no sólo el nombre de, cari, sino también cada familia legítima del sertón del Piauí y del Ceará. El 90 % de los niños, en promedio, nacen blancos y rubios/y el estado en el momento del nacimiento indica la raza. A lo largo de los años, el color de

la piel se hace amarillento y el color del cabello, oscuro; pero si estos niños son bien tratados, con higiene, limpieza y alimentación racional, conservan todos los rasgos

característicos de la raza blanca y, en la tercera generación, ya no difieren de las razas más finas de Europa... Los niños de los tapuias auténticos nacen con una piel medio parda y cabello negro tiesos; ningún tratamiento puede destruir

estos dos rasgos característicos. Cuando esos tapuias viven en la ciudad, en un medio civilizado, como a menudo se lo puede observar en Belén, los rasgos tapuias se suavizan e idealizan, pero nunca desaparecen del todo".

En realidad, los tupíes tienen la piel menos oscura y los rasgos mongoloides menos marcados que los tapuias, pero tienen el cabello negro y tieso como éstos. Y el color en el momento del nacimiento no indica en absoluto la raza. Por lo demás, los caboclos del Piauí son, por lo general, más oscuros de piel que los tupíes: lo deben a los tapuias que dominaban, numéricamente, entre los indios de la región.

El cabello rubio y los ojos azules no pueden tener sino otro origen. Los caboclos son mestizos de indios —tapuias y tupíes— y de blancos de tipo nórdico establecidos, antes dé la Conquista, en el actual territorio del Estado. No hay otra explicación posible.

5. Los vikingos de la selva

Vimos, en el capítulo anterior, que las skjold-meyar, las Vírgenes del Escudo —vírgenes o no—, de Tiahuanacu se habían refugiado, después de la batalla de la isla del Sol, en las provincias amazónicas y guayanesas del imperio destruido. Unos hombres tal vez las hubieran acompañado. Pero ya había, en la región, indios leales, encargados de la protección de las vías de comunicaciones. Algunos de ellos eran tupiguaraníes reclutados en el lugar; otros, arahuaks y orejones, habían sido enviados desde el Altiplano.

Como siempre cuando se trata de tropas coloniales, los cuadros de esas unidades indígenas pertenecían a la raza de los Conquistadores. Ahora lo podemos probar, pues los "indios blancos" de hoy no pueden ser sino los descendientes de europeos de raza nórdica llegados antes de la

Conquista. Según las descripciones que nos dan de ellos "viajeros", misioneros y exploradores, algunos de ellos —los oyaricoulets, por ejemplo— parecen haber conservado todas las características exteriores de sus antepasados. Otros, como los waikás, han ido degenerando lentamente en un medio al cual no han podido adaptarse desde el punto de vista biológico. Otros más se han fusionado con algunas tribus indígenas en cuyo seno se-reencuentran sus rastros, como, por ejemplo, en el caso de los canelas del Amazonas.

Si les quitamos sus plumas al sujeto de la foto 8, tomada, en 1935, por el etnólogo alemán que firmaba Kurt Nimuendajú, no nos será difícil reconocer en él el tipo de un campesino de nuestra raza. La foto 9, del mismo origen, nos muestra a un indio de cabello claro —compárese con el pelo del pubis—, totalmente incompatible, sea rubio o

gris, con las características fundamentales de los amerindios.

Por supuesto, y lo hemos señalado más arriba, la aparición de individuos, y hasta de pequeños grupos, blancoides no excluye nunca la posibilidad de una mestización contemporánea, aun cuando se produce en zonas hasta ahora inexploradas. Pero esta explicación no vale, evidentemente, en el caso de tribus enteras, y menos todavía si

estas tribus llevan todas, sin excepción, como es el caso, nombres que las vinculan con los vikingos de Tiahuanacu: yurakarés (guerreros blancos, en quichua), guacaríes (de vaka, guardia, en norrés), guarayos, oyaricoulets, waiwaís, waikás, guainares, guarahibos y guahibos (de vari, guerrero, en norrés). Aun nosotros, que somos sumamente rebeldes frente a las evidencias, a menudo engañadoras, de la filología, debemos admitir que el cálculo de probabilidades excluye aquí el azar.

Estos nombres hasta nos permiten trazar un esquema bastante preciso de la organización militar de los vikingos. Comprendía a tribus indígenas cuyos guerreros (vari), encuadrados por oficiales blancos, formaban, en caso de necesidad, unidades territoriales, y un cuerpo de élite que

debía ser permanente, la Guardia (vaka). Esta, la constituían exclusivamente vikingos. Lo que nos lo hace pensar es el nombre que llevaban los arahuaks: Guardia de Honor. No una "guardia para rendir los honores", lo que no habría tenido sentido alguno en las Guayanas, sino una "guardia a título honorífico", una tropa indígena que, por

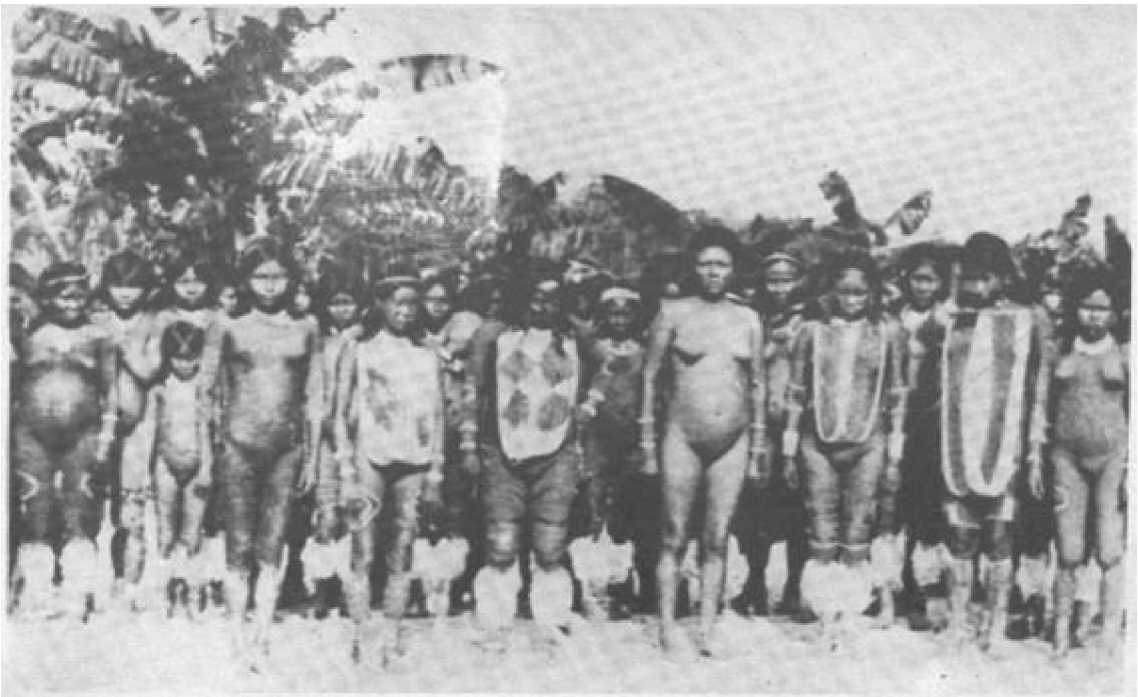
su comportamiento, había merecido llevar el nombre reservado a las unidades blancas. Así, más tarde, Manko Kápak dará el título de inca (inca por privilegio, dice Garcilaso) a los jefes indígenas que habían contribuido a la reconquista.

Unidades de guerreros, las había en todas partes, en el imperio, inclusive en la "Llanura" donde aseguraban la protección de los caminos y los ríos. La Guardia, por el contrario, debía de constituir la guarnición de Tiahuanacu, en la "Montaña", sin perjuicio de suministrar sus cuadros a los cuerpos supletorios, como parece indicarlo el nombre del héroe civilizador de los tamanaques, Emilio el Guardia. Después de la derrota de la isla del Sol, los oficiales

blancos de las unidades de guerreros, que vivían con sus familias en los territorios que administraban, debieron de reagruparse por razón de seguridad: están probablemente en el origen de las tribus blancas cuyo nombre viene de vari.

En cuanto a la Guardia, o a lo que quedaba de ella, debió de replegarse en buen orden en la selva amazónica, al mismo tiempo que las Vírgenes del Escudo, y establecerse cerca de ellas, sobre el Nhamundá y en la región. Estos soldados profesionales de seguro no habían podido llevar con ellos a sus mujeres. No es insultar su memoria, antes al contrario, suponer que esta circunstancia los ayudó poderosamente a hacerse los chevaliers-servants de las amazonas. Los descendientes de estos guardias eran los guacaríes "altos y blancos" que menciona el P. de Acuña, los únicos "indios blancos" cuyo nombre venga de vaka, guardia, en norrés.

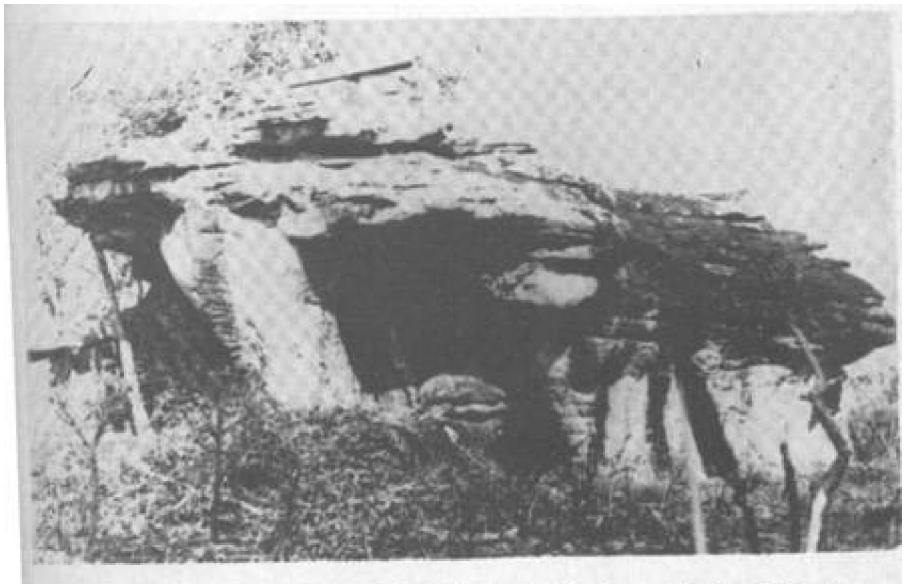
Quedan los blancos del Piauí, esa región perdida del Nordeste brasileño, a unos 1.000 km a vuelo de pájaro al sudeste del Amazonas. Al juzgar por las características raciales de los cabocíos de hoy, los nórdicos precolombinos contribuyeron en una elevada proporción al doblamiento de una zona donde, es cierto, los indios eran poco numerosos (52). ¿Tratábase de refugiados de 1290? Esto sería inexplicable, pues el Piauí, además de estar situado muy lejos de los caminos principales de los vikingos, no posee una fauna capaz de retener, y menos de atraer, a hombres cuya alimentación casi no podía depender sino de la caza. Hay que admitir, pues, que los daneses de Tiahuanacu se habían instalado en forma permanente en la región antes de la batalla de la isla del Sol. ¿Pero por qué motivo?



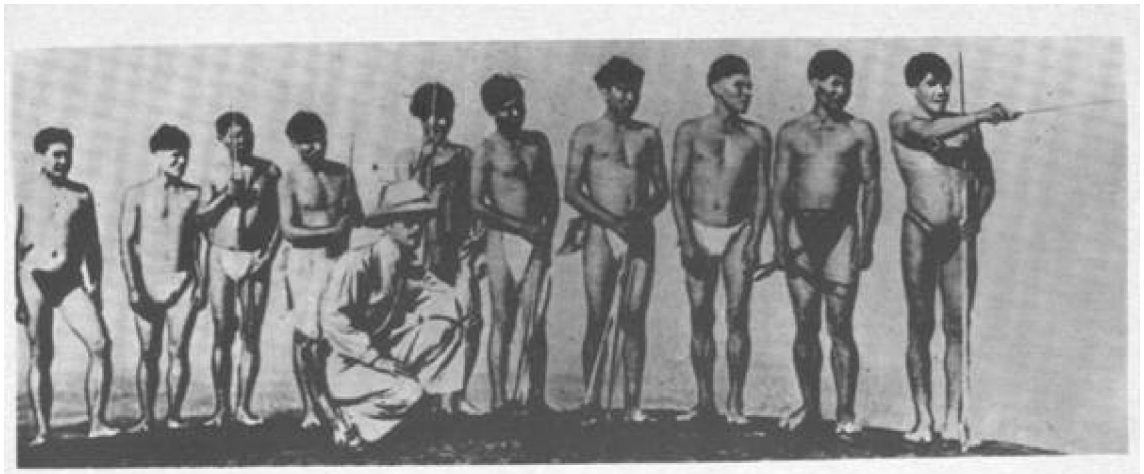
1. Las hijas de las amazonas de Jacicurá. En primer plano, su "maestra de novicias" blanca. *(Foto Silvino Santos-Barros Prado.)*

2. Monumento funerario antropomórfico del valle del Utcubamba, en el Alto Amazonas. Según Bertrand Flornoy ([32]).

3. La "Piedra Pintada" del Roraima.



4. Casa de piedra en la selva amazónica. (*Foto João A. Péret.*)



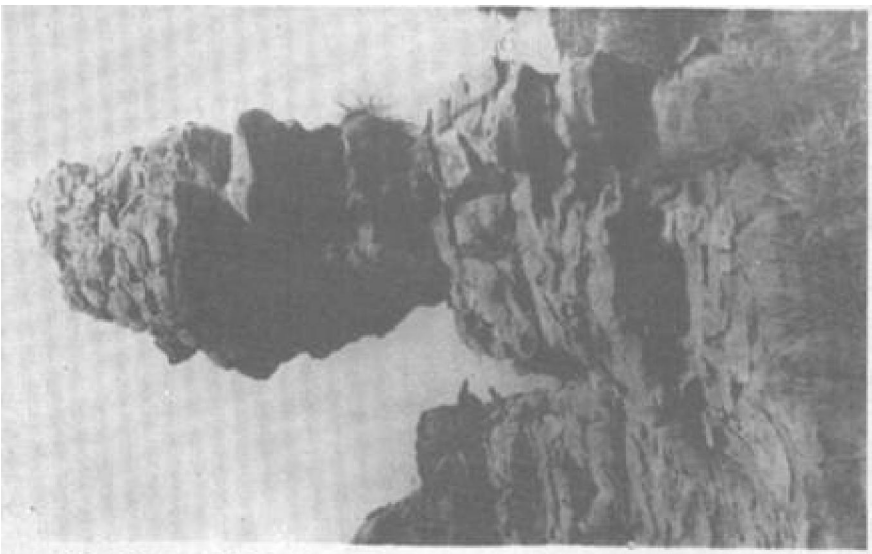
5. Un grupo de waiwais, según William La Varre(**).

6. Un waiwai adorando al Sol, según William La Varre (44).

7. Una muchacha waiwai, según William La Varre (44).

8. Un indio canela del Amazonas, de rasgos casi europeos. *(Foto Kurt Nimuendaju.)*

9. Un indio canela, de pelo rubio o gris. *(Foto Kurt Nimuendaju.)*



10. Siete Ciudades: estatua de un hombre barbado, de rasgos europeos, con una gorra de marinero.

11. Siete Ciudades: estatua de "Icaro".

12. Siete Ciudades: estatua del jinete.

13. Siete Ciudades: figura del "diablo" e improntas de dos manos, una longilínea, la otra brevilínea.

14. Siete Ciudades: el drakkar de la *Pedra do Americano*.

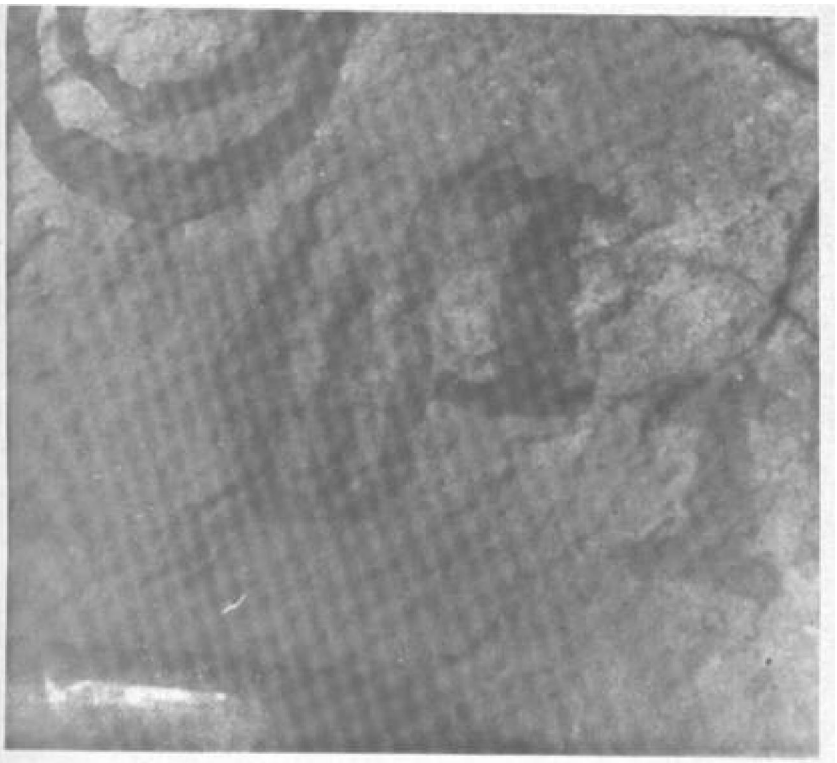
15. Siete Ciudades; el drakkar de la *Descoberta*.

16. El profesor Jacques de Mahieu observando una pared inscripta de Siete Ciudades.

17. Siete Ciudades: la gran inscripción de la *Serra Negra*.

18. Siete Ciudades: uruz que sirve de marco a la inscripción de Ulf.

19. Siete Ciudades: inscripción rúnica y "diablo".

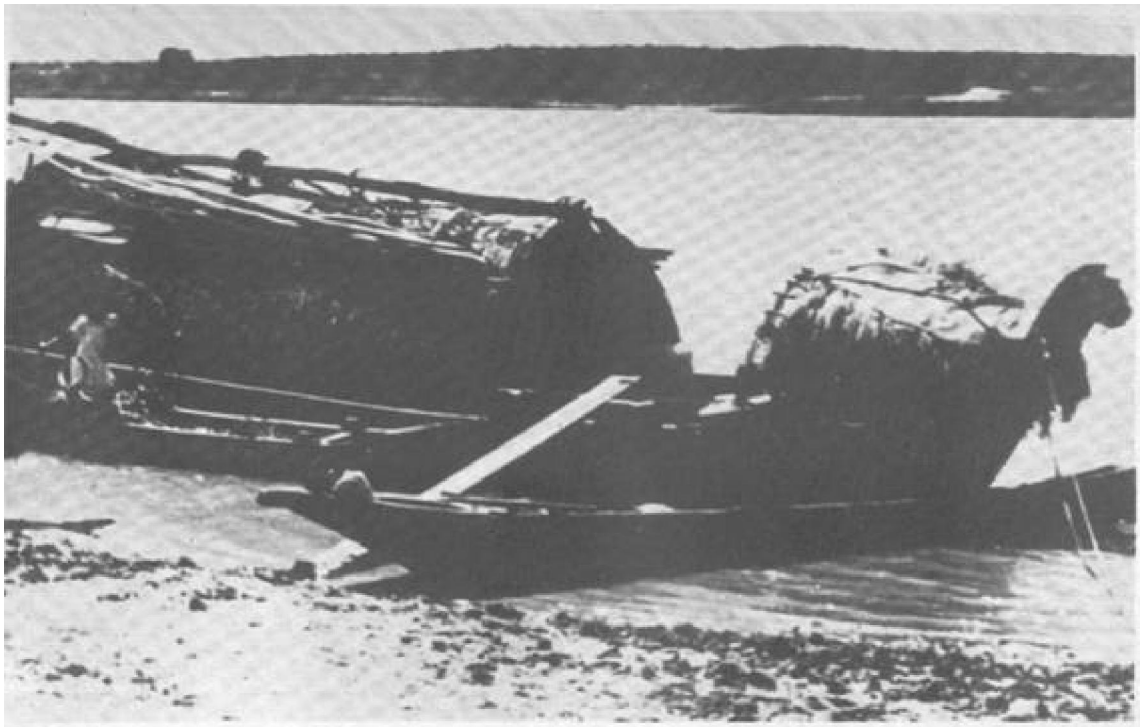


20. Siete Ciudades: dos martillos de Thor en la *Descoberta*.

21. Siete Ciudades: símbolos nórdicos.

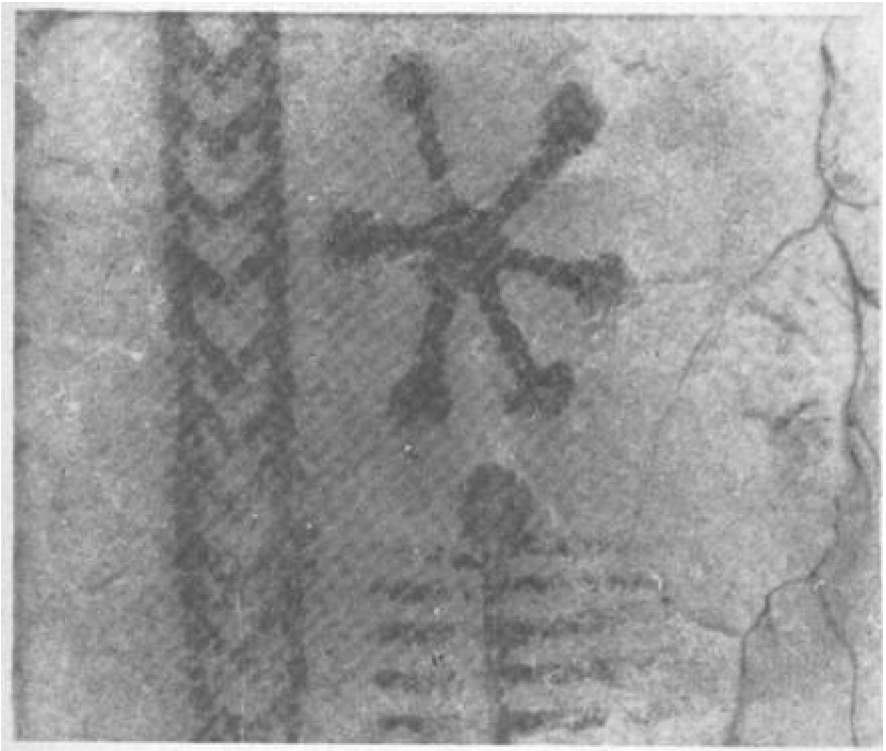
22. Siete Ciudades: una roca de forma fantástica.

23. Teutoburger Wald: los *Externsteine*.

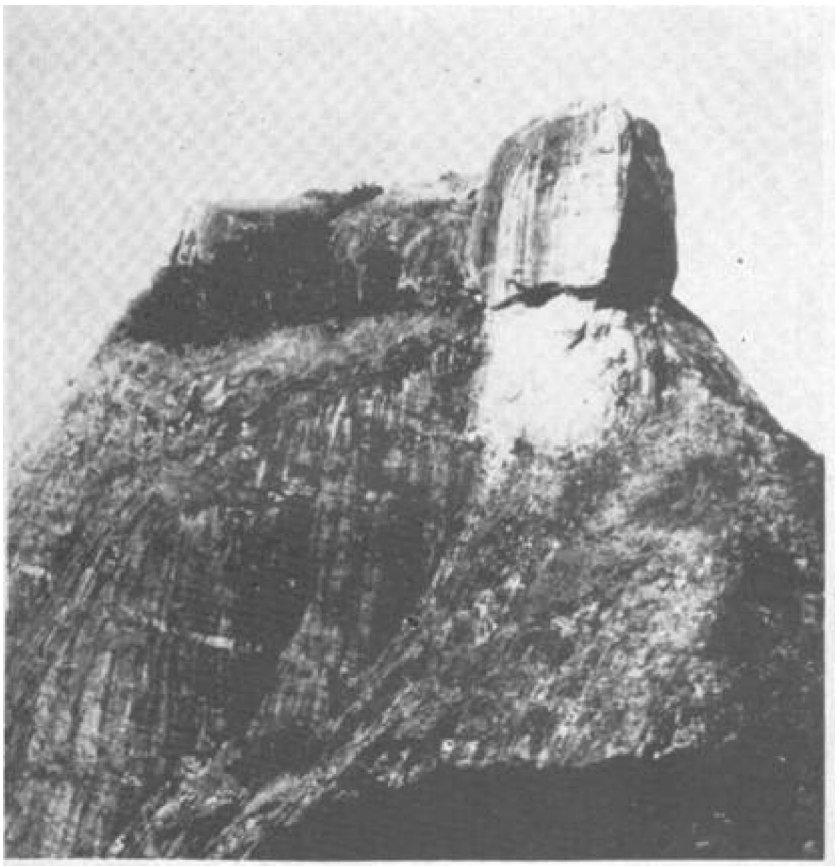


24. Tipo de barca del Rio São Francisco. *(Foto Eduardo B. Chaves.)*

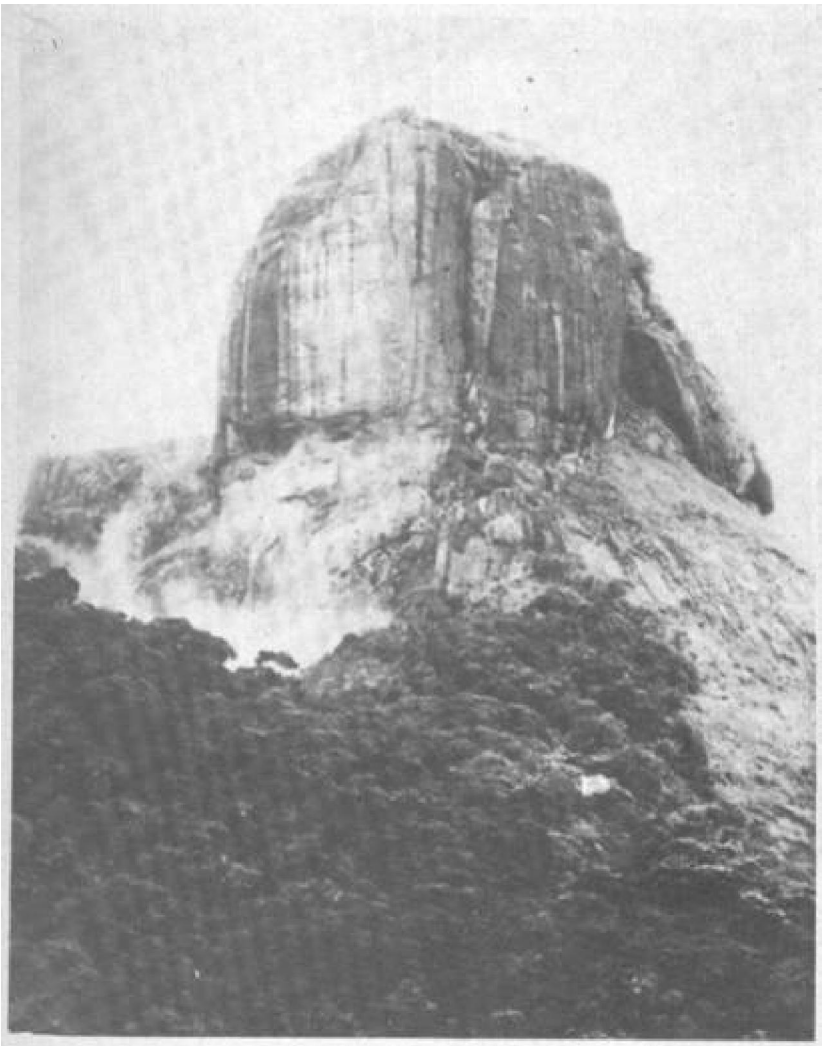
25. Mascarón de proa de una barca del Rio São Francisco. *(Foto Eduardo B. Chaves.)*



26. El portulano de Siete Ciudades.



27. La cara de vikingo de la Gávea, vista de frente. *(Foto Eduardo B. Chaves.)*



28. La cara de vikingo de la Gávea, vista de tres cuartos. *(Foto Eduardo B. Chaves.)*

IV

Las "siete ciudades" del Piauí

1. La increíble fantasía de la naturaleza

A unos 250 km al nordeste de Teresina, capital del Estado del Piauí, se halla la villa de Piracuruca (cf. Mapa fig. 17), edificada en el siglo pasado —y nada ha cambiado desde aquel entonces— en el lugar de la aldea donde, hacia 1780, el bandeirante Domingo

Alfonso Sertáo, más conocido en la historia del Brasil con el nombre de Mafrense, había

asentado una tribu de genipapos. Sus caboclos rubios ya hablaban, hace cien años, a los pocos viajeros que se aventuraban en la región de las ruinas de una ciudad encantada. El hecho fue revelado por un tal Jacome Avelino en un artículo publicado, en 1886, en el diario Constituido de Fortaleza, capital del vecino Estado del Ceará. El año siguiente, una misión del Instituto Histórico y Geográfico brasileño . visitó el lugar y comprobó, efectivamente, la existencia de un enorme conjunto de rocas de apariencias fantásticas.

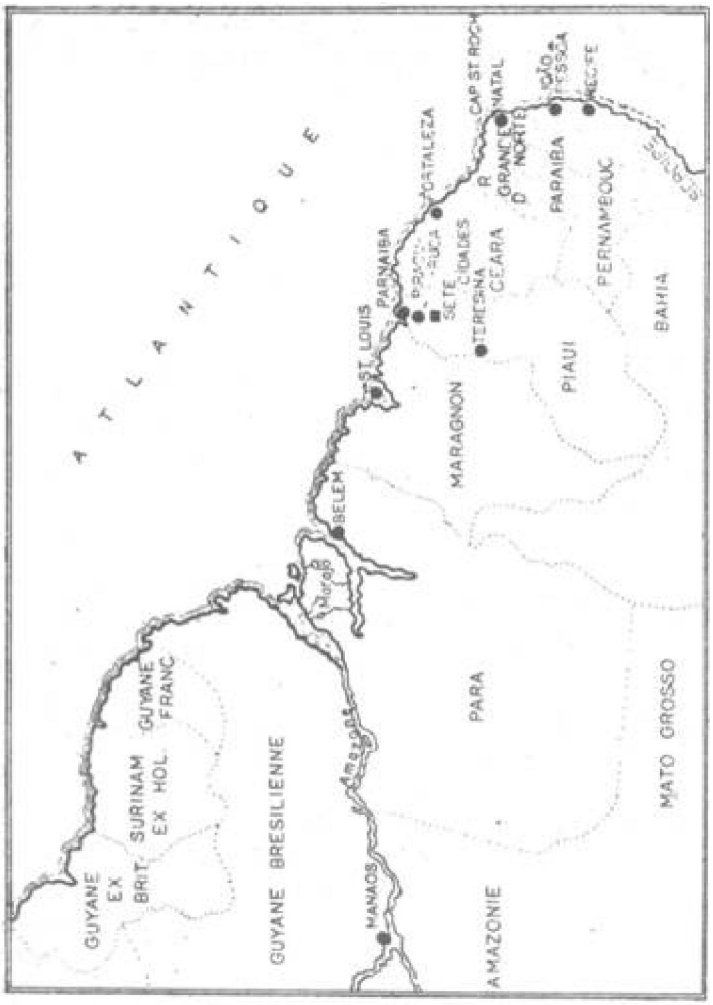


FIG. 17 – *Mapa del Nordeste del Brasil.*

No se habló más del asunto hasta que Ludv/ig Schwennhagen(53), en 1926, publicó un plano minucioso (c.f. fig. 18), acompañado de una explicación delirante, sobre la cual volveremos más adelante, y dio al sitio el nombre de Sete Cidades, Siete Ciudades.

En 1961; el gobierno federal ex-

propió la zona —más de 6.000 hectáreas— y la convirtió en parque nacional, con la doble intención contradictoria de proteger el lugar y de atraer a los turistas. Las depredaciones que no tardaron en producirse llevaron el Instituto Brasileño de Desarrollo Forestal a prohibir al público la mayor parte del parque. El resto —el sector más pintoresco— parece, desgraciadamente, condenado a una rápida destruc-

ción.

Cuando, desde Piracuruca, por un camino de tierra de 23 km, transitable con tiempo seco, uno se acerca a la zona, avista una línea de fortificaciones de 3 a 5 m de altura, que pronto se revelan como meras rocas de arenizca extrañamente modeladas por la erosión. Luego, se entra en una estrecho desfiladero, flanqueado de "murallas" cuyas "troneras" están ocupadas por "cañones" de tubos salientes. Es ésta la "Fortaleza", mero conjunto, también ella, de rocas, de formas fantásticas, de unos 10 m de altura, adornadas de placas de hierro blando enrolladas que dan la impresión de piezas de artillería.

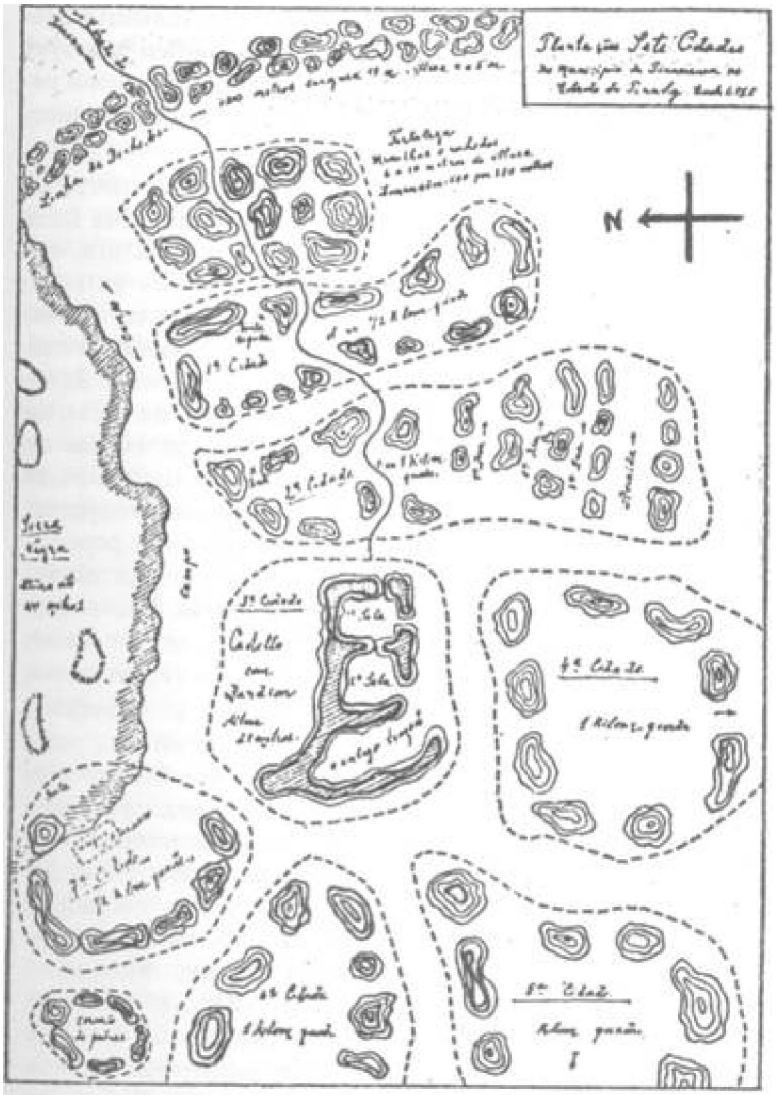


FIG. 18 – *Plano de Siete Ciudades, según Schwennhagen* (53).

Vienen después dos grandes conjuntos de rocas erosionadas en las cuales la imaginación popular, reforzada por Schwennhagen, ha querido ver dos ciudadades, con sus plazas, sus calles y una avenida. Reconozcamos, por otra parte, que, desde lejos, se cree ver casas,

algunas de dos pisos. Pero la ilusión se esfuma rápidamente.

Más allá de la "segunda ciudad" se alza el "Castillo", de 20 m de altura y 150 m de largo, dividido en tres compartimientos sin techo, uno de los cuales, que los cabocíos llaman "biblioteca", contiene, en especies de estantes, lo que parece ser placas de piedra cortadas simétricamente —los "libros"— pero no es, en realidad, sino bloques con los flancos tallados por la erosión. Las otras cuatro "ciudades",

que rodean el "Castillo" en medio círculo, tienen, grosso modo, la misma apariencia que las anteriores, aunque su altura no pasa de cinco metros. A unos 3 km al nordeste, se halla una zona llamada "La Descoberta" que contiene otros conjuntos rocosos de las mismas características que las Siete Ciudades propiamente dichas. Al norte de éstas se alza la Serra Negra, un pequeño macizo de 120 m de altura,

cuyos flancos tienen, también ellos, en algunos lugares, la apariencia de estructuras arquitectónicas. En varios puntos del sitio, las rocas tienen formas sugestivas en las cuales se reconocen, a simple vista, un león, dos águilas de alas desplegadas, una tortuga, un sapo, un pórtico, etc. Se ven también cuatro enormes falos, uno de ellos en la Descoberta, con el glande bien modelado. Más extrañas aún son cuatro estatuas antropomórficas, aisladas como los monumentos de una ciudad. Una de ellas representa la cara de un hombre barbado, de nariz recta y con la boca abierta, como si el personaje estuviera gritando, encima de una columna puesta en un pedestal cónico. Otra (cf.foto 10) nos muestra una cabeza barbada de nariz respingada, cubierta con una gorra de marinero. La tercera es una especie de Icaro (cf. foto 11), de un aspecto un tanto surrealista. Cuando avistamos la cuarta (cf.foto 12), nos llamó primero la atención la cabeza del hombre, cuya silueta

recuerda extrañamente la de un moai de la isla de Pascua. Vimos posteriormente que se trataba de un caballero medieval cuya cabalgadura, encabritada, lleva el largo caparazón de paño que se usaba entonces y cuya mano descansa en la empuñadura de una espada colgada del arzón. La foto que damos de ella, desgraciadamente, no es muy buena, pues la tomamos con lluvia. Basta, no obstante, para dar una idea de la "estatua".

Eliminemos de entrada un falso problema: no hay, en Siete Ciudades, ni "Fortaleza", ni "Castillo", ni "Biblioteca"; solamente rocas a las cuales la laterización y la erosión dieron formas sorprendentes. Todo lo demás es fantasía pura. El hecho de que el gigantesco conjunto así constituido sea extraño e impresionante no cambia nada al asunto. Por

el contrario, tenemos derecho a preguntarnos si la situación es la misma en lo que atañe a las figuras animales y antropomórficas que hemos mencionado. La naturaleza tiene caprichos así, no lo ignoramos, y se conocen, en el mundo, más de un perfil humano y más de una silueta de animal esculpidos por ella en la ladera de alguna montaña. Sin embargo, el cálculo de probabilidades parece hacer muy aleatoria la posibilidad de que una decena de formas tan fáciles de reconocer hayan surgido, por casualidad, en el mismo lugar. La erosión, por lo demás, suele tener espaldas anchas. "Si, dentro de mil años, se descubren en Yellowstone los rostros de los primeros presidentes de los Estados Unidos, que fueron tallados allá en la roca", nos decía en Rio de Janeiro el profesor André Selon, "los geólogos no faltarán

en afirmar que se trata de la obra del viento y de la lluvia y los legos se maravillarán que la naturaleza haya reproducido tan claramente los rasgos fisionómicos de Washington". La erosión puede, en efecto, modelar la piedra bruta, pero también deteriorar la piedra esculpida de mano de hombre, sobre todo si lo fue, como en Siete Ciudades, en una arenizca relativamente blanda.

Esta segunda hipótesis parece ser la buena en el caso que nos ocupa. Veremos más adelante que las caras europeas de las estatuas que hemos mencionado responden demasiado bien a circunstancias sólidamente establecidas para ser debidas al azar. Si descubrimos en los flancos del Kilima Njaro un bloque de piedra que nos recuerde a Júpiter, pensaremos, lógicamente, que se trata de la obra incongrua de la naturaleza; pero tendremos muy buenas razones para ver en él una imagen debida a la mano de un escultor si el descubrimiento tiene lugar en las ruinas de un templo romano. Otro argumento, geológico éste, abunda en el mismo sentido. Miremos otra vez la estatua de "Icaro" (.foto 11). Notaremos que el borde de las alas y los de

la piedra curva colocada en el centro de la figura, a la derecha, están tallados en ángulo recto, con aristas bien cortadas. Ahora bien: la erosión roe; no corta. Su trabajo, por lo tanto, es siempre irregular. Mostramos esta foto a un escultor, a picapedreros y a un geólogo: fueron unánimes en asegurarnos, sin que ninguna duda esté permitida, que los ángulos en cuestión —y no son éstos los únicos,en Siete Ciudades— habían sido tallados de mano de hombre, con instrumentos de metal. Siete Ciudades constituye, pues, un conjunto natural, producto de la erosión, de rocas, algunas de las cuales fueron trabajadas por escultores imaginativos —uno solo, tal vez— cuya técnica era sumamente primitiva. Estos artistas eran blancos, como lo prueba el tipo físico de sus modelos. Pero no eran portugueses: el estado de la piedra muestra que la obra es anterior a la Conquista, no solo del Piauí, sino también del Brasil.

2. Los barcos rupestres

Esos blancos, lo podemos probar, eran los vikingos de Tiahuanacu. Se encuentran, en efecto, en Siete Ciudades, inscripciones que no han retenido, hasta ahora, la atención de visitantes que las tomaban probablemente por garabatos de indios. Para identificarlas,

era indispensable tener un mínimo de conocimiento de la escritura rúnica. Y, por lo demás, antes de nosotros, nadie estudió verdaderamente un sitio que sólo toma su real importancia en el marco de una investigación más amplia.

De todas partes, en las Siete Ciudades propiamente dichas, en la Serra Negra y en la Descoberta, se notan, en paredes más o menos lisas, por lo general protegidas por alguna saliente de piedra, o en abrigos bajo roca, dibujos trazados con tinta colorada, a veces con agregados de tinta amarilla. Más excepcionalmente, se encuentran inscripciones grabadas, la mayor parte de las cuales son dudosas. En algunas rocas, la tinta es muy pálida, al punto de hacer ilegibles signos que se adivinan más que se ven. En otros puntos, por el contrario, el dibujo parece haber sido trazado ayer.

La mayor parte de los "paneles" con inscripciones presentan un aspecto de incoherencia que hace pensar a graffiti sucesivos desprovistos de toda intención de conjunto. Pocos son los que en cuya composición se puede reconocer un mínimo de armonía gráfica. Salvo en dos casos, las inscripciones "alfabéticas" mismas —ponemos "alfabéticas" entre comillas por tratarse de letras del futhark rúnico y no de un alfabeto, en el sentido etimológico de la palabra— están colocadas en medio de signos, variados que no tienen nada que ver con ellas. A menudo, las paredes pintadas están sembradas con impresiones de manos que son reveladoras: las unas son longilíneas, como las de los nórdicos; las otras, brevilíneas, como las de los indios (cf.foto 13). Había, pues, en Siete Ciudades, dos razas, con diferencias antropológicas bien marcadas, que vivían juntas.

En una roca, situada muy cerca del "Castillo", que se llama Pedro do Americano, se halla una pared pintada de la que tendremos varias veces la oportunidad de volver a hablar. Se nota en ella, en primer lugar, un dibujo (cf. foto 14) que no puede ser sino el de un drakkar. Con

todo, el barco no tiene la silueta a la cual estamos acostumbrados. Aun cuando tomemos en cuenta el hecho de que se lo ve de tres cuartos, por atrás, lo cual lo acorta, no deja por ello de ser más profundo, vale decir, de hecho, de borda más alta, que los barcos escandinavos del período vikingo. En realidad, debe de ser bastante posterior al drakkar de la época clásica, intermedio entre éste y el knorr, la nao del siglo xiv. El dibujo de la figura 19 nos da una idea del asunto.

No hay duda, no obstante, de que el barco sea escandinavo. No sólo lo sugiere su forma —en particular su proa con cabeza de animal, sino que la inscripción que lleva (cf. fig. 20) lo establece sin discusión posible.

FIG. 19 – *Nao escandinava del siglo XII, según una miniatura de la época.*

FIG. 20 – *Siete Ciudades: la inscripción rúnica del drakkar de la foto 14.*

Aunque está redactada con caracteres degenerados que indican,

por otra parte, un origen relativamente reciente, nuestro colaborador del Instituto de Ciencia del Hombre, de Buenos Aires, el profesor Hermann Munk, a quien debemos todo el trabajo filológico de nuestra investigación, pudo trasliterarla:

inka ilo uap

Lo cual significa, con una reserva en cuanto al tiempo del verbo *

Incas corriendo en armas

Él empleo de la palabra inka para designar a los blancos del Perú es, por lo tanto, anterior a Manko Kápak. Los daneses de Tiahuanacu siempre se llamaron "Descendientes": los descendientes de los vikingos de üllman (14).

El otro barco (cf. foto 15), desprovisto de cualquier inscripción, está situado en la Descoberta. Es un drakkar, visto de tres cuartos, de frente. Aunque está más ventrudo de lo que se podría esperar, su proa afilada, con una cabeza de zorro o de lobo, es clásica, como lo es igualmente el remo timón que sobrepasa de la quilla.

* (INKA: de ing, sufijo que, en todas las lenguas germánicas,significa "descendiente" y que encontramos en castellano en las palabras merovingio, carolingio y lotaringio. Es, todavía hoy, un nombre de pila muy difundido en las islas de Frisia. ILO; antiguo alemán, ilen; antiguo sajón, ilian: correr, apurarse. UAP: antiguo nórdico, vapn; antiguo sajón, wapan; antiguo frisen, wcpiw; gótico, wepna; antiguo alemán, waffan\ alemán moderno, waffen(plural): arma(s).)

3. Los "barbudos de la llanura"

Sobre el borde de la saliente de un gran abrigo bajo roca situado en la Serra Negra, relevamos dos inscripciones idénticas, hechas de signos longilíneos, trazados con tinta colorada, que tienen unos 50 cm de altura (c.f. foto 17 y fig.21).

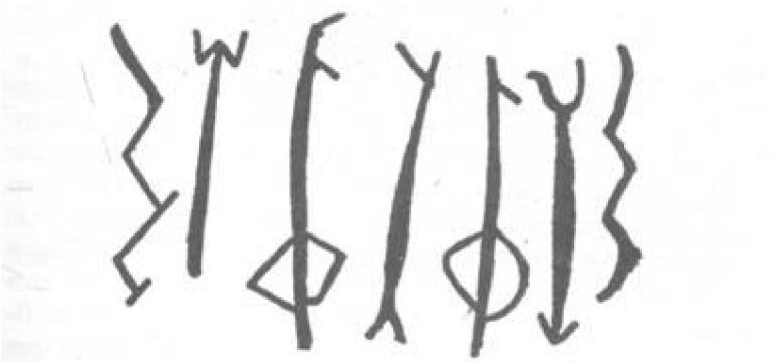


FIG. 21 – *Siete Ciudades: la inscripción de la Serra Negra. (Cf. foto 17.)*

Mientras que la pared del fondo y el "techo" del abrigo están cubiertos de centenares de pequeños dibujos someros y de signos rúnicos o runoides aislados (cf. foto 16), esos dos conjuntos de caracteres se destacan solos, bien en evidencia, como si se tratara de una especie de letreros.

Cada uno de los signos está compuesto de dos letras rúnicas superpuestas —tres en cuanto al último—, que se deben leer de arriba hacia abajo, al modo de los

samstavsruner daneses, tales como los hallamos, por ejemplo, en una inscripción de Hedeby (54). Obtenemos así la trasliteración:

skea akma an matsis

cuyo análisis revela ciertas anomalías. La más llamativa, ya encontrada en -el Paraguay (16), es la mezcla de los alfabetos" utilizados. La primera k pertenece al antiguo futhark y la segunda, al nuevo, mientras que el tercer carácter, ea, corresponde al futhorc anglosajón. Por otra parte, la a superior del cuarto signo y las dos letras del penúltimo están invertidas, lo que también es frecuente en el Paraguay. Por fin, las dos primeras a y la segunda k, de dibujo

muy degenerado, casi no pueden ser identificadas sino gracias a su contexto. Señalemos también que manchas de tinta, redondas, cubren cinco letras, netamente perceptibles a simple vista, como se lo nota comparando la foto con el dibujo, ejecutado en el lugar, del que las hemos eliminado.

El sentido de esta inscripción no puede ser más claro *:

Los inteligentes barbados cerca de su residencia

de la Llanura

La inteligencia y la barba, era esto lo que más diferenciaba a los blancos de los indios. La Llanura, los descendientes de los vikingos de Tiahuanacu llamaban así, por oposición a la Montaña, las tierras bajas que se extienden de la Cordillera de los Andes al Atlántico. Y el abrigo bajó roca que lleva esas inscripciones está situado en la pequeña sierra que domina la llanura local y encima de la cual esos

nórdicos, tales como los conocemos, debían de haber edificado sus casas. A pesar de la reserva de orden filológico que hemos formulado, matsis debe de significar, pues, "residencia de la Llanura". Ya encontramos más de un error de ortografía en las inscripciones rúnicas del Paraguay. Como estas últimas, las que nos ocupan aquí, aunque son de estilo clásico, pertenecen a una época relativamente reciente, como lo prueban, por un lado, el empleo de la m danesa tardía y, por otro, la degeneración de algunos de sus caracteres. Sea lo que sea en cuanto a este punto de detalle, la inscripción de la Serra Negra constituye una verdadera firma.

* (SKEA: antiguo nórdico, skegg, barbe. AKMA: de la raíz germánica ah, pensar; gótico, ahma, espíritu, inteligencia.AN: antiguo alemán, an, cerca de. MAT: antiguo sajón, matha, pradera; dialectos alemanes del Sur, matte (mat, matt, en numerosas denominaciones geográficas): prado de montaña. SIS, en el sentido de residencia, es un tanto dudoso, pues deberíamos encontrar una palabra cuya raíz sea sit (Sitz, en alemán moderno).

4. El guardián *del solar

Volvamos a la Pedra do Americano. En un pequeño hueco de su saliente de piedra, y único en esta posición, a 1,70 de altura, aparece un dibujo (cf. foto 18), pintado en colorado, cuyo marco está constituido por un uruz (u rúnica), símbolo de la fuerza viril, en runología ideográfica. Este mismo signo, aislado, de un ancho máximo de alrededor de un metro, figura a media altura del enorme monolito

fálico de la Descoberta, en la faz que domina Siete Ciudades.

Las dimensiones del uruz de la Pedro, do Americano son más modestas; treinta centímetros de ancho máximo. En su interior, se notan las cuatro líneas de una inscripción rúnica (cf. fig. 22) demasiado pálida para salir en las innumerables fotos en blanco y negro y en colores que tomamos de ella, pero perfectamente legible a simple vista.

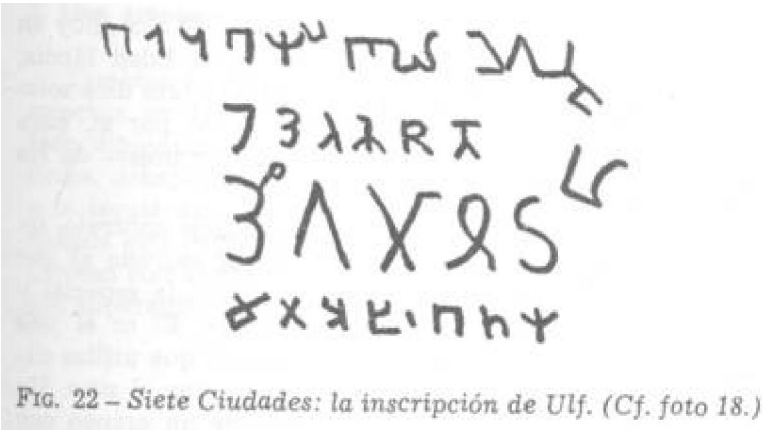


Fig. 22 – *Siete Ciudades: la inscripción de Ulf. (Cf. foto 18.)*

Su trasliteración da:

ulkum uifs üska

uba yrta

elgos uk

og kakiiuam

Se trata, también aquí, de una inscripción tardía, como lo muestra la a latinizada y la é, cuya posición se encuentra desviada de 90°, de la segunda línea y las ligaduras abusivas de la primera, que marcan una neta degeneración gráfica, y de lagenaria. La y de la segunda línea pertenece al futhorc anglosajón. A pesar de estas anomalías y de algunas letras parcialmente borradas, la traducción no ofreció dificultad alguna *:

Pequeña hada-de-los-bosques de Ulf,

[guardián de este solar,

astuto y rabioso

como el alce diüino

y rompedor (de cabezas)

Ulf es un nombre vikingo muy común. El alce, hoy en día desaparecido en Europa, poblaba, en la Edad Media, las selvas del Norte. En la última línea, el texto dice solamente "rompedor". El complemento va de por sí, para quien conoce la terminología —y las costumbres— de los

vikingos.

Aquí estamos, pues, frente a un personaje concreto, un vikingo llamado Ulf, curador de un lugar sagrado al que la gente de su raza atribuían una importancia especial y cuya naturaleza definiremos más adelante. El es él jefe local y se empeña en que se lo sepa, puesto que utiliza para sí el símbolo de la fuerza viril que domina el sitio. Un guerrero, que, en su vida, rompió más de un cráneo con su hacha de combate y que, a pesar de su astucia natural, sa calienta fácilmente. Carece por completo de modestia y no vacila en compararse con un alce divino. Pero es lo bastante sabio y lo bastante piadoso para invocar al hada de los bosques que lo protege. Salvo que, más humanamente, el signo-

de la fuerza viril concierna a una tal Hska —el nombre existe todavía en los países germánicos—, niña de sus ojos...

* (UL: antiguo alemán, ul, heredad, solar de una familia, una tribu, una raza. KUM: antiguo alemán, kum(me) y kumpf, recipiente (lo que conserva. Cf. sus derivados en el alemán moderno: Kummer, preocupación, pena, y kummervoll, preocupado). XJLFS: genitivo de ülfr, nombre norrés. ILS: antiguo alemán, ils, hada de los bosques. KA, diminutivo. XJBA: antiguo nórdico, ubaR, astuto. YRTA: antiguo alemán, irri; anglosajón, yrre: rabioso. ELG: antiguo nórdico, elgr, alce. UK: antiguo nórdico, auk; antiguo sajón, ofc: también, asimismo. OS (grafía normalizada, as); dios ase de la mitología escandinava. OG: norrés, og: y. KA: prefijo que indica la integridad, la reunión, etc. KLIUAM: antiguo nórdico, kijufa; antiguo alemán, fclioben; antiguo sajón, fcliothan; anglosajón: cleofan: romper.)

5. Una amenaza

También en la Pedro, do Americano relevamos una inscripción un tanto criptográfica, aunque sus letras están bien dibujadas (cf. foto 19), que acompañan, a guisa de firma, debajo, un grupo de runas ligadas difícil de leer y, a la izquierda, uno de esos "diablos" de los que ya mostramos otra representación (cf. foto 13). La trasliteración

tropezó con varias dificultades que, según creemos, pudieron superarse:

aulth mik

nialna

ifi ikil

tulsuia

Nialna parece ser la forma femenina del nombre Njal, pero no hay seguridad al respecto. Ifi —¿diminutivo, abreviatura, sigla?— no tiene sentido para nosotros. El resto, por el contrario, es clarísimo *. Tenemos así:

Fuerte, poderosa (o)

Nialna

ifi pica

El que blande la jabalina.

El litograma sugiere la idea de una amenaza a alguna temible guerrera. Y, puesto que los vikingos solían dar nombres a sus armas, el incomprensible ifi podría muy bien designar la eficaz jabalina de un íncomprendido o de un cornudo. Pero no es ésta sino una hipótesis.

* (AULTH: antiguo alemán, ald, oíd: fuerte. MIK: antiguo alemán, mikil, poderoso. IKIL: antiguo nórdico, ikuli; antiguo sajón y antiguo alemán, igil: picar. TUL: antiguo alemán, tullí, punta de flecha o de jabalina. SUIA: antiguo sajón y anglosajón, swingam; antiguo alemán, swinkam: blandir, lanzar, golpear, azotar.)

6. Graffiti antroponímicos

Fuera de las inscripciones que acabamos de analizar y que, a pesar de algunas anomalías de su grafía, pueden considerarse clásicas, numerosas superficies relativamente planas de las rocas de Siete Ciudades están cubiertas de grafiti, ya lo hemos dicho. Son signos aislados, como los que se ven en la foto 16, o grupos de runas trazadas por manos inexpertas. Muchos de estos últimos se han vuelto ilegibles con el tiempo. Otros han podido, total o parcialmente,

ser descifrados y traducidos, a pesar de una grafía a menudo fantasista y a veces degenerada. Se trata, por lo general, de antroponímicos, probablemente trazados por peregrinos, como veremos más adelante. Limitémonos a dar algunos ejemplos de ellos.

Es en la Serra Negra donde se encuentra la mayor cantidad de tales graffiti. El de la figura 23 (trasliteración: amílnu, con una n aberrante) es una de las formas del nombre de que hicimos Emilio (el que corre rápido). Otro, üll (cf.fig. 24}, reproduce el nombre, frecuente en la época vikinga, del dios de los cazadores. Natka (cf. fig. 25), culebrita *, es evidentemente un nombre de mujer, tal vez dado por el autor del garabato, bajo la inspiración del momento, á quien acababa de deslizarse entre sus dedos.

* (NAT: antiguo nórdico, nadr; antiguo sajón, nadra; antiguo

alemán» notara: culebra. KA es un diminutivo.)

FIG. 23 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

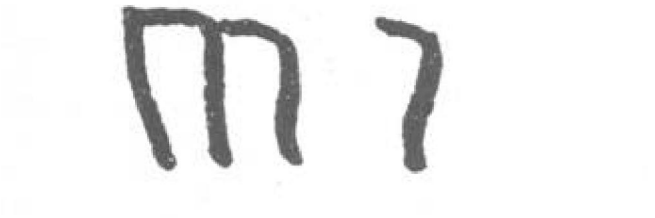


FIG. 24 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

FIG. 25 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

Dos otros graffiti de la Serra Negra son más difíciles de interpretar, en razón de las runas ligadas y deformadas que comportan. El primero (cf. fig. 26), cuya trasliteración parece dar luka huni (h arcaica), es de traducción dudosa.

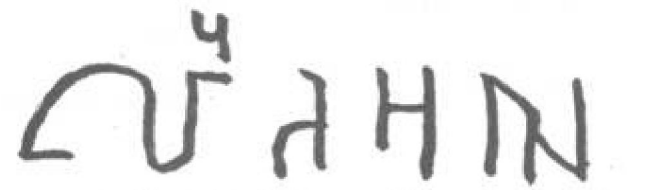


FIG. 26 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

Por un lado, en efecto, huni tiene un doble sentido; por otro, la única raíz posible de lüka no se encuentra en ninguno de los idiomas germánicos conocidos. El profesor Munk propone, con las reservas del caso, el muchacho flexible o el gigante flexible *. El segundo (cf. fig. 27) es en extremo anárquico.

* (LUKA: indoeuropeo, lug, torcer; antiguo griego, Xvyo», rama

flexible; HUNI: antiguo nórdico, hunn, osito; norrés dialectal, hun,

muchacho. O bien: anglosajón y antiguo alemán, huni, gigante.)

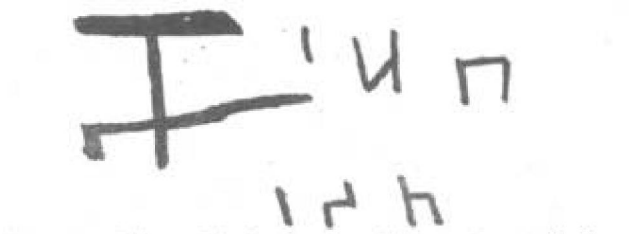


FIG. 27 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

Se lee difícilmente íetifcu isa. La palabra que figura en primer lugar significa el que hiere. La otra —tal vez una especie de firma— es verosímilmente un nombre de mujer.*.

En la Pedra do Americano, relevamos otro litograma del mismo tipo (cf. fig. 28), cuya grafía es muy cuidada y cuyas runas son clásicas, a pesar de la u invertida que se encuentra en numerosas inscripciones, tanto en el Brasil como en el Paraguay.

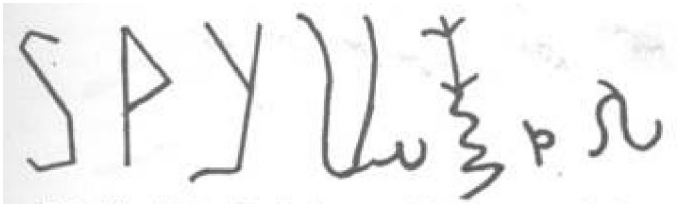


FIG. 28 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

En trasliteración, se lee swaiu, del antiguo nórdico swaí, frío. Si se trata realmente de un hombre de persona, como lo suponemos, el sentido debe de ser el sereno. En otra roca de la "segunda ciudad" se destaca un grupo de signos curiosamente ligados, pero perfectamente legibles (cf. fig. 29), cuya trasliteración da ikilot, vale decir el espinoso ** o, en traducción libre, el jorobado.

* (LETI: antiguo nórdico, letja; antiguo sajón, lettian: herir,

violentar. KU: diminutivo. ISA: antiguo nórdico, antiguo sajón

y antiguo alemán, isarn, de hierro.)

**(IKIL: antiguo nórdico, igull (ikuli); antiguo sajón y antiguo alemán, igil: picar. OT: sufijo del antiguo alemán, oti,dotado de»)

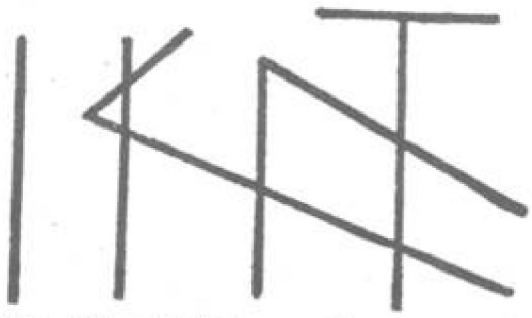


FIG. 29 – *Siete Ciudades: graffite antroponímico.*

Al margen de todo eso, hay, en el caserío de Siete Ciudades, un bloque de piedra (c;f. fig. 30), cubierto de inscripciones rúnicas, al que varias quebraduras dieron la forma de un triángulo trunco de unos 40 cm de altura. Nadie pudo precisarnos el lugar exacto donde se lo había recogido. Sin embargo, su autenticidad no está en tela de juicio: las

letras que lleva son de una grafía en todo semejante a la de los litogramas que relevamos en las rocas y la tinta, marrón y colorada, con la cual fueron trazadas presenta las mismas características y la misma pátina que la de estos últimos.

Las dos primeras líneas —las únicas legibles con certeza— están compuestas de pequeñas runas regulares, de color marrón, cuatro de las cuales, al principio, están ligadas, como también las dos. últimas de la hilera superior. En la segunda, se nota una n que pertenece al futhorc anglosajón. Trasliteración probable:

zaku wijwero

kenu ulil

Viene después un odala inclinado que podría ser la primera letra de la palabra og, "y". Zaku y Ulil parecen ser nombres, el primero derivado

del antiguo alemán zack, dure, constante, y el segundo, del antiguo alemán ul, heredad, solar. De ser realmente así, tendríamos *:

Zaku, mujer de armas

Ulil, el audaz (o: el sabio)

Mencionemos aún tres monogramas (cf. fig. 31), el primero de los cuales se halla en la Pedro do Americano y los dos otros, en una de las rocas de la Descoberta. Son, en cuanto a su factura, en todo semejantes a los que abundan en los países germánicos. El primero (trasliteración liubu **) significa el amable, el segundo (kilt ***), el destructor o el matador. El tercero (Tholf) es un diminutivo del gótico Athalweipo, del que hicimos Adolfo.

* (WIF: antiguo nórdico, vif; antiguo frisen, antiguo sajón y

anglosajón, wif: mujer. WERO: antiguo alemán, wer, hombre

armado. KENU: antiguo nórdico, kosnn: sabio; anglosajón, cene,

audaz.)

FIG. 30 – *Siete Ciudades: inscripción rúnica en un bloque de piedra.*

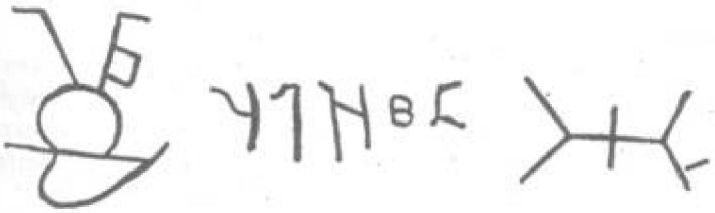


FIG. 31 – *Siete Ciudades: monogramas runoides.*

** (LIUBU antiguo nórdico, liufr; antiguo sajón, íiof; antiguo

alemán, lieb: amable, amado, querido.)

*** (KILT: germánico, qildiz, ocaso del sol; anglosajón, cwield,

caída, destrucción, muerte; inglés moderno, to kill, matar.)

7. Consejo y mofa

En la Serra Negra, relevamos, en medio de muchos otros litogramas dudosos o incompletos, dos inscripciones cuya grafía es muy irregular, pero que, no obstante, parecen tener un sentido comprensible que indicamos con la prudencia que se impone y con las reservas del caso.

La primera (cf. fig. 32) contiene dos grupos de ligaduras

manifiestamente abusivos y, lo que es más extraño —pero el caso no es único y se debe probablemente a matices de pronunciación—, dos e que pertenecen, el uno al futhorc anglosajón y el otro al nuevo futhark.

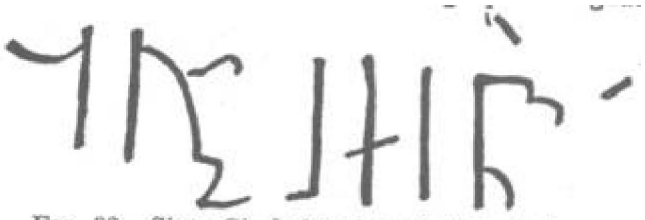


FIG. 32 – *Siete Ciudades: inscripción rúnica.*

Su trasliteración no ofrece, sin embargo, dificultades insuperables:

lase lei aku .

La traducción es más aleatoria. Pues, si no hay mucha duda de que Lase sea un nombre o un apodo, el tiempo del verbo lei nos es desconocido, mientras la etimología no nos suministra ninguna forma intermedia entre aku y su posible raíz indoeuropea, lo cual es un tanto inquietante. Tenemos, pues, que contentarnos con un sentido probable *:

Lase, deja tu punta

La palabra "punta" es muy imprecisa. Lógicamente, debe referirse a un arma puntiaguda, verosímilmente una jabalina. Pero no estamos seguro,

El otro litograma (cf. fig. 33) comporta dos grupos de runas ligadas, el primero de los cuales, netamente aberrante, atestigua una evidente degeneración gráfica.

FIG. 33 – *Siete Ciudades: inscripción rúnica.*

No es,por otra parte, sino el final de una inscripción cuya primera parte está borrada, puesto que la palabra de la línea superior, uk (og, en grafía normalizada), significa "y". Trasliteración probable:

uk umiiska gluk ul

La traducción es fácil en cuanto a las últimas dos palabras. Ul es la heredad, el solar, y hemos visto más arriba que los vikingos del Brasil aplicaban el término a Siete Ciudades. Gluk ** quiere decir "fuerte". Gluk ul da muy exactamente el sentido del francés "hautlieu", lugar sagrado de un pueblo.

* (LASE: antiguo nórdico, letja; gótico, latjan: perjudicar, físicamente. De donde: el que hiere. LEÍ: antiguo nórdico, Ija;

gótico, leisen: dejar. AKU: indoeuropeo, cik, punta.)

** (GLUK: antiguo alemán, kioka; bajo alemán, kiok; medio

neerlandés, cloefc: fuerte.)

Umiiska, sí, plantea un problema gramatical, y muy serio. Umil parece ser una de las formas dialectales de nuestro nombre de pila Emilio, aquí en genitivo. Ka, por otro lado, es un diminutivo. Según la usanza de los idiomas germánicos, la s del genitivo se coloca al final de la palabra que determina, sea ésta simple o compuesta. Ahora bien: la encontramos aquí entre el nombre y su sufijo. El profesor Munk considera que esta particularidad hace sumamente dudosa una traducción que, sin ella, sería clarísima:

y el lugar sagrado del pequeño Emilio

No excluye, sin embargo, la posibilidad de una anomalía dialectal o de un error de gramática. Tal vez, inclusive,los dos signos, cuya trasliteración en ka está lejos de ser evidente, no sean sino firuletes desprovistos de todo significado. Tendríamos entonces, meramente:

y el lugar sagrado de Emilio

Mofa con respecto, a un camarada pretencioso, en el primer caso; profesión de fe o testimonio de devoción, en el segundo.

8. Unos símbolos nórdicos

Además de los litogramas, los más legibles de los cuales acabamos de estudiar, las rocas de Siete Ciudades llevan, ya lo hemos dicho, millares de signos cuyo significado se nos escapan, y también numerosos dibujos, la mayor parte de los cuales nos son igualmente incomprensibles. Consideremos algunos otros que, por el contrario, tienen un sentido clarísimo. Todos, notémoslo, son contemporáneos de

las inscripciones y fueron trazados, por lo demás en distintas épocas, con la misma tinta.

El origen de algunos de ellos es, no obstante, discutible.

Tal vez, por ejemplo, pudiera atribuirse a los indios el "diablo" de la foto 13, a pesar de sus cuernos, de inspiración netamente europea. Los innumerables soles errantes, como el que vemos en la foto 16, plantean la misma incógnita. Por el contrario, ninguna duda es posible en lo que atañe a la rueda solar de la figura 34, esbozo de una swástika.

Tal vez se pueda vacilar ante los varios árboles de Vida (cf. fig. 35), algunos de los cuales llevan en su cima el nido de águila que, en la mitología escandinava, simboliza-el Walhala, pero no frente a una estilización como la de la figura 36, en la cual las ramas toman la forma de la runa de la vida, arriba, y de la runa de la muerte, abajo.

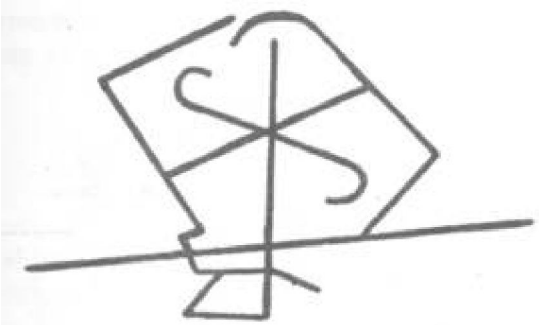


FIG. 34 – *Siete Ciudades: rueda solar.*

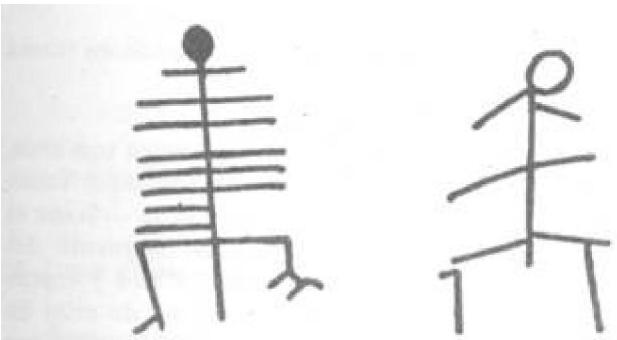


FIG. 35 – *Siete Ciudades: Arboles de Vida, con nido de águila.*

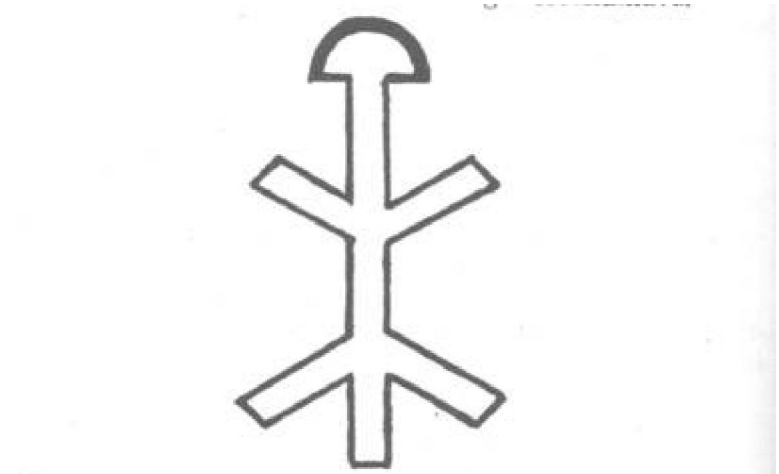


FIG. 36 – *Siete Ciudades: Arbol de Vida estilizado en forma de runas ligadas.*

Más significativos aún, de ser posible, son los martillos de Thor que encontramos, en dos ejemplares, a la izquierda de la inscripción de la figura 2 y en numerosos otros lugares, por ejemplo en la Descoberta (cf. foto 20). La forma de esos dibujos no deja

duda alguna en cuanto a la naturaleza del objeto que representan, y éste constituye el símbolo más característico de la mitología escandinava.

Observemos, por fin, la foto 21. En ella vemos una cruz, más ancha que alta, que no tiene nada de cristiano. Tanto menos cuanto que, debajo de su brazo izquierdo —desde el punto de vista del observador— figura la Serpiente del Mundo, tan a menudo representada en las estelas y cruces del período vikingo. El dibujo doble, en forma de reloj de

arena, que se ve más abajo no parece ser escandinavo. Pero se lo encuentra en los kellka rezapaliche de Tianuanacu, vale decir en los pergaminos que utilizaban, gracias a una esentura ideográfica preexistente, para enseñar el catecismo a los indios, los primeros misioneros españoles (14). El signo significa "tierra" o "mundo". Un poco arriba, a la izquierda, la Cruz del Sur simboliza evidentemente el hemisferio austral. El conjunto, pues, es tan coherente como sea posible.

Todos estos símbolos nórdicos corresponden demasiado bien a las inscripciones rúnicas de las cuales hemos reproducido las más claras para que sea útil insistir en su origen vikingo. Debemos agregarles una imagen, situada en una de las rocas de la "Fortaleza", cuyo tema, si bien no es específicamente escandinavo, no deja por ello de pertenecer exclusivamente a Europa: la de una sirena (cf. fig. 37) que

sólo pudo salir de la nostalgia de un marino.

FIG. 37 – *Siete Ciudades: dibujo de una sirena.*

9. Unos gigantescos "Externsteine^

Estamos muy lejos, pues, de las alucinaciones históricas de Schwennhagen (53), quien, sin traer la menor prueba, por supuesto, hace llegar en el Nordeste brasileño a los carios

del Asia Menor, de los cuales los tupíes serían los descendientes, los pre-egipcios(?), los fenicios, los etruscos, las amazonas de Capadocio "que los fenicios invitaron a ir, en sus barcos, al nuevo Canaán descubierto por ellos en el Océano Atlántico", y hasta los tróvanos. De la llegada de estos últimos, nadie podía dudar, puesto que una aldea tupí de la costa se llama Tutóia, nombre que no puede ser sino una deformación de Tur-Tróia: Tyr y Troya...

No es nuestro propósito analizar aquí la vieja tesis de Onffroy de Thoron(55), que Schwennhagen no deja de retomar y según la cual los barcos de Hiram y de Salomón frecuentaban las orillas del Amazonas, lo cual, por lo demás, no es imposible. Un hecho cierto es que ni los fenicios, ni los hebreos, ni los troyanos, ni los "pre-egipcios" empleaban el dialecto germanodanés del Schieswig ni la escritura rúnica. Y tampoco los etruscos, a pesar de que su alfabeto se pareciera muchísimo, en razón de un origen común, al de los escandinavos, como también era el caso de los que usaban los fenicios y los protogriegos (%). Las inscripciones rúnicas de Siete Ciudades no pueden provenir sino de los vikingos del Sur. Con mayor razón debemos descartar, aun cuando sigamos empleándolo, puesto que se trata de una denominación geográfica actual, el nombre que Schwennhagen da al sitio que nos ocupa. Se hablaba mucho, en la Edad Media, de la ínsula septem civitatum, una tierra situada más allá del océano, a la cual habrían llegado en el siglo viii, al escaparse de la dominación árabe, el arzobispo de Porto, seis otros obispos portugueses y 5.000 de sus feligreses y donde habrían edificado siete ciudades. No existe ni

la menor prueba de tal emigración y el relato que tenemos de ella significa meramente que se conocía, en aquella época, la existencia de las tierras americanas. Y, de cualquier modo, las Siete Ciudades del Piauí no son sino rocas.

Schwennhagen sabía perfectamente a qué atenerse al respecto. No trata de ninguna manera, en su obra, de hacer pasar por ruinas los conjuntos naturales de Sete Cidades. Hasta se acerca curiosamente a la verdad cuando, después de describir la orden de los druidas, escribe: "En el Norte del Brasil donde los carios impusieron por primera vez su

poder colonial, los plagas [sacerdotes de los antiguos tupíes] eligieron la zona de Siete Ciudades como sede de la Orden y centro nacional de las poblaciones emigrantes. Para eso, necesitaban fundar una gran ciudad, pero la Naturaleza —según sus creencias, Tupa [Dios] mismo ya había construido esta ciudad con un esplendor y una amplitud tales que nunca el trabajo del hombre podría crear una obra igual. Así podemos entender cómo el gran Castillo del medio y los Centenares de altas paredes y rocas fantásticas fueron aprovechados para formar una ciudad sagrada...". De eso provendría el nombre del Piauí, deformación reciente de Piaguí, tierra de los plagas.

Olvidémonos de los carios y pensemos en la impresión que debieron de experimentar los vikingos que, por una razón que mencionaremos más adelante, se encontraron un buen día frente a Siete Ciudades. Como todos los hombres del Norte inclusive los galos,

los escandinavos celebraban sus principales fiestas religiosas en el seno de la naturaleza. Tenían templos, por cierto, pero sobre todo bosques sagrados, montañas sagradas, fuentes sagradas, árboles sagrados.

Los vikingos, llegados de Tiahuanacu al Piauí, sólo conocían por tradición oral esos lugares de culto. Y, de repente, se encontraron frente a un sitio en todo semejante, gigantismo aparté, a los que mencionaban los relatos trasmitidos de generación a generación. No podían dejar de utilizarlo: la voluntad de Odín era manifiesta.

Los hechos van mucho más lejos de lo que sugieren las frases que acabamos de escribir. Siete Ciudades no se limita a parecerse a un lugar de culto germánico cualquiera:

recuerda invenciblemente uno de los más célebres de ellos, los Externsteine del Teutoburger Waid, en Baja Sajonia, actual Lana del Alto-Rhin-Westfalia. Se trata de un conjunto ¿Le rocas, extrañamente trabajada por la erosión, donde se celebraban las fiestas del Solsticio y que la Iglesia cristianizó más tarde. Teníamos una foto de los Externsteine y, al llegar a Teresina, la mostramos sin decir nada, en medio de una conversación sobre Siete Ciudades, a un grupo de

altos funcionarios del Estado y del Instituto Brasileño de Desarrollo Forestal. Todos la miraron sin insistir, por resultarles familiar, y reconocieron sin vacilar rocas de su Parque Nacional. Las caras reflejaron la incredulidad general cuando precisamos que no se trataba en absoluto de una foto tomada en Siete Ciudades. Sólo una minuciosa observación del documento pudo convencerles de que decíamos la verdad.

No existía, en la Edad Media, frontera rígida alguna entre Dinamarca y Alemania. ¿Los vikingos del Schieswig eran daneses, sajones, frisones? Un poco todo esto a la vez: lo prueba su dialecto. Recién mucho más tarde una línea de demarcación, por otro lado un tanto vagabunda, dividió en dos una región donde, aun hoy, daneses y alemanes están

mezclados. Los Externsteine sajones no eran extraños, pues, para los vikingos Haithabu, antepasados de los Hombres de Tiahuanacu. Más todavía: en la época, el siglo ix, en que Sajonia fue cristianizada por Carlomagno, gracias a argumentos teológicos... cortantes, ya hacía tiempo que los ancestros de los auténticos descubridores de Sudamérica estaban establecidos en Irlanda y en Inglaterra. Por lo tanto,

sus tradiciones conservaban intacto el recuerdo, no sólo de lugares de culto que habían cuidadosamente reproducido en sus feudos insulares, sino, tal vez, más especialmente, del más célebre de ellos: el del Teutoburger Wald. El hecho de reencontrarlo, en más grande, en el Piauí, debió, para ellos, acercarse al milagro. (Cf. fotos 22 y 23.)

Sea lo que sea, los vikingos se instalaron en Siete Ciudades. Algunas familias de godi —de sacerdotes— se radicarón en la región y, buscando bien —no tuvimos ni el tiempo ni los medios necesarios para hacerlo—, se reencontrarían probablemente los rastros de sus casas. En oportunidad de las fiestas, la gente debía de venir de la costa y de otras partes para asistir allá a las ceremonias del antiguo culto solar. Los tapuias y los tupíes habían sido debidamente sometidos y se los empleaba como auxiliares. Razón por la cual manos indias están impresas en las paredes de Siete Ciudades. La mezcla se produjo con el tiempo, como siempre cuando dos razas conviven sin hostilidad. La actual población cabocla del Piauí es su resultado.

10. El puerto minero del Parnaiba

Queda por saber cómo los daneses de Tiahuanacu descubrieron Siete Ciudades, por qué frecuentaban una región tan alejada de su centro del Altiplano y hasta de la desembocadura del Amazonas. Aun cuando sus drakkares navegaran a lo largo de la costa sudamericana, y el napa

de Waídseemüller (16) es prueba de que lo hacían, no tenían razón alguna de penetrar profundamente —más de 100 km a vuelo de pájaro— en el interior de tierras donde nada parecía deber atraerlos. Tal es, por lo menos, la impresión de quien recorre, hoy día, el Piauí y estudia su mapa. El asunto se presenta de modo distinto si se considera la situación en la época de los vikingos.

Señalamos, en el capítulo II, un hecho contemporáneo aparentemente extraño: los guaraníes y los tupiguaraníes con los cuales los daneses de Tiahuanacu habían poblado las orillas de los ríos que utilizaban están todavía allá, como lo muestra el mapa de la figura 6\ pero-, en el Sao Francisco, sólo en la desembocadura y en las fuentes. La explicación de tal anomalía es a la vez la más sencilla y la más difícil de imaginar: el curso medio del río aún no existia en aquella época. En su lugar, entre la actual ciudad d(Remanso y las caídas de Paulo Afonso, en un ancho promedio de 200 km (cf. mapa de la fig. 38), se extendía una inmensa laguna, hecha de pantanos y de lagos que se llenaban durante el invierno y de la cual emergían numerosa; sierras, algunas de ellas con una altura que llegaba a los 300 m sobre el nivel del mar. Tres ríos drenaban sus aguas

Dos de ellos se dirigían hacia el este: el Opala, que llevó hoy día el nombre de Sao Francisco, y el Reala, cuyo rastro no ha sido reencontrado jamás. Otro seguía el valle que corta las sierras entre Remanso y Sao Joáo del Piauí y se echaba en el actual río Piauí al que debía de traer un volumen de agua muy superior al que le llegaba —y sigue llegándole— de Sao Raimundo Nonato. El río, por lo tanto, debía de ser navegable por

lo menos a partir de la unión de sus dos brazos y, en el invierno, desde la laguna. Por el Parnaiba, uno de cuyos afluentes constituye, conducía hasta el océano.

• En 1587, el cronista Gabriel Soares, que cita Schwennhagen (53), oyó hablar, por los tupiguaraníes de Bahía, del Sergipe y del Piauí, que creían que seguía existiendo, de la Gran Laguna —Upá-Assú—, con sus islas en las cuales se hallaban enormes minas de plata.

FIG. 38 – *Mapa del Rio São Francisco y de la Gran Laguna.*

El vaciamiento de los pantanos no databa, pues, de tiempos inmemoriales. ¿Pero cómo se produjo? Lo sabemos gracias a la comunicación presentada, en 1919, por el general Ivo do Prado al Congreso de Geografía de Belo Horizonte acerca del río Reala: las

aguas de la laguna encontraron, en determinado momento, una puerta de salida suficiente por las caídas de Paulo Afonso y, del Upá-Assú, pronto no quedó sino el curso medio del Sao Francisco, tal como lo conocemos. ¿Esta transformación se debe a la naturaleza? En una región volcánica, se podría admitir que un terremoto haya rebajado brutalmente el umbral del desaguadero que daba nacimiento al Opala.

Pero no es éste el caso. Sólo quedan» pues, dos explicaciones: o bien la ampliación de la catarata de Paulo Afonso fue el resultado de la erosión provocada por el agua que corría por ella, o bien se trata de un magnífico trabajo de ingeniería hidráulica. Tenemos que rechazar, de inmediato, la primera, pues el desgaste de la roca habría exigido miles o millones de años. Queda la segunda. Y, de hecho, Ludwig Schwennhagen, cuya lujuriante imaginación nunca perjudica los resultados de una observación precisa y leal, como bien lo muestra su estudio de Siete Ciudades, examinó minuciosamente —es él quien emplea la palabra— las caídas que la actual central eléctrica no había desfigurado aún y descubrió los rastros de una obra extraordinaria: "cinco canales simétricos que echan sus aguas separadamente en una misma cavidad, cuadrangular, de 50 metros de profundidad, cortada en la piedra viva". Después de lo cual el buen hombre compara las obras de Paulo Afonso con las de Khartum y los atribuye a ingenieros egipcios egresados de una escuela de hidráulica fundada por Ramsés I... Pero, repitámoslo, la Gran Laguna aún estaba presente en la

memoria de los indios al final del siglo xvi.

¿Cuál era la razón de ser de esa obra? Por un lado, probablemente, la de crear, arriba y abajo de las cataratas, zonas fértiles para las poblaciones indígenas vasallas. Pero, sobre todo, la de establecer una vía de comunicaciones fluvial permanente —no era éste el caso de la Gran Laguna— entre una zona minera excepcionalmente rica y el Atlántico: zona ésta qué comprendía,-no sólo las antiguas islas del

Upá-Assú, sino también el territorio del actual Estado de Minas Gerais, a través del cual corre el Sao Francisco y donde se ven innumerables minas precolombinas. No fue por casualidad, por lo tanto, que los portugueses, según un cronista que cita Fawcett (35) sin nombrarlo, habrían descubierto, en el siglo xvi, en el Estado en cuestión, una tribu cuyos miembros tenían barba y piel clara. Las mujeres de los molomaques eran "blancas como inglesas, de cabello dorado, platinado o castaño". Tenían "rasgos delicados, manos y pies pequeños y cabellos hermosos y sedosos".

Los tupiguaraníes de la región, conocían perfectamente, por otra parte, los distintos metales, aunque todo parezca indicar que desconocían su uso. Llamaban, en efecto, el oro itá-membeca; el cobre, itá-iqueza; el hierro, itá-una', y el acero, itá-ité. Todos estos términos están formados de itá, piedra, y de un calificativo de color, de consistencia o, en lo que atañe al acero ("piedra doble"), de composición. Parecen, por lo tanto, artificiales, como sus equivalentes en el guaraní del Paraguay (cuarepofi, hierro; cuarepotiyu, oro; cuarepotifi, plata, etc.) cuya raíz es distinta. ¿Fueron fabricados, para uso de los indígenas, como algunos lo supusieron, por los misioneros o los colonos portugueses? Por cierto que no, puesto que figuran en la toponimia precolombina. Lo fueron por los vikingos, pues: no hay otra explicación. Queda por saber por qué éstos atribuían tanta importancia a metales que, evidentemente, no mandaban al Perú que estaba lleno de ellos, al punto de desecar la

Gran Laguna para tener más fácilmente acceso a las minas del centro brasileño. Sin duda necesitaban, para ellos y para las poblaciones indígenas, hierro, cobre y estaño,

para fabricar armas y herramientas. ¿Pero el oro y la plata, esa plata que, según las tradiciones indias, los interesaba en grado máximo? Es éste un problema en el cual estamos trabajando y que esperamos poder resolver algún día.

En el río Sao Francisco se encuentran aún, es cierto que cada vez menos, grandes barcas que sirven para el transporte de mercaderías. Su proa corva lleva una figura de madera tallada —la carranca— que representa un monstruo, generalmente medio humano y medio animal,

cuyo pelo siempre está pintado de rojo y a la cual los marineros atribuyen una función protectora: la carranca aleja el "negro de agua", un genio maléfico que hace volcar las embarcaciones, y, si el barco está por hundirse, avisa a la tripulación con tres gemidos. No se encuentran estas barcas en ningún otro lugar del Brasil y el origen de su forma y de su mascarón de proa ha constituido, hasta ahora, un misterio que en vano numerosos etnólogos han tratado de esclarecer. Ahora bien: basta mirar una de ellas (cf. foto 24) para darse cuenta de su similitud con los drakkares: la misma forma, en más ancho, la misma construcción con tablas encabagaldas, la misma proa, aunque el animal de los barcos escandinavos esté sustituido, aquí, por un monstruo semihumano, vale decir, probablemente, en el origen, por la

imagen terrorífica de un vikingo de pelo rubio (cf. foto 25);

El asunto del Upa-Assú nos ha alejado un poco de Siete Ciudades. No tanto, a pesar de todo, puesto que hemos visto que, antes del desecamiento de la laguna, las aguas de ésta se volcaban en parte, por lo menos durante el invierno, en el río Piauí, afluente del Parnaiba. El mineral, o el metal ya elaborado podía, por lo tanto, por esta vía, trasportarse hasta el Atlántico. En el territorio mismo del Piauí, por lo demás, no faltaban minas explotadas antes de la Conquista, principalmente en la Serra do Sumidouro donde se ven numerosas galerías abiertas en las rocas argentíferas y ya agotadas cuando la llegada de los portugueses. Según Schwennhagen (53), las barras del río Longá, afluente del Parnaiba, no son sino los restos de antiguas instalaciones de lavado de oro fino. Hasta se puede pensar que fue el agotamiento de las minas del Piauí el que llevó a los Hombres de Tiahuanacu a-explotar yacimientos más lejanos y, para ello, a desecar la Gran Laguna. El drenaje de ésta tuvo, sin embargo, una consecuencia secundaria contraproducente: su vía de comunicaciones fluvial con un Parnaiba cuyo caudal disminuyó considerablemente quedó cortada. Hubo,

pues, que reemplazarla por un camino.

"En el Sur de Piauí, escribe Schwennhagen (53), existen dos puntos de grandes importancia histórica. En la carretera que sale del pueblo de Canto do Burití hacia Sao Raimundo Nonato, a una distancia de 15 km de la sede del municipio, en el lugar llamado Pinga, está una casa dé

piedras con el aspecto de una capilla o de un antiguo templo. Esta casa, que los moradores llaman "Igrejinha" [pequeña iglesia], está construida con el mismo sistema que todas las casas de piedras de la gran carretera de penetración que salió del litoral del Río Grande del Norte, con rumbo al suroeste. En las paredes interiores de la

"Igrejinha" se ven aún vestigios de inscripciones y de pinturas; en su interior, caben por lo menos cincuenta personas con su equipaje. La otra casa de piedras se halla a una distancia de 22 km de S. Raimundo hacia el sur-suroeste, en una fazenda [estancia] llamada "Serra Nova". Esta casa es un poco menor: pero siempre caben veinte personas con

caballos. El sistema de construcción es el mismo y las inscripciones de las paredes interiores están bien conservadas. Examinando el mapa del Brasil, se nota en seguida que estas dos casas de piedra están en la misma larga línea que va del Cabo San Roque al Suroeste y fueron indudablemente estaciones de la gran carretera. La distancia de 35 km, entre las dos estaciones representa un día de viaje con un convoy de portadores cargados... No sería difícil encontrar unas antiguas estaciones más, en la misma línea del sur del Piauí". El Cabo San Roque constituye la punta más oriental del Brasil, en el Río Grande del Norte, un poco arriba de la ciudad de Natal.

Schwennhagen piensa que la vía del Parnaiba, ya inutilizable después del desecamiento de la Gran Laguna, había sido reemplazada por un camino que llegaba cerca del Cabo San Roque. Esta hipótesis no es muy verosímil, puesto que el río servía para trasportar hasta el océano el producto de minas que se encontraban, no en el sur del Piauí, sino en los alrededores de la Gran Laguna, situada entre esta última región y el Río Grande del Norte. Que haya existido un camino entre el Upá-Assú y la costa oriental, es éste otro problema. Pero este camino no tenía razón alguna de prolongarse, más allá de las antiguas islas argentíferas, a través de una zona desértica y pobre y en dirección a la no menos desértica y pobre meseta de Goiás. Estimamos más lógico suponer que las casas de piedras de Sao Raimundo Nonato eran parcha —postas— situados en un camino que seguía el río Piauí y permitía así ir, por vía terrestre, del Upá-Assú al Parnaiba, en el verano antes del desecamiento de la laguna, en toda época, después. O también la prolongación del "camino del Longá" que, según Schwennhagen, partía del lago Sao Domingos y, más allá del río Pirangi, se dividía en dos ramas, una de las cuales se dirigía hacia el Ceará y la otra, hacia el Sur.

Si los vikingos habían reemplazado por un camino el río ya inutilizable en razón de la baja de las aguas debida al desecamiento de la Gran Laguna, es evidentemente porque la desembocadura del Parnaiba constituía para ellos una base insustituible. Y una base, en la desembocadura de un río, es ante todo un puerto, bien abrigado de los vientos dominantes y de la marejada. Magníficamente construidos

para la navegación en alta mar y para el desembarco en las playas, los drakkares de la época clásica eran muy vulnerables en el anclaje, y hasta esta última palabra es un eufemismo. Los vikingos, en efecto, desconocían el ancla. Sólo podían, pues, varar sus barcos en la arena o amarrarlos, paralelamente a la costa, con ayuda de barras de hierro

que colocaban en agujeros cavados de antemano en la roca. Este último procedimiento se explica en Escandinavia donde los fiordos ofrecen en todas partes espejos de agua perfectamente abrigados. Pero era muy poco seguro en todos los demás lugares. Tal vez sea éste uno de los motivos de la atracción que ejercían los ríos —fiordos sin fondo, en

alguna medida— sobre- los Reyes del Mar.

El Parnaiba, al echarse en el Atlántico, forma un delta (cf. mapa de la fig. 39). Por su brazo principal, prosigue su camino hacia el océano en el cual se abre ampliamente. Su brazo secundario rodea con sus aguas apacibles la Grande Isla Santa Isabel y constituye, para pequeñas embarcaciones, un abrigo apreciable.

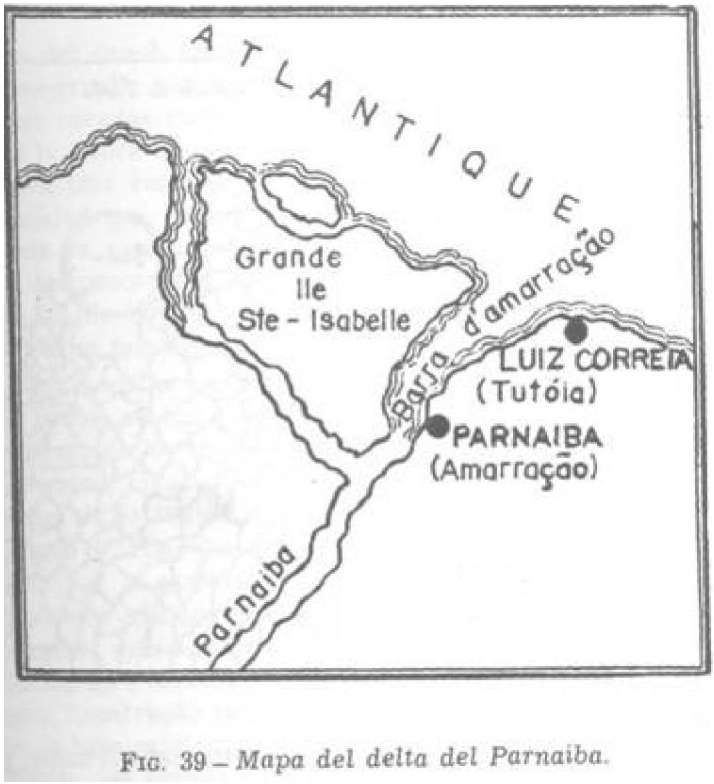
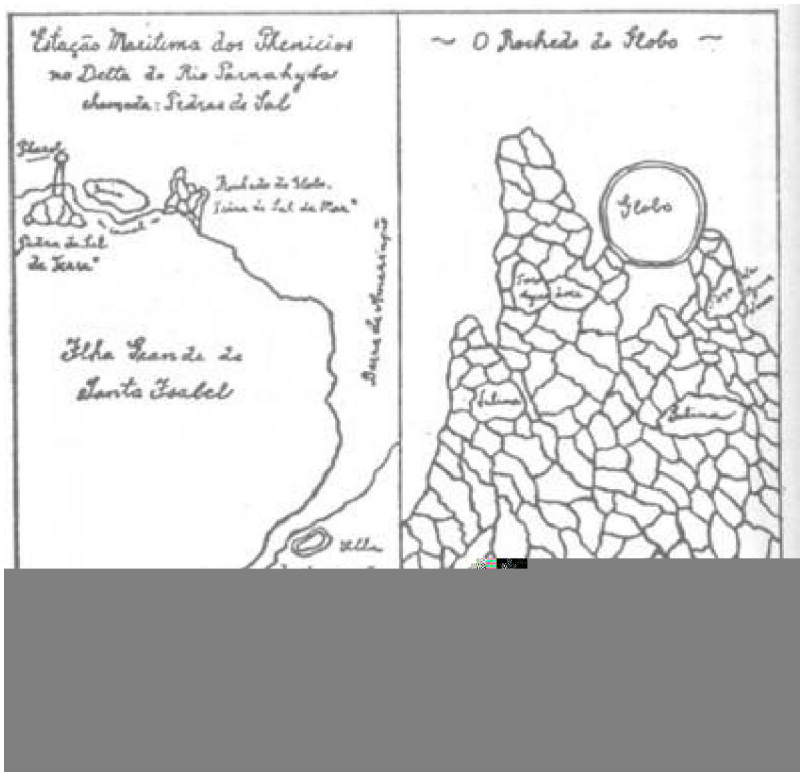


Fig. 39 – *Mapa del delta del Parnaiba.*

Pero hay otro, mucho más seguro para drakkares, que se halla en la costa de la isla. Esta, en la desembocadura del brazo principal del río, es cortada, en efecto, por un canal natural de 32 km de largo, limitado, del lado del mar, por un banco de arena (cf. fig. 40). Los veleros de gran tonelaje podían, más tarde, abrigarse allí de la marejada, pero no del viento, pues la costa de todo el delta la constituye una playa de unos 30 km de largo, desprovista de cualquier elevación, como lo está, por supuesto, el banco mismo. Los barcos vikingos, de una superestructura muy baja, ofrecían poca presa a las ráfagas y no temían el varado sobre fondo de arena, con tal que la marejada no los sacudiera. Esta canal, por lo tanto, parece haber sido un lugar indicado para ellos.



Esta no sería sino una posibilidad entre otras si el brazo de mar en cuestión no estuviera balizado, desde una época anterior a la Conquista, por dos grandes rocas que señalan sus entradas. Su función es tan evidente que, sobre la del oeste, se construyó un faro en 1873.. La otra está coronada con una piedra esférica que los pescadores llaman "el Globo", evidentemente destinado a hacer la

baliza visible de lejos. En la arena, al pie de esta roca, se encontró, en 1924, una mano de piedra que parece haberse desprendido de ella y que debía de indicar la dirección del canal. Que éste haya sido frecuentado, tenemos como prueba los arreglos hechos en las rocas: en lo alto están cavadas cisternas que almacenan el agua de lluvia y, a la altura que alcanzan las grandes mareas que se pro-

ducen tres veces por mes, salinas de 60 a 70 cm de profundidad que utilizaban aún, hace cincuenta años, en la época en que Schwennhagen hizo el relevamiento del sitio, los pescadores de la zona, como siguen haciéndolo tal vez los de hoy. A esta última particularidad esas balizas deben su nombre de Pedros do Sal, Piedras de la Sal.

En la orilla derecha del Parnaiba, casi frente a la roca del globo, se hallaba Tutóia, hoy Luis Corréia, aldea importante de los tremembés cuyo moruhixa (cacique) tenía autoridad, en el siglo xvii, sobre todas las tribus tupiguaraníes de la región, como lo muestra el testimonio del P. Claude d'Abbeville, según el cual los tupinambos de la isla

San Luis le pidieron su acuerdo antes de permitir a los franceses edificar allí el Fuerte del Marañón. A unos kilómetros más arriba, un pequeño puerto que es hoy día la ciudad de Parnaiba y que se llamaba aún, hace cincuenta años, Amarracáo (amarradero) ya constituía, verosímilmente, la base marítima de los vikingos. En los alrededores de Tutóia, los primeros colonizadores portugueses descubrieron las ruinas de fuertes murallas hechas de piedras cementadas. El historiador Varnhagen, vizconde de Porto Seguro (57), cree que se trata de los restos de fortificaciones construidas por el primer encomendero portugués de la región, Antonio Cardoso de Barros. Es muy poco probable, como lo menciona Schwennhagen (53), pues habría necesitado fuerzas importantes para ocupar efectivamente una zona poblada de tribus hostiles e instalaciones duraderas para fabricar cemento. Ahora bien: sabemos que Cardoso de Barros ni siquiera se detuvo en el río Parnaiba en el curso del único viaje rápido que hizo a lo largo de las costas de su "feudo". En cuanto a los Hombres de Tiahuanacu, conocían perfectamente el empleo del cemento, como lo

prueban más de un monumento del país maya y del Perú.

Es muy probable, como lo cree Schwennhagen, que esas estaciones marítimas de Tutóia y Amarracáo —que él atribuye a los fenicios— hayan sido completadas por astilleros y almacenes situados, a unos cincuenta kilómetros más arriba, en el lago Sao Domingos en el cual desemboca el río Longá y que está vinculado al Parnaiba por un canal de 12 km. "Hoy este canal no es bien navegable, pero nunca falta agua suficiente, y un ingeniero que (lo) quiera examinar... comprobará que antiguamente existía un buen camino fluvial. Un examen meticuloso del lago mostraría muchos vestigio o restos de antiguos astilleros y terraplenes, como ya fueron halladas en la vecindad del lago diversas inscripciones". A falta de un estudio que no estábamos en (condiciones

de efectuar, todo esto no pasa, por supuesto, de una hipótesis. Pero ella es tanto más verosímil cuanto que conocemos el poder de atracción que tenían sobre los vikingos los puertos lacustres que les recordaban sus fiordos. Fue a orillas de un lago interior, unido al mar por un río, que Leif Eiriksson, en el año 1000, estableció su base norteamericana de Leifsbudir.

Sea lo que sea en cuanto a este último punto, queda que Siete Ciudades está situada a 100 km a vuelo de pájaro de Amarracáo y en las puertas de la villa actual de Piracuruca, edificada a orillas de un afluente del Longá. Los vikingos descubrieron necesariamente el sitio, pues,

al establecerse en la región. Este respondía demasiado a sus costumbres religiosas para que no hicieran de él un centro de culto.

11. El portulano de Siete Ciudades

En un pequeño panel de piedra de la "cuarta ciudad", frente al "Castillo", se ve un grupo de dibujos aislado cuya composición armoniosa nos cambia de los conjuntos incoherentes que cubren tantas paredes. A la izquierda, dos bandas verticales, con ligero décalage la una con respecto a la otra, de un trazado geométrico muy cuidado, no tienen sentido alguno para nosotros. Abajo, a la derecha, encima

de un Árbol de Vida de ramas sumamente regulares (cf. fig. 35), semejante al que relevamos en la Posta vikinga de Cerro Polilla, en el Paraguay (16), está pintado un dibujo idéntico, en cuanto a su concepción, al portulano descubierto en el mencionado lugar y en la misma posición. Se trata de un conjunto geométrico constituido por un círculo central del que se destacan seis líneas rectas, de dimensiones diferentes, que terminan círculos llenos (c.f. foto 26).

Tal coincidencia podía difícilmente atribuirse al azar. Aplicado en el mapa, el portulano de Cerro Polilla nos había indicado los puntos más importantes del Paraguay precolombino. Nos había bastado, para obtener este resultado, enderezarlo teniendo en cuenta el hecho de que el este —el Levante— está situado en él, como en los mapas aztecas, donde solemos hoy día colocar el norte. Procedimos, pues, de la misma manera en lo que atañe al dibujo de Siete Ciudades, y comprobamos de inmediato que no estábamos equivocados: se trataba de una "carta'de

rumbo" terrestre. Apliquémosla, en, efecto, en un mapa del Piauí, con su centro en Siete Ciudades (cf. fig. 41). Indica: al norte (1),

la desembocadura del Parnaiba; al nordeste (2), un punto de la costa del Ceará, entre las villas de Trairí y de Paracurú, en un lugar donde se halla una laguna marítima unida al océano por un canal, o, más probablemente —la desviación angular sería ínfima— la villa de Paracurú misma, situada sobre el río Curú, entre un lago y el mar, cuyo nombre tupiguaraní parece indicar que ya existía antes de la Conquista; al suroeste (3), con una desviación angular insignificante, la localidad de Inhamuns, en el Ceará, donde, lo veremos en el próximo capítulo, se encuentran varios litogramas que señalan la existencia de un centro vikingo importante; al sur-suroeste (4), un punto del río Potí, afluente del Parnaiba, que constituye la frontera natural de la

zona norte del Piauí, punto éste donde, tal vez, el "camino del Longá" cruzaba el río; al sudoeste (5), la actual ciudad de Caxias, sobre el Itapecurú, un río navegable que desemboca en la bahía de San Marcos, frente a la isla donde se halla San Luis del Marañón, fundada, ya lo sabemos, por los franceses; al noroeste (6), la confluencia del Munim y del Prato, en otra vía navegable que lleva igualmente a la bahía de San Marcos, donde ya se encontraba, probablemente, el óptimo puerto de Icatú, en el fondo de un verdadero fiordo. Si tenemos en cuenta los accidentes del terreno, las distancias relativas de estos seis itinerarios, calculadas, puesto que se trata de un portulano, en días de viaje y no en unidades lineales, son impecables. Las direcciones están, indicadas con una precisión que, por cierto, no tenían los mapas portugueses del siglo xvIII.

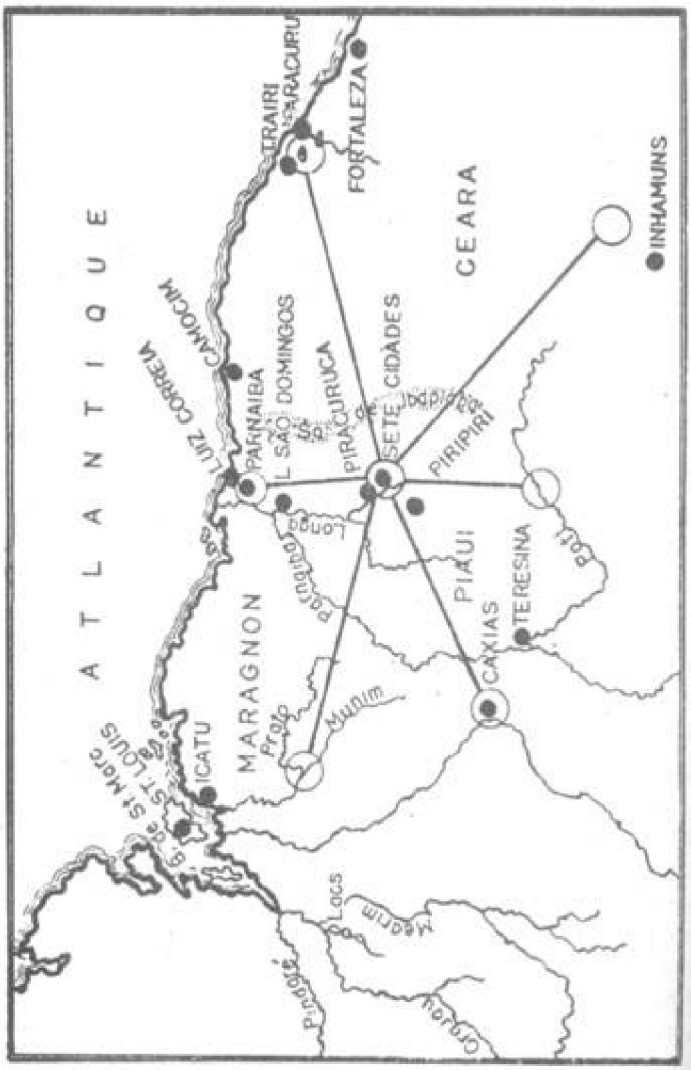


FIG. 41 – *El portulano de Siete Ciudades, aplicado en el mapa de la región.*

Como el parehá de Cerro Polilla, Siete Ciudades era, por lo tanto, a la vez, un lugar de culto y un centro vial, situado -casi en el medio de la amplia región que limitan al norte la costa, al oeste el río Paranaiba, al sur el río Potí, y al este la Serra de Ibiapaba, frontera entre el Piauí y el Ceará. Pero, mientras que en el Paraguay la pequeña roca que lleva el "panel indicador" sólo servía accesoriamente para las ceremonias religiosas de los vikingos de paso, fueron verosímilmente sus gigantescos Externsteine los que hicieron de Siete Ciudades una etapa obligada para los viajeros y, por vía de consecuencia, un punto de convergencia de los caminos que venían de todas las direcciones. Salvo, lo que resulta en lo mismo, que el centro vial ya hubiera estado en Piracuruca, donde se halla hoy

en día, y que el portulano se refiera a él.

12.. Un lugar sagrado del Occidente

El punto de partida de nuestras investigaciones en el Norte del Brasil fue la certeza lógica que los vikingos de Tiahuanacu, de los que conocíamos la raza y las costumbres ancestrales, no podían haber dejado de emplear el camino natural que constituía para ellos el Amazonas. Ocupaban la región donde nace el Gran Río y no desconocían

la existencia del Atlántico. Habíamos reencontrado, en el Paraguay (16), el camino terrestre que seguían para ir, por Potosí y Asunción, de su capital del Altiplano a la Costa y habíamos relevado, en su parcha de Cerro Polilla, inscripciones reveladoras. Debíamos, por lo tanto, con mayor razón, descubrir, en el Amazonas y en las regiones

adyacentes, algunos vestigios de su presencia. Pero no esperábamos, por cierto, hallar tantos, y de tamaña importancia. Buscábamos unas pepitas, y nos topamos con un filón que estamos muy lejos de haber agotado. Siete Ciudades supera todo lo que podíamos imaginar.

El sitio ya sería impresionante si sólo se viera en él, como lo hicieron todos los que nos precedieron, rocas de formas fantásticas y misteriosos garabatos indígenas. Pero, si se lo reubica en su contexto histórico, no se puede sino reconocer en él uno de los grandes lugares sagrados del Occidente. Unos centenares de hombres de nuestra raza habían sabido conquistar, en Sudamérica, un inmenso imperio que tenían sólidamente en mano gracias a una incomparable organización política y militar. Lejos de dejarse absorber por poblaciones indígenas infinitamente más numerosas, se habían impuesto a ellas, trasmitiéndoles lo que eran capaces de asimilar de sus creencias y de sus técnicas. Adaptándose a las exigencias de su nueva patria, no habían olvidado la antigua y habían sabido conservar su personalidad. Siete Ciudades debió parecerles un regalo de los Dioses: unos Externsteine en escala de su imperio, que iban a permitir restablecer en toda su pureza, con una magnificencia acrecentada, el culto de Odín y de Thor. Atraídos por el Parnaiba, cuyo caudal indicaba que venía de muy adentro en las tierras, probablemente se hubieran limitado a hacer explotar por los indios las minas que abundaban en la región. Pero

las Rocas Sagradas de Siete Ciudades no tardaron en atraer

a peregrinos que, por cierto, no eran beatos, sino conquistadores. Los Hombres de Tiahuanacu exploraron la zona, descubrieron el Opala —el Sao Francisco actual—, la Gran Laguna y los enormes yacimientos mineros que escondía y que pronto empezaron a explotar. Gracias a Siete Ciudades, el Nordeste se convirtió en una colonia próspera cuya importancia justificó, más tarde, las obras gigantescas exigidas por el drenaje del üpá-Assú.

No era la mano de obra la que faltaba, ni los jefes. Ni hablar, sin embargo, de modificar con edificios de piedra el lugar sagrado que la naturaleza había hecho semejante a los que sus antepasados habían dejado en Europa. Los vikingos se limitaron a construir casas de madera, conforme a los usos y costumbres del viejo país. Pero los godi —los

sacerdotes— y los peregrinos esculpieron algunas rocas y marcaron con sus graffiti las paredes que lo permitían.

El viento y la lluvia han destruido en parte la obra de los artistas. El tiempo ha borrado muchos litogramas. Estamos muy lejos, por lo demás, de haber realizado un relevamiento exhaustivo de Siete Ciudades: hubieran sido necesarios varios meses. Nos limitamos a seguir a nuestro guía caboclo hasta las inscripciones cuyo emplazamiento conocía y a investigar un tanto alrededor de los puntos más significativos. A pesar del carácter restringido de nuestra búsqueda, relevamos dieciséis litogramas que pudieron ser traducidos y que van de simples graffiti antroponímicos a las largas inscripciones clásicas de los apartados 3 y 4. Sabemos, gracias a estas últimas, que los vikingos se denominaban a sí mismos "los inteligentes barbados de la Llanura" y que consideraban a Siete Ciudades una heredad, un solar sagrado de su raza. Imágenes de drakkar, martillos de Thor y otros

símbolos nórdicos contribuyen a una definición que la palabra Inka, "Descendientes", precisa claramente.

Ya no queda ninguna duda. Las Rocas Sagradas del Piauí, gemelas de los Externsteine del Teutoburger Waid, bastarían ampliamente, si no tuviéramos otras pruebas, para demostrar la presencia en el Brasil de Hombres de Tiahuanacu. La lengua y el carácter de las inscripciones —volveremos sobre este punto en el capítulo VII— confirman las conclusiones a las cuales habíamos llegado después de nuestros descubrimientos del Paraguay (16); los vikingos desembarcados en México en 967 (14) habían llegado del Schieswig pasando por sus feudos de las islas Británicas. Las ruinas grandiosas de Tiahuanacu y otros sitios peruanos atestiguan su energía creadora, como la inmensidad de

su imperio sudamericano, su capacidad política y militar.

Pero Siete Ciudades nos proporciona la clave de su éxito: su

fidelidad a sus orígenes y a sus tradiciones.

V

Las piedras que hablan

1. Bosques sagrados y túmulos

Los Externsteine de Siete Ciudades constituyen, sin duda alguna, el lugar de culto vikingo más importante del Piauí. Pero hay, en la región, muchos otros sitios que, según parece, son de la misma naturaleza y del mismo origen y que merecerían un estudio exhaustivo que no hemos podido hacer por falta de medios materiales. Dejemos a un

lado los numerosos litogramas y litóglifos que muestran, como los de la Serra dos Arcos, al nordeste de Piracuruca, lo que Schwennhagen (53) llama "signos jeroglíficos y diversas letras fenicias", aunque éstas sean probablemente runas: sólo se puede hablar de inscripciones después de haberlas relevado, analizado, traducido. Pasemos igualmente sobre las innumerables galerías de mina, anteriores a la Conquista,

que horadan la roca casi en todas partes: ya tratamos el tema más arriba. Detengámonos, por el contrario, en los bosques sagrados que, según los cronistas, poseían todas las aldeas tupíes. Podemos hacerlo gracias a Schwennhagen que relevó cuidadosamente dos de ellos.

El primero (cf. fig. 42) se encuentra en el lugar llamado Alto Alegre, en el municipio de Piracuruca. Está constituido por un medio círculo de cerros, de 60 a 80 m de altura. Dos arroyos serpentean entre éstos, uno de los cuales forma un pequeño lago.

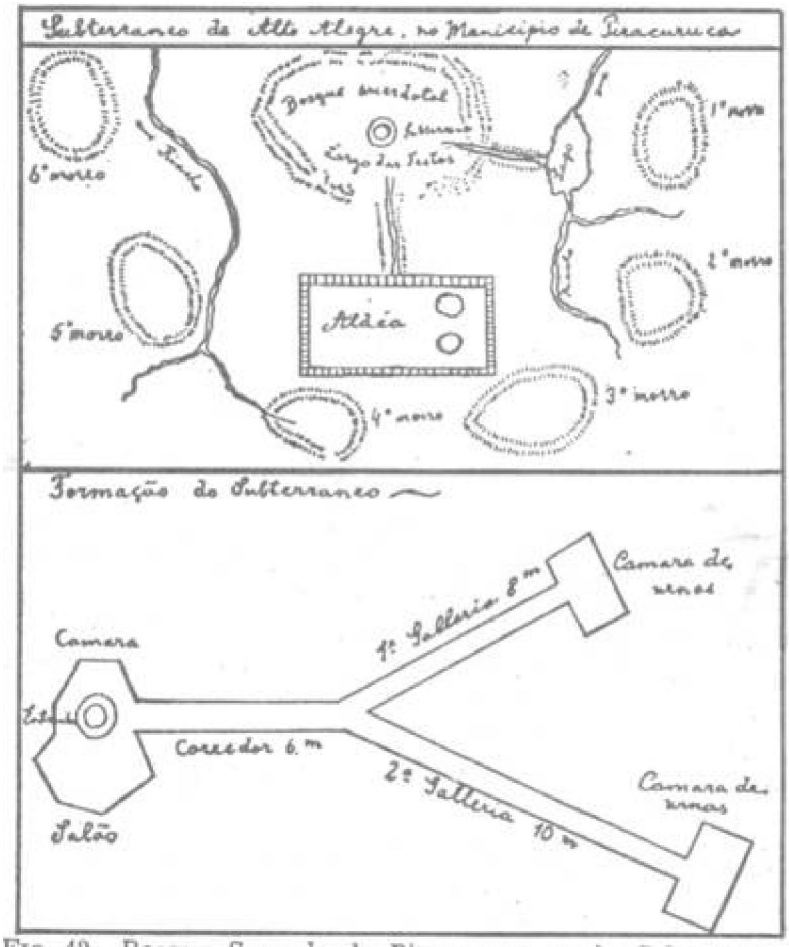


FIG. 42 – *Bosque Sagrado de Piracuruca, según Schwennhagen* [53].

En el interior del circo que deslindan los cerros, se ve una gran plataforma artificial, hecha de bloques de piedra, en la cual debía de estar situado un templo de madera. Del lado de la apertura del medio

círculo de cerros se halla, a 5 m sobre el nivel del lago, el bosque sagrado propiamente dicho, en el centro del cual se abre la entrada, en forma de pozo, de un subterráneo. A tres metros de profundidad, una sala de 4 m de longitud máxima por 3 m de anchura mínima y 2 m de altura sirve de "antecámara" a una galería de 6 m de largo que se divide en dos ramas de 10 m y 8 m, respectivamente, las que desembocan en dos cámaras, la una de 3,64 m2 y la otra de 3,36 m2, tan bajas que no se puede, en ellas, permanecer de pie.

El primer problema que platítea este subterráneo es el de su origen. Después de haberlo cuidadosamente estudiado, Schwennhagen llegó a la conclusión de que había sido cavado de mano de hombre. "Están en contra de nosotros numerosos incrédulos que sostienen la teoría de la

erosión y consideran todas las grutas obras de la naturaleza. Y, donde la erosión queda completamente excluida, aparecen los holandeses que hicieron los tanques y las casas de piedras, o son los jesuítas los que mandaron cavar los subterráneos. En Alto Alegre, no se puede descubrir elementos de erosión; no existen allá piedras calcáreas ni

salitre. No pasa ningún arroyo que haya podido horadar la tierra; no anduvieron allá ni jesuítas ni holandeses." Por otra parte, no fue la erosión, evidentemente, la que levantó el terraplén que hemos mencionado.

El segundo problema, nuestro autor lo resuelve menos brillantemente. ¿Por qué fue cavado este subterráneo? Schwennhagen supone que se trata de galerías de mina. Desgraciadamente para su tesis, no hay ningún filón metalífero que pueda justificar su existencia. Pero sí se hallan, en los arroyos de Alto Alegre, como en muchos otros de la región, después de las grandes lluvias de invierno, algunas turmalinas y unos pocos cristales octaédricos amarilientos. "Tal vez en el lugar donde está el subterráneo haya sido descubierta una rica veta de dichas piedras". Tal vez, Pero nada lo prueba. Se trataba, más verosímilmente, de una pequeña necrópolis. El mismo Schwennhagen lo admite cuando define las dos cámaras terminales de las galerías

como "depósitos de urnas funerarias".

Otro bosque sagrado (cf. fig. 43), pero sin subterráneo, éste, está situado en Guanta, cerca de la estación Bom Principio del Ferrocarril del Piauí que, por Piracuruca, vincula Piripirí con Parnaiba. Está constituido por un círculo de rocas, abierto sobre un arroyo y su pequeña cascada.

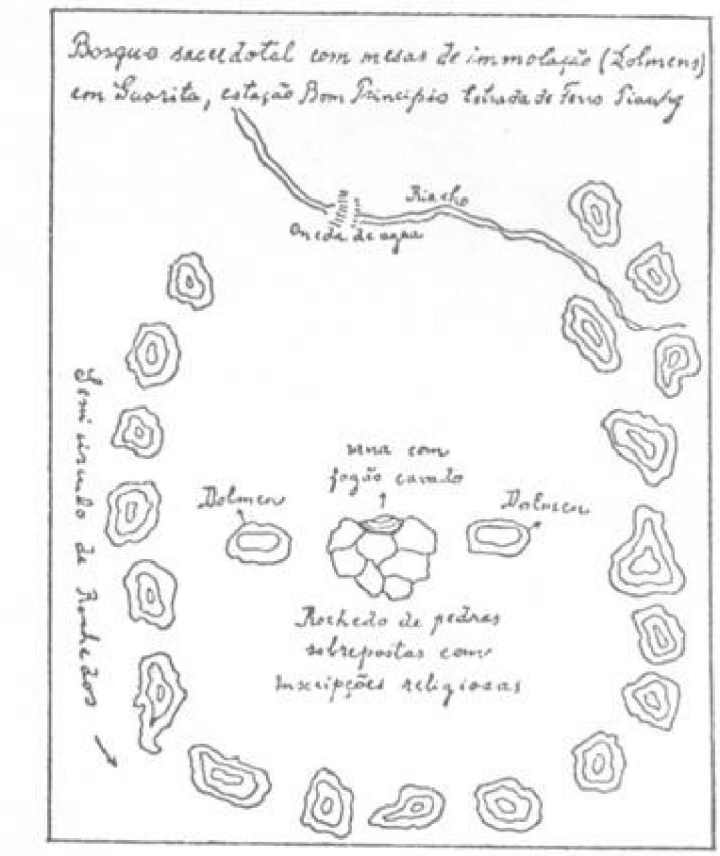


FIG. 43 – *Bosque Sagrado de Guarita, según Schwennhagen* [53].

Este círculo es "tan perfecto que debemos suponer que algunos de esas rocas fueron colocados o modificados por la mano del hombre", escribe Schwennhagen. En el centro, se ven un cairn de piedras secas, con un fogón encima, y, simétricamente colocadas de ambos lados, mesas de piedras —pequeños dólmenes— que debían de ser utilizadas como altares. Alrededor del cairn, se distinguen —o, por lo menos, se distinguían en la época de Schwennhagen-- los vestigios de "signos jeroglíficos" que "muestran el mismo sistema de escritura que las inscripciones de la Sorra dos Arcos". El circo de rocas, el agua, el fogón, los altares y,

por supuesto, los árboles: aquí no falta nada a la reproducción de un lugar de culto escandinavo. Siempre en el Piauí, el túmulo de Marváo (cf. fig. 44) responde demasiado a las costumbres de los vikingos para

que se pueda tener, en el contexto histórico que hemos descripto, la menor duda respecto de su origen. Es una roca aislada de unos 15 m de altura, hecha de un único bloque en el cual se cavó o se adaptó una sala que recibe aire y luz de una claraboya abierta en el techo. Se entra en ella por dos puertas colocadas la una frente a la otra. En el medio se encuentra aún —o, por lo menos, se encontraba aún en 1928— los restos de un altar de piedra. Alrededor de la sala se abren en la roca pequeños nichos en los cuales estaban colocadas urnas funerarias que el obispo del Piauí, al final del siglo pasado, hizo sacar, no sin mandar construir, en el fondo, un pequeño altar cristiano.

Schwennhagen supone arbitrariamente que el cerro fue cavado por mineros que esperaban encontrar alguna veta interesante, y que se le

utilizó después como lugar de etapa y, luego, como necrópolis.

FIG. 44 – *Túmulo de Marvão, según Schwennhagen* (33).

Tal explicación no nos satisface. En Marváo, no se nota rastro alguno de mineral de cualquier clase que sea, ni en el exterior, ni el interior. Y, para que se lo empleara directamente como parcha, hubiera sido preciso que fuese naturalmente hueco, lo que es posible, pero, según geólogos que consultamos, altamente improbable. De no serlo, habría sido más sencillo edificar una casa de piedra. Sabemos, por el contrario, que los escandinavos enterraban a menudo a sus jefes en túmulos artificiales en cuyo interior se hallaban cámaras funerarias. Es aceptable pensar que, disponiendo en el Brasil, de una mano de obra abundante, hayan mandado cavar una necrópolis colectiva, para guerreros de menor jerarquía, en una roca errática que, en el centro de una amplia llanura, atraía la mirada y, en alguna medida, se parecía a los túmulos tradicionales.

Parece que hay uno de estos últimos en Buritizal, en el municipio de Valenca do Piauí. Se trata de un cerro de 45 m de altura, del que sólo un estudio completo permitiría decir si es natural, como parece, o artificial, situado, a 200 m del arroyo Sao Vicente. Desde este último, seco durante el verano, se cree ver una gran puerta de dos hojas, cerrada

con una cadena. De cerca, uno se da cuenta de que la entrada en realidad está tapada con grandes piedras mal talladas cuyas juntas están rellenadas con una mezcla de guijarros y de barro. Varias son las leyendas que circulan en la región acerca del misterioso cerro, pero todas coinciden en un punto: en su interior murieron o fueron sepultados muchos hombres. En 1928, cuando Schwennhagen hizo

el dibujo que reproducimos (cf. fig. 45), nadie se había atrevido a abrir el túmulo. Ignoramos lo que sucedió posteriormente. Es probable que esté intacto, protegido por la superstición. Habrá que ir a ver.

Encima de la puerta en cuestión, una placa de piedra lisa lleva "letras y signos jeroglíficos", "numerosos signos, semejantes a los de las grutas de Bahía", escribe Schwennhagen. Sin embargo, su dibujo sólo nos muestra cinco figuras en medio de las cuales se cree reconocer una impronta de pie —aunque sólo tenga tres dedos—, como las que los vikingos utilizaban para señalizar sus caminos, y un cuadrúpedo indeterminado. A la derecha, se ve una cruz céltica cuyos brazos se prolongan fuera del círculo en el cual está inscripta.

FIG. 45 – *Túmulo de Buritizal, según Schwennhagen* (53).

Los dos otros signos no se parecen a nada. Por indescifrable que fuera, este conjunto tiene, a pesar de todo, para nosotros, un significado: indica, en efecto, que el túmulo era

lo suficientemente importante como para merecer que una inscripción atrajera la atención del transeúnte. La existencia de una puerta sugiere, no una tumba individual, sino una necrópolis. Tal vez los signos que coronan la entrada sean el equivalente de un escudo de armas familiar, incomprensible para quien ignore las reglas de su composición.

Valenca parece haber sido un centro muy frecuentado por los Hombres de Tiahuanacu. Tenemos al respecto dos testimonios que se agregan a la descripción del cerro de Buritizal. Es también a Schwennhagen, que había dedicado a la región un estudio que, desgraciadamente, desapareció con todo su archivo, que debemos el primero, relativo a un

antiguo pueblo, situado a 30 km al suroeste de la villa en cuestión, hecho de calles en damero y de casas construidas en piedras brutas. Un "intelectual del Piaui", Joáo Ferry, habría encontrado en él "muchos objetos curiosos y artísticos de piedras lisas y pulidas". No sabemos más al respecto. El segundo testimonio se debe al P. Francisco Correa Talles de Menezes que recorrió, entre 1799 y 1806, el sur del Piauí

y los Estados del Nordeste limitados por la orilla izquierda del Sao Francisco. Cuenta en su obra Lamentando Brasílica, que cita Alencar Araripe (58), que en el lugar llamado Varge da Serra, en el Piauí, "se dice que hay una de roca tallada, en el borde del camino, en la cual, a una buena altura, se halla un nicho en cuyo interior se avista la imagen de un fraile sacrificando un cocodrilo en un altar, todo hecho de la misma piedra" y que "esa roca está totalmente rodeada de letras y de caracteres desconocidos, grabados a cinzel y a piqueta". Los habitantes de la región atribuyen esculturas e inscripciones a los tapuias. Absurdo, protesta el buen padre cuyo estilo respetamos: "como si esa gente rústica hubiese jamás visto a frailes para esculpir su imagen, que antes del holandés ni tenía herramientas para cortar madera, con más razón para las piedras".

2. El drakkar de Inhamuns

Tristáo de Alencar Araripe no se limita, en su obra(58) de 1886, a retomar relatos del P. de Menezes. Reproduce también, y sobre todo, numerosos dibujos rupestres relevados por él en el Nordeste y, en particular, en los Estados del Ceará y de la Paraiba. Los de Inhamuns, en el primero de ellos, retienen especialmente nuestra atención, puesto que están situados en un punto que nos señala una de las

líneas del portulano de Siete Ciudades.

El conjunto más interesante para nosotros está trazado con tinta colorada en el flanco de un cerro coronado con una piedra redonda, más alta que un hombre. Se ven en él signos runoides (cf. fig. 46), sin significado aparente, encima de un dibujo imposible de

identificar, pero que recuerda los monogramas, hechos de runas ligadas, de los vikingos: una especie de firma, digamos. También se halla en él, y es éste un elemento decisivo, la imagen de un. barco (cJ. fig. 47) cuya

forma es muy semejante a la de los drakkares de Siete Ciudades (cf. foto 14), con, además, el mástil central característico de las naves vikingas y siluetas humanas estilizadas al modo de Kivik (Suecia) tales como se las ve en los kellka de Tiahuanacu (H).

FIG. 46 – *Runas y monograma, en Inhamuns, según Araripe* [30].

FIG. 47 – *El drakkar de Inhamuns, según Araripe* (38)

Siempre en Inhamuns, en la jazenda de Carrapateira, Alencar Araripe relevó otro conjunto de dibujos que comportan signos runoides, los más claros de los cuales reproducimos (cf. -fig. 48), sin disimularnos que fuerade su contexto serían imposibles de reconocer. En la misma región, al norte del Riaxo Verde (Arroyo Verde) y encima de cuatro lajas dispuestas en forma de cruz, se halla, al lado de dibujos geométricos que no significan nada para nosotros, una figura imprevista (cf. fig. 49), idéntica a uno de los signos de rongo-rongo de la isla de Pascua. Podría evidentemente tratarse de una coincidencia casual. Pero el hecho de que hayamos relevado, en el Paraguay, otros caracteres de la misma apariencia (16) quita a esta explicación demasiado fácil gran parte de su peso.

FIG. 48 – *Inscripción de Carrapateira, Inhamuns, según Araripe* [58].

FIG. 49 – *Un carácter de* rongo-rongo, *en Inhamuns, según Araripe* [58].

Cualquier duda acerca del origen de estas inscripciones se esfuma, por lo demás, cuando observamos la que nuestro autor copió en el lugar llamado Cracará, muy cerca de los anteriores (cf. fig 50) Vemos en ella dibujos extraños, de los cuales lo único que podamos decir es que

no tienen nada en común con los motivos conocidos del arte amerindio. Pero, encima de esas figuras, hay dos medallones (ampliados en nuestra reproducción) que contienen conjuntos de runas, perfectamente comprensibles a pesar de sus ligaduras criptográficas.

En el primero (a la izquierda), leemos, conforme a la

grafía normalizada de ia figura 51:

thi o toa qilt tia best

El odala (o) hacia el cual se proyecta la i de thi y que

el grupo toa domina es el símbolo ideográfico de Odín.

Se trata de una oración jaculatoria al Dios principal
de la mitología nórdica *:

> Que la mayor gloria te remunere,
> Odín, (tu) que (nos) ayudn

* (THI: antiguo nórdico, thi: a ti. TOA: antiguo nórdico, tjoa:

ayudar, asistir, QILT, antiguo nórdico, gjalda; anglosajón, grildan,
antiguo alemán, gélten: pagar, retribuir. TÍA: antiguo nórdico,
tirr; antiguo sajón y anglosajón, tir; antiguo alemán, ziari: gloria,
honor. BEST: anglosajón, beísí; antiguo alemán, bezzisto: mejor.
el mejor,)

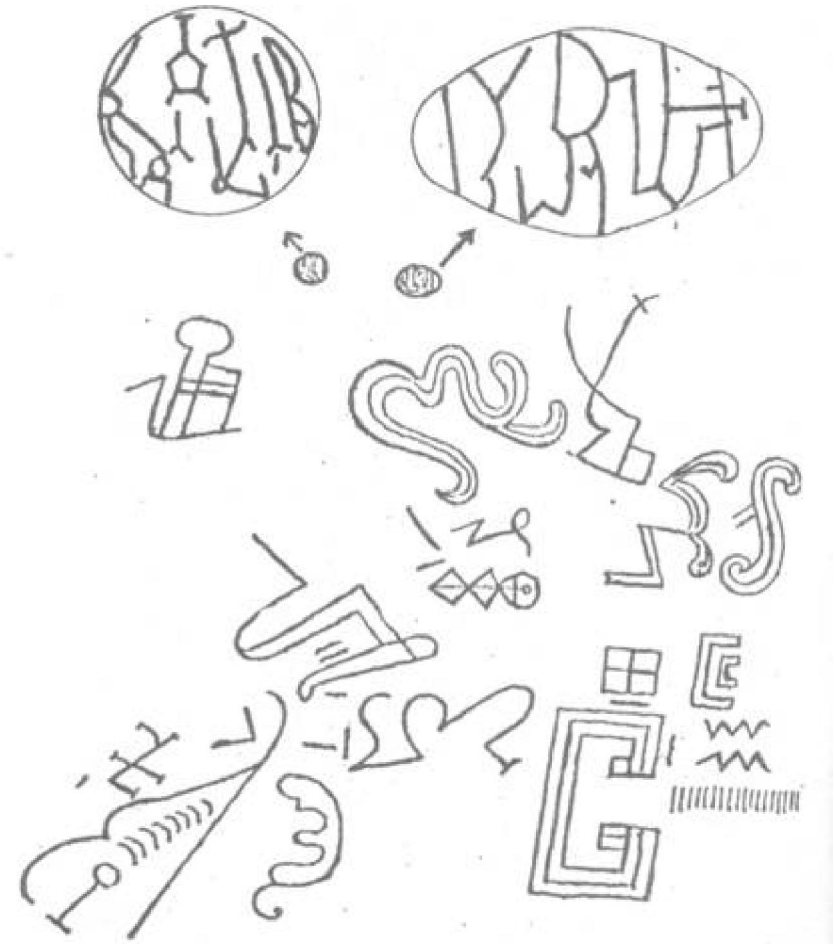


FIG. 50 – *La inscripción de Cracará, Inhamuns, con sus dos medallones ampliados, según Araripe* [58].

FIG. 51 – *La inscripción normalizada del medallón de la izquierda de Cracará.*

El contenido del segundo medallón —la figura 52 nos muestra su grafía normalizada— da, en trasliteración:

uik uis dui kunta

Vale decir *

FIG. 52 – *La inscripción normalizada del medallón de la derecha de Cracará.*

El lugar señalado por la inscripción debía de utilizarse

para las ordalías (juicios de Dios). Por un lado, se indica

su naturaleza; por otro, se invoca a Odín. Nada más lógico.

* (UIK: antiguo nórdico, vigja', antiguo alemán, vihen: consagrar, dedicar; antiguo sajón, vih, templo. ÜLS: antiguo alemán. aiso, como, de. DUI: antiguo nórdico, tve, tvi; antiguo frisen y anglosajón, íwi, antiguo alemán, zwi: dos, doble. KUNTA: antiguo alemán, gunt: combate.)

En el paraje de Poco de Mulungá, siempre en Inhamuns, Alencar Araripe relevó, en una gran piedra negra triangular, puesta en una especie de zócalo, una serie de figuras incomprensibles, en medio de las cuales se destaca, sin embargo, un dibujo (cf. fig. 53) que recuerda curiosamente la escritura ogámica de Irlanda.

FIG. 53 – *Una inscripción de apariencia ogámica en Malungú, Inhamuns, según Araripe* [58].

Una inscripción del mismo género, pero vertical, asociada con algunos caracteres rúnicos, está pintada en un cerro del Sertáo de Cratins,

igualmente en el Ceará (cf. fig. 54). ¿Trátase realmente de signos ogámicos? Por falta de traducción, no podemos estar seguros. Notemos simplemente que el hecho no tendría nada raro, puesto que sabemos que los vikingos de Tiahuanacu había venido del Schieswig por Irlanda.

En el Estado de la Paraiba (antiguamente, Parahyba), Alencar Araripe halló otras inscripciones en las cuales abundan los signos runoides, pero que no aportan nada nuevo a nuestra búsqueda. Lamitémonos a reproducir aquí (cf. fig.55) la del ría Banabuiú, entre Santo Antonio y Alma, en la cual se ven caracteres semejantes a los que trazan,

todavía hoy, los "indios blancos" guayakíes del Paraguay (16). En cuanto a la famosa Pedro Lavrada de la Paraiba, mil veces reproducida, un fragmento de la cual Alfredo Brandáo(59) creyó poder traducir, sólo vemos en ella un conjunto incoherente de signos aislados. Algunos de éstos parecen ser runas y probablemente lo sean, pero sin que tengamos certeza al respecto.

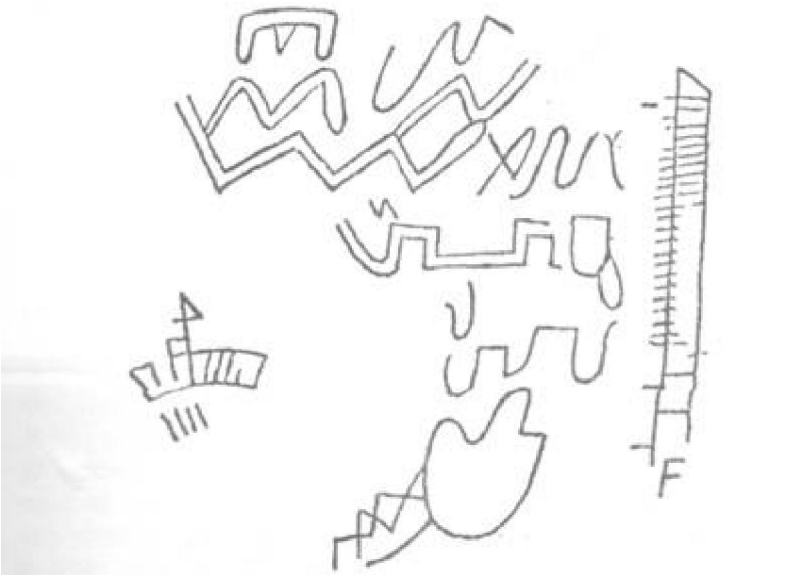


FIG. 54 – *Una inscripción de apariencia ogámica en el Sertão de Cratins, Inhamuns, según Araripe* [58].

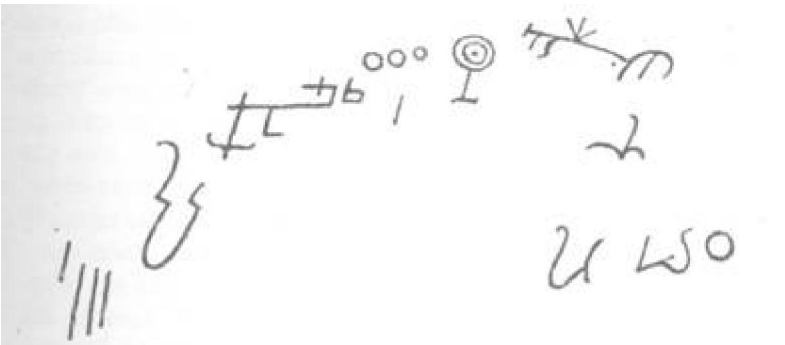


FIG. 55 – *En Banabuiu, Paraiba, caracteres semejantes a los que trazan los "indios blancos" guayakíes del Paraguay, según Araripe* [58].

3. £1 espejismo fenicio

Alfredo Brandáo es una de las víctimas más recientes —pero de seguro no la última— de lo que podríamos llamar el espejismo fenicio. En su origen, lo dijimos más arriba, encontramos el opúsculo de Onffroy de Thoron (55) que creyó poder situar en el Amazonas al Ofir a donde, según la Biblia, las naves de Hiram, rey de Tiro, al servició de

Salomón, iban a buscar el oro y las maderas de ley destinados al templo de Jlerusalén. Hipótesis ésta, repitámoslo, que no es de excluir: los fenicios disponían de barcos capaces de cruzar el Atlántico, y sabemos que navegaban a menudo más allá de las Columnas de Hércules, vale decir del estrecho de Gibraltar. Es posible, y hasta probable, que corrientes y tempestades hayan, a veces, arrastrado hasta América

embarcaciones, muy semejantes, a los drakkares vikingos, a las cuales su vela cuadrada y su remo timón no permitían ir contra el viento. Pero no basta que un hecho histórico sea posible, ni probable siquiera: hay que traer pruebas. A ello dedicó treinta años de su vida al coronel Bernardo da Silva Ramos, cuya obra gigantesca (60)fue publicada, en 1930, por cuenta del Estado brasileño.

Nacido en el Amazonas, Ramos era dueño allá de enormes selvas de heveas que hicieron su fortuna durante los decenios que los economistas llaman, en el Brasil, la "era del caucho" y le valieron el grado honorífico de coronel de la Guardia Nacional. Desde principios de siglo, administraba sus dominios, pero también se ocupaba de arqueología. Más exactamente, juntaba todas las inscripciones precolombinas, o supuestas tales, descubiertas a lo largo de todo el

país. Pero también hurgaba cuidadosamente en la selva amazónica, que conocía mejor que nadie, en busca de litogramas y litóglifos desconocidos, y encontró muchos. ¿Ya tenía elaborada una hipótesis en cuanto a su origen? Parece que no hasta el viaje a Grecia que hizo en 1919 y del que volvió maravillado... y convencido que un pueblo de obras tan grandiosas no podía haber permanecido ajeno a la antigua civilización brasileña. Pero Ramos no conocía el griego. Ahora bien: un día, trabó conocimiento con el rabino de Belén, hombre cultísimo que no tuvo mayores dificultades para convencerlo de que los helenos no eran nada, a pesar de sus méritos, al lado de los hebreos y de sus primos fenicios.

Con la "ayuda" del santo varón, ORamos se puso a traducir las inscripciones tan pacientemente recogidas y, ya que estaba, innumerables toponímicos del Amazonas. Delirio puro: todo era griego, hebreo, fenicio, y hasta egipcio. Una inscripción estaba formada de palabras fenicias con, en el medio, un ideograma chino. Se descompuso en letras griegas un rectángulo cruzado en diagonal y se tradujo. Se hizo derivar el nombre del río Manhana ("manhá significa "mañana", en portugués) del hebreo manah, repeler, y nah, residencia... No nos mostremos demasiado severo, con todo, para con nuestro filólogo aficionado. El texto de sus dos tomos un quarto de unas 600 páginas cada uno es grotesco. Pero sus ilustraciones —fotos y dibujos— son correctas. La mayor parte de las inscripciones reproducidas sin siquiera hablar de las cuyo descubrimiento, se debe al autor, y éstas

son numerosas, sólo nos son accesibles gracias a un enorme trabajo de recopilación que nadie, fuera de él, ha hecho jamás. Acordémonos también que, en la época en que Ramos y su rabino se encarnizaban en traducir esos litóglifos y litogramas, la runología no había tomado aún la importancia que recién unos años más tarde se empezó a reconocerle y que, aun en Europa, y con mayor razón en el Brasil, no se sabía casi nada de la escritura de los vikingos.

Queda, a pesar de todo, que Bernardo da Silva Ramos hubiera podido sospechar algo al descubrir, cerca de Manaos, en el lecho de un arroyo, el dibujo de una cabeza de

hombre cubierta del casco de cuernos característico de los escandinavos y el de una vaca, animal que desconoce la fauna autóctona del Nuevo Continente (cf. fzg. 56).

FIG. 56 – *Casco con cuernos y vaca en una inscripción del Amazonas, según Ramos* [60].

En lugar de sacar de estas imágenes las conclusiones que se imponían, nuestro autor no encontró nada mejor que descomponer sus trazos en letras (agregadas por él en los dibujos que reproducimos) y ¡traducir las palabras así formadas! Tampoco vaciló, por otra parte, en trasponer los caracteres de las inscripciones alfabéticas reproducidas por él en letras fenicias u otras sin la menor relación con ellos.

Demos un ejemplo de tal procedimiento. La figura 57, que retomamos de la obra de Ramos, representa una inscripción de Lage, en el Amazonas, con, debajo, su "trascripción" en caracteres fenicios y latinos. No hace falta ser filólogo para darse cuenta que las letras fenicias en cuestión no se parecen en nada a los signos relevados. Por el contrario, éstos pertenecen al futhark rúnico, con una u tardía y una w tomada del futhorc anglosajón, hecho éste ya notado en el Paraguay (16) y en Siete Ciudades.

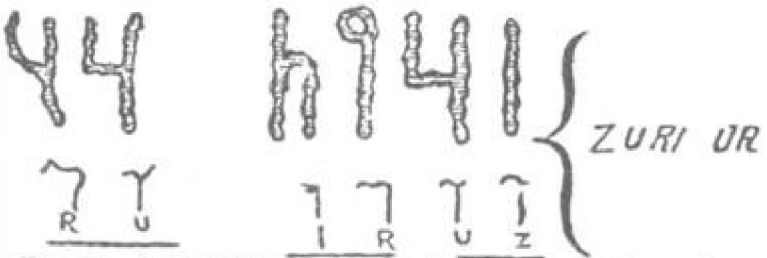


FIG. 57 – *Inscripción de Lages, Amazonas, con la traslitera-ción "fenicia" de Ramos* [60].

La trasliteración, debida, como todos los análisis runológicos

de la presente obra, al profesor Hermann Munk, da:

uk awki

La primera palabra (og, en grafía normalizada) nos es conocida: "y". La segunda (auki, en grafía normalizada)quiere decir "retoño" en norrés. Era el título que usaban los hijos de incas antes de su iniciación (14). Vimos, en el capítulo IV, que la palabra inka estaba utilizada por los vikingos antes de la fundación del segundo imperio. Lo mismo sucedía con auki. La inscripción, evidentemente incompleta, significa:

e hijos de incas

4. Mensajes en la selva

No es nuestro propósito reproducir aquí todas las inscripciones relevadas por Ramos en la selva amazónica. Algunas, por lo demás, no pasan de meros garabatos desprovistos de todo significado. Otras son manifestamente postcolombinas. Otras más, a pesar de cierta apariencia alfabética, no responden a ningún sistema conocido de escritura.

Algunas, por el contrario, son claramente rúnicas y el profesor Munk no tuvo mayores dificultades en traducir las que elegimos a título de ejemplos.

Cerca de la villa de Itacoatiara se halla una gran inscripción grabada en la roca (cf. fig. 58) cuya grafía es sumamente irregular, como la de tantas otras relevadas en el Paraguay y en Siete Ciudades.

FIG. 58 – *Inscripción rúnica de Itacoatiara, Amazonas, según Ramos* (60).

Su trasliteración da:

Oleg wait kile us kam

Lo que significa *:

Oleg guarda los barcos (venidos) de Kam

Oleg es un nombre sueco. Kam, sin significación, debe de ser un toponímico. También en Itacoatiara, otro litóglifo (c;f. fig. 59) presenta las mismas características que el anterior. Se puede leer, a pesar de la grafía degenerada:

ulla fatho kal

Es decir**:

üíía agarra fríamente

* (WALT: antiguo nórdico, váida-, antiguo frisón, walda; antiguo alemán, waltan: guardar. KILE: antiguo nórdico, kjóll; antiguo alemán, kiel: barco. US: antiguo nórdico, ut; antiguo alemán,uz: de, desde, fuera de.)

** (FATHO (la o es dudosa): de la raíz germánica -fot, tomar, tener, agarrar. KAT: antiguo nórdico, kaldr: antiguo alemán, kait: fríio.)

Fig. 59 – *Otra inscripción rúnica d'Itacoatiara, según Ramos* [60].

"Fríamente" tiene aquí el sentido de "con sangre fría".

Ulla es un nombre, el femenino de Ull.

En Sanguá (que Ramos escribe Sángay o Sangaris, según los casos), a orillas del río Urubú, hallamos dos inscripciones idénticas, salvo una ortografía y una grafía un tanto fantasistas, ambas acompañadas por una cara masculina inscripta en un triángulo (c;f. fig. 60). Su trasliteración es la siguiente:

siue gygill sith in w

y su traducción *:

Siete (hombres) perdidos se hallan en W

W constituye, evidentemente, la abreviatura de un toponímico conocido por los destinatarios del mensaje.

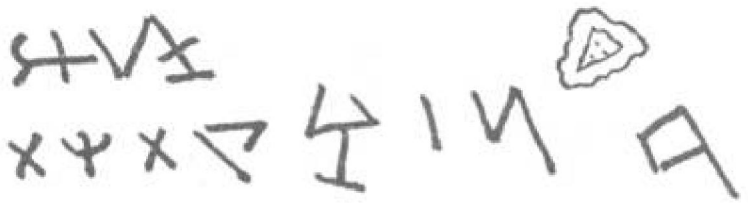


Fig. 60 – *Inscripción de Sanguá, Amazonas, según Ramos* [60].

* (SIUE: antiguó nórdico, sjan; frisón, sigun; antiguo alemán, sibun: siete. GYGIL: antiguo nórdico, geiga: vacilar; anglosajón, gaegan, perderse. SITH: antiguo nórdico, sitje; frisón, sitia; antiguo alemán, sizzdn: hallarse, IN: en.)

Mencionemos aún dos inscripciones de un carácter un poco distinto, puesto que comportan runas ideográficas. Se sabe que las letras de los futhark escandinavos y del futhorc anglosajón tenían, además de su valor fonético, un significado simbólico que variaba, por lo demás, con la región y la época. La traducción de los ideogramas rúnicos

es aquí, por supuesto, sujeta a caución, ya que implica una elección entre diversas interpretaciones posibles y que no sabemos, a priori, qué tradición seguían sus grabadores. La primera de estas inscripciones, relevada en Lages (cf. fig. 61), es clásica en cuanto a su grafía y, luego, fácil de trasliterar:

h g m last

Last es el verbo anglosajón "seguir su camino". Las tres letras anteriores —tres consonantes— sólo pueden tener un sentido ideográfico. Llevan, en germánico común, los nombres de hagalaz, gebo y mannaz, respectivamente. El simbolismo del Edda está en perfecta armonía con el verbo y tiene, por lo tanto, muchas probabilidades de ser el correcto: heil (saludo), ger (jabalina) y mann (hombre).

Tenemos así:

Saludos, hombre de la jabalina. Sigue tu camino. Esto» repitámoslo, con las reservas que exige cualquier interpretación ideográfica.

FIG. 61 – *Ideograma rúnico de Lages, Amazonas, según Ramos* [60].

1 La otra inscripción del mismo género se encuentra a opilas del río Puraquequara (cf. fig. 62). Es enteramente ideográfica:

k h th z g s

Vale decir: kaunaz, hagalaz, thurisaz, ziu, gebó y solewu. El thurisaz tiene una forma anormalmente simplificada. El ziu está superpuesto al gebo, lo cual indica un genitivo sajón.

FIG. 62 – *Ideograma rúnico de Puraquequara, Armazonas, según Ramos* [60].

El profesor Munk propone la siguiente interpretación, conforme a la simbología del Edda:

La audacia ayuda en el desastre.

La jabalina de Tyr da la victoria.

Con las reservas del caso, por supuesto. Ziu es el nombre antiguo alemán de Tyr, uno de los Dioses de la tríada suprema del Panteón germánico.

Reproduzcamos, por fin, según Ramos, para concluir este somero muestreo de las-inscripciones rúnicas del Amazonas, otro litóglifo de Sanguá (cf. fig. 63).

FIG. 63 – *Cruz de Tiahuanacu en una inscripción de Sanguá, Amazonas, según Ramos* [60].

En medio de signos anárquicamente dispuestos que lo hacen incomprensible, se notan en él algunas runas de dibujo clásico. Pero

lo que más atrae la atención es un magnífica cruz de Tiahuanacu, imposible de confundir. Una nueva prueba del origen inmediato de los guardias blancos que, antes y .después de la destrucción del imperio vikingo, surcaban la selva amazónica o estaban de guarnición en sus puntos estratégicos.

5. Exploradores y soldados

Repitámoslo: nos hemos limitado aquí a presentar un muestreo de los innumerables vestigios que contiene ese enorme territorio brasileño donde se hallan las últimas zonas inexploradas del mundo. Sin hablar siquiera de la selva impenetrable, el Nordeste, donde se empieza apenas a trazar carreteras, no ha atraído mayormente, hasta ahora, la

atención de los arqueólogos. Por eso debemos estar reconocidos a Tristáo de Araripe, a Bernardo da Silva Ramos, a Ludwig Schwennhagen y a unos pocos más, por habernos suministrado un material inapreciable, aun cuando su interpretación fuera altamente fantasista.

¿Podían, por otra parte, hace un siglo o medio siglo, tener una visión más clara de los hechos? Si se piensa que Posnansky(61), en 1940, atribuía una edad de 17.000 años a la ciudad de Tiahuanacu cuya construcción ni estaba terminada en 1290, si se considera que las momias rubias de Paracas fueron descubiertas recién en 1925 y si se tiene en cuenta que la runología, aun en Europa, era, antes de los

años inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial, una disciplina muerta en la cual sólo se interesaban unos pocos filólogos, la respuesta no puede ser sino negativa. La situación ha cambiado, ahora que sabemos que los vikingos estaban establecidos, en la Edad Media, a orillas del lago Titicaca, habían conquistado un imperio entre los Andes y el Pacífico y frecuentaban las costas del Atlántico a las que tenían acceso, en el Sur, por caminos cuidadosamente mantenidos y, en el Norte, por el Amazonas.

Lo que el presente capítulo agrega al fruto de nuestras investigaciones anteriores son nuevas pruebas de la extensión considerable del territorio brasileño que recorrían y ocupaban los vikingos y sus descendientes. Las inscripciones del Amazonas deben de provenir de exploradores, dado su texto. Pero las del Nordeste nos muestran que los Hombres de Tiahuanacu no se contentaban con navegar en el Parnaiba y el Sao Francisco: estaban sólidamente establecidos en

las tierras que se extienden entre esos ríos y el océano.

Ocupar no significa necesariamente poblar. Hay buenas razones para pensar que, en el Nordeste como en el Amazonas, los vikingos se limitaban a mantener guarniciones o, si se prefiere, a encuadrar milicias indígenas, como lo hacían aun en el Perú. Sólo se trataba para ellos de garantizar la seguridad de la navegación en el Gran Río y, lo veremos en el próximo capítulo, a lo largo de las costas. El caso del Piauí es distinto. La gente debía de venir desde lejos

a Siete Ciudades donde probablemente no se hallaba población blanca permanente, salvo unos sacerdotes, pero donde los peregrinos, que sus mujeres no acompañaban, se renovaban sin cesar y, a menudo, no tenían reparos en dejar la semilla de pequeños mestizos.

Es esto lo que explica que los Hombres de Tiahuanacu sólo hayan dejado en el Brasil algunas inscripciones sin mayor importancia y algunas postas. Eran soldados, no constructores ni, menos aún, letrados. El clima, especialmente aplastante para nórdicos acostumbrados al frío del Altiplano, no los llevaba a hacer méritos. Por otro lado, los indios de las tribus sometidas a su autoridad no podían en nada

compararse con los quichuas del Perú. Basta ver cómo viven hoy día sus descendientes, los que han permanecido puros, en el Amazonas, y los que se han mestizado, en el Nordeste, para comprender que no se podía esperar de ellos iniciativa alguna, ni, fuera de sus actividades consetudinarias, el menor esfuerzo siquiera. Por lo demás, para los vikingos de Tiahuanacu, el Brasil no era sino una colonia. Se preocupaban por el bienestar de la población autóctona, como lo

prueba el desecamiento de la Gran Laguna, pero ni pensaban en dejar allí monumentos con los cuales los indios no habrían sabido qué hacer y que ellos mismos no necesitaban en absoluto.

VI

Las escalas del Atlántico

1. La isla de los alfareros

Entre la desembocadura del Amazonas, al norte, y la del Tocantins, al sur, está situada la enorme isla de Marajó, separada, al oeste, de la tierra firme, por un canal que une los dos ríos y recibe, en ambas orillas, numerosos arroyos. Zona de paso obligatoria para las tribus que venían del Amazona, y de la Guayana, y hasta de las Antillas, como para las cjüe remontaban la costa, su población indígena debió de cambiar mucho, en el curso de

los milenios, y numerosas influencias se notan todavía cuando se observan sus residuos actuales. Por ello no es desde el punto de vista antropológico que la isla retiene nuestra atención. Lo importante, para nosotros, es que constituye uno de los

yacimientos arqueológicos más ricos de Sudamérica. Pues su alfarería, de un nivel técnico apreciable, reproduce motivos que no nos son desconocidos.

Observemos los signos de la figura 64. Fueron sacados por Alfredo Brandáo(59) de distintas piezas de cerámica marajoara reproducidas en el número 6 de Archivos do Museu Nacional de Río de Janeiro. Los dos primeros son cruces de Tiahuanacu. Otros tienen una apariencia alfabética. El último, abajo a la derecha, contiene un solewu (s) rúnico perfecto.

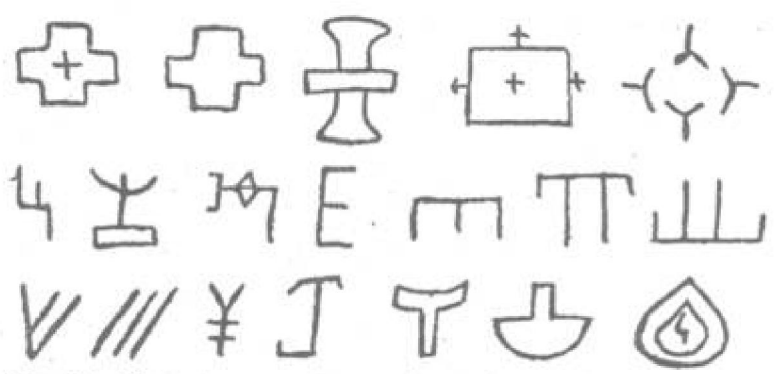


FIG. 64 – *Caracteres y signos decorativos, alfareria de la isla de Marajó, según Brandão* [59].

Más llamativas aún, por más elaboradas, son las dos cruces de Tiahuanacu relevadas por Bernardo da Silva Ramos (60) en otras vasijas de la isla (c,f. fig. 65, a la izquierda). La primera es clásica, pero la segunda está situada en el centro de un conjunto complejísimo cuyo diseño es tan extraño como fuera posible al estilo indio. En la misma figura, a la derecha, se ve, siempre según Ramos, una cruz de Malta, ésa misma que constituía uno de los símbolos del Dios blanco tolteca Quetzalcóatl.

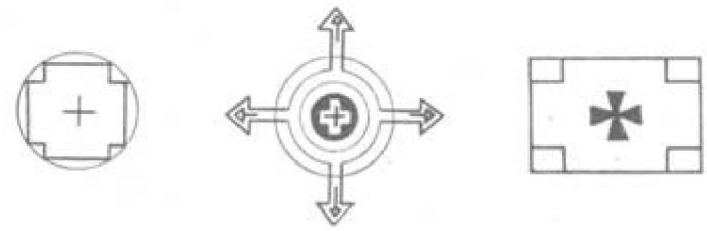


FIG. 65 – *Dos cruces de Tiahuanacu y una cruz de Malta, relevadas por Ramos* [60] *en piezas de alfareria de la isla de Marajó.*

Tal yuxtaposición no tiene porque sorprendernos, puesto que sabemos

que los fundadores de Tiahuanacu habían pasado por México donde habían actuado durante unos veintidós años (14). La cruz de Tiahuanacu, por otra parte, no se desconocía en Centroamérica. Se la ve, en especial, en la gorra de Huehuetéotl, el Dios del fuego, cuya estatua, que se encuentra en el Museo Nacional de Antropología de México,

nos muestra a un anciano, barbado y orejón cuya presencia nos sorprendería mucho menos en el Perú que en el Anáhuac. Por otra parte, observamos nosotros mismos, en el Museo Emilio Goeldi de Belém do Para, piezas de cerámica marajoara que llevan signos (cf. fig. 66) de las cuales lo menos que se pueda decir es que son de inspiración rúnica. Más aún, en el cuello de un vaso, se ve una inscripción circu-

lar (cf. fig. 67) cuyos caracteres tienen toda la apariencia de runas. No es la única, ni mucho menos. Sólo la presentamos aquí a título de ejemplo.

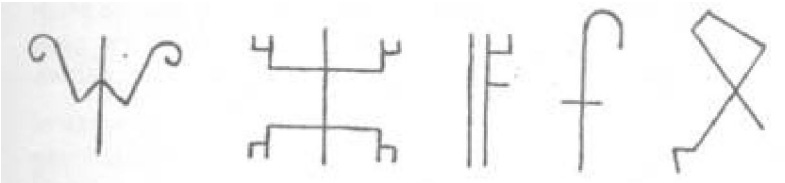


FIG. 66 – *Motivos runoides en piezas de alfarería de la isla de Marajó.*

FIG. 67 – *Decoración runoide en el cuello de un vaso de la isla de Marajó.*

Nada más normal que todo eso. Los vikingos de Tiahuanacu navegaban en el Amazonas. La isla de Marajó constituía, pues, para ellos, un punto de apoyo de primera importancia y, lógicamente, habían establecido en ella a tribus indígenas seguras, guaraníes, sin ninguna duda, arahuaks, tal vez, encuadradas por guardias blancos. Durante siglos,

esos indígenas habían estado en contacto con los Hombres del Titicaca y habían adoptado muchas de sus costumbres. Uno de sus grupos, especialmente dotado para la cerámica —y es esto lo que nos hace pensar en los Arahuaks— les había tomado prestados sus símbolos y, tal vez, su escritura.

Una vez destruido el imperio de Tiahuanacu, la isla, cuyas tierras, en gran parte pantanosas, no son muy atractivas, perdió su razón de ser logística. Los blancos y los indios civilizados la abandonaron tan pronto como los barcos vikingos dejaron de surcar las aguas del delta. Las inundaciones esporádicas y la humedad permanente no tardaron en borrar todo rastro de su estada, salvo los fragmentos de cerámica incorruptibles que

la tierra tragó poco a poco, pero cuyo testimonio nos aporta hoy día cualquier excavación.

2. Puestos lacustres y murallas

Sí, desde la bahía de Marajó, bajamos a lo largo de la costa brasileña, encontraremos, a unos 500 km a vuelo de pájaro, la inmensa bahía de San Marcos, cuya entrada cierra en parte la isla San Luis donde se halla la capital del mismo nombre, fundada por los franceses en el siglo xvII, del actual Estado del Marañen. En el fondo de esa

bahía, a 300 km en el interior de las tierras, confluyen dos ríos importantes, el Pindaré y el Mearim. Este último es navegable sobre por lo menos 400 km y sus puertos —Ararí, Bacanal. Ipixuna, Pedreiras— reciben, hoy día, un tráfico apreciable. A 40 km de su desembocadura, el Mearim recibe el Grajaú, él mismo alimentado, unos kilómetros

arriba, por las aguas de tres lagos encadenados que llevan los nombres de Maracú, Verde y Assú. En ellos existen todavía, escribe Schwennhagen (53), vestigios de puertos lacustres antiquísimos: "largas líneas de cimientos petrificados encima de los cuales estaban los astilleros". Traducimos por "cimientos" la palabra portuguesa estejo, forma incorrecta de estelo, que significa "pieza de madera, de

metal o de piedra con la cual se sostiene algo". Aunque Schwennhagen no lo precisa, esos cimientos, ya que están petrificados, sólo pueden, obviamente, estar hechos de madera, lo cual excluye toda posibilidad de un fenómeno natural. Por supuesto, los "astilleros" no son sino una deducción, pero una deducción lógica: unos cimientos sumergidos sólo pueden servir de apoyo a instalaciones que avancen en el espejo de agua, vale decir, por lo menos, a muelles. El razonamiento que nuestro autor hace respecto del lago del Parnaiba (c,f. cap. IV, 10) parece válido para los del Grajaú.

A 300 km de la bahía de San Marcos, siempre bajando a lo largo de la costa, se alcanza el delta del Parnaiba, del que hablamos largamente en el capítulo IV, y el lago Sao Domingos, y luego, 350 km más lejos, en el Ceará, dos lagos unidos al mar por canales de 3 y 8 km, respectivamente, en el segundo de los cuales está situado la villa de Paracurú que señala, verosímilmente, el portulano de Siete Ciudades

(cf. cap. IV, 11). Unos 500 km más abajo, en el Río Grande del Norte, el puerto de Touros ocupa una posición privilegiada. cerca del cabo San Roque, punta oriental de la costa que, más allá, se orienta netamente hacia el sur. En los alrededores, el lago Geral habría, también él, según Schwennhagen, abrigado un puerto del género mencionado, como más al sur, el lago de Estremós, con sus "antiguos

terraplenes y unos subterráneos". Estos dos lagos, agrega nuestro arqueólogo, están unidos al mar por canales de 10 y 11 km, respectivamente.

Si los hechos son exactos —no tuvimos la posibilidad de verificarlos, pero Schwennhagen era, ya lo dijimos, un observador escrupuloso—, los vikingos poseían, en la costa del Nordeste, entre el Amazonas y el cabo San Roque, y hasta más al sur, una cadena de puertos lacustres, separados los unos de los otros por una distancia de 300 a 500 km, lo cual representa, para drakkares, dos o tres días de navegación.

Encontraban en ellos, no sólo amarraderos seguros, como en los fiordos del país de sus antepasados, sino también dársenas donde podían, en caso de necesidad, reparar sus barcos. Estas instalaciones suponían un tráfico marítimo de cierta intensidad que, lo vamos a ver, se extendía mucho más lejos hacia el sur.

Los rastros de esos puertos no son los únicos vestigios que conozcamos de la presencia de los Hombres de Tiahuanacu en las costas del Nordeste brasileño. Ya mencionamos las murallas cementadas de Tutóia, en las bocas del Parnaiba. Schwennhagen señala otras ruinas del mismo género descubiertas, en el Marañón, en la península que se encuentra

frente a la ciudad de San Luis y en la isla de Troína, "donde los navegantes avistan todavía hoy grandes bloques de piedra que provienen de murallas de una alta plaza fuerte". Asimismo, en la punta extrema de la península de Camocim, en el Ceará, a 100 km de la desembocadura del Parnaiba, se hallaron ruinas semejantes cuyo origen postcolombino no se ha podido establecer. Por lo demás, si los franceses, los

holandeses o los portugueses hubieran construido fortificaciones de piedra en esas costas, sólo habrían podido hacerlo a partir del siglo xvii, y el tiempo corrido hasta hoy no habría bastado para destruir obras que su utilidad permanente habría llevado a unos y otros a mantener con sumo cuidado.

3. El "Camino del Hombre Blanco"

Tenemos que bajar de siete grados hacia el sur para encontrar, en la costa, otros rastros de los blancos precolombinos. No se relacionan con navegantes anónimos, sino con el padre Gnupa, ese sacerdote católico llegado, hacia 1250, de Normandía al Brasil, en el cual los misioneros portugueses y españoles quisieron reconocer al apóstol Santo Tomás. Contamos en otro lugar (16) su viaje accidentado a través del Guayrá, el Paraguay y el Perú. Pero nos limitamos a mencionar rápidamente, por escaparse de nuestro tema, su itinerario a lo largo de la costa del Brasil. Corresponde ahora retomar detalladamente este último punto.

Es al primer provincial de la Compañía de Jesús en el Brasil a quien debemos la referencia más antigua al religioso que las tradiciones indígenas llamaban Pay Zumé. En una carta dirigida a sus superiores, en 1549, desde San Salvador de la Bahía de Todos los Santos, ciudad ésta más conocida con el nombre de Bahía, aunque su denominación oficial no haya cambiado, el P. Manoel de Nóbrega(62) escribía: "Como por tradición de unos en otros se ha conservado en los naturales del Brasil la memoria de haber predicado allí el Apóstol Santo Tomás, y que contaban los del pueblo llamado San Vicente, que está al principio del Brasil (al sur), que hasta lo que había de comer sin riesgo de muerte les había enseñado este Apóstol, y que por cosa cierta y en boca de todos traída de unos anales a otros afirmaban que una vez se irritaron tanto aquellos bárbaros contra un discípulo de Sto. Tomás que, tirándole flechas y arrojándole dardos, le pretendieron matar;

y sucedió que sin llegar al discípulo, se volvieron dardos y flechas contra los homicidios, acertando mejor a la vuelta las flechas y dardos que los ballesteros al blanco de su crueldad. Y que muestran los del Érasil las huellas de este sagrado Apóstol muy señaladas en una peña altan.

Tres años más tarde, el P. de Nóbrega volvía sobre el tema: "Tienen noticias los naturales brasiles de Santo Tomé, a quien llaman Pay Zumé; y es tradición recibida de sus mayores que anduvo por estas regiones, y las huellas deste santo Apóstol dicen verse junto a un río. Para certificarme, fui allá en persona y vi por mis propios ojos cuatro huellas de pies y dedos de hombre profundamente impresas; cúbrelas a veces el agua cuando crece, y dicen se imprimieron allí en ocasión que querían asaetar al santo, quien, huyendo de aquel sitio para librarse de sus manos, se detuvo la corriente, dando lugar para que pasase a pie enjuto y se fuese a la india. Cuentan también que las flechas que le tiraron se revolvieron contra los agresores, y

que los bosques por donde pasaba se abrían de suyo, inclinándose los árboles para darle paso. Y últimamente, que les prometió que volvería a visitarlos en algún tiempo".

Se encuentran relatos de este género en la correspondencia y en las obras de todos los misioneros que, en los siglos xvi y xvii, aportaron su testimonio sobre las costumbres y creencias de los indígenas. Citemos al P. Yves de Evreux(63) que, en 1613 y 1614, recorrió el Norte del Brasil. Como otros lo hacían en la misma época en el Perú

—¿rivalidad entre órdenes religiosas?—, era San Bartolomé, y no Santo Tomás, a quien ese capuchino francés reconocía en Pay Zumé. Así se esforzaba de convencer de ello a un cacique del Marañen: "y eligiendo a San Bartolomé, se lo mostré diciendo: toma, aquí está ese gran

Marata que vino a tu país, del que contáis tantas maravillas que os dejaron vuestros padres por tradición. Fue él quien hizo tallar la Roca, el Altar, las Imágenes y las Escrituras que están todavía allí y que vosotros habéis visto". Lo cual, sea dicho entre paréntesis, muestra que aún había, en el siglo xvn, en la región, un monumento y unas inscripclones que tanto los indios como el buen padre atribuían al misterioso

evangelizador precolombino. Santo Tomás o San Bartolomé, no son éstas sino fantasías de misionero, o la expresión de un celo abusivo. No queda duda, sin embargo: en el Brasil, como en el Paraguay

y el Perú, Pay Zumé había dejado muchos recuerdos en la memoria de los indígenas. Retomemos aquí el resumen sumamente preciso que nos da de ellos el P. Lozano (M): "En otra playa de la bahía de Todos los Santos, a dos leguas de la ciudad de San Salvador, capital del Brasil, en un paraje llamado Itapuá se descubre otras pisada de hombre, impresa en dura piedra, a la cual reverenciaban todos los brasiles

al pasar por aquel paraje, porque creen es del mismo apóstol.

"Dentro de la barra de la misma bahía, hay otra piedra, en que el santo dejó la estampa de otros dos pies grabados en su sustancia, y en distancia uno de otro, lo que requiere la proporción de los pasos de quien va caminando. La tradición derivada de padres a hijos es la misma que se halla en los indios de las otras capitanías del Brasil, y por esa razón llaman ahora a aquel paraje Santo Tomé, de quien

referían en particular aquellos primeros brasiles, moradores de la Bahía, que exasperados cierto día sus abuelos, con la novedad de su doctrina, quisieron echarle mano para prenderlo; pero el santo se fue retirando para la playa, abriendo camino por un monte tan fragoso que les fue imposible hacer pie para seguirlo, y lo vieron caminar por el

mar, dejando frustrados sus designios y por memoria, estampados sus pies en la piedra más blanda que sus corazones.

"No es menos prodigioso el camino de arena sólida y pura que en el recóncavo de la Bahía de Todos los Santos entra por espacio de media legua dentro del mar, y es la tradición que lo dejó hecho Santo Tomé, milagrosamente, cuando, predicando por aquella bahía, se amotinaron contra él los indios de aquel paraje, y huyendo de la furia de sus

armas, lúe súbitamente levantando el mar aquella senda, por donde pasase a pie enjuto a vista suya, cubriendo al punto el agua el principio, de ella, para que no pudiesen seguirle los gentiles, que en la playa quedaron no menos rabiosos que atónitos por tan estupenda maravilla, y llamaron en adelante a aquella milagrosa senda Maraipé, que en lengua del Brasil quiere decir camino de hombre blanco, como se intitula hasta ahora, y como apellidaban a Santo Tomás, porque hasta entonces no había aportado a su país otro hombre de su color."

Las improntas de pie, ya lo sabemos (16), son los signos que utilizaban los vikingos para marcar sus caminos. El P. Gnupa no los había trazado, sino seguido. Lo prueba el hecho de que en Bahía, como en San Vicente y otros lugares, las huellas se dirigían

hacia el mar de donde venía, según el testimonio de los indígenas, el sacerdote normando. En cuanto al "camino de hombre blanco", debía de tratarse

de un espigón o de un muelle construido en las aguas de la bahía para delimitar un puerto o servir de amarradero. No podemos, evidentemente, estar seguro de ello, pero es ésta la hipótesis más lógica. La bahía de Todos los Santos, cerrada por la isla Itaparica, es una de las más abrigadas del mundo. Pero es inmensa, y los efectos del viento se hacen sentir en ella. Los vikingos debían de haber establecido allí

una de sus bases más importantes, con una dársena donde sus pequeños barcos estuviesen bien protegidos del viento y dé las olas. Las tradiciones indígenas parecen indicar que no habían utilizado, para eso, un abrigo natural, sino construido un malecón cuyos cimientos subsistían aún en el siglo XVII.

Existen o existieron, según parece, pruebas más tangibles todavía de los establecimientos vikingos de Bahía. Leemos, en efecto, en las Actas del Congreso Internacional de los Americanistas, que tuvo lugar en Bruselas en 1879: "En cuanto al Brasil, se empieza a hablar, hoy día, de colonias escandinavas, que habrían sido establecidas allí por viajeros islandeses o groenlandeses. A este respecto, dice Moosemüller: «algunos autores estiman que los viajes de los normandos se extendieron hasta el Brasil. Aunque esta opinión no pueda ser probada con documentos escritos, con todo no es imposible; pues no se podría admitir, como lo dice Éastian (23), que esos héroes escandinavos, que hicieron la guerra a los emperadores de los francos y de Bizancio y conquistaron reinos; para quienes el Mediterráneo era demasiado estrecho y, ya en los primeros siglos, visitaron las

Canarias; que esos héroes se hubieses detenidos a medio camino en América donde sólo tenían que combatir a indios desnudos y no hubiesen ido adelante hacia el sur, donde la magnífica vegetación tropical debía excitar cada vez más su sed de descubrimientos.

"Por lo demás, esta tesis está confirmada por hallazgos hechos en el Brasil. El Dr. Lund, de Lagóa Santa, encontró en los alrededores de Bahía una placa de piedra con inscripciones rúnicas. Aunque esta placa estaba rota, pudo descifrar en ella algunas palabras islandesas. Al efectuar búsquedas, halló los cimientos de casas, que se parecen mucho a las ruinas que todavía existen en el norte de Noruega, en Islanda y al oeste de Groenlandia". En nota figura la siguiente referencia: Moosemüller, O.S.B., Europder in Amerika vor Colombus, Regensburg, Manz. p. 190.

El razonamiento de Bastían es válido, aun cuando, como lo sabemos ahora, los vikingos del Brasil no fueran noruegos. Pero las pruebas materiales mencionadas en Bruselas serían, por cierto, mucho más importantes para nosotros. Ha sido en vano, desgraciadamente, haber buscado y mandado buscar, en Alemania, en Francia, en la Argentina y

en el Brasil, la obra de Moosemüller de la cual nadie sabe nada: no figura en el catálogo de ninguna biblioteca pública. No hemos tenido, más suerte del lado de Peter W. Lund, el antropólogo danés que, entre 1835 y 1844, descubrió y estudió en el Brasil, el Hombre de Lagóa Santa. Leímos sus obras, publicadas en portugués: ni la menor mención de los hallazgos que se le atribuyen. ¿Las informaciones a las cua-

les se refieren el misterioso Moosemüller fueron sacadas de algún artículo de revista, o de una carta dirigida a algún sabio europeo? ¿O se trataba de una mistificación como la de que Gravier (65) fue víctima, cuando relató, con nombres y fechas precisos, pero también con las reservas que se imponían, el descubrimiento de la inexistente tumba vikinga del Potomac? No lo sabemos. Pues el hecho es que nadie, posteriormente al congreso de Bruselas, parece haber tenido la menor noticia de la placa ni de los cimientos en cuestión. Sería sumamente interesante saber a qué atenernos al respecto, aun cuando no quede muchas esperanzas de reencontrar, en caso de confirmación, vestigios de una aldea que, en una zona superpoblada, habrían tenido, en

más de un siglo, más que el tiempo suficiente para desaparecer.

4. La Roca de la Gávea

De seguir bajando a lo largo de la costa brasileña, encontraremos, diez grados al sur de Bahía, la profunda bahía de Guanabara, en cuya entrada se enfrentan Río de Janeiro y Niteroi. Al sur de la antigua capital, se escalonan, de este a oeste, las conocidísimas playas de Copacabana, Ipanema y Leblon, y luego, al pie de una sierra cubierta de selvas frondosas, las de Sao Conrado y Barra da Tijuca. Domina la sierra en cuestión una roca desnuda que la prolonga como una especie de espolón elevado y que se conoce con el nombre de Pedro, da Gávea. La pared norte de esta roca, tal como se la ve muy claramente, a simple vista, desde la sierra de Boa Vista que la enfrenta, tiene toda la apariencia de un rostro humano (cf. fotos 27 y 28). Dos grutas

constituyen sus ojos y les diseñan arcos superciliares pronunciados. La nariz, cuyo tabique separa, según se debe, las cavidades oculares, es ligeramente aguileña y muy puntiaguda. Una hendidura horizontal marca el lugar correcto de la boca. Una barba enteriza cubre y prolonga las mejillas y el mentón, mientras una gorra o casco de forma ojival parece colocada, sin solución de continuidad, sobre la

frente recta. En la pared oeste, a la altura de los ojos, una gran puerta rectangular está tallada en la roca, obstruida por un bloque de piedra que cierra su entrada y que nadie, hasta ahora, ha tratado, por lo menos con éxito, de desplazar.

En la gorra —o el casco—, se notan varias series de signos grabados, la principal de las cuales, a media altura, es especialmente visible. Se conoce la existencia de esta última desde principios del siglo pasado y, ya en 1839, el Instituto Histórico y Geográfico nombraba, para estudiarla, una comisión, constituida por Manoel de Araujo Porto

Alegre y J. da Cunha Barboza, cuya memoria inició una polémica que aún no está cerrada: ¿trátase de una inscripción esculpida de mano de hombre, o de meros trazos, debidos a la erosión, cuyo alineamiento regular sólo provendría de algún capricho de la naturaleza? Prudentemente, los autores del documento se abstienen de pronunciarse: "La comisión no desespera de la gloria, que aguarda el Instituto Histórico y Geográfico, por el descubrimiento de iguales monumentos; ni de la esperanza de ver aparecer en su seno un Champolleon (sic) brasileño, ese Newton de la antigüedad egipcia o Cuvier del Nilo, para que el faro de su genio indagador ilumine esta parte tan obscura de la historia primitiva de nuestro Brasil; y para que ella pueda algún día contemplar aquel monumento como Anaxágoras el sol, o también, como

Pitágoras, ver en aquella roca una inscripción grabada por el azar y el tiempo, o una indicación, debida al cihzel del hombre, dejada para las generaciones venideras". El estilo bien vale la cita...

Hay que esperar el año 1920 para que se efectúe el primer relevamiento correcto de los signos, de 2,50 m de altura, en promedio, que, en unos 30 m, forman una línea, irregular desde el doble punto de vista de la altura y de la profundidad de su trazo (cf. fig. 68). Bernardo da Silva Ramos, tan minucioso como de costumbre, a quien lo debemos, no podía, por supuesto, limitarse a este notable trabajo: también debía traducir una inscripción que, por no tener el menor parecido con la escritura griega, debía ser fenicia. Fue así cómo dio a luz un texto que honra su imaginación: "Tiro Fenicia Badezir primogénito de Jethbaal". Ramos, con todo, no estaba muy seguro de sí mismo: "En

la hipótesis de que no hubiéramos interpretado fielmente esa inscripción, nos queda el consuelo de haber -bien empleado nuestro tiempo estimulando, gracias a nuestras modestas investigaciones, a los que tienen la competencia requerida, los que nos perdonarán nuestro parecer". El resultado fue muy distinto: por miedo al ridículo, nadie más, hasta hoy, se ha atrevido a hacer la menor alusión a la Pedro da Gávea, salvo para manifestar, en pocas palabras, el escepticismo del que el mismo Ramos había dado el ejemplo.

FIG. 68 – *La inscripción de la Pedra da Gávea, según Ramos* [60].

El estudio de los signos en cuestión es, por lo demás, sumamente delicado. El viento y la lluvia, con su violencia tropical, alcanzan la roca de lleno y no se excluye, pues, a priori, que tanto el rostro como los trazos alineados sean el producto de la erosión. Un detalle, sin embargo, parece contradecir esta explicación: las líneas verticales de los signos van ensanchándose hacia abajo. Tal fenómeno es característico de una acción de

la lluvia que, deslizándose a lo largo de la roca lisa, encuentra una hendidura que, en lugar de atenuarse progresivamente, como es el caso, por lo general, cuando se debe a la erosión, sé interrumpe de golpe. El agua se acumula en el punto donde la piedra, cortada horizontalmente por el cinzel del grabador, le opone una resistencia que no le ofrecía el trazo vertical artificial. Rebota, entonces, y desborda por la derecha y la izquierda, ensanchando así la hendidura. Algunos experimentos que hicimos confirmaron plenamente lo que acabamos de exponer. De ahí una hipótesis de trabajo: los signos de la Roca de la Gávea constituyen una inscripción, maltratada por los elementos.

Por deformados que estén, estos signos que, en el marco de esta hipótesis, se convierten en caracteres tienen una neta apariencia rúnica. Sabíamos, por otro lado(16), que los vikingos frecuentaban la costa sur del Brasil y que sus huellas de pie habían sido relevadas en Cabo Frío, un poco al norte de Río de Janeiro. Era evidente, por otra parte, que la bahía de Guanabara constituía, para sus drakkares, el

abrigo más seguro entre Bahía y San Vicente (Santos), uno de los puertos donde terminaban los Caminos Mullidos que, desde Tiahuanacu, llevaban al Atlántico (16). Todo, pues, parecía indicar que la inscripción de la Gávea era un hito más en una ruta marítima que ya conocíamos. Pero había que probarlo, lo que sólo una traducción podía permitirnos hacer.

La tarea no era nada fácil. Por un lado, la erosión ha deformado la mayor parte de los caracteres, atenuando algunos de sus trazos y, lo que es más grave, agregándoles otros que podrían ser tomados por letras o que modifican las auténticas. El trazado de estas líneas parasitarias, es cierto, está menos marcado que el de los caracteres primitivos, pero este hecho podría deberse, precisamente, a la lluvia y al viento. Por otro lado, ya lo dijimos, el idioma de los vikingos de Sudamérica no era el puro norrés, sino un dialecto germanodanés del que no existe diccionario alguno. El profesor Hermann Munk trabajó durante tres meses sobre la inscripción de la Gávea. Consiguió restablecer su grafía correcta (c.f. fig. 69) y, luego, trasliterarla sin encontrar más dificultades que dos grupos de runas ligadas: los que corresponden a es, en la penúltima palabra y a us, en la úl-

tima:

en hinli fill eikthila sithil esk kius

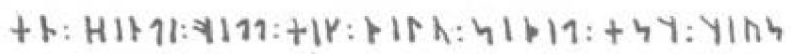


FIG. 69 – *La inscripción de la Pedra da Gávea, restablecida y normalizada.*

Una vez logrado este resultado, la traducción se hacía relativamente fácil *:

Cerca de esta roca, numerosas tablas de roble para barcos depositadas playa arena gruesa (o: guijarros)

Esk, en los idiomas germánicos conocidos, se refiere a un campo cultivado. Aquí, sin duda alguna, toma el sentido de extensión plana y, más precisamente, dado la palabra kius (arena gruesa, guijarros) que viene a continuación, el de playa.

* (EN: en, cerca .de. HIN: de la raíz germánica hi; antiguo sa-

jón, he; anglosajón, he, J^ims el, él. LI: antiguo alemán, Íei, ro-

ca, piedra. FILL: antiguo sajón y antiguo alemán, filu', antiguo

nórdico, fjol: mucho. EIK: antiguo nórdico, eik: roble. THILA: antiguo nórdico, thilja, tabla del fondo de un barco. SITHIL:

antiguo nórdico, sitja', antiguo frisen, sitia; anglosajón» sitian: estar sentado. (De la misma raíz: antiguo nórdico, s.etja, antiguo

frisón, seítd; anglosajón, sellan: sentar, poner). ESK: gótico,

atisk; antiguo alemán, ezzisc: campo. KIUS: germánico, fcisa;

antiguo alemán, kísil', anglosajón, císií, ceosil: arena gruesa, gui-

jarros.)

El profesor Munk atribuye a los resultados de su análisis filológico

—restablecimiento de la grafía, trasliteración y traducción— un grado de certeza del 80 %. Una duda razonable sólo podría surgir a su respecto, pues, si el sentido de la inscripción no tuviera ninguna relación verosímil, ni con sus autores presumidos, ni con su emplazamiento. No es éste el caso, por cierto. Nada más lógico que un depósito de tablas establecido por los vikingos en los alrededores del lugar más indicado, entre sus dos bases de Bahía y San Vicente, para recalar y para reparar sus barcos. Pues la bahía de Guanabara posee a la vez las características de un amarradero seguro y de un puerto lacustre del género de los que hemos mencionado más arriba. La inscripción parece indicar, sin embargo, que, por lo menos en la época en que fue grabada, los Hombres de Tiahuanacu no tenían ningún establecimiento fijo en una zona que sólo constituía para ellos un lugar de refugio accidental: nada de astillero, solamente un depósito de tablas susceptibles de ser utilizadas en caso de necesidad y cuidadosamente escondidas. La palabra thila es clarísima: no se trataba de tablas cualesquiera, sino de piezas de madera destinada al casco de los barcos. Por supuesto, eik, roble, no se refiere necesariamente al

árbol europeo que lleva este nombre, sino, probablemente, a una madera local de características similares que

los vikingos de Sudamérica utilizaban para sus construcciones navales. Había mucha en las selvas brasileñas, en, general, y en las de la Gávea, Boa Vista y Tijuca, en particular.

Lógica, pues, en cuanto a su contenido, la inscripción no deja por ello de plantear algunos problemas. En primer lugar, el de su emplazamiento. La Roca de la Gávea es bien visible desde el mar. Su forma y su altura hacían de ella un punto de referencia ideal para barcos que bordeaban la costa. Se puede concebir, pues, que las "instrucciones náuticas" vikingas la hayan señalado con este carácter. Pero, en tal caso, la inscripción misma parece superflua, puesto que

un punto de referencia sólo tiene sentido si sus destinatarios saben lo que indica. Por otro lado, la pared norte de la Roca da sobre la sierra de Boa Vista y sólo se la ve desde varios puntos del interior de las tierras, difícilmente accesibles en aquella época. El más cercano —la Pedro, Bonita— donde están grabados en el suelo unos curiosísimos círculos concéntricos— sigue estándolo hoy día. Resulta muy poco comprensible, en un primer momento, que un "panel de señalización" destinado a marinos esté situado en un punto tal que no pueda leerse su inscripción sino después de varias horas de marcha en la montaña. La suma de estas dos dificultades nos sugiere una explicación aceptable: la inscripción no respondía a una intención utilitaria, sino a la existencia anterior del rostro esculpido por el viento y la lluvia en la pared norte de una roca que tenía, para los marinos, una primordial importancia. Tratemos de ponernos en el lugar de los vikingos encargados de establecer, en la había de Guanabara, un punto de apoyo marítimo y de almacenar allí las tablas indispensables para la reparación de los barcos. Se adentran en la selva vecina para elegir y cortar los árboles que necesitan para cumplir su cometido. Los indios del lugar, con los cuales mantienen las mejores relaciones, ésos mismos cuyos descendientes serán, unos siglos más tarde —¿mera

coincidencia casual?— los aliados de los franceses contra los portugueses, les suministran guías y hacheros. Un buen día, se los conduce a la Pedro. Bonita o a Boa Vista y se encuentran frente a un gigantesco rostro de vikingo: rasgos arios, barba tupida, casco ojival. La cara de Odín, tal vez, que los esperaba. Un Signo, de cualquier modo.

Entre esos carpinteros, hay un grabador de runas. Decide dejar su marca en el casco del Dios. Los vikingos trepan por la roca: es fácil hacerlo, por la vía del este, pues una meseta llega a la altura del frente de la imagen. El grabador se hace bajar, en una tabla sostenida por cuatro cabos, a lo largo de la roca y empieza a trabajar. ¿Qué va a escribir? No es un sacerdote, ni un escaldo: sólo un artesano.

Muy simplemente, va a dejar un rastro indeleble de la misión que sus compañeros y él están cumpliendo. No tiene prisa: el barco que debe venir a buscar el equipo sólo llegará dentro de unas semanas. O de unos meses. Queda un último punto por esclarecer. La inscripción

menciona una playa de arena gruesa (o de guijarros) donde habrían sido enterradas las tablas preparadas por el grupo al que pertenecía nuestro grabador de runas. "Cerca de esta roca", precisa el texto.

Las playas situadas al pie de la sierra de la Gávea —Sao Conrado y Barra de Tijuca— están hechas de arena fina y la única, en la costa

de Río de Janeiro y alrededores, donde haya guijarros es la pequeña Praia Vermelha, al pie del Pan de Azúcar, a varias decenas de kilómetros de nuestra montaña. Una deducción demasiado rápida podría llevarnos a pensar, pues, que la inscripción de la Gávea, tal como el profesor Munk la tradujo, no corresponde en absoluto a la realidad geográfica. Lo cual estaría equivocado. Nada, en efecto, es más cambiante que una playa, sobre todo cuando está situada al pie de un macizo montañoso. Es muy posible que las de Sao Conrado y de la Barra da Tijuca hayan sido, hace seiscientos o setecientos años, diferentes de lo que son hoy en día. Por lo demás, la expresión "cerca de" es imprecisa y no significa necesariamente "al pie de". La playa de guijarros muy bien podía hallarse en la misma bahía de Guanabara, donde sería vano buscarla actualmente, pues hace tiempo que su costa perdió su trazado natural. Es ésta la explicación más lógica. Evidentemente, los vikingos utilizaban, para amarrar y reparar sus barcos, el incomparable abrigo que les ofrecía un espejo de agua bien protegido, y no las playas de la Gávea, en las cuales rompen las grandes olas del océano. Si nuestra interpretación es correcta, la Roca, no lo olvidemos, no tenía en absoluto el carácter de un panel de señalización y el emplazamiento de la inscripción había sido determinado por el capricho "milagroso" de la naturaleza, y no por la intención de informar a los capitanes de barcos averiados, los que debían de saber exactamente dónde se encontraba el depósito de tablas en cuestión.

5. El prodigio del oro

A 150 km a vuelo de pájaro, al sur-sudoeste de Río de Janeiro, bordeando la costa, se llega a la bahía de la Isla Grande, en cuyo. fondo se halla el puerto de pesca y de deporte de Angra dos Reís, uno de los mejores fondeaderos del Brasil, bien protegido por la isla que dio su nombre al golfo. A orilla de este último, cerca de la pequeña ciudad de Parati, vegeta la vieja aldea de Trindade. En sus alrededores, encima de un alto barranco, dos de nuestros colabo-

radores relevaron una inscripción vikinga. Jean-Francois Mongibeaux y Jean-Pierre Bouleau trabajaban desde hacía un año en el Paraguay, donde una expedición difícil los había llevado a los abrigos bajo roca de Cerro Guazú que constituyen el conjunto rúnico más grande del mundo (sesenta y una inscripciones traducidas). En febrero de 1974, habían ido a Rio de Janeiro para asistir al Carnaval. Allá, un arquitecto de San Pablo, de nombre predestinado, como lo vamos a ver, el Sr. Goldstein, les habló de dos inscripciones, encontradas cerca de Trindade en el curso de una partida de caza, que le parecían estar compuestas de runas. Abandonando escolas de samba y batucadas,

nuestros dos colaboradores se precipitaron al lugar indicado. Después de una marcha de 12 km en la montaña, hallaron efectivamente una de las rocas señaladas.

Se trata de un gran bloque de piedra en forma de proa que lleva un litóglifo de unos 50 cm de largo, cortado en dos partes desiguales por el ángulo que forma la roca. Los caracteres, de 10 a 15 cm de altura, son muy claros (cf. fig. 70), aunque a menudo deformados, como casi en todas

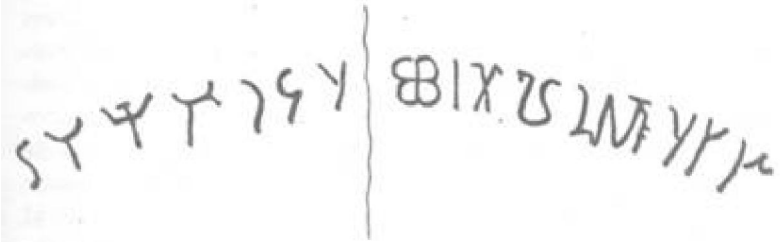


FIG. 70 – La inscripción de Trindade.

partes, en Sudamérica. La trasliteración no ofreció, sin embargo, dificultades insuperables, a pesar de algunos grupos de runas ligadas:

sam tal ik ahbi gulles takn

Lo cual significa *:

Cuento también el prodigio del oro Nunca sabremos a qué prodigio se refería el grabador de runas de Trindade. Pero la inscripción basta para establecer que los vikingos, verosímilmente, frecuentaban la bahía de la Isla Grande y, de cualquier modo, que uno de

sus barcos hizo en ella una prolongada escala.

* (SAM: antiguo nórdico, samr, same', antiguo alemán, sama, samo: también, asimismo. TAL: antiguo nórdico, teija', anglosajón, tellen: contar, narrar, informar. IK: antiguo nórdico; ik, yo. ABBI: antiguo nórdico, af; anglosajón, of; antiguo alemán, aba; de; antiguo nórdico, bi: en; antiguo alemán y anglosajón, bi, alrededor de. GULLS: genitivo de GULL: antiguo nórdico, gull: oro. TAKN: antiguo nórdico, teikn; gótico, tcdkna; anglosajón, toen, antiguo alemán, zeihhan: (signo de) prodigio.)

6. La Costa Danesa

De los símbolos tiahuanacotas de la isla de Marajó, en el delta del Amazonas, a la inscripción rúnica de Trindade, pasando por los vestigios de murallas y de puertos lacustres del Nordeste —sin hablar de las Piedras de la Sal del Parnaiba, descriptas en el capítulo IV—, el Camino del Hombre Blanco de Bahía y la Roca de la Gávea, hemos reconocido una serie de hitos en la ruta marítima que conducía de

la desembocadura del Gran Río al Golfo de Santos, donde las crónicas señalan unas "huellas del Apóstol", y más al sur todavía. Algunos de estos datos nos fueron proporcionados por Schwennhagen, sin que hayamos podido verificarlos. Otros, por el contrario, se deben a las investigaciones que realizamos, con ayuda de nuestros colaboradores del Instituto de Ciencia del Hombre, de Buenos Aires. Son estos

últimos, de lejos, las más importantes, ya que, gracias a ellos, hemos podido identificar a los navegantes a los cuales los debíamos. Era lógico pensar que se trataba de los Hombres de Tiahuanacu. Pero había que probarlo. Las incripeiones de la Gávea y de Trindade, aun cuando la traducción de la primera sólo sea segura en un 80 %, nos han permitido hacerlo, sin que subsista la menor duda.

Los vikingos, ya lo sabemos (16), utilizaban como bases marítimas, en el Sur, el golfo de Santos y la isla Santa Catalina, a donde llegaban las dos ramificaciones del Peabiru, ese "Camino Mullido" que bajaba del Altiplano. Entre esos dos puertos se extendía la costa del Guayrá que, en el globo terráqueo de Vulpius (16), construido en 1542, lleva

el nombre significativo de Costa Danea, costa danesa en el latín de la época. También sabemos ahora que empleaban la ruta fluvial del Amazonas y que tenían establecimientos permanentes —cuando más no fuera Siete Ciudades— en el Nordeste del Brasil. Pudimos establecer, por otro lado(16), que uno de sus barcos había ido a Europa, a mediados del siglo xiii y había vuelto, y que su pasajero, el P. Gnupa, había seguido la costa hasta el Sur, de Bahía a San Vicente

(Santos). Por lo tanto, los Hombres dé Tiahuanacu navegaban entre sus bases atlánticas del Norte y las del Sur. ¿Accidentalmente? Ya no nos está permitido suponerlo: el depósito de tablas que menciona la Roca de la Gávea bastaría para indicar un tráfico de cierta importancia.

Se trataba probablemente, ante todo, de una navegación de cabotaje, y varias razones la justificaban. Por un lado, para ir de Tiahuanacu a la isla de Marajó y a Siete Ciudades, había que recorrer, en primer lugar, antes de llegar al Amazonas, unos 2.000 km de los caminos accidentados que se convertirían, más tarde, en las Calzadas Reales incaicas: la ruta del Sur podía ser más fácil. Lo era indudablemente, por otra parte, durante la estación de las lluvias, cuando las aguas turbulentas del Gran Río, cuyo nivel subía

varios metros, transportaban enormes troncos sumergidos que constituían un grave peligro para embarcaciones livianas como eran los drakkares.

Por otro lado, para barcos que su vela cuadrada hacía incapaces de andar contra el viento —y no se podía, por supuesto, remar durante miles de kilómetros—, era relativamente fácil alcanzar Europa desde los puertos del Sur pero el itinerario de regreso terminaba en las bocas del Amazonas. El régimen de los vientos y de las corrientes imponía, pues, un derrotero triangular. Ahora bien: sólo tenemos testimonios acerca de un único viaje transatlántico, pero todos nos lleva a pensar que hubo muchísimos más. A partir de 1250, los barcos normandos iban regularmente, guardándose al respecto el mayor secreto, a buscar en el Amazonas troncos de madera brasil, como lo prueban las tarifas de aduana de Dieppe, Caen y Harfleur (le). Es altamente improbable que sus primos de América hayan contemplado sus idas y venidas sin que brote en ellos, de vez en cuando, la irresistible gana de retomar el camino que, una vez ya, los había llevado de vuelta a Europa. Pero, para hacerlo, ellos debían partir de los puertos del Sur. Pues debían de seguir navegando en sus drakkares, mientras que los normandos ya utilizaban carabelas, mucho más maniobreras.

Probablemente, los barcos europeos llegaban a veces hasta el Sur, como parece indicarlo el viaje que Paulmier de Gonneville hizo al Guayrá, en 1503, es cierto que por la ruta del África. Sus intereses comerciales podían inducirlos a ello, o, simplemente, durante la mala estación, el deseo de seguir un derrotero más favorable que el que partía del Ecuador.

Sea lo que sea en cuanto a este último problema, queda seguro que numerosos barcos, antes de la conquista portuguesa y española, bordeaban la costa brasileña, recalando, cuando las circunstancias lo exigían, en puertos y bahías donde sus capitanes sabían que iban a encontrar, no sólo un abrigo, sino también el apoyo "logístico" que podían necesitar. La'"Costa Danesa" no se extendía solamente, pues, a lo largo de las playas y las barrancas del Guayrá: iba hasta la desembocadura del Amazonas, uniendo así por el mar las dos salidas atlánticas, terrestre y fluvial, del imperio de Tiahuanacu.

VII

Vikingos y normandos

1. El balance de una investigación

En el ano 967 de nuestra era, unos setecientos vikingos de ambos sexos desembarcaron de siete drakkares en la costa de México. Veinte años más tarde, el jari Ullman retomó el camino, del mar, abandonando a aquellos de sus hombres que se habían unido con mujeres indígenas y habían tenido de ellas a hijos mestizos. De su breve estada en el Anáhuac y el país maya, quedaban una mitología solar, una organización política, valores morales, conocimientos científicos y técnicos y numerosas palabras danesas, alemanas y anglosajonas que los indios aún empleaban a principios del siglo pasado.

Cruzando los llanos de Venezuela y la meseta de Bogotá que lleva todavía, apenas deformado por su transcripción española, el nombre de Kondanemarka —Marca Real Danesa—, los vikingos alcanzaron el Pacífico, construyeron barcos de piel de lobo y descendieron hacía el Sur, no sin conquistar un feudo, al pasar, en el actual Ecuador. Se instalaron finalmente a orillas del lago Titicaca, un verdadero mar interior del Altiplano andino cuyo clima, frío como les gustaba, no era, sin embargo, tan duro" como hoy, y empezaron a edificar allí su capital, Tiahuanacu. Merced al apoyo de los aymaráes, en un primer momento, y de los quichuas, mas tarde, conquistaron, organizaron y civilizaron el enorme territorio que, entre la Cordillera y el Pacífico, se extiende de Valparaíso, en Chile, a Bogotá, en Colombia.

Hacia 1290, sin embargo, la insurrección de tribus diaguitas del Norte chileno acabó con el Primer Imperio peruano. Los blancos fueron vencidos en batallas sucesivas, la última de las cuales tuvo lugar en la isla del Sol, en medio del Titicaca. Diez años más tarde, algunos sobrevivientes de la matanza que había resultado de tal derrota, replegados en las montañas del Apurimac, bajaron sobre el Cuzco y, encuadrando a tribus leales, fundaron el imperio de los Incas —de los Descendientes— cuyo primer soberano fue Manko Kápak.

Este gran viaje del Dios Sol (14), habíamos reconstituido su itinerario y su cronología a lo largo de un cuarto de siglo de investigaciones, sin decir ni publicar nada antes de disponer de datos sólidos. Nuestra primera obra sobre el tema no dejaba, con todo, de ser algo teórica. El estudio antropológico de una tribu de "indios blancos" del Paraguay, compuesta de nórdicos degenerados y ligeramente

mestizados desde hacía dos o tres generaciones, nos permitió obtener las pruebas tangibles que esperábamos encontrar algún día. Unas excavaciones en el emplazamiento de una de sus antiguas aldeas y el relevamiento, en la selva, de una roca labrada de mano de hombre nos las proporcionaron: inscripciones rúnicas, algunas de las cuales

pudieron ser traducidas sin dificultad, símbolos escandinavos, una magnífica imagen de Odín, un portulano rupestre que indicaba los puntos geográficos más importantes de la región.

La roca de Yvytyruzú tenía todas las características de una posta. Pero una posta supone un camino. Gracias a las tradiciones indígenas, recogidas por los primeros misioneros

españoles y postugueses, pudimos reconstituir su trazado, del Altiplano al Atlántico. Los relatos referentes a la llegada a América, hacia 1250, de un misterioso evangelizador, el P. Gnupa, nos permitieron precisar el origen de los elementos cristianos cuyos restos aún se encuentran en Tiahuanacu

—especialmente, la estatua del Fraile, copia de la de un apóstol de la catedral de Amiens— y de los datos cartográficos sudamericanos que se conocían, en Europa, mucho antes de Colón. Los Hombres del Titicaca,

a mediados del siglo xin, habían retomado contacto con el viejo mundo. Uno de sus barcos había llegado, probablemente, a Dinamarca y, seguramente, a Normandía de donde había traído de vuelta a un sacerdote católico. Fue a partir de aquella época que las aduanas de Dieppe, Caen y Harfleur reglamentaron la importación de troncos de madera brasil que sólo podían provenir del Amazonas. Con La agonía del Dios Sol (16), el fruto de nuestra búsqueda ya no tenía nada de una teoría, ni de una tesis siquiera: era historia.

La lógica no nos permitía detenernos en tan buen camino. Si los vikingos del Altiplano habían construido, gracias a un procedimiento en extremo ingenioso, una vía de comunicaciones terrestre que vinculaba su capital con sus bases marítimas de Santos y Santa Catalina, con mayor razón debían de utilizar la incomparable ruta fluvial que constituía el Amazonas. Así era, lo vimos en las páginas

anteriores. Numerosos rastros de su presencia y de la de sus descendientes —inclusive las famosas amazonas— refugiados en la selva en 1290 subsisten aún en el Amazonas y en las Guayanas: indios rubios de ojos azules, inscripciones rúnicas traducibles y, sobre todo, los extraordinarios Extérnateme de Siete Ciudades que tuvimos la satisfacción de relevar e identificar.

De las bocas del Gran Río hasta la isla de Santa Catalina, se extiende, acogedora, la costa brasileña y sabíamos que el P. Gnupa la había bordeado. Por lo tanto, los vikingos la conocían. ¿La frecuentaban con cierta asiduidad? Todo llevaba a pensarlo y aportamos pruebas de ello. No nos fue posible, por razones materiales, verificar personalmente las que debemos a Schwennhagen (53) y en vano procuramos confirmar las cuyo descubrimiento se atribuye a Lund. Pero la inscripción rúnica de la Pedro da Gávea, encima de Río de Janeiro, y la de Trindade, traducidas por el profesor Munk, bastarían para establecer la existencia de un tráfico marítimo seguido.

El mapa del imperio de Tiahuanacu ahora está completo: entre la Cordillera y el Pacífico, un territorio densamente poblado de tribus aymaráes, quichuas y otras, que los incas iban a reconquistar lentamente a partir de 1300; al sur, por los Caminos Mullidos, y al norte, por el Amazonas, vías de acceso al Atlántico, custodiadas por tropas guaraníes y tupíes encuadradas por blancos; más al norte, el Orinoco, encargado a la Guardia de Honor arahuak; al este, la costa

atlántica, a lo largo de la cual se escalonaban puertos, y puntos de apoyo; en fin, en el interior de las tierras, entre el Parnaiba y Bahía, la enorme región minera que cruza el Sao Francisco y cuya utilidad para los vikingos en parte sigue siendo aún misteriosa, con, al norte, el lugar de peregrinación que constituía Siete Ciudades. Todo eso sólidamente tenido en mano por unos 40.000 nórdicos, al precio de una dispersión que fue la causa de su derrota de la isla del Sol.

2. El origen de los vikingos de Tiahuanacu

Nuestros descubrimientos brasileños confirman plenamente una conclusión que sólo mencionamos, al pasar, en nuestra obra anterior: la que concierne al lugar de origen inmediato de los vikingos "de Tiahuanacu. Ya sabíamos, gracias a los análisis filológicos de Brasseur de Bourbourg y de Vicente Fidel López (14) que el idioma que hablaban comportaba palabras que provenían del norrés —el antiguo

danonoruego— y del antiguo bajo alemán. Las inscripciones del Paraguay —las que figuran en nuestra última obra y las sesenta y una de Cerro Guazú, que todavía no han sido objeto de publicación alguna— y las del Brasil nos aportan pruebas complementarias. Nos permiten, además, precisar que no se trataba de una mezcla. En efecto, encontramos en

ellas pocas palabras francamente norresas o francamente alemanas. Casi todos los términos utilizados se acercan, por su forma, de una u otra de las lenguas en cuestión, pero muy pocos les pertenecen, y algunos proceden directamente de una raíz indoeuropea. Las tripulaciones de

Ullman venían del Schieswig, pues, pero no estaban constituidas por daneses y alemanes bien diferenciados: todos hablaban un dialecto local, intermedio entre el norrés y el bajo alemán.

En el Brasil como en el Paraguay, por otro lado, las inscripciones están redactadas con runas que pertenecen, no sólo a los futhark escandinavos, sino también al futhore anglosajón, sin hablar de algunas letras arcaicas. La mezcla de signos que provienen del antiguo futhark, del nuevo futhark y del futhark punteado no tiene, en sí, nada que deba sorprendernos. Los "alfabetos" rúnicos, en efecto, no

estaban fijados como los nuestros: variaban con la época y con la región. El siglo x, por lo demás, fue una época de transición durante la cual los tres futhark principales, y muchos otros aún, coexistían en Escandinavia: ninguna academia imponía el empleo del uno más bien que del otro. El futhore, por su lado, nació cuando, bajo la influencia de los vikingos que ocupaban buena parte de Inglaterra —el Danelaw—, los anglosajones empezaron a utilizar las runas. Como el inglés moderno, y más aún, su idioma era rico en matices fonéticos y tuvieron que inventar nuevos signos para expresarlos. Así, el antiguo futhark tiene veinticuatro letras, algunas de ellas con varias

formas, o sea treinta y cinco caracteres; el nuevo futhark, dieciséis letras y veinticuatro caracteres; el futhark punteado, veintiocho letras y el mismo número de caracteres; mientras que el futhorc posee treinta y tres letras y cincuenta y siete caracteres (16). En el Brasil, encontramos veintiuna letras, de las cuales cuatro pertenecen al futhorc, y cuarenta y seis caracteres, sin contar los invertidos ni los que miran hacia la izquierda. Lo cual significa, por un lado,

que los vikingos de Sudamérica, cuyo dialecto debía de contener sonidos que ninguno de los futhark podía expresar, habían debido componer, con elementos de distintos orígenes, un "alfabeto" propio; y, por otro, que conocían el futhorc, luego que no habían venido directamente del Schieswig, sino de las posesiones danesas de Gran Bretaña.

Tal necesidad fonética no excluye, por lo demás, cierta confusión. No olvidemos que los vikingos que desembarcaron en México en el año 967 no eran ni escaldas, ni grabadores de runas, sino marinos y soldados. Algunos sabían leer y escribir, por supuesto, pero aún éstos manejaban

con mayor gusto y más facilidad el remo y la espada que el cincel o el pincel. Salvo pocas excepciones, por lo demás, las inscripciones del Brasil son graffitiy trazados por motivos circunstanciales, cuya corrección no debía de preocupar mayormente a sus autores. Estamos acostumbrados a inclinarnos sobre las estelas y lápidas escandinavas, cuidadosamente grabadas por profesionales, y nos extraña no encontrar, en Sudamérica, ni la misma claridad, ni el mismo ordenamiento. Lo mismo valdría comparar graffiti de soldados en maniobras con las placas grabadas de los zócalos de nuestras estatuas o de las tumbas de nuestros cementerios. Lo que debería sorprendernos, muy por el contrario, es encontrar de vez en cuando una inscripción de estilo clásico, como la de la foto 17, o, como en Cerro Guazú, en el Paraguay, la obra de un auténtico grabador de runas, evidentemente autodidacta.

Tomemos en cuenta, por otra parte, el tiempo trascurrido entre el desembarco de Ullman y la destrucción del Primer Imperio, cuando no la llegada de los españoles y los portugueses. Ninguna de las inscripciones relevadas en el Brasil está datada, pero la más reciente de las que encontramos en el Paraguay se remonta a 1457: durante casi

cinco siglos, pues, los vikingos y sus descendientes vivieron en un aislamiento cultural que apenas fue quebrado por la llegada del P. Gnupa, en una época en que la escritura rúnica prácticamente había desaparecido de Europa. A la "mala letra" de los improvisados autores de graffiti se agregaron, pues, una lenta involución debida a la

ignorancia y la fantasía, y luego, después de la destrucción del imperio, una degeneración cultural que explican demasiado bien las condiciones de vida a las cuales Se encontraron sometidos, en la selva, los sobrevivientes de los Hombres de Tiahuanacu y sus descendientes. En cuanto a los incas del Segundo Imperio, lisa y llanamente habían prohibido el uso de la escritura. Porque los sacerdotes responsabilizaban a ésta por la derrota de 1290, dicen los

cronistas. Más probablemente, para mejor hacer olvidar a las poblaciones indígenas esa misma derrota, gracias a una fácil falsificación de la historia.

3. La herencia normanda

El P. Gnupa hablaba francés y latín, no el norrés, verosímilmente, ni, de seguro, un dialecto del Schieswig. Los marinos normandos que venían cargar palo brasil sólo debían expresarse en algún patoís francés, pues el antiguo danonoruego ya se había completamente extinguido, en

el Ducado, mucho antes de mediados del siglo xiii. Más tarde el intercambio comercial se desarrolló entre Dieppe y Hedeby y numerosos marinos normandos aprendieron a farfullar el danés pero esto no había sucedido aún en 1250. Por otro lado, el contacto entre primos de Europa y de América sólo duró algunos decenios. Después de la derrota de la isla del Sol, los drakkares dejaron de frecuentar el Amazonas y los vikingos abandonaron las costas del Nordeste para reagruparse en el interior. Los normandos, por su parte, siguieron comerciando tranquilamente hasta que apareciesen los primeros navios portugueses. Después, y durante dos siglos, hubo guerra, declarada o no.

En el siglo xvii, ya lo vimos, Francia ocupaba militarmente la Gran Guayana, vale decir el inmenso territorio que limitan el Orinoco, el Amazonas y el mar. Dominaba las islas del delta del Gran Río que, más compactas, constituyen hoy día la isla de Marajó y, salvo la ciudad de Para (Belén), en manos de los portugueses, el valle del Tocantins. La carta portuguesa de Teixeira, que reproducimos (cf. fig. 71) y que data de 1662, nos aporta al respecto, con su toponimia francesa, una prueba que no resulta inútil, pues son éstos hechos que se desconocen hoy día, aun en Francia.

FIG. 71 – *Mapa portugués del delta del Amazonas, diseñado por Teixeira en 1662, con su toponimia francesa.*

Mas al sur, también fueron los franceses los que, en el siglo xvii, colonizaron el Marañón (cf. mapa de la fig. 17) y fundaron la capital del Estado brasileño del mismo nombre, Saint-Louis. Ya, unos decenios antes, Villegaignon, a las órdenes del almirante de Coligny, había intentado en vano echar, en Río de Janeiro, las bases de una Francia Antartica destinada, con la Francia Equinoccial de la Guayana, a "tomar en sandwich" el Brasil portugués. De su aventura, sólo permanece su nombre que lleva una pequeña isla de la bahía de Guanabara donde había instalado su cuartel general. ¿Cerca de la

"playa de arena gruesa" que menciona la inscripción de la

Gávea?Talvez...

¿Todo eso se debió al azar? Por cierto que no. Desde hacía siglos, los maluinos iban a pescar el bacalao a Terranova, y es un maluino, Jacques Cartier, el que toma posesión del Canadá en nombre del rey de Francia. Desde hacía siglos, los normandos iban a buscar el palo brasil en el Amazonas, y son normandos los que se establecen en la isla de Marajó, en el Marañón, en Río de Janeiro, en el Guayrá (16).

Unos y otros ocupan, o tratan de ocupar, las tierras que frecuentaban, en el mayor secreto, mucho antes del descubrimiento oficial de América. Y, en todas partes, se llevan a las mil maravillas con los indígenas. Indígenas de los cuales algunos, de cabello dorado, tal vez entiendan aún el idioma que los intérpretes normandos apendieron durante sus escalas en los puertos daneses.

La civilización de Tiahuanacu había muerto mucho antes de la llegada de Pizarro al Perú. De ella, los españoles sólo destruyeron, sin piedad ni discernimiento, los vestigios grandiosos que cubrían el Altiplano. Hay muchos otros, en la selva. Descubrimos algunos de ellos. Y seguimos buscando. Después de Siete Ciudades, todas las esperanzas están permitidas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

(1) Carvajal, P. Gaspar de: Descubrimiento del Río Amazonas, Madrid, 1894.

(2) Relación anónima sobre los sucesos ocurridos en el Río de la Plata, Asunción, 1545.

(3) Díaz de Guzmán, Ruiz: Historia argentina del descubrimiento, conquista y población del Rio de la Plata, Asunción, 1845.

(4) Acuña, P. Cristóbal de: Descubrimiento del Gran Río de las Amazonas, Buenos Aires, 1942.

(5) San Martín, Juan de, y Lebrija, Alonso de: Relación del descubrimiento y conquista del nuevo reino de Granado, años 1536 a 1539, Madrid, 1916.

(6) Cartas y relaciones de Hernán Cortes al Emperador Carlos V, citado por Barros Prado (121).

(7) Tercera relación de la jornada de Ñuño de Guzmán, in García

Icalbaceta: Documentos para la historia de México, México, 1856-1866, vol. II.

(8) Humboldt, Alexandre de: Voy age aux régíons équinoxiales duNouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802', 1803 et 1804 por Alexa.ndre d.s Humboldt et A. Bonpland, París, 1822

(9) Condamine, Charles-Marie de la: A succint abridgment of a voyage made within the inland parts of South'América, Londres, 1747.

(10) Coudreau, Henri A.: La France Equínoxiale, París, 1886-1887.

(n) Crevaux, Jules: Voyage dans 1'Amérique du Sud, París, 1883.

(12) Barros Prado, Eduardo: Yo viví entre las Amazonas, Buenos Aires, 1973.

(13) Posnansky, Arthur: Os indios Paumaris e Ipurinás no Rio Purús: seus costumes etnológicos, Para, 1898.

.<14) Mahieu, Jacques de: Le grana voyage du Dieu-Soleil, Paris, 1971. El gran viaje del Dios-Sol, Librería Hachette S.A., Buenos Aires, 1976.

(15) Wheaton, Henry: Histoire des Hommes du Nord, París,

1957.

.(lle) Mahieu, Jacques de: Lfagonie du Dieu-Soleil, París, 1974.

La agonía del Dios-Sol, Librería Hachette S.A., Buenos Aires,

1977.

(17) Barco de Centenera, Martín de: De la Argentina Lisboa,

1602.

<18) Gandía, Enrique de: Historia crítica de los mitos de la con"

quista americana, Buenos Aires, 1929.

(19) Grillet, John, and Béchamel, Francis: A journal of John Grillet and Francis Béchamel into Guyana, in the yeaf 1674, in order to discover the Great Lake of Parima and the many dties said to be situated on the banks, and reputed the Richest in the worid, in: Voy ages and discoveries in South América, 3d part, Londres, 1698.

(20) Jover Peralta, Anselmo, y Osuna, Tomás; Diccionario guaraní-español y español-guaraní, Buenos Aires, 1950.

(21) Greiffenstein, C.: in ZEITSCHRIFT FÜR ETHNOLOGIE, Ber-

lín, 1878.

W Casteinau, F. de: Expédition dans 1'Amérique du Sud^ París, s.d.

(23) Bastían, A.: Das Bestaendige in den Menschenrasse, Berlín, 1869.

(24) Appun, Cari Ferdinand: Unter den Tropen, lena, 1871.

(25) Schomburgk, Robert: Reisen in Guiana und am Orinoko,

Leipzig, 1841.

W Mathews, Edward D.: Up the Amazon and Madeira rivers,

Londres, 1879.

<27) Keller-Leuzinger, Franz: Vom Amazonas und Madeira, Stuttgart, 1874.

(28) Rivero, Mariano Eduardo de, y Tchudi, Dr. Juan Diego de:

Atlas de Antigüedades peruanas, Viena, 1851.

(29) Acosta, P. Joseph de: Historia natural de las Indias, Sevilla,

1590.

(30) Feijoó y Montenegro, P. Benito Jerónimo: Teatro crítico universal, Madrid, 1759.

(31) Hagen, Víctor von: Los caminos del sol, Buenos Aires, 1958.

(32) Flornoy, Bertrand: Voyage en fïaut-Amazrone, Río de Janeiro,' 1945.

(33) Homet, Marcel: Los hijos del Sol, Barcelona, 1963.

W Goodwin. William B.: The ruins of Great Ireland in New England, Bostón, 1946.

W Fáwcett, P. H.: Earploration Fáwcett, Londres, 1953.

(36) Sahagún, P. Bernardino de: Historia de la Nueva España,

Madrid, 1829.

<37) Orbigny, Alcide d': Uhomme américain, París, 1830. Traducción castellana: El hombre americano^ Buenos Aires, 1944.

(38) proceedings . of the Royal Geographic Society, citado por Brinton, Daniel: La raza americana. Buenos Aires, 1946.

(39) Crevaux, Jules: Vol/ape dans 1'Amérique duSud, París, 1883.

(40) Poirier, Jean: L'élément blanc en Polynésié et les migrations nordiques en Océanie ét en Amérique, París, 1953. (Folleto.) *

(41) De Goeje: Neolitische Indianen, citado por Poirier, sin más referencias.

(42) Coudreau, M.: Chez nos Indiens, París, 1893.

(43) Coudreau, Henri A.:. La France Equinoxiale, París, 1886-1887.

(44) La Varre, Williams: En el país de los diamantes, in LA NACIÓN, Buenos Aires, septiembre/noviembre 1934.

(45) Saake, P. Wilheim: Napauma, die Tochter des Weissen, in

STADEN JAHRBUCH, Instituto Hans Staden, San Pablo.

1966.

W Caulin, P.; citado por Humboldt (<).

(47) Gilii, Saggio di storia americana, Roma, .s'.d.

(48) Jones, Gwyn: The Norse Atlantic Saga, Oxford, 1964.

(49) Bodard, Lucien: Le massacre des Indiens, París, 1959.

(50) Barros Prado, Eduardo: Yo vi el Amazonas, Buenos Aires, 1958.

(51) Sertanista localiza indios de olhos azuis no Para, in JORNAL DO BRASIL, Río de Janeiro, 31 de mayo de 1974.

(82) Nunes, Odilon: Dcüossamento e conqnísta do Piaui, Teresina, 1972.

<53) Schwennhagen, Ludwig: Antiga historia do Brasil, Teresina, 1928; Río de Janeiro, 1970.

(54) Musset, Lucien: íntroductioii a la runolopie, París, 1965.

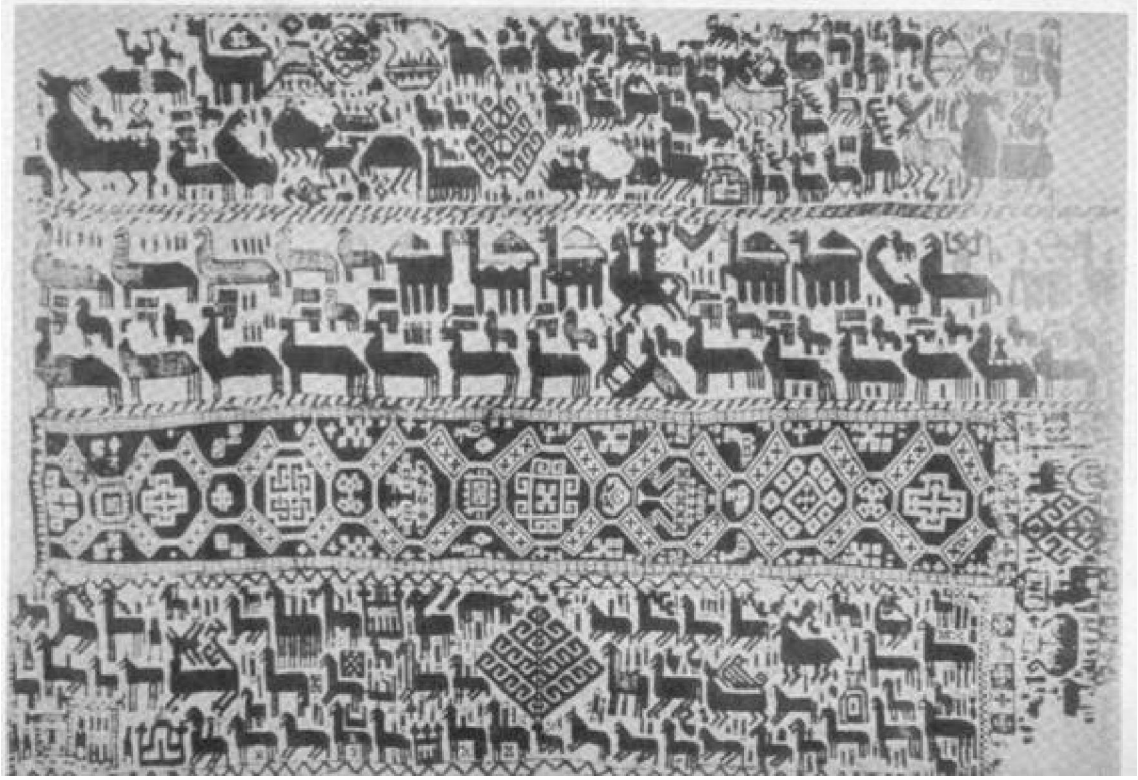
(55) Onffroy de Thoron, Henrique: Voy age des vaisseaux de Salo" mon au fleuve des Amazones, Genova, 1869; Manaos, 1876.

(56) Gauch, Hermán: Die Entstehung unserer Sprache und Schrift, Heusenstamm, 1970.

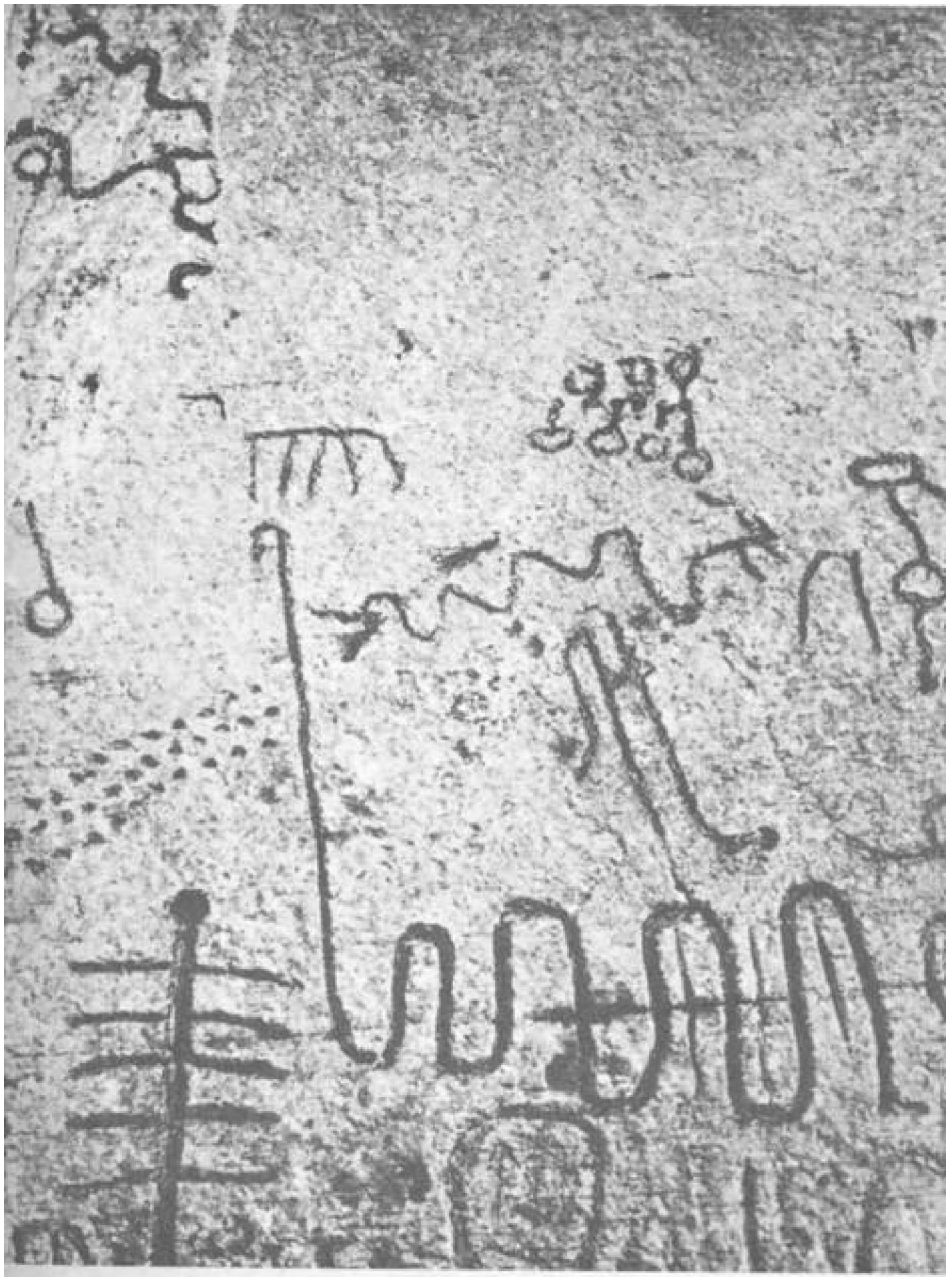
(57) Varnhagen, Vizconde de Porto Seguro: Historia geral do Brasil, San Pablo, s.d.

(58) Alencar Araripe, Tristáo: Cidodes petrificadas e inscripcoes lapidares do Brazil, Río de Janeiro, 1886.

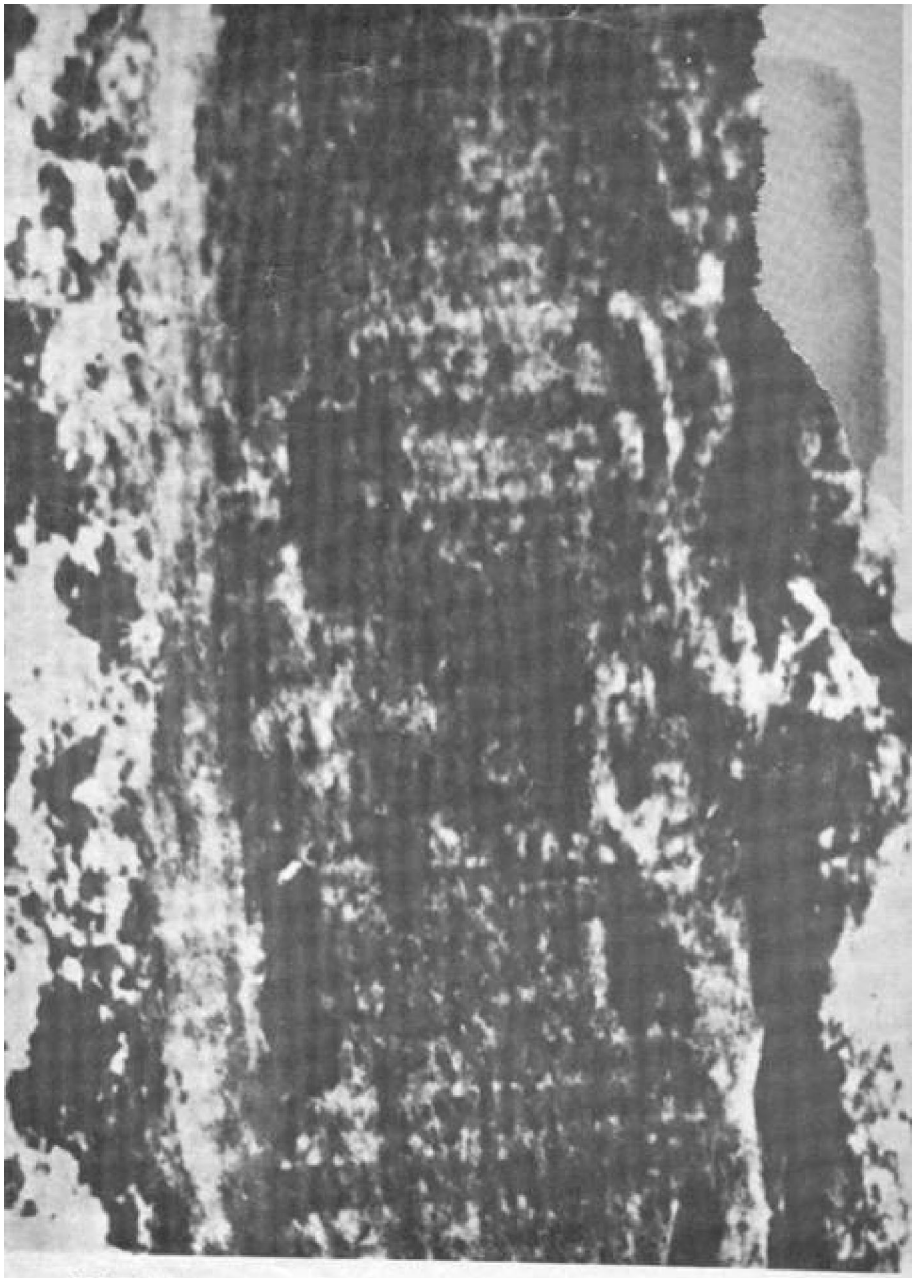
El tapiz escandinavo de Ovrehogdal: ciervos, llamas, etc. (Foto in Branston, op. cit.).



Netzaualcoyotzin, rey de Texcoco, México, en el siglo XV, disfrazado de guerrero vikingo.



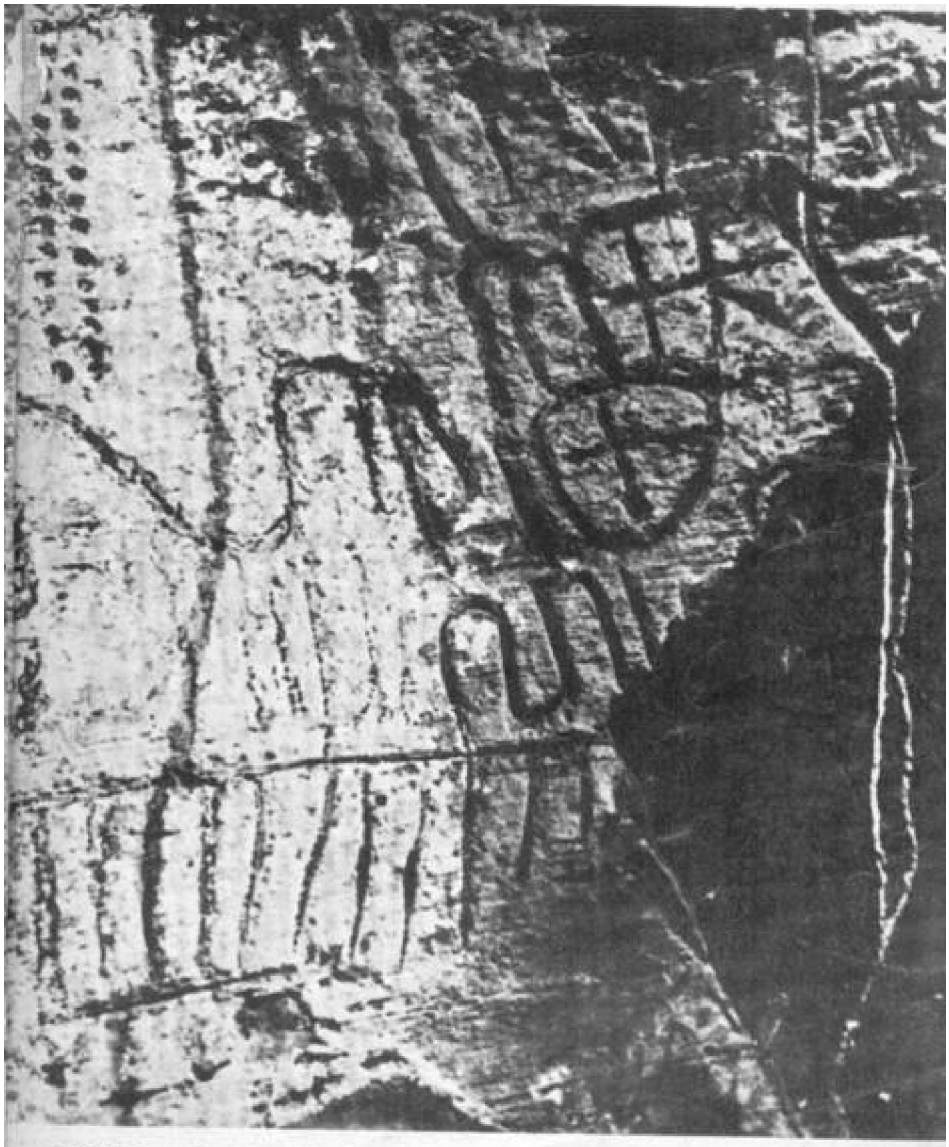
X. Las Posta vikinga de Yvytyruzú: las dos Serpientes del Mundo. Abajo, en el centro, la parte superior de la estela de cara humana, rodeada de signos runoides.



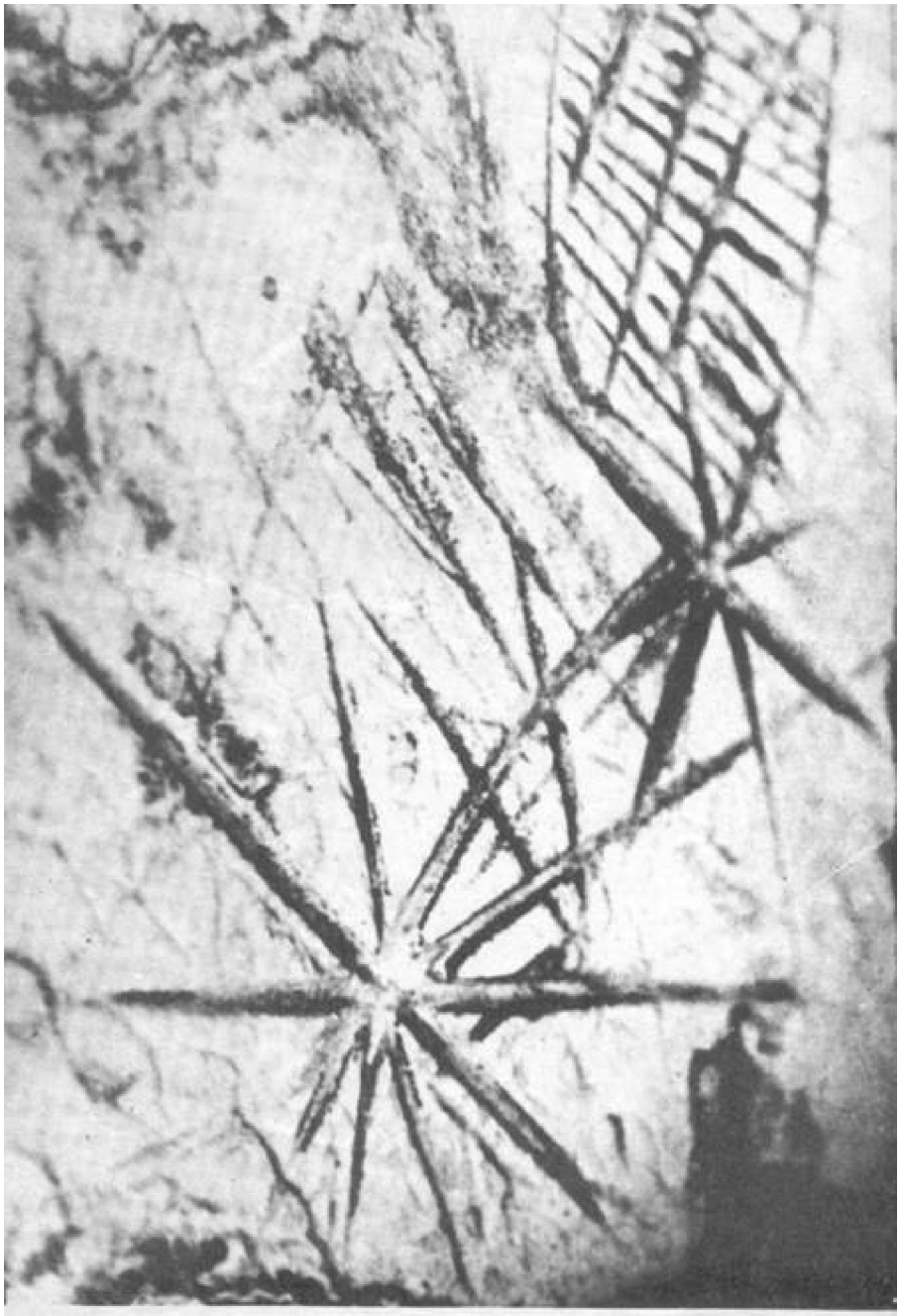
IX. Imagen de Odín, Dios Sol, en la cruz de Yvytyruzú.

XI. La Posta vikinga de Yvytyruzú: la cruz y el Arbol de Vida. Arriba, a la derecha, tres lineas de una inscripción runoide intraducible.

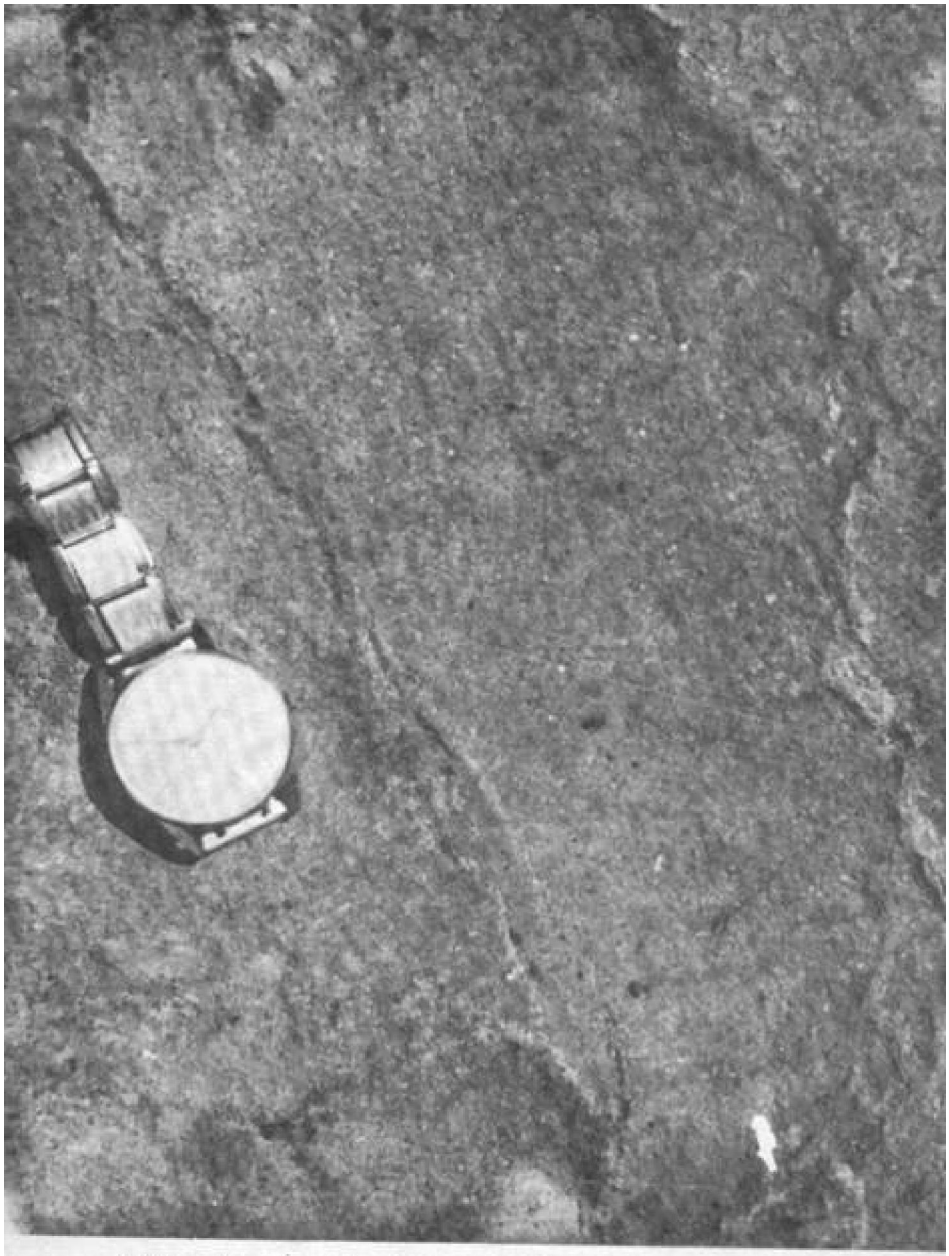
XII. La Posta vikinga de Yvytyruzú: el "Portulano de Piedra".



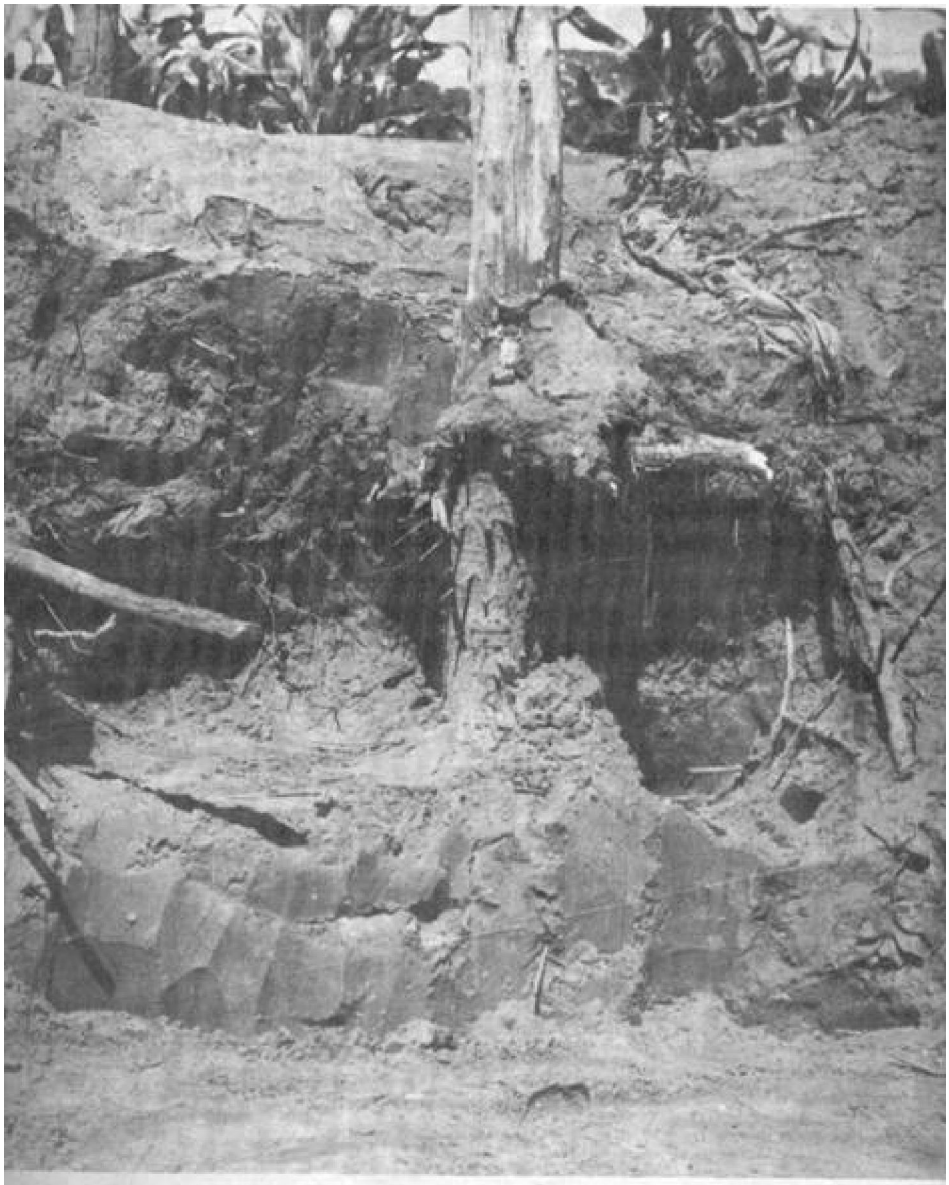
XIII. Las Posta vikinga de Yvytyruzú: dos cruces célticas en la pared principal.



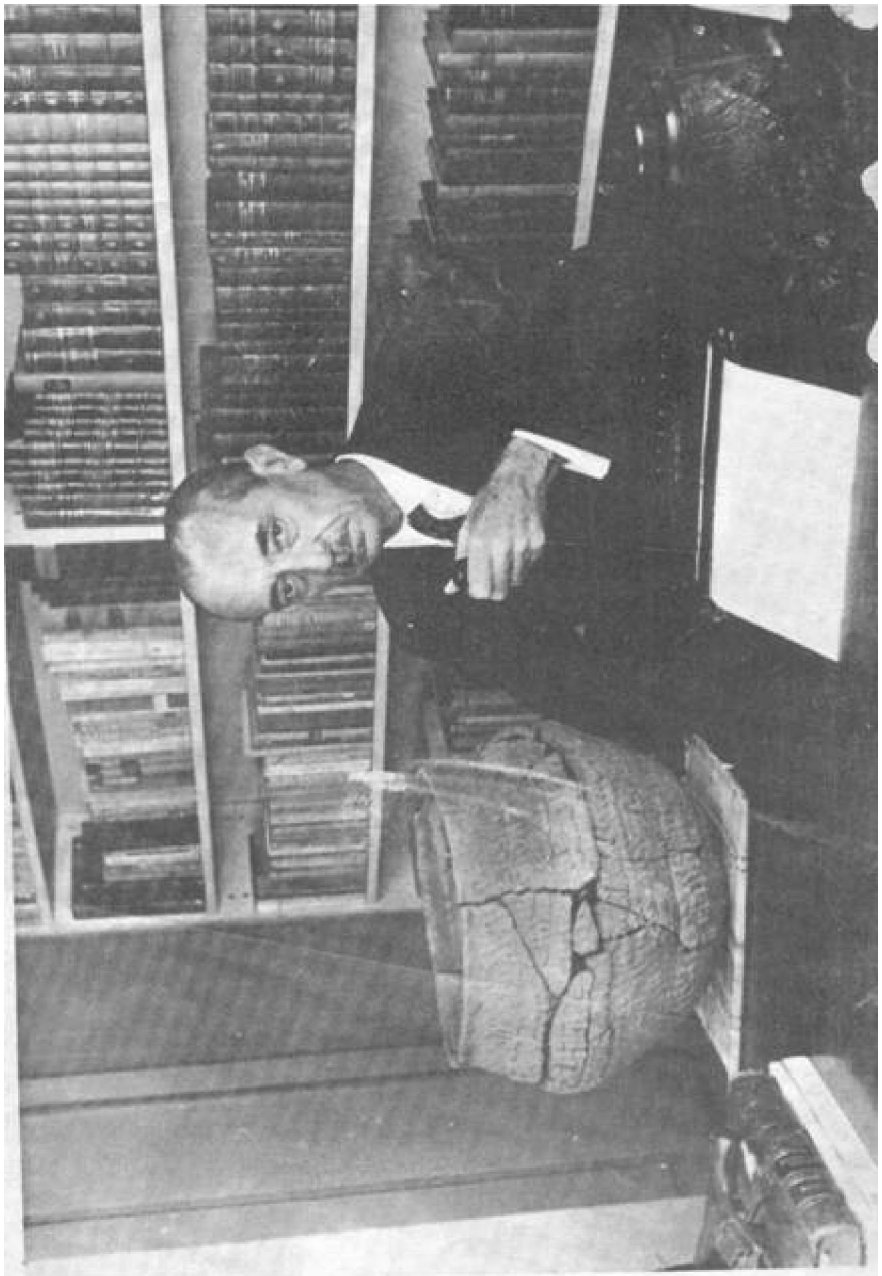
XIV. La Posta vikinga de Yvytyruzú: el cielo raso de gruta (detalle).



VIII. Una "huella del Apóstol", cerca de Paraguarí.



V. El "Escondrijo de las Runas" de Cerro Morotí.



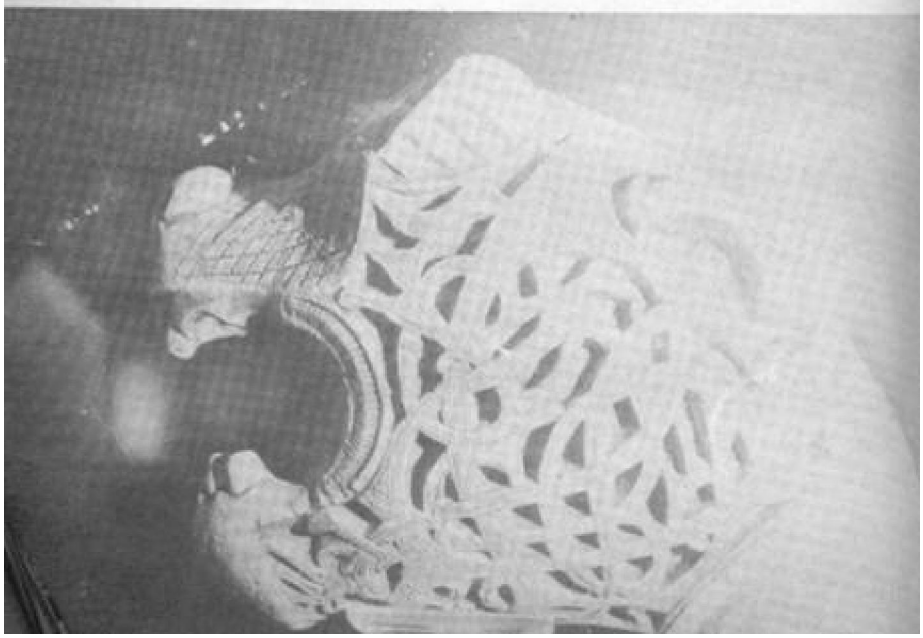
VI. El profesor de Mahieu y la "Urna del Tesoro" de Cerro Morotí.

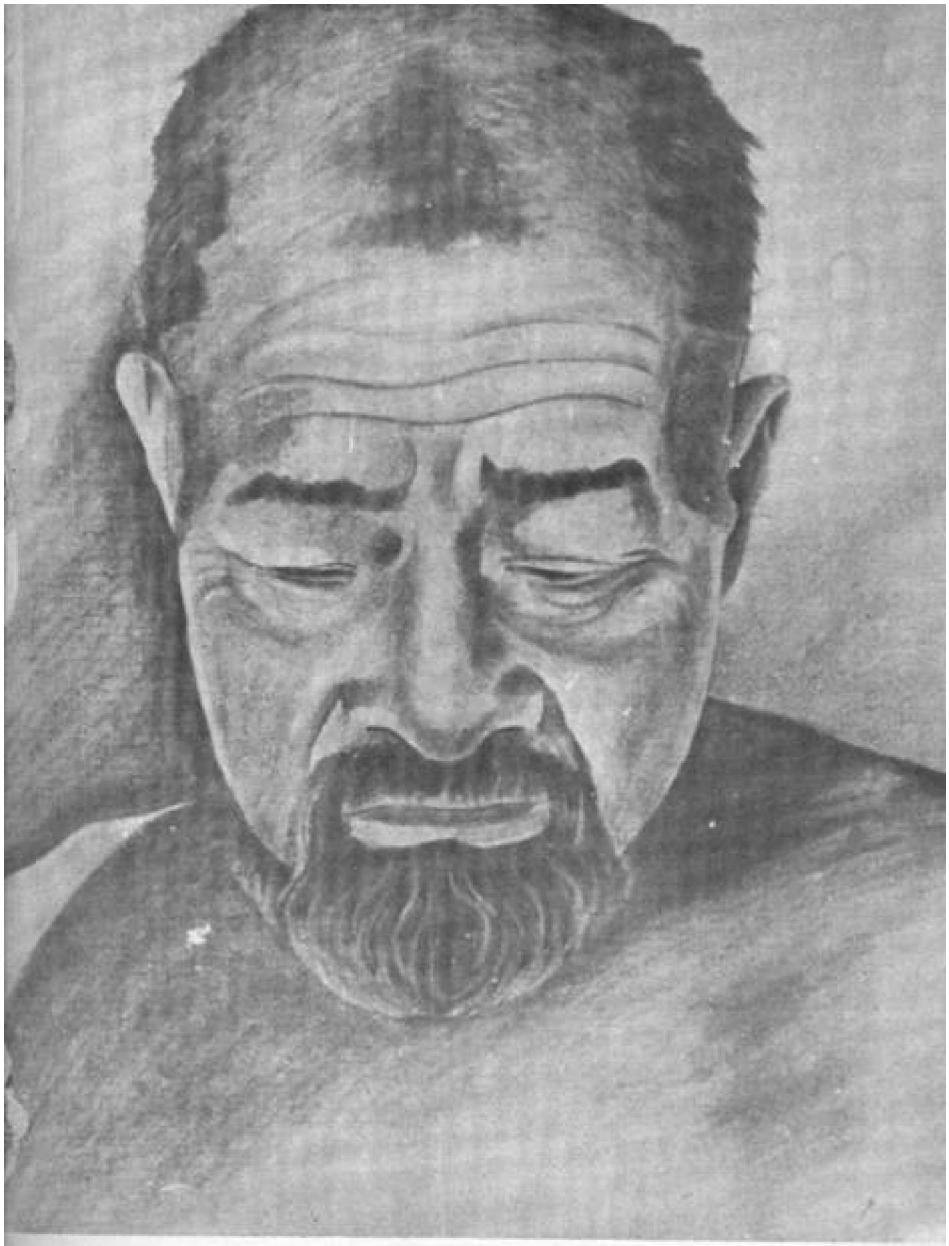
III. Un guayaki blanco, con aspecto netamente ario.

IV. Una mujer guayaki, con busto de características arias y cara aindiada. (Foto de Eduardo Muñoz-Seca.)

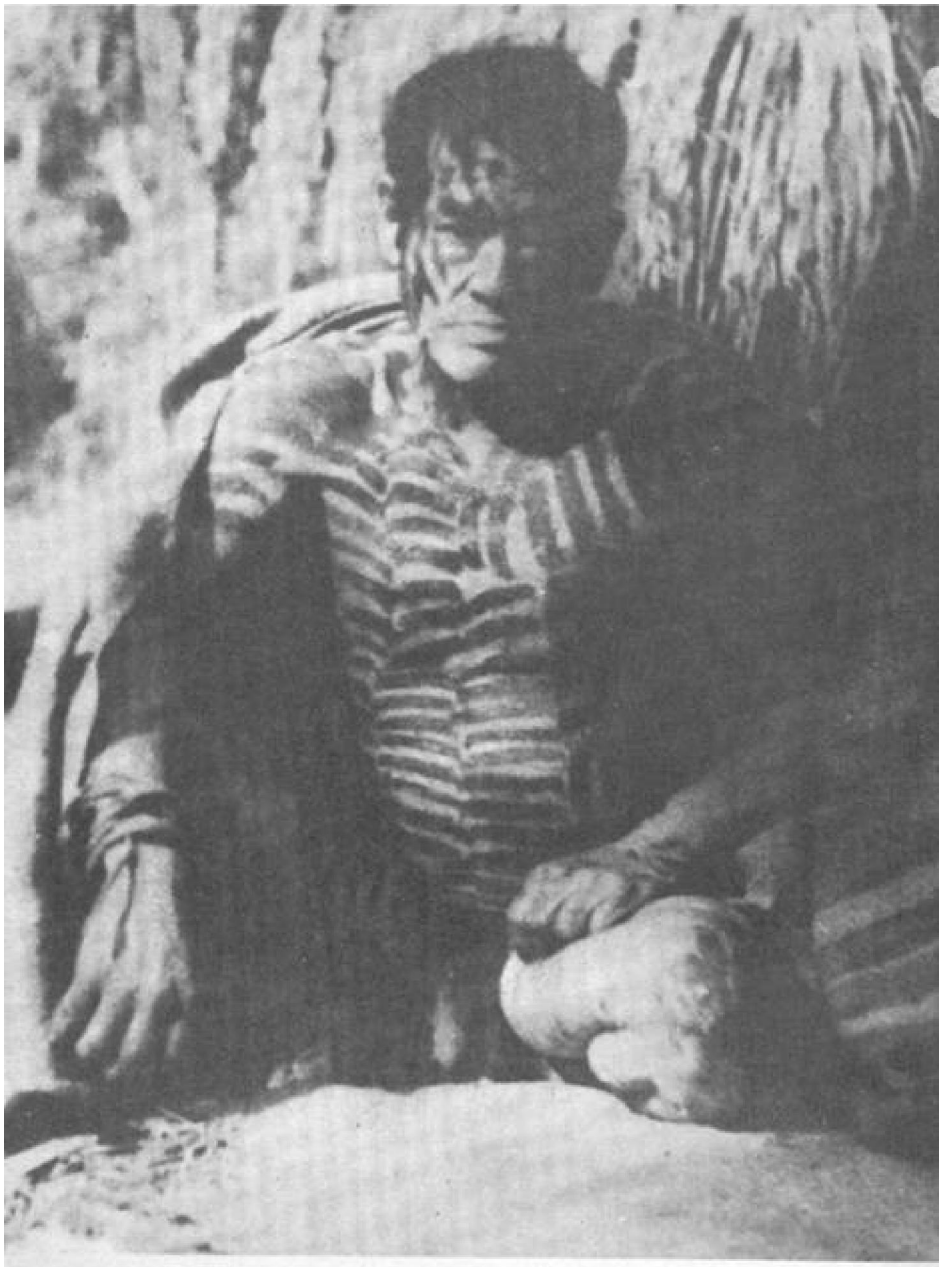
Arriba, tipo europoide de guayakí blanco. (Foto con teleobjetivo *Instituto de Ciencia del Hombre*, Buenos Aires). Bonete puntiagudo de cacique guayakí. (Foto León Cadogan). Abajo, un guayaki moreno y un guayaki blanco. (Foto *Instituto de Ciencia del Hombre*, Buenos Aires). Cráneo de tipo ario nórdico encontrado en una urna funeraria arawak del Amazonas. (Foto Marcel Homet, in Homet, Marcel[19].)

Arriba, cabeza de jaguar de Tiahuanacu. (Foto in Honoré([47]).) Abajo, cabeza de animal indefinido del buque de Oseberg. (Foto Jorge Castello).





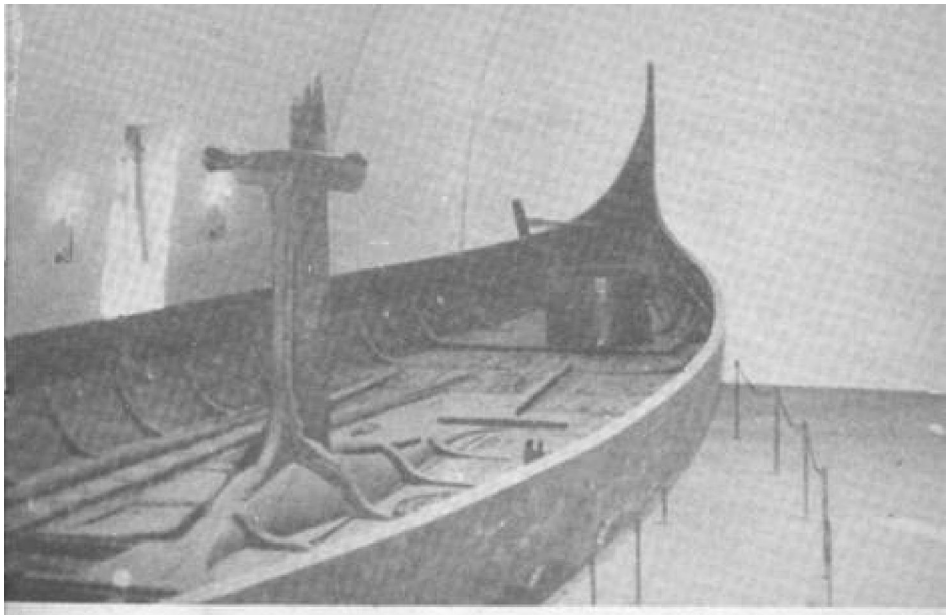
I. Un guayakí blanco típico. (Retrato de la Galería del Departamento de Asuntos Indígenas, Asunción.)



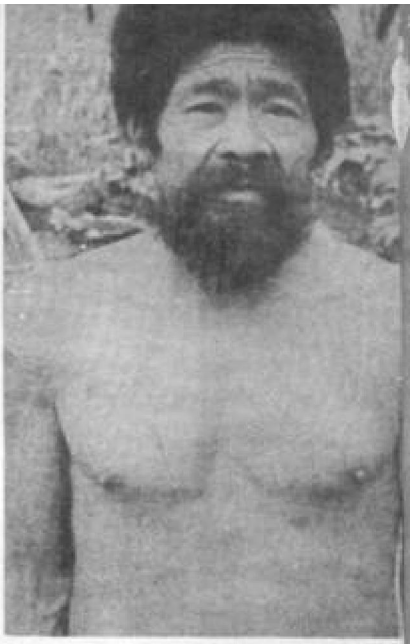
II. Un guayakí blanco, enfermo, cubierto de pintura medicinal. (Foto del Museo Etnográfico "Andrés Barbero", de Asunción.)

XV. La Posta vikinga de Yvytyruzú: En el centro, a la derecha, la inscripción rúnica de la Figura 25. Arriba, a la derecha, una inscripción runoide degenerada.

XVI. La Posta vikinga de Yvytyruzú: motivo esculpido en la salida oriental del túnel. A la izquierda, sol levante detrás de un barco.

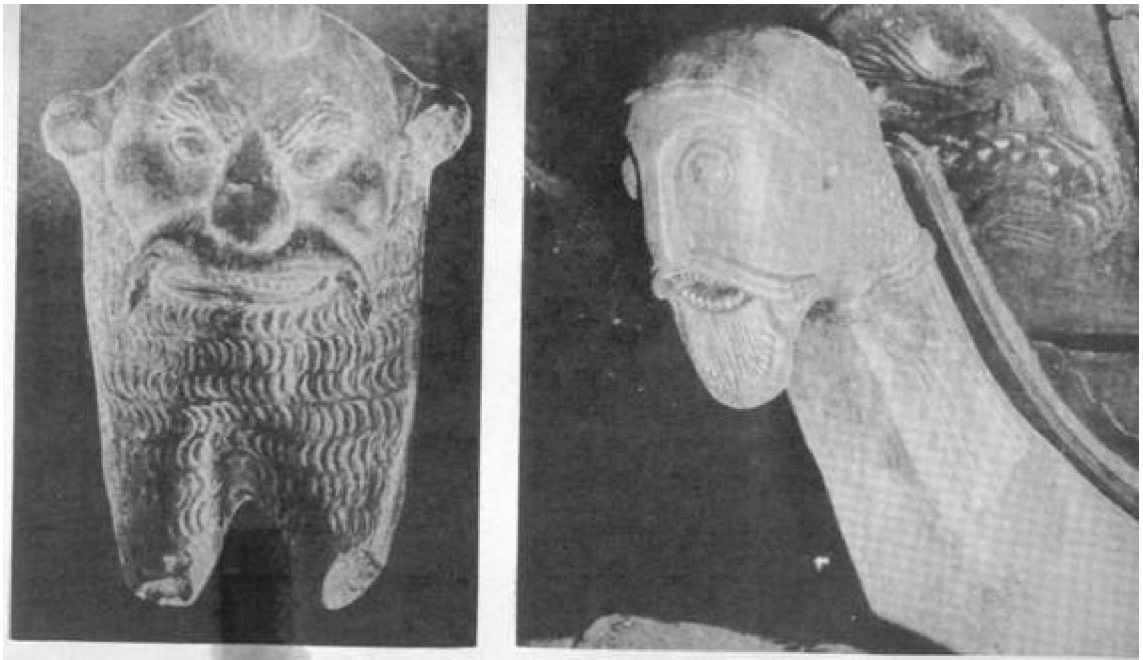


Arriba, buque vikingo de Oseberg, Noruega. (Foto Jorge Castello). Abajo, canoa de guerra haida, costa noroeste de Norteamérica. (Foto *American Museum of Natural History*, según Heyerdahl(6).)

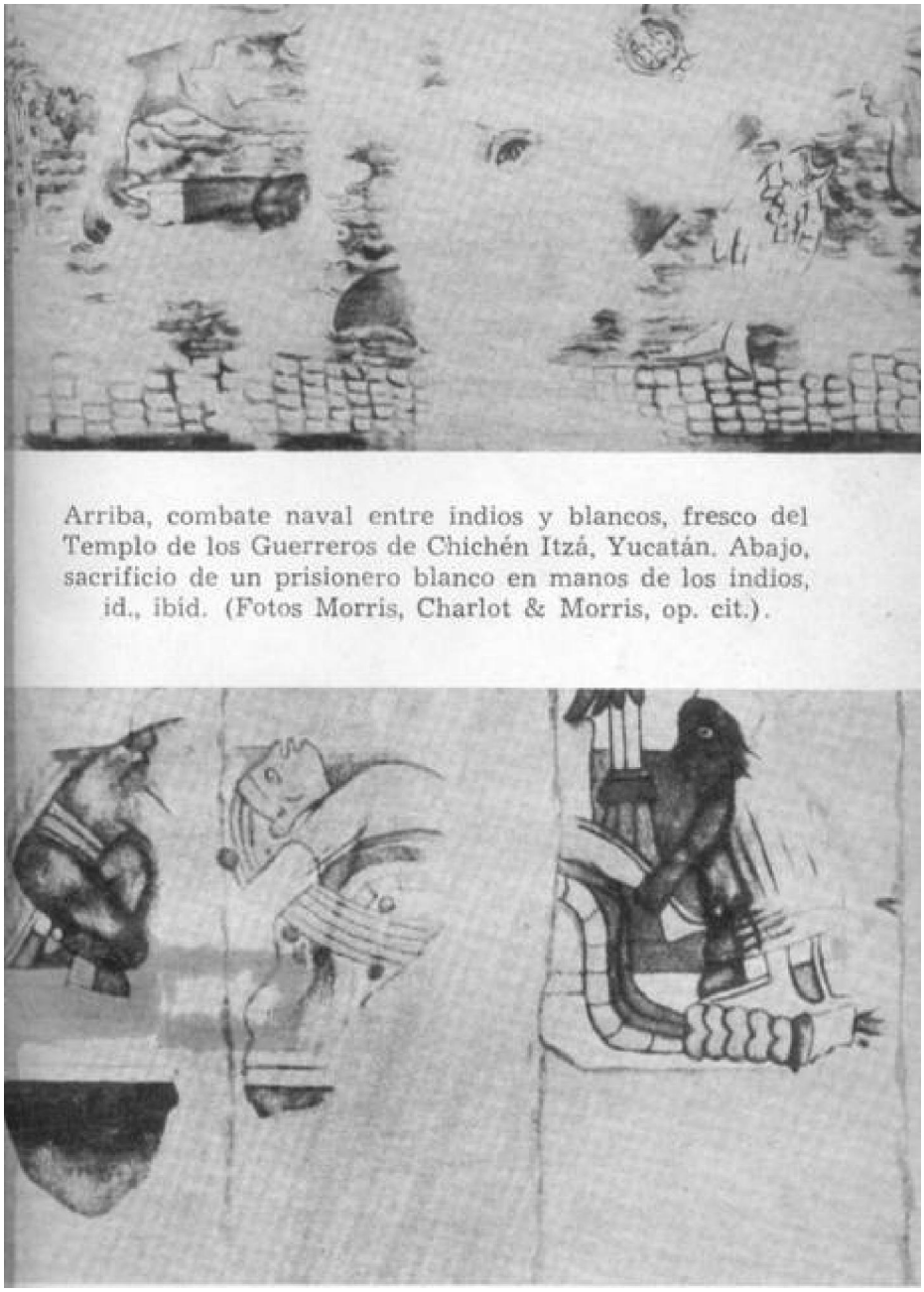


Izquierda: (arriba y centro) tipos europoides de guayakís blancos, (abajo) calvicie de un guayakí blanco. Derecha: un guayakí moreno, con toda la barba. (Fotos *Instituto de Ciencia del Hombre*, Buenos Aires).

Arriba, combate entre blancos e indios, fuente de Chimbote, costa norte del Perú. (Foto in Heyerdahl(6).) El Caballero Aguila, escultura azteca. (Foto in Honoré(17).) Abajo, estela de la Isla de Arapa, Lago Titicaca. (Foto *Peabody Museum*, in Heyerdahl(6).) Estela de la Isla Blanca, Irlanda. (Foto in Branston, op. cit.).



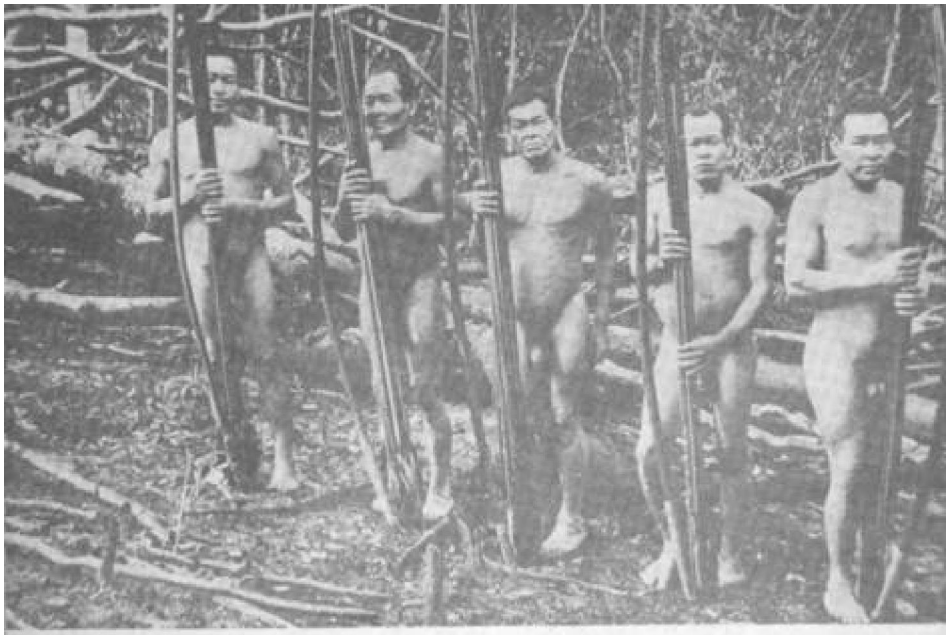
Cabeza barbuda de Río Balsas, Guerrero, México. (Foto *American Museum of Natural History*, in Heyerdahl (⁸).) Cabeza barbuda del buque de Oseberg. (Foto Jorge Castello).

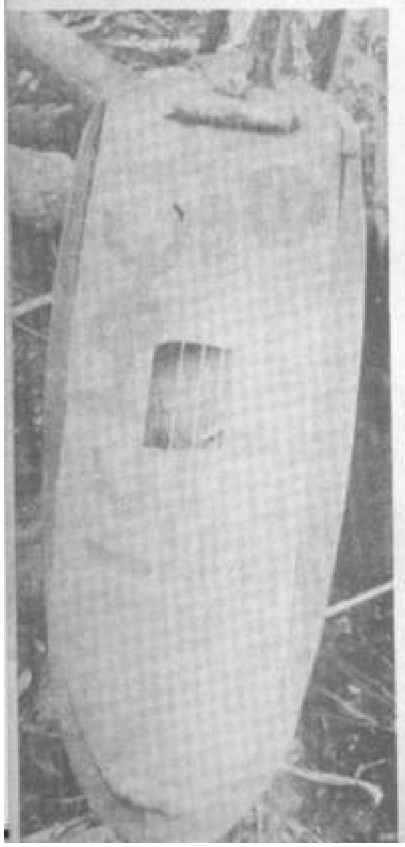


Arriba, combate naval entre indios y blancos, fresco del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá, Yucatán. Abajo, sacrificio de un prisionero blanco en manos de los indios, id., ibid. (Fotos Morris, Charlot & Morris, op. cit.).

Izquierda, apóstol no identificado de la catedral de Amiens. (Foto Héctor Greslebin). Derecha, El Fraile de Tiahuanacu. (Foto Arthur Posnansky ([19]).)

Momia de tipo ario nórdico, con trenzas rubias de pelo natural. Paracas, Perú. (Foto *Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, Lima).



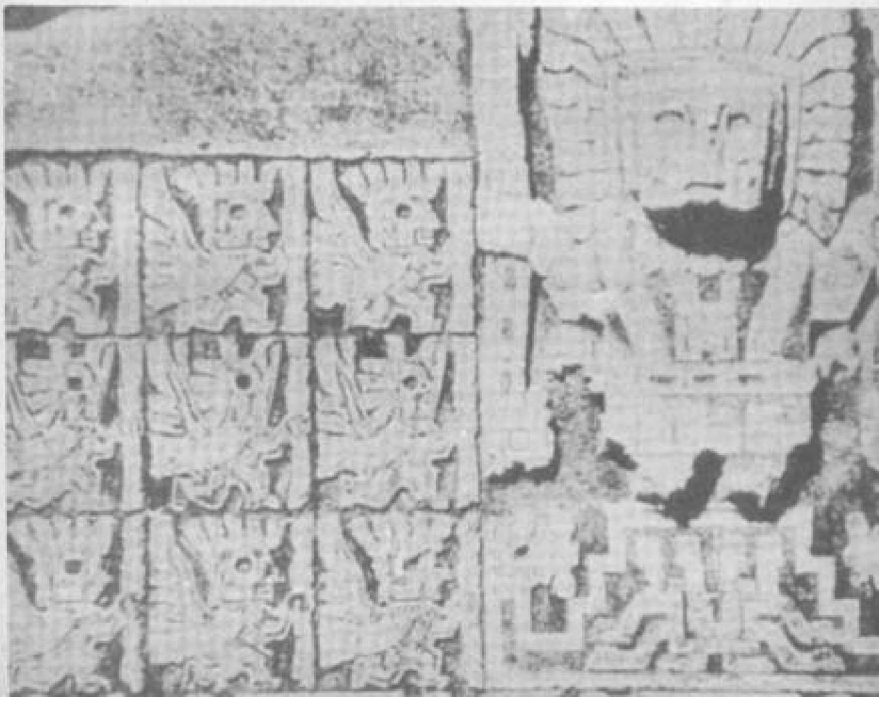


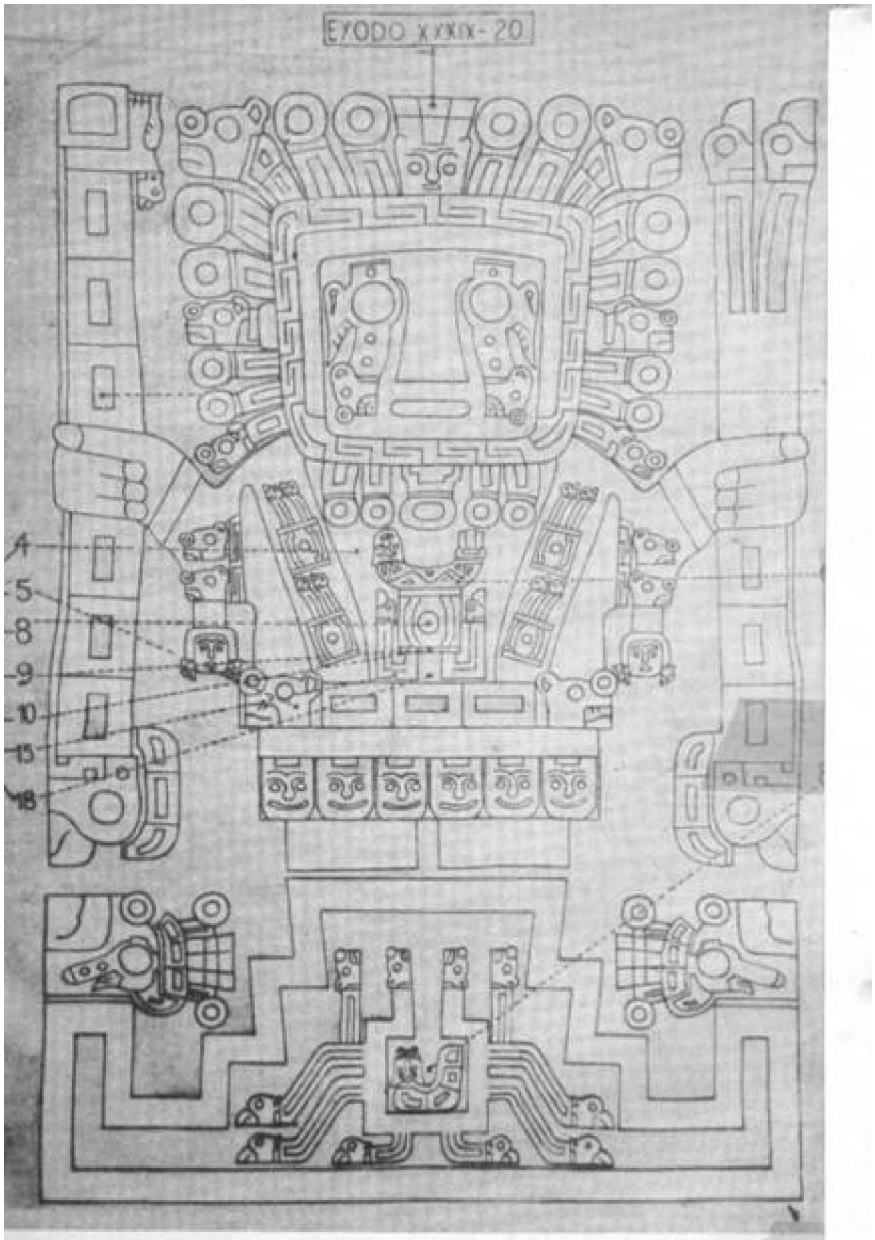
Arriba, un grupo de guayakis blancos en la selva. (Foto *Instituto de Ciencia del Hombre*, Buenos Aires). Abajo, instrumento de música guayakí, con caracteres rúnicos. (Foto Tomasini[32].) La Tablilla de Cerro Morotí y su inscripción rúnica. (Foto *Instituto de Ciencia del Hombre*, Buenos Aires).

Arriba, bote de dos remeros, concha esculpida de la costa norte del Perú. (Foto in Heyerdahl([6]).) Abajo, Thor y el Gigante pescando la Serpiente del Mundo, motivo esculpido de la cruz vikinga de Gosforth, Cumberland. (Foto in Branston, Brian, *Mitología germánica*, Barcelona, 1960).

Combate en la ciudad entre indios y blancos, fresco del Templo de los Guerreros de Chichen Itzá, Yucatán. (Foto Morris, Charlot & Morris, in *The Temple of the Warriors at Chichen Itza*, Nueva York, 1931).

Arriba, la Puerta del Sol de Tiahuanacu, antes de su restauración. (Foto in Schmidt, *Kunst und Kultur von Peru*, Berlín, 1929). Abajo, el friso de la Puerta del Sol (detalle). (Foto in Leicht(12).)





Trasposición linear del motivo central del friso de
Puerta del Sol, Tiahuanacu, con indicaciones de las re
rencias apocalípticas (dibujo de Héctor Greslebin)

Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios
Por Thryer-Anntharez
Visita Nuestro Foro:
www.WeltanschauungNS.foro.st